This volume was digitized through a collaborative effort by/ este fondo fue digitalizado a través de un acuerdo entre:

Real Academia Hispano Americana de Ciencias, Artes y Letras

www.raha.es

and/y

Joseph P. Healey Library at the University of Massachusetts Boston

www.umb.edu

900

MIGUEL
MANCHEÑO
Y OLIVARES.

VIAGES DE CHATEAUBRIAND.

VIAGES

DE CHATEAUBRIAND,

EN AMÉRICA, ITALIA Y SUIZA.

ACADEMIA HISPANO AMERICANA DE CIENCIAS Y ARTES
CADIZ

Nueva edicion.

MADRID: 1847.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DE D. F. DE P. MELLADO.—*Editor.*

914
CHA
via

R- 102979

ADVERTENCIA

DE LA EDICION DE 1827.

Nada de particular tengo que decir sobre el *Viage á América* que vá á leerse: su relacion como el argumento de los *Natchez*, se ha tomado del manuscrito original de esta misma obra. Este viage lleva en sí mismo su comentario y su historia.

En mis varias obras se encuentran con frecuencia recuerdos de mi viage y habia pensado en un principio reunirlos y colocarlos segun sus fechas en mi narracion; pero he renunciado á este proyecto para evitar repeticiones, contentándome con recordar dichos pasages. He citado, sin embargo, algunos cuando me ha parecido necesario para la inteligencia del testo, y no eran por otra parte muy estensos.

Doy en la introduccion un fragmento de las memorias de mi vida, con el objeto de familiarizar al lector con el jóven viagero, á quien ha de seguir á Ultramar, y al efecto he corregido con particular cuidado la parte que tenia ya escrita; la que refiere los acontecimientos desde el año 1791 hasta nuestros dias es enteramente nueva.

Al hablar de las repúblicas españolas, refiero (en todo lo que me es permitido referir) lo que hubiera deseado hacer en el interés de aquellos estados nacientes, cuando mi posicion política me daba alguna influencia en los destinos de los pueblos.

Pero no he tenido la temeridad de tratar este grande objeto sin haberme procurado antes las luces que necesitaba. Muchos volúmenes impresos y memorias inéditas me han servido para componer una docena de páginas. He consultado á personas que han viajado y residido en las repúblicas españolas; y debo á la atencion del caballero Esmenard noticias muy preciosas sobre los préstamos americanos.

El prefacio que precede al *Viage á América* es una especie de historia de los viages, que presenta al lector el cuadro general de la ciencia geográfica, y por decirlo así, la *hoja de ruta* del hombre sobre el globo.

En cuanto á mis viages en Italia, solo he publicado una carta dirigida desde Roma á Mr. de

Fontanes y algunas páginas sobre el Vesubio, saliendo ahora por primera vez á luz las cartas y las notas que se encontrarán reunidas en este volúmen.

Los *Cinco dias en Auvergne*, no publicados hasta ahora, siguen por órden cronológico á las cartas y notas sobre Italia.

El *Viage á Mont-Blanc*, vió la luz pública en 1806, poco antes de mi partida para Grecia

Fontanes y algunas pequeñas sobre el Vesubio, habiendo ahora por primera vez á luz las cartas y las notas que se encontraran reunidas en este volumen.

Las Cartas fueron escritas, no publicadas, desde la ultima, siguen por orden cronológico á las Cartas y notas sobre Italia.

El Viaje á Mal-Dhaec vió la luz pública en 1806, poco antes de su partida para Grecia.

PREFACIO. (1)

Los viages son una de las fuentes de la historia; porque por medio de la narracion de los viageros, la historia de las naciones estrañas viene á colocarse al lado de la particular de cada pais.

El orígen de los viages se remonta hasta la cuna de la sociedad. Los libros de Moisés nos representan las primeras emigraciones de los hombres: en ellos vemos al patriarca conduciendo sus rebaños á las llanuras de Canaan, al árabe vagar por los solitarios arenales, y al fenicio esplorar los mares.

Moisés saca la segunda familia de los hombres de las montañas de la Armenia, punto central con respecto á las tres grandes razas, amarilla, negra y blanca; ó sean los indios, los negros y los celtas, ú otros pueblos del Norte.

Los pueblos pastores se encuentran en Sem, los

(1) Obligado á reducir un cuadro inmenso á los estrechos límites de un prefacio, creo sin embargo, no haber omitido ninguna cosa esencial. Pero si algun lector aficionado á esta clase de investigaciones desease saber mas, puede consultar las sábias obras de los D'Anville, Robertson, Gosselin, Malte-Brun, Walkenaer, Pinkerton, Renuel, Cuvier, Jomard, etc.

comerciantes en Cam, los militares en Jafet, Moisés pobló la Europa de los descendientes de Jafet: los griegos y los romanos consideran á Japeto como padre de la especie humana.

Homero, sea que haya existido un poeta de este nombre, sea que las obras que se le atribuyen no sean mas que una compilacion de las tradiciones de la Grecia, nos ha dejado en la *Odisea* la relacion de un viage, trasmitiéndonos tambien las ideas de aquella primera antigüedad sobre la figura de la tierra, que segun ellas representaba un disco rodeado por el rio Océano. Esta misma es la cosmografía de Hesiodo.

Herodoto, que es el padre de la historia, como lo es Homero de la poesía, era tambien viagero como este, y recorrió todo el mundo conocido en su tiempo. ¡Con qué estilo tan seductor describe las costumbres de los pueblos! En aquella época solo existian algunos mapas de las costas, hechos por los navegantes fenicios, y el mapa-mundi de Anaximandro, corregido por Hecateo: Estrabon cita un itinerario del mundo de este último.

Herodoto solo distingue bien dos partes de la tierra; la Europa y el Asia. La Libia y el Africa no parecen en sus relaciones mas que una vasta península del Asia, acompañando ademas las rutas de algunas caravanas al interior de la Libia, y la relacion sucinta de un viage alrededor del Africa. Un rey de Egipto, llamado Necos, hizo partir del golfo Arábigo á unos fenicios que volvieron á Egipto por las columnas de Hércules, habiendo empleado tres años en su navegacion, y á su vuelta refirieron que habian visto el sol á su derecha. Tal es el hecho que refiere Herodoto.

Los antiguos, pues, tenian como nosotros dos especies de viageros, los unos recorrian la tierra y los otros los mares. Por la misma época en que escribia

Herodoto, acababa su *Periplo* (1) el cartaginés Hanon. Todavía conservamos algo de la coleccion que hizo Scylax de los viages marítimos de su tiempo.

Platon nos ha dejado la novela de aquella Atlántida que se ha querido encontrar en la América, y Eudoxio, compañero de viage del filósofo, compuso un itinerario universal, en el cual reunió la geografia con algunas observaciones astronómicas.

Hipócrates visitó los pueblos de la Escitia, y empleó los resultados de su esperiencia en el consuelo del género humano.

Jenofonte ocupa un rango ilustre entre aquellos viageros armados que han contribuido á hacernos conocer la tierra que habitamos.

Aristóteles, que precedia á todos en la carrera de las luces, tenia á la tierra por esférica, y estimaba su circunsferencia en cuatrocientos mil estadios. Creia, como creyó Cristóbal Colon, que las costas de la Hesperia estaban enfrente de las de la India. Tenia una idea confusa de la Inglaterra y la Irlanda, á las que llama Albion y Jerna: y no le eran desconocidos los Alpes, pero los confundia con los Pirineos.

Dicearco, uno de sus discípulos, hizo una bella descripcion de la Grecia, de la que nos quedan algunos fragmentos, al mismo tiempo que otro discípulo de Aristóteles, Alejandro el Grande, llevaba el nombre de la misma Grecia hasta las orillas del Indo. Las conquistas de Alejandro obraron una revolucion tanto en las ciencias como en los pueblos.

Androstenes, Nearco y Onesícrito reconocieron las costas meridionales del Asia. Despues de la muerte del hijo de Filipo, Seleuco Nicanor penetró hasta el Ganges, y Patroclo, uno de sus almirantes, navegó por el Océano Indio. Los reyes griegos de Egipto

(1) Le incluyo eterno en el *Ensayo histórico*.

abrieron un comercio directo con la India y la Trapobana; Tolomeo Filadelfo envió á la India geógrafos y flotas; Timóstenes publicó una descripcion de todos los puertos conocidos; y Eratóstenes presentó las bases matemáticas para un sistema completo de geografía. Así las caravanas penetraron en la India por dos caminos: el uno terminaba en Palibotra, bajando el Ganges, el otro rodeaba los montes Imaüs.

El astrónomo Hiparco anunció una gran tierra que debia unir la India al Africa, en la cual es fácil ver, si se quiere, el universo de Colon.

La rivalidad de Roma y de Cartago hizo á Polibio viagero, y le obligó á visitar las costas de Africa hasta el monte Atlas, para conocer mejor el pueblo cuya historia se proponia escribir. Eudoxio de Cirico intentó en tiempo de Tolomeo Fiscon y de Tolomeo Laturo dar la vuelta al Africa por el Oeste, buscando un rumbo mas directo, para pasar de los puertos del golfo Arábigo á los de la India.

Entre tanto los romanos, estendiendo sus conquistas hácia el Norte, construyeron nuevas velas: Piteas de Marsella habia tocado ya aquellas riberas de donde debian venir los destructores del imperio de los Cesáres, y navegando hasta los mares de la Escandinavia, fijó la posicion del cabo Sagrado y del cabo Calbium (Finisterre) en España, reconoció la isla Uxisama (Ouessant), la de Albion, una de las Cassitérides de los cartagineses, y surgió en aquella famosa Tule, en que se ha querido reconocer á Islandia; pero que segun toda apariencia es la costa de Jutland.

Julio César ilustró la geografía de las Galias, y empezó el descubrimiento de la Germania y de las costas de las islas de los Bretones: Germánico llevó las águilas romanas á las riberas del Elba.

En el reinado de Augusto reunió Estrabon en

una sola obra los conocimientos de los viageros anteriores y los que por sí mismo habia adquirido. Pero si sobre alguna parte del globo enseña su geografía cosas nuevas, tambien en otros puntos hace retroceder la ciencia. Estrabon distingue las islas Cassitérides de la gran Bretaña, y manifiesta creer que las primeras (que en esta hipótesis no pueden ser otras que las Sorlingas) producian el estaño: siendo así que este metal se sacaba de las minas de Cornualla, y cuando el geógrafo griego escribia, hacia ya largo tiempo que el estaño de Albion llegaba al mundo romano atravesando las Galias.

En la Galia ó la Céltica, suprime Estrabon casi toda la península armoricana; y no conoce el Báltico, sin embargo de que pasaba por un lago salado, á cuya orilla se encontraba la *costa del Ambar amarillo*, que es la Prusia actual.

En la época en que florecia Estrabon, estableció Hipalo la navegacion de la India por el golfo Arábigo esperimentando los vientos regulares que nosotros llamamos *monzones*, uno de los cuales, que es el Sud-Oeste, que conducia á la India, tomó el nombre de *Hipalo*. Algunas flotas romanas partian ordinariamente del puerto de Berenice hácia la mitad del verano, y llegaban en treinta dias al puerto de Ocelis ó al de Cané en la Arabia; y desde allí en cuarenta dias á Muziris, primera escala de la India. La vuelta en invierno se verificaba en el mismo espacio de tiempo; de manera que los antiguos iban y volvian á la India en menos de cinco meses. Plinio y el Periplo del mar Erytreno (entre los pequeños geógrafos) suministran estos curiosos pormenores.

Despues de Estrabon, Dionisio el Perigetes, Pomponio Mela, Isidoro de Charas, Tácito y Plinio, añaden nuevos conocimientos á los que ya se tenian de las naciones. Plinio, sobre todo, es curioso por el núme-

ro de los viages y relaciones que cita. Cuando le leemos conocemos que hemos perdido una descripcion completa del imperio romano, hecha por órden de Agripa, yerno de Augusto; unos comentarios sobre el Africa por el rey Juba, estractados de los libros cartagineses; una relacion de las islas Afortunadas, por Estacio Seboso; unas memorias sobre la India por Séneca, y un Periplo del historiador Polibio; tesoros todos cuya pérdida nunca deploraremos bastante. Plinio sabe algo del Tibet, y fija el punto oriental del mundo á la embocadura del Ganges; distingue al Norte las Orcadas, conoce la Escandinavia, y dá el nombre de *Golfo de Codan* al mar Báltico.

Los antiguos tenian á la vez derroteros y una especie de libros de posta: Vejecio distingue los primeros con el nombre de *picta*, y los segundos con el de *annotata*. Todavía conservamos tres de estos itinerarios; el *Itinerario de Antonino*, el *Itinerario de Burdeos à Jerusalen* y la *Tabla de Peutinger*. La parte superior de esta tabla, que principiaba al Oeste, está rasgada, faltándole la península española y el Africa occidental; pero la tabla se estiende por el Este hasta la embocadura del Ganges, y señala los caminos en lo interior de la India. Este mapa tiene veinte y un pies de largo y uno de ancho; de modo que es una zona ó un gran camino del mundo antiguo.

A esto estaban reducidos los trabajos y los conocimientos de los viageros y de los geógrafos antes de aparecer la obra de Tolomeo. El mundo de Homero era una isla perfectamente redonda, circundada, como hemos dicho, por el rio Océano. Herodoto hizo de este mundo una llanura sin límites fijos; Eudoxio de Gnido le transformó en un globo de unos trece mil estadíos de diámetro, é Hiparco y Estrabon le dieron doscientos cincuenta y dos mil estadíos de circunferencia, de ochocientos treinta y dos estadíos el gra-

do. Sobre este globo trazaban un cuadrilongo, cuyo lado mayor corria de Occidente á Oriente; este cuadrilongo se hallaba dividido por dos líneas, que se cortaban en ángulo recto; la una, llamada el *diafracma*, marcaba del Oeste y Este lo largo, ó la longitud de la tierra, y tenia setenta y siete mil ochocientos estadíos; la otra, que era una mitad mas corta, indicaba de Norte á Sur el ancho ó latitud de esta misma tierra, empezando la cuenta en el meridiano de Alejandría. De esta geografía, que consideraba á la tierra mas larga que ancha, traen orígen las impropias espresiones de *longitud* y *latitud* que todavía usamos.

En este mapa del mundo habitado se colocaban la Europa, el Asia y el Africa; el Africa y el Asia se unian á las regiones australes, ó estaban separadas por un mar que reducia estraordinariamente el Africa. Al Norte los continentes terminaban en la embocadura del Elba, al Sur cerca de las orillas del Niger, al Oeste en el cabo Sagrado en España, y al Este en las bocas del Ganges: una zona tórrida bajo el Ecuador, y una zona glacial bajo los polos, estaban consideradas como inhabitables.

Es digno de notarse que casi todos aquellos pueblos llamados *bàrbaros*, que conquistaron el imperio romano, y de los cuales proceden las naciones modernas, habitaban mas allá de los límites del mundo conocido por Plinio y Estrabon, en unos paises cuya existencia ni siquiera se sospechaba.

Tolomeo, que por otra parte no dejó de incurrir en graves errores, fundó sobre bases matemáticas la posicion de los lugares. En su obra aparecen una multitud de naciones sármatas; indica bien el Volga, y baja hasta el Vístula.

En Africa confirma la existencia del Niger, y acaso nombra á Tombuctu en Tucabath; tambien cita un ran rio, al que llama *Gyr*.

El pais de los sinos que pone en Asia, no es la China, sino probablemente el reino de Siam. Tolomeo supone que el Asia, prolongándose hácia el Mediodía se junta con una tierra desconocida que se reune al Africa por el Oeste. En la Serica de este geógrafo debe reconocerse el Thibet, que es el que dió á Roma la primera seda ordinaria.

En Tolomeo acababa la historia de los viages de los antiguos, y Pausanias es el último que nos hace ver aquella Grecia antigua, cuyo genio se ha despertado noblemente en nuestros dias á la voz de la nueva civilizacion. Aparecen las naciones bárbaras; el imperio romano se desploma; y de la raza de los godos, los francos, los hunos y los eslavos, sale otro mundo y otros viageros.

Eran estos pueblos unas grandes caravanas armadas, que de las rocas de la Escandinavia y de las fronteras de la China, marchaban al descubrimiento del imperio romano. Venian á enseñar á estos pretendidos señores del mundo, que existian otros hombres ademas de los esclavos que arrastraban el yugo de los Tiberios y de los Nerones; venian á dar á conocer su pais á los geógrafos del Tiber, siéndoles preciso colocar á estas naciones en el mapa, y creer en la existencia de los godos y de los vándalos, desde que Alarico y Genserico escribieron sus nombres en los muros del Capitolio. No referiremos aquí las emigraciones y los establecimientos de los bárbaros; buscaremos tan solo entre las ruinas los eslabones de la cadena que enlaza á los viageros antiguos con los modernos.

El trastorno de los pueblos desconcertó notablemente las investigaciones geográficas. Los antiguos nos hicieron conocer mejor los paises que ellos habitaban; porque mas allá de las fronteras del imperio romano, no habia para ellos mas que desiertos y ti-

nieblas. Despues de la invasion de los bárbaros nada casi sabemos de la Grecia ni de la Italia; pero comenzamos á penetrar en las regiones que dieron el ser á los destructores de la antigua civilizacion.

Tres causas reprodujeron los viages entre los pueblos establecidos sobre las ruinas del imperio romano: el celo por la religion, el deseo de las conquistas, y el espíritu de aventuras y empresas, unido á la avaricia mercantil.

El celo por la religion condujo á los primeros y á los ultimos misioneros á los paises mas remotos. Antes del siglo IV, y por decirlo así, en tiempo de los apóstoles, que propiamente fueron unos peregrinos, los sacerdotes del verdadero Dios llevaban á todas partes la antorcha de la fé. Mientras que la sangre de los mártires se derramaba en los anfiteatros, los ministros de la paz exhortaban á la misericordia á los vengadores de la sangre cristiana: y cuando los conquistadores llegaron al pie de los muros de Roma, ya casi estaban conquistados por el Evangelio.

Los padres de la iglesia mencionan en sus obras una multitud de piadosos viageros. Esta es una mina que no se ha beneficiado bastante, y que aunque solo sea por lo tocante á la geografía y á la historia de los pueblos, encierra muchos tesoros.

En el siglo V de nuestra era recorrió ya la Etiopía un monge egipcio, y compuso una topografía del mundo cristiano, y un armenio de la familia de Chorenenzis escribió una obra geográfica. El historiador de los godos, Jornandés, obispo de Ravena, en su historia y en su libro *De Origini mundi*, consigna al llegar al siglo sesto algunos hechos importantes sobre los paises del Norte y del Este de Europa. El diácono Varnefrido publicó una historia de los lombardos; otro godo, el Anónino de Rávena, escribió un siglo despues la descripcion general del mundo, y

el apóstol de Alemania, San Bonifacio, enviaba al papa una especie de memorias sobre los pueblos de la Esclavonia. Los polacos aparecen por primera vez, reinando Oton II, en los ocho libros de la preciosa crónica de Ditmaro. San Oton, obispo de Bemberg, invitado por un ermitaño español llamado *Bernardo*, recorre la Prusia predicando la fé: y al ver el Báltico, se admira de la grandeza de este mar. Desgraciadamente hemos perdido el diario del viage que en tiempo de Luis el Benéfico hizo por Suecia y Dinamarca, Anscairo, monge de Corbia: siendo al menos un hecho que este diario, enviado á Roma en 1260, no se encuentra en la biblioteca del Vaticano. Adam de Brema sacó de esta obra una parte de su relacion de los reinos del Norte: y menciona tambien la Rusia cuya capital era Kiow; bien que en las Sagas, el imperio ruso se llama Gardavike, y que Holmgard, hoy Novogorod, es considerada como la ciudad principal del naciente imperio.

Jerardo Barry y Dicuil trazaron el uno el cuadro del principado de Gales y de Irlanda en el reinado de Enrique II, y el otro el exámen de las medidas del imperio romano en tiempo de Teodosio.

Tenemos algunos mapas de la edad media; un cuadro topográfico de todas las provincias de Dinamarca por los años de 1231, siete mapas del reino de Inglaterra en el siglo doce, y el famoso libro conocido con el nombre de *Doomsday book*, dispuesto por órden de Guillermo el Conquistador. En esta estadística se encuentra el catastro de las tierras cultivadas, habitadas ó yermas de Inglaterra, el número de sus habitantes, con distincion de siervos ó libres, y hasta el de los ganados y colmenas. En estos mapas se hallan toscamente diseñadas las ciudades y las abadías; y aunque es verdad que estos dibujos perjudican en parte á los pormenores geográficos, dan sin embar-

go una idea del estado de las artes en aquella época.

Las peregrinaciones á la Tierra Santa forman una parte considerable de los monumentos geográficos de la edad media. No empezaron á conocerse estas peregrinaciones hasta el siglo IV; pues San Gerónimo asegura que llegaban á Jerusalen peregrinos de la India, de la Etiopia, de la Bretaña y de la Hibernia; y el mismo *Itinerario de Burdeos á Jerusalen* parece haberse compuesto para uso de los peregrinos por los años de 333.

Los primeros años del siglo VI nos suministran el *Itinerario* de Antonio de Plasencia. Tras este viene en el siglo VII San Arculfo, cuya relacion escribió Adamano; en el siglo VIII tenemos dos viages á Jerusalen de San Guilbaldo, y una relacion de los Santos Lugares por el venerable Beda; en el siglo IX á Bernardo Lemoine; en los siglos X y XI á Olderico, obispo de Orleans, al griego Eugisipo, y por último á Pedro el Ermitaño.

En esta época empiezan las cruzadas, y Jerusalen permanece por espacio de ochenta años en poder de los príncipes franceses. Reconquistada aquella ciudad por Saladino, los fieles continuaron visitando la Palestina, y desde Focas en el siglo XIII, hasta Pococke en el XVIII, se suceden sin interrupcion las peregrinaciones (1).

Con las cruzadas se vieron renacer aquellos historiadores viageros, cuyo modelo habia ofrecido la antigüedad: Raimundo de Agiles, canónigo de la catedral del Puy en Velay, acompañó á la primera cruzada al célebre obispo de Adhemar: nombrado capellan del conde de Tolosa, escribió, con el valiente caballero Pons de Balazun, todo lo que presenció en

(1) Véase la segunda memoria de mi introduccion al *Itinerario*.

el camino y en la toma de Jerusalen. Raul de Caen, fiel servidor de Tancredo, nos describe la vida de este caballero; Roberto Lemoine se halló en el sitio de Jerusalen.

Sesenta años despues fueron tambien á Palestina Foulcher de Chartres y Odon de Deuil; el primero con Balduino, rey de Jerusalen, y el segundo con Luis VII, rey de Francia. Jacobo de Vitry fué hecho obispo de San Juan de Acre.

Guillermo de Tiro, que floreció hácia la conclusion del reino de Jerusalen, pasó su vida en los caminos de Europa y Asia. Muchos historiadores de nuestras antiguas crónicas fueron ó monges ó prelados errantes, como Raul, Glaber y Flodoardo; ó guerreros como Nithard, nieto de Carlomagno, Guillermo de Poitiers, Ville-Hardouin, Joinville, y tantos otros que refieren sus largas espediciones. Pedro Devaulx Cernay era una especie de ermitaño en los formidables campamentos de Simon de Monfort.

Al llegar á las crónicas en lengua vulgar, debe principalmente fijarse la atencion en Froissar, que propiamente no escribió mas que sus viages: este bosquejaba su historia al mismo tiempo que hacia sus correrías: de la córte del rey de Inglaterra pasaba á la del rey de Francia, y de esta á la pequeña córte caballeresca de los condes de Foix. «Habiendo permanecido, dice, tres dias en la ciudad de Paumiers, me reuní casualmente con un caballero del conde de Foix, llamado el señor Espaing del Leon, que volvia de Aviñon, el cual era valiente, entendido y gallardo caballero, y podia tener entonces cincuenta años de edad. Reuníme con él, y anduvimos juntos seis dias. Luego que dicho caballero cabalgaba (despues de haber rezado por la mañana sus oraciones), platicaba conmigo casi todo el dia, pidiéndome noticias, y cuando yo se las pedia me contestaba, etc.» Vemos

á Froissard llegar á los grandes castillos, comer con corta diferencia á las mismas horas que nosotros, irse al baño, etc. El exámen de los viages de aquella época me hace creer que la civilizacion doméstica del siglo XIV estaba mucho mas adelantada de lo que creemos.

Volviendo á nuestro objeto, en el momento de la invasion de la Europa civilizada por los pueblos del Norte, encontramos á los viageros y á los geógrafos árabes que señalan en los mares de las Indias algunas costas desconocidas de los antiguos; y no fueron menos importantes sus descubrimientos en Africa: Massudi, Ibn-Haukal, Al-Edrisi, Ibn-Alouardi, Hamdoullah, Abulfeda, El-Bakoui, dan unas descripciones muy estensas de su pais y de las tierras sometidas á las armas de los árabes. Aquellos viageros veian al Norte del Asia un pais inmenso, rodeado de una muralla enorme, y un castillo de Gog y de Magog. Por los años 715, reinando el califa Walid, conocieron los árabes la China, adonde enviaron por tierra algunos mercaderes y embajadores; y tambien penetraron por mar en aquel imperio en el siglo IX: Wahab y Abuzaid aportaron á Canton. Desde el año 850 tenian los árabes un agente de comercio en la provincia de este nombre; trataban con algunas ciudades del interior, y ¡cosa singular! encontraron en ellas algunas comunidades cristianas.

Los árabes daban á la China muchos nombres: el Catai comprendia las provincias del Norte, y el Tchin ó el Sin las del Mediodía. Introducidos en la India con el apoyo de sus armas, los discípulos de Mahoma hablan en sus relaciones de los hermosos valles de Cachemira tan de propósito, como de las voluptuosas campiñas de Granada, y ya habian dejado colonias en muchas islas del mar de la India, tales como Madagascar y las Molucas, en donde los portugueses las

encontraron despues de haber doblado el cabo de Buena Esperanza.

Al mismo tiempo que los comerciantes militares del Asia hacian en el Oriente y Mediodía descubrimientos desconocidos á la Europa subyugada por los bárbaros que se habian quedado en su primera patria, los suecos, los noruegos, y los daneses comenzaban á hacer en el Norte y Oeste otros descubrimientos igualmente ignorados de la Europa franca y germánica. Other el noruego avanzaba hasta el mar Blanco, y Wulfstan el danés describia el Báltico, que Eginardo habia ya descrito, y que los escandinavos llamaban *el Lago salado del Este.* Wulfstan refiere que los estienos, ó pueblos que habitaban al Oriente del Vistula, se bebian la leche de las yeguas, y dejaban su herencia á los mejores ginetes de su tribu.

El rey Alfredo nos ha conservado el compendio de estas relaciones. El fué el primero que dividió la Escandinavia en provincias ó reinos, tales como los conocemos en el dia. En las lenguas góticas la Escandinavia se llamaba *Mannaheim*, lo que significa *pais de los hombres*, y que en el latin del siglo VI se traducia de un modo muy enérgico por el equivalente de estas palabras: *fábrica del género humano.*

Los piratas normandos establecieron en Irlanda las colonias de Dublin, Ulster y Connaught; esploraron y sometieron las islas de Shedlandia, las Orcadas y las Hebridas: llegaron á las islas de Feroer, á la Islandia, archivo de la historia del Norte, á la Groelandia, que desde entonces fué habitada y habitable, y por último tal vez á la América. Mas adelante hablarémos de este descubrimiento y del viage y mapa de los dos hermanos Zeni.

Pero habiase desplomado el imperio de los califas, formándose de sus ruinas muchas monarquías;

el reino de los Aglavitas y luego el de los Fatimitas en Egipto; los despotatos de Argel, de Fez, de Trípoli y de Marruecos en las costas de Africa. Los turcomanos, convertidos al islamismo, sometieron al Asia occidental desde la Siria hasta Mont-Casbhar. El poder otomano pasó á Europa, borró los últimos vestigios del nombre romano, y llevó sus conquistas hasta mas allá del Danubio.

Aparece Gengis-Kan, y el Asia queda de nuevo subyugada. Oktaï-Kan destruye el reino de los cumanos y de los nioutchis; Mangu se apodera del califato de Bagdad; Kublaï-Kan invade la China y una parte de la India: y de aquel imperio Mongol, que reunia bajo su mando casi toda el Asia, nacen todos los kanatos que los europeos encontraron en la India.

Los príncipes europeos, espantados á la vista de aquellos tártaros que habian estendido la rapiña y la desolacion hasta la Polonia, la Silesia y la Hungría, trataron de conocer los puntos de donde partia aquel prodigioso movimiento: los papas y los reyes enviaron embajadores á aquellos nuevos azotes de Dios. Ascelino, Carpino y Rubruquis penetraron en el pais de los mongoles. Rubruquis vió que Caracorum, ciudad capital de este kan señor del Asia, tenia con corta diferencia la misma estension que el pueblo de San Dionisio, estaba rodeada de una muralla de tierra, y habia en ella dos mezquitas y una iglesia cristiana.

Tenia tambien algunos itinerarios de la gran Tartaria para el uso de los misioneros: Andrés Lusimelo predicó el cristianismo á los mongoles, y Ricol de Monte-Crucis penetró tambien en la Tartaria.

El rabino Benjamin de Tudela nos dejó una relacion de lo que vio ó de lo que oyó decir sobre las tres partes del mundo (1160).

Por último, Marco-Polo, noble veneciano, recorrió el Asia sin intermision por espacio de veinte y seis años, y fué el primer europeo que penetró en la China y en la India á la otra parte del Ganges, y en algunas islas del océano indiano (1271—95.) Su obra vino á ser el manual de todos los mercaderes del Asia y de todos los geógrafos de Europa.

Marco-Polo cita á Pekin y Nankin, y nombra ademas una ciudad de Quinsaï, la mayor del mundo, pues que se contaban en ella doce mil puentes sobre los canales que la atravesaban; y se consumian cada dia noventa y cuatro quintales de pimienta. El viagero veneciano habla en sus relaciones de la porcelana; pero no hace mencion del té: él es el que nos ha hecho conocer á Bengala, el Japon, la isla de Borneo, y el mar de la China, en el que cuenta siete mil cuatrocientas cuarenta islas ricas en especiería.

Aquellos príncipes tártaros ó mongoles, que dominaron el Asia y pasaron á algunas provincias de Europa, no dejaban ciertamente de tener algun mérito; pues no sacrificaban ni reducian á la esclavitud á sus prisioneros. Sus campos se llenaron de obreros europeos, de misioneros y de viageros, que aun bajo su dominacion ocuparon puestos importantes. Penetrábase con mas facilidad en su imperio, que en las comarcas feudales, en que un abad de Cluñi consideraba á las inmediaciones de París como una region tan remota y poco conocida, que no osaba trasladarse á ella.

Despues de Marco-Polo vinieron Pegoletti, Oderico, Mandeville, Clavijo, Josafat y Barbaro, los cuales acabaron de describir el Asia, siendo muy frecuente en aquella época ir por tierra á Pekin, y sin que los gastos del viage subiesen de trescientos á trescientos cincuenta ducados. Habia en la China un papel moneda llamado *babisci ó balis*.

Los genoveses y los venecianos hacian el comercio de la India y de la China en caravanas que partian por dos rutas diferentes: Pegoletti nota con la mayor prolijidad las paradas de una de las rutas (1353). En 1312 se encuentra en Pekin un obispo llamado *Juan de Monte Corvino*.

Entretanto el tiempo avanzaba, y la civilizacion hacia rápidos progresos: algunos descubrimientos debidos al acaso ó al genio del hombre, separaban para siempre á los siglos modernos de los antiguos, y marcaban con un sello nuevo las nuevas generaciones. La brújula, la pólvora y la imprenta, se habian descubierto para guiar al navegante, para defenderle y para conservar la memoria de sus peligrosas espediciones.

Los griegos y los romanos se habian criado á la orilla de esa estension de agua interior, que mas bien parece un gran lago que un océano; y cuando su imperio pasó á los bárbaros, el centro del poder político se encontró colocado principalmente en España, en Francia y en Inglaterra, contiguo al mar Atlántico que bañaba hácia el Occidente otras costas desconocidas. Fué preciso, pues, habituarse á arrostrar las largas noches y las tempestades, á no hacer caso de las estaciones, á salir del puerto lo mismo en invierno que en verano, y á construir bageles, cuya fuerza fuese proporcionada á la del nuevo Neptuno, con quien tenian que luchar.

Ya hemos indicado algo acerca de las atrevidas empresas de aquellos piratas del Norte, que segun la espresion de uno de sus panegiristas, parecia que habian visto y examinado por sus ojos el fondo del abismo: por otra parte, las repúblicas formadas en Italia con los restos de los reinos de los godos, los vándalos y los lombardos, habian continuado y perfeccionado la antigua navegacion del Mediterráneo.

Las flotas venecianas y genovesas habian llevado á los cruzados á Egipto, á Palestina, á Constantinopla, á la Grecia; y habíanse dirigido á buscar en Alejandría y en el mar Negro las ricas producciones de la India.

En fin, los portugueses perseguian en Africa á los moros lanzados ya de las riberas del Tajo, y necesitaban buques para seguir y alimentar á los combatientes. El cabo Nuñez detuvo largo tiempo á los pilotos; hasta que al fin le dobló Jilianez en 1433. Descubrióse, ó mas bien volvió á encontrarse, la isla de la Madera; las Azores salieron del seno de las olas, y como siguiendo á Tolomeo dominaba siempre la persuasion de que el Asia se aproximaba al Africa, se creyó que las Azores eran las islas que segun Marco-Polo rodeaban el Asia en el mar de las Indias, y por entonces se dijo que en la costa de la isla de Corvo se habia encontrado una estátua ecuestre, que señalaba con el dedo al Occidente, habiéndose atribuido tambien á dicha isla algunas monedas fenicias.

Del cabo Nuñez siguieron los portugueses al Senegal, y costearon sucesivamente las islas de Cabo-Verde, la Guinea, el cabo Mesurado, al Mediodía de Sierra-Leona, el Benin y el Congo. Bartolomé Diaz llegó en 1486 al famoso cabo de las Tormentas, que recibió poco despues un nombre mas propicio.

Así fué reconocida aquella estremidad meridional del Africa, que segun los geógrafos griegos y romanos debia reunirse al Asia. Allí se abrieron las misteriosas regiones en donde hasta entonces no se habia entrado sino por aquel mar de los prodigios que vió á Dios y huyó: *Mare vidit et fugit.*

»Nao acabava, quando huma figura
Se nos mostra no ar, robusta é valida,
De disforme e grandissima estatura,

O rostro carregado, a barba esqualida:
Os olhos encovados e a postura
Medonha e má, e a cor terrena e pallida,
Cheios de terra; e crespos os cabellos,
A boca negra, os dentes amarellos.

. . . . . .

C'hum tom de voz nos falla horrendo é grosso,
Que pareceo sahir do mar profundo;
Arrepiam-se as carnes e o cabello
A mi, e a todos, só de ouvi-lo e ve-lo.

. . . . . .

Eu sou aquelle occulto, e grande Cabo,
A quem chamais, vos outros, Tormentorio;
Que nunca á Ptolomeo, Pomponio, Strabo,
Plinio, e quantos passaram, fui notorio:
A qui toda á Africana costa acabo
Neste meu nunca visto promontorio,
Que para o polo Antarctico se estende,
A quem vossa ousadia tanto offende.

. . . . . .

Converte-se-me a carne em terra dura,
Em penedos os ossos se fizeram;
Estes membros que ves e esta figura,
Por estas longas aguas se estenderam:
Em fim, minha grandisima estatura
Neste remoto cabo comverteram
Os deoses, e por mais dobradas magoas,
Me anda Thetis cercando destas agoas.
Assi contava, e c'hum medonho choro
Subito d'ante os olhos se apartou;
Desfez-se a nuvem negra, e c'hum sonoro
Bramido, muito louge o mar soou (1).»

Vasco de Gama, terminando una navegacion de eterna memoria, arribó en 1498 á Calicut, en la costa del Malabar.

Todo cambia entonces sobre el globo; el mundo de los antiguos queda destruido. El mar de las In-

(1) Camoes, Os Lusiadas, canto v.

dias no es ya un mar interior, un estanque rodeado por las costas de Asia y de Africa; es un océano, que por una parte se reune al Atlántico y por otra á los mares de la China, y á un mar del Este todavía mas vasto. Cien reinos civilizados, árabes ó indianos, mahometanos ó idólatras, islas embalsamadas de preciosos aromas, se ofrecen á los pueblos del Occidente: preséntase una naturaleza enteramente nueva; descórrese el velo que hacia millares de siglos ocultaba una parte del mundo: descúbrese la patria del sol, el pais de donde sale todas las mañanas para derramar torrentes de luz sobre la tierra; vese de manifiesto aquel sábio y esplendoroso Oriente, cuya historia entre nosotros corria unida á los viages de Pitágoras, á las conquistas de Alejandro, y á los recuerdos de las cruzadas, y cuyos aromas llegaban hasta nosotros al traves de los campos de la Arabia y de los mares de la Grecia. La Europa le envia un poeta pará que le salude, le cante y le pinte: ¡noble embajador, cuyo genio y fortuna parecia tuviesen una simpatía secreta con las regiones y los destinos de los pueblos de la India! El poeta del Tajo hizo oir su triste y hermosa voz en las riberas del Ganges, á las que tomó su esplendor, su celebridad y sus infortunios, dejándolas únicamente sus riquezas.

Un pueblo pequeño encerrado en un círculo de montes al estremo occidental de la Europa, fué el que se abrió el camino á la parte mas magnífica de la morada del hombre.

Y otro pueblo de esta misma península, un pueblo que no ha llegado aun á la grandeza de que descendió: un pobre piloto genovés, despreciado en todas las córtes, fue el que descubrió un nuevo universo á las puertas del Ocaso, en el mismo momento en que aportaban los portugueses á los campos de la Aurora.

¿Conocieron los antiguos la América?

Homero colocaba el Eliseo en el mar occidental, mas allá de las tinieblas Cimerianas: ¿seria esta la tierra de Colon?

A la tradicion del Eliseo sucedió la de las Hespérides, y luego de las *islas Afortunadas*. Los romanos vieron en las Canarias las islas Afortunadas, pero no destruyeron con esto la creencia popular de que existia una tierra mas retirada hácia el Occidente.

Todo el mundo ha oido hablar de la Atlántida de Platon, que debia ser un continente mayor que el Asia y el Africa reunidas, el cual estaba situado en el Océano occidental en frente del estrecho de Gades, que es justamente la posicion de la América. Hablándose tambien de las ciudades florecientes, y de los diez reinos gobernados por reyes hijos de Neptuno, etc. cuyos pormenores pudo añadir la imaginacion de Platon á las tradiciones egipcias. Se dice que la Atlántida fue sumergida en el seno de las aguas en un dia y una noche. Mas esto era desembarazarse á la vez de la relacion de los navegantes fenicios y de las novelas del filósofo griego.

Aristóteles habla de una isla tan llena de encantos, que el senado de Cartago prohibió á sus marineros que frecuentasen sus puertos bajo pena de la vida. Diodoro nos refiere la historia de una isla considerable y apartada, adonde los cartagineses habian resuelto trasladar la silla de su imperio, si esperimentaban en Africa algun infortunio.

¿Que viene á ser esa Panchoea de Evhemero, negada por Estrabon y Plutarco, descrita por Diodoro y Pomponio Mela, grande isla situada en el Océano al Sur de la Arabia, isla encantada, donde el fénis construia su nido sobre el altar del sol?

Segun Tolomeo las estremidades del Asia se reu-

nian á una *tierra desconocida* que se adheria al Africa por el Occidente.

Casi todos los monumentos geográficos de la antigüedad indican un continente austral: yo no puedo convenir con los sábios que no ven en este continente mas que un contrapeso sistemático imaginado para equilibrar las tierras boreales: sin duda que este continente era muy propio para llenar en los mapas los espacios vacíos; pero es tambien muy posible que fuese designado en ellos como el recuerdo de una tradicion confusa: su situacion al Sur de la rosa de los vientos, mas bien que al Oeste, solo seria un error insignificante entre las enormes trasposiciones de las geografías de la antigüedad.

Nos quedan por últimos indicios las estátuas y las medallas fenicias de las Azores; si es que estas estátuas no son los adornos de grabado atribuidos á los antiguos pretendientes de aquel archipiélago.

Despues de la caida del imperio romano y la reconstrucion de la sociedad por los bárbaros, ¿tocaron en las costas de América algunos buques antes que los de Cristóbal Colon?

Parece indudable que los rudos esploradores de los puertos de la Noruega y del Báltico, encontraron la América septentrional en el primer año del siglo XI. Habian descubierto ya la isla de Feroer por los años de 861, la Islandia de 860 á 872, la Groelandia en 982, ó tal vez cincuenta años antes. En 1001, pasando á la Groelandia un islandés llamado *Biorn*, una tempestad le arrojó al Sud-Oeste, y fue á parar á una tierra baja cubierta de bosques. Vuelto á Groelandia, refiere su aventura; y Leif, hijo de Erico Rauda, fundador de la colonia noruega de la Groelandia, se embarca en compañía de Biorn; ambos buscan y vuelven á encontrar la costa que éste habia visto: llaman *Hellelandia* á una isla pedregosa, y *Marclan-*

dia á una costa de arena. Arrastrados hácia una segunda costa, remontan un rio, y pasan el invierno á la orilla de un lago. En este sitio, en el dia mas corto del año, el sol permanece ocho horas en el horizonte. Un marinero aleman, empleado por los dos gefes, les muestra algunas viñas silvestres; y Biorn y Leif al partir de aquella tierra la dejan el nombre de *Vinlandia*.

Desde entonces frecuentan la Vinlandia los groelandeses, que hacen con los salvages de aquel pais el comercio de peleteria. El obispo Erico pasa en 1121 de la Groelandia á la Vinlandia para predicar el Evangelio á los naturales del pais.

Ne es posible desconocer en estos pormenores alguna parte de la América del Norte, situada sobre 49° latitud, puesto que el sol permanecia ocho horas sobre el horizonte. A dicha latitud cae con corta diferencia la embocadura del San Lorenzo; y los mismos 49° nos llevan tambien á la parte septentrional de la isla de Terranova, por donde corren pequeños riachuelos que comunican con los multiplicados lagos del interior de la isla.

Nada mas se sabe de Leif, Biorn y Erico. La autoridad mas antigua para los hechos relativos á aquellos descubridores es la coleccion de los anales de Islandia de Hauk, que escribia en 1300; es decir, trescientos años despues del descubrimiento verdadero ó supuesto de la Vinlandia.

Los hermanos Zeni, venecianos, que estuvieron al servicio de uno de los gefes de las islas de Feroer y Shetlandia, se cree que por el año de 1380 visitaron de nuevo la Vinlandia de los antiguos groelandeses. Existe un mapa y una relacion de su viage: el mapa presenta al Mediodia de Islandia y al Nord-Este de la Grecia, entre los 61 y 75° de latitud Norte, una isla llamada *Frislandia*: al Oeste de esta isla y al

Sud de la Groelandia á distancia de unas cuatrocientas leguas, indica este mapa dos costas con el nombre de *Estotilandia* y de *Droceo*. Unos pescadores de Frislandia arrojados, dice la relacion, sobre la Estotilandia, encontraron una ciudad bien edificada y muy poblada, en la cual habia un rey y un intérprete que hablaba latin.

Los frislandeses náufragos fueron enviados por el rey de Estotilandia hácia un pais situado al Mediodia, el cual se llamaba Droceo; y allí los devoraron unos antropófagos, sin poder salvarse mas que uno solo, que regresó á Estotilandia, despues de haber sido mucho tiempo esclavo en el Droceo, pais cuya inmensa estension, representa un *nuevo mundo*.

En la Estotilandia deberíamos ver la antigua Vinlandia de los noruegos; y esta Vinlandia seria Terranova; la ciudad de Estotilandia seria el resto de la colonia noruega, y la comarca de Droceo ó Drojeo, vendria á ser la Nueva Inglaterra.

Es cierto que Groelandia fué descubierta á mediados del siglo X; lo es tambien que la punta meridional de dicho pais está muy inmediata á la costa del Labrador; que los esquimales, colocados entre los pueblos de Europa y los de América, parecen mas semejantes á los primeros que á los segundos, y que pudieron enseñar á los primeros noruegos establecidos en Groelandia el rumbo del nuevo continente; mas á pesar de todo, en las aventuras de los noruegos y de los hermanos Zeni, se mezclan sobradas fábulas é invenciones para que se pueda disputar á Colon la gloria de haber aportado el primero al continente americano.

El mapa de navegacion de los hermanos Zeni y la relacion de su viage ejecutado en 1380, no se publicaron hasta 1558 por un descendiente de Nicolo Zeno: en este año ya habian adquirido mucha cele-

bridad las maravillas de Colon, y las rivalidades nacionales podian estimular á algunos hombres á revindicar un honor, que ciertamente era digno de envidia: los venecianos, pues, reclamaban la Estotilandia para Venecia, como los noruegos la Vinlandia para Bergen.

Muchos mapas de los siglos XIV y XV presentan descubrimientos hechos, ó que debian hacerse en el mar grande al Sud-Oeste y al Oeste de la Europa, segun los historiadores genoveses; Doria y Vivaldi se hicieron á la vela con el objeto de dirigirse por el Occidente á las Indias, y no volvieron. La isla de la Madera se encuentra en una carta marítima española de 1384, bajo el nombre de *Isola di Leguame*. Las islas Azores aparecen tambien desde el año 1380; y en fin, en un mapa trazado en 1436 por Andrés Bianco, veneciano, se designan al Occidente de las islas Canarias unas Antillas, y al Norte de las mismas otra isla llamada *Isola de la Man Satanaxio*.

Ha querido suponerse que estas islas eran las Antillas y Terranova; pero se sabe que Marco-Polo prolongaba el Asia al Sud-Oeste, y colocaba en frente de ella un archipiélago, que aproximándose por el Oeste á nuestro continente, debia encontrarse con corta diferencia para nosotros en la misma posicion de la América. Buscando estas Antillas indianas, ó estas Indias occidentales fué como Colon descubrió la América: de manera que un grande error produjo una milagrosa verdad.

Los árabes han tenido tambien pretensiones al descubrimiento de la América. Los hermanos Almagurinos, de Lisboa, penetraron, segun se dice, en las tierras mas apartadas del Occidente. Un manuscrito árabe refiere una tentativa infructuosa en aquellas regiones, en donde todo era cielo y agua.

No disputemos por último á un hombre grande la obra de su genio. ¡Quién podria decir lo que sintió

Cristóbal Colon cuando habiendo salvado el Atlántico, rodeado de una tripulacion sublevada, pronto á volverse á Europa sin haber alcanzado el objeto de su viage, descubrió una lucecita en una tierra desconocida que las tinieblas de la noche le ocultaban! El vuelo de las aves le habia dirigido á la América, el resplandor del fogon de un salvage le descubrió un nuevo universo. Colon debió esperimentar en parte aquel sentimiento que la Escritura atribuye al Criador, cuando despues de haber sacado la tierra de la nada, vió que su obra era buena: *Vidit Deus quod esset bonum.* Colon creaba un mundo. Sabido es lo demás: el inmortal genovés no dió su nombre á la América; y fué el primer europeo que atravesó cargado de cadenas aquel océano, cuyas olas habia medido antes que nadie.

Mientras que los portugueses costean los reinos de Quitéve, Sédanda, Mozambique y Melinda, imponen tributos á algunos reyes moros, penetran en el mar Rojo, acaban de dar la vuelta al Africa, visitan el golfo Pérsico y las dos penínsulas de la India, surcan los mares de la China, tocan en Canton, reconocen el Japon, las islas de la Especiería, y hasta las costas de la Nueva Holanda; una multitud de navegantes siguen el rumbo trazado por los buques de Colon. Cortés destruye el imperio de Méjico y Pizarro el del Perú. Aquellos conquistadores marchaban de sorpresa en sorpresa, y ellos mismos no eran por cierto lo menos admirable de sus aventuras. Creian haber esplorado todos los abismos, llegando á las últimas olas del Atlántico, y desde lo alto de los montes de Panamá divisaron un segundo océano que cubria la mitad del globo. Bajó Nuñez de Balboa á la playa, metióse entre las olas con el agua hasta la cintura, y sacando la espada, tomó posesion de aquel mar en nombre del rey de España.

Los portugueses beneficiaban entonces las costas de la India y de la China. Los compañeros de Vasco de Gama y de Cristóbal Colon se saludaban á las dos orillas del mar desconocido que los separaba: los unos habian encontrado un mundo antiguo, los otros habian descubierto un mundo nuevo: desde las costas de la América á las del Asia, los cantos de Camoëns respondian á los cantos de Ercilla, al través de las soledades del océano Pacífico.

Juan y Sebastian Cabot dieron á la Inglaterra la América septentrional; Corteréal hizo conocer la Terranova, dió nombre al Labrador, describió la entrada de la bahía de Hudson, á la que llamó *estrecho de Anian*, y por la cual se esperaba encontrar un paso para las Indias orientales. Jacobo Cartiel, Vorazani, Ponce de Leon, Walter Raleg, Fernando de Soto, examinaron y colonizaron el Canadá, la Acadia, la Virginia y las Floridas. Habiéndose arrimado al Espitzberg, pasaron los holandeses los límites fijados á la problemática Tule; Hudson y Baffin penetraron en las bahías que llevan sus nombres.

Las islas del golfo Mejicano fueron colocadas en sus posiciones matemáticas. Américo Vespucio habia delineado las costas de la Guyana, de la Tierra-Firme y del Brasil; Solís encontró el rio de la Plata, y Magallanes, entrando en el estrecho de su nombre, penetró en el grande Océano, y fué muerto en las Filipinas. Su buque llegó á las Indias por el Occidente, y volvió á Europa por el cabo de Buena Esperanza, siendo el primero que dió la vuelta al mundo. Su viage duró mil ciento ochenta y cuatro dias, y hoy puede verificarse en el espacio de ocho meses.

Creíase todavía que el estrecho de Magallanes era el único canal que daba paso al océano Pacífico, y que al Mediodía de este estrecho se reunia el conti-

nente americano á otro austral. Francisco Drake primero y en seguida Souten y Lemaire, doblaron la punta meridional de la América; y entonces se fijó por aquella parte la geografía del globo: se supo que la América y el Africa, terminando en los cabos de Hornos y de Buena Esperanza, caian formando puntas hácia el polo antártico, sobre un mar austral sembrado de varias islas.

En el grande Océano habia Cortés reconocido la California, su golfo y el mar Rojo: Cabrillo subió siguiendo las costas de la Nueva California hasta los 43.° de latitud Norte; Galli se elevó hasta los 57.°, y en medio de tantos periplos reales colocaron sus viages quiméricos Maldonado, Juan de Fuca y el almirante de Fonte. Behring fijó al Nord-Oeste los límites de la América septentrional, como Lemaire habia fijado al Sud-Este los de la meridional. La América cierra el camino de la India como un largo dique colocado entre dos mares.

Los primeros navegantes portugueses habian descubierto una quinta parte del mundo hácia el polo austral; parte que se halla indicada con bastante correccion en un mapa del siglo XVI que se conserva en el Museo británico; mas esta tierra costeada de nuevo por los holandeses, sucesores de los portugueses en las Molucas, fué llamada por ellos tierra de Diemen, y recibió por último el nombre de Nueva Holanda, cuando Abel Tasman acabó de rodearla en 1642, en cuyo viage ya tuvo Tasman conocimiento de la Nueva Zelanda.

Intereses de comercio y guerras políticas no dejaron que los españoles ni los portugueses disfrutasen mucho tiempo de la pacífica posesion de sus conquistas. En vano habia trazado el papa la famosa línea que repartia el mundo entre los herederos del genio de Gama y de Colon. El bagel de Magallanes habia

probado físicamente á los mas incrédulos que la tierra era esférica, y que existian antípodas. La línea recta del soberano pontífice no podia dividir nada en una superficie circular, y se perdia en el cielo. Las pretensiones, pues, y los derechos fueron muy pronto mezclados y confundidos.

Estableciéronse en América los portugueses, y los españoles en las Indias: los ingleses, los franceses, los dinamarqueses y los holandeses, concurrieron tambien al reparto de la presa. Saltaban todos juntos en todas las costas, plantaban un poste, enarbolaban una bandera, y tomaban posesion de un mar, de una isla, de un continente, en nombre de un soberano de Europa, sin cuidarse de si aquellos paises pertenecian á algunos pueblos, reyes ú hombres civilizados ó salvages. Los misioneros discurrian que el mundo pertenecia á la cruz, en el sentido que Jesucristo, conquistador pacífico, debia someter todas las naciones al Evangelio; pero los aventureros de los siglos XV y XVI lo tomaban en un sentido mas material, y creian que podrian santificar su avaricia desplegando el estandarte de la cruz en una tierra idólatra: este signo de un poder de caridad y de paz, era entonces la señal de la persecucion y de la discordia.

Por todos lados se hicieron la guerra los europeos: un puñado de estrangeros esparcidos en continentes inmensos, parecia que no tenian bastante espacio para colocarse. Y no solo se disputaban las tierras y los mares, en donde esperaban hallar oro, diamantes y perlas; aquellas regiones que producen el marfil, el incienso, el aloe, el té, el café, la seda, las ricas telas; aquellas islas en donde crece el canelero, y la nuez moscada, el árbol de la pimienta, la caña dulce, y la palma de sagu; sino que se degollaban tambien por una roca estéril situada bajo los hielos del polo, ó por un miserable establecimiento en el rincon de un

vasto desierto. Aquellas guerras, que solo ensangrentaban en otro tiempo este pais, estendiéronse con las colonias europeas á toda la superficie del globo, y envolvieron á pueblos que ignoraban hasta el nombre de los paises y reyes á quienes se les inmolaba. Un cañonazo tirado en España, en Portugal, en Francia, en Holanda, en Inglaterra, en medio del Báltico, hacia pasar á cuchillo á una tribu salvage en el Canadá, cargaba de cadenas á una familia negra en la costa de Guinea, ó trastornaba un reino en la India. Segun los diversos tratados de paz, chinos, indianos, africanos y americanos se encontraban convertidos en franceses, ingleses, portugueses, españoles, holandeses ó dinamarqueses: algunas partes del Africa, del Asia y de la América, cambiaban de dueño segun el color de la última bandera que llegaba de Europa. Ni eran solos los gobiernos de nuestro continente los que se arrogaban esta supremacia; simples compañías de mercaderes, cuadrillas de filibusteros, hacian la guerra en beneficio propio, y gobernaban reinos tributarios, y fértiles islas por medio de una factoría, de un agente de comercio, ó de un capitan de corsarios. Las primeras relaciones de tantos descubrimientos tienen en general una sencillez que encanta, pues aunque se mezclan en ellas muchas fábulas, no oscurecen sin embargo la verdad. Los autores de dichas relaciones son ciertamente sobrado crédulos, pero hablan en conciencia; y como cristianos poco ilustrados escriben comunmente con pasion, pero con sinceridad, y si nos engañan, es porque ellos mismos se han engañado. Religiosos, marineros, soldados, empleados en aquellas espediciones, todos refieren sus peligros y sus aventuras con una piedad y un calor que comunican á los demas. Estos cruzados de nueva especie, que van en demanda de nuevos mundos, refieren lo que han visto ú oido, y sin

echarlo de ver pintan admirablemente los objetos, porque reflejan fielmente la imágen de lo que vieron. En sus relaciones se reconoce el asombro y la admiracion que esperimentaron á la vista de aquellos mares virginales, de aquellas tierras primitivas que ante sus ojos se estendian, de aquella naturaleza que cubren con su sombra árboles gigantescos, que riegan rios inmensos, y que pueblan animales desconocidos: naturaleza que Bufon adivinó en su descripcion del Kamitchi, y que por decirlo así, cantó al hablar de *aquellas aves atadas al carro del sol, bajo la ardiente zona que limitan los trópicos; aves que vuelan contínuamente bajo aquel inflamado cielo, sin apartarse nunca de los dos límites estremos del rumbo del gran astro.*

Entre los viageros que escribieron el diario de sus espediciones, deben contarse algunos hombres grandes de aquellos tiempos de prodigios. Tenemos las cuatro cartas de Cortés á Cárlos V; una de Cristóbal Colon á Fernando é Isabel, fechada en las Indias occidentales el 7 de julio de 1503; y el señor Navarrete ha publicado otra dirigida al papa, en la cual el piloto genovés promete al soberano pontífice darle la relacion circunstanciada de sus descubrimientos, y dejar como César unos comentarios. ¡Qué tesoro tan grande poseeríamos, si estas cartas y estos comentarios se encontrasen en la biblioteca del Vaticano! Colon era tambien poeta como César, y tenemos de él algunos versos latinos. Es muy natural sin duda que un hombre semejante fuese inspirado del cielo; y de ahí es que al publicar Giustiniani un salterio hebreo, griego, árabe y caldeo, puso por nota la vida de Colon al pie del salmo *Cœli enarrant gloriam Dei,* como una reciente maravilla que pregonaba la gloria de Dios.

Es probable que los portugueses en Africa y los

españoles en América, recogiesen algunos hechos que ocultaron entonces los envidiosos gobernadores. El nuevo estado político de Portugal y la emancipacion de la América española, serán muy favorables para hacer investigaciones interesantes. El jóven y desgraciado viagero Bowdich publicó la relacion de los descubrimientos de los portugueses en el interior del Africa, entre Angola y Mozambique, sacada de manuscritos originales: tenemos un informe secreto y sobremanera curioso sobre el estado del Perú durante el viage de La Condamine, y el señor Navarrete publicó la coleccion de los viages de los españoles, con otras memorias inéditas concernientes á la historia de la navegacion.

Aproximándonos en fin á nuestra edad, comienzan estos viages modernos, en que la civilizacion ostenta todos sus recursos y la ciencia todos sus medios. Por tierra, los Chardin, los Tavernier, los Bernier, los Tournefort, los Niébuhr, los Pallas, los Norden, los Shaw y los Hornemann, reunen sus brillantes trabajos á los de los autores de las *Cartas edificantes*. La Grecia y el Egipto ven esploradores, que para descubrir un mundo pasado arrostran peligros, lo mismo que los marineros que buscaron un nuevo mundo; Bonaparte y sus cuarenta mil viageros baten las palmas en las ruinas de Tebas.

En el mar, Drake, Sarmiento, Candish, Sebald de Weert, Spilberg, Noort, Woodrogers, Dampier, Gemelli-Carreri, la Barbinais, Byron, Wallis, Anson, Bougainville, Cook, Carteret, La Perouse, Entrecasteaux, Vancouver, Freycinet y Duperré, no dejan un solo escollo desconocido.

El océano Pacífico deja de ser una soledad inmensa, y conviértese en un risueño archipiélago, que recuerda la hermosura y los encantos de la Grecia.

La India tan misteriosa, ya no tiene secretos; sus tres lenguas sagradas se han divulgado, sus libros mas reservados están traducidos: nos hemos iniciado en las creencias filosóficas que dividieron la opinion de aquella antigua tierra; la sucesion de los patriarcas de Bouddhah es tan conocida como la genealogia de nuestras familias. La Sociedad de Calcuta publica metódicamente las noticias científicas de la India; y en Lóndres y en Paris, en Roma y en Bolonia, en Viena, en Berlin, en Petersburgo, en Copenhague y en Estocolmo, se lee el sanscrito, y habla el chino y el javanés, el tártaro y el turco, el árabe y el persa. Hasta la lengua de los muertos se ha encontrado; aquella lengua perdida con la raza que la inventó: el obelisco del desierto ha presentado sus caracteres misteriosos, y han sido descifrados; las momias han mostrado sus pasaportes para la tumba, y se han leido.

Hase restituido la palabra al pensamiento mudo que ningun viviente podia ya espresar.

Las fuentes del Ganges han sido buscadas por Webb, Raper, Hearsay y Hodgson; Moorcroft ha penetrado en el pequeño Thibet: los picos de Hymalaya se han medido, y es muy difícil citar con el mayor Renell mas de mil viageros á quienes debe la ciencia un eterno reconocimiento.

El sacrificio de Mungo-Park en Africa ha sido seguido de otros muchos sacrificios: Bowidih, Toole, Belzoni, Beaufort, Peddie, Woodney, han perecido en la demanda; pero sin embargo, este continente formidable será al fin atravesado.

En el quinto continente se han pasado los montes Azules: se va penetrando poco á poco en esta singular parte del mundo, donde los rios parece corren en sentido inverso del mar al interior, donde los animales se parecen poco á los que conociamos, donde los

cisnes son negros, donde el canguró salta como una langosta, donde la naturaleza informe, como la describe Lucrecio á la orilla del Nilo, alimenta una especie de mónstruo, que participa del ave, del pez y de la serpiente, que nada bajo el agua, pone un huevo, y clava un aguijon mortal.

Por lo que hace á la América, el ilustre Humboldt lo ha pintado y lo ha dicho todo.

El resultado de tantos esfuerzos, los conocimientos positivos adquiridos en tantos parages, el movimiento de la política, la renovacion de las generaciones, los progresos de la civilizacion, han cambiado el cuadro primitivo del globo.

En algunas ciudades de la India se encuentran ahora confundidos con la arquitectura de los bramas los palacios italianos y los monumentos góticos: los elegantes carruages de Lóndres se cruzan con los palanquines y las caravanas por los caminos del tigre y del elefante. Magníficos navíos surcan las aguas del Ganges y del Indo: Calcuta, Bombay y Benarés, tienen teatros, tertulias de sábios, imprentas. El pais de las *Mil y una Noches*, el reino de Cachemira, el imperio del Mogol, las minas de diamantes de Golconda, los mares enriquecidos con las perlas orientales, ciento veinte millones de hombres que Baco, Sesostris, Dario, Alejandro, Tamerlan y Gengis-Kan conquistaron, han querido conquistar y tienen por propietarios y señores á una docena de comerciantes ingleses, cuyos nombres no son conocidos, y residen á cuatro mil leguas del Indostan, en una calle oscura de la ciudad de Lóndres. Estos comerciantes se curan muy poco de aquella antigua China vecina de sus ciento veinte millones de vasallos: lord Hastings les propuso conquistarla con veinte mil hombres. ¡Pero que! ¡entonces bajaria el precio del té en las orillas del Támesis! Y hé ahí lo que ha salvado el imperio de Tobi,

fundado 2637 años antes de la era cristiana (1), de aquel Tobi, contemporáneo de Réhu, tercer abuelo de Abraham.

En Africa comienza un mundo nuevo en el cabo de Buena Esperanza. El reverendo John Campbell, partiendo de este cabo, penetró en el Africa austral hasta la distancia de once mil millas, encontró ciudades muy pobladas (Macheou, Kurréchane), tierras bien cultivadas, y fundiciones de hierro. Al Norte de Africa el reino de Bornou y el Soldan, propiamente dicho, ofrecieron á MM. Clapperton y Denham, treinta y seis ciudades mas ó menos considerables, una civilizacion avanzada, y una caballería negra armada como los antiguos caballeros.

La antigua capital de un reino negro-mahometano ofrecia ruinas de palacios, guaridas de elefantes, leones, serpientes y avestruces, y sabido es que el mayor Laing entró en aquel Tombouctou tan conocido y tan ignorado. Otros ingleses, atacando el Africa por la costa de Benin, van á reunirse subiendo los rios, con sus denodados compañeros que llegan por el Mediterráneo. El Nilo y el Niger nos descubrirán muy pronto sus fuentes y su curso. En aquellas regiones abrasadas, el lago Stad refresca el ambiente en los desiertos arenales de la zona tórrida, se hiela el agua dentro de las mismas vasijas, y un célebre viagero, el doctor Oudney, muere al rigor del frio.

Hácia el polo antártico descubre el capitan Smith la Nueva-Shetlandia, que es lo que queda de la famosa tierra austral de Tolomeo, en cuyos mares son las ballenas innumerables, y de un tamaño enorme.

(1) Seguimos la cronología de los chinos, y de consiguiente deben rebajarse de esta cuenta un par de miles de años

Una de ellas atacó en 1820 al navío americano Essex, y lo echó á pique.

La grande Oceanía no es ya un desierto triste: los confinados ingleses, mezclados con los colonos voluntarios, han edificado ciudades en aquel mundo último que se ha abierto á los hombres. Cavando la tierra se ha encontrado allí el hierro, hulla, sal, pizarra, cal, plombagina, arcilla, alumbre, todo lo que es útil para el establecimiento de una sociedad. La Nueva Gales del Sur tiene por capital á Sidney, en el puerto de Jackson. Paramata está situada en el centro de la Abra. La ciudad de Windsor prospera en la confluencia del South-Creek y del Hawkesbury. El considerable pueblo de Liverpool ha hecho fecundas las orillas de Georges-River, que desembocaen la bahía Botánica (Botany-Bay), situada catorce millas al Sur del puerto de Jackson.

La isla de Van-Diemen está tambien poblada; tiene puertos soberbios, y montañas enteras de hierro; su capital se llama *Hobart*.

Los deportados á la Nueva Holanda, segun la naturaleza de sus delitos, son puestos en prision, ocupados en las obras públicas, ó destinados á los establecimientos de tierras. Aquellos cuyas costumbres se reforman, quedan libres, ó adquieren cartas de autorizacion para permanecer en la colonia.

Esta tiene ya sus rentas: los impuestos subian en 1819 á 21,179 libras esterlinas, y servian para disminuir en una cuarta parte los gastos del gobierno.

En la Nueva Holanda existen imprentas, periódicos políticos y literarios, escuelas públicas, teatros, carreras de caballos, grandes caminos, puentes de piedra, edificios religiosos y civiles, máquinas de vapor, fábricas de paños, de sombreros y de loza, y astilleros de buques. Los frutos de todos los climas, desde la anana hasta la manzana, desde la aceituna

hasta la uva, prosperan igualmente en aquella tierra que fué de maldicion. Los carneros cruzados del carnero ingles y el del cabo de Buena Esperanza, los puros merinos sobre todo, se crian alli de estremada hermosura.

La Oceanía lleva sus trigos á los mercados del Cabo, sus cueros á las Indias y sus carnes saladas á la isla de Francia. Aquel pais, que hace veinte años no enviabá á Europa sino cangurós y algunas plantas, hoy presenta sus lanas merinas en los mercados de Liverpool en Inglaterra, en donde se venden á once sueldos y seis dineros la libra; que son cuatro sueldos mas de lo que se pagaban en los mismos mercados las lanas mas finas de España.

La misma revolucion se ha verificado en el mar Pacífico. Las islas de Sandwich forman un reino civilizado por Tameama, que tiene una marina compuesta de veinte goletas y algunas fragatas. Unos marineros ingleses desertores se han convertido en príncipes: han levantado ciudadelas defendidas por buena artillería, y hacen un comercio activo por una parte con América, y por otra con el Asia. La muerte de Tameama ha puesto el poder en manos de los pequeños señores feudales de las islas de Sandwich, pero no ha destruido los gérmenes de la civilizacion. No hace mucho que se vieron en el teatro de la ópera de Lóndres á un rey y una reina de aquellos insulares que se habian comido al capitan Cook, y adoraban sus huesos en el templo consagrado al dios Rono. Dichos reyes sucumbieron á la influencia del húmedo clima de Inglaterra; y lord Byron, sucesor en la dignidad de par del gran poeta muerto en Missolonghi, fué el encargado de trasportar á las islas de Sandwich los cuerpos de los reyes difuntos. ¡Qué contrastes! ¡qué recuerdos!

Otaïti ha perdido sus bailes, sus coros, sus cos-

tumbres voluptuosas. Las hermosas habitantes de la Nueva Citeréa, tal vez sobrado ensalzadas por Bougainville, son ahora bajo sus árboles de pan y sus elegantes palmeras, unas puritanas que van al sermon, leen la Escritura con misioneros metodistas, pasan el dia en controversias, y espian con un estremado tedio la sobrada alegría de sus madres. Se imprimen en Otaïti Biblias y libros espirituales.

Un rey de la isla llamado Pomario, se ha hecho legislador: ha publicado un código de leyes criminales, y ha nombrado cuatrocientos jueces para hacer ejecutar estas leyes, en las que solo el homicidio es castigado con la pena de muerte. La calumnia en *primer grado* tiene señalada su pena: el calumniador está obligado á construir con sus propias manos un camino de dos á cuatro millas de largo y doce pies de ancho. «El camino, dice el real decreto, debe estar convado, á fin de que el agua de las lluvias se escurra por ambos lados.» Si existiese en Francia una ley semejante, tendriamos los mejores caminos de Europa.

Los salvages de aquellas islas encantadas que dejaron admirados á Juan Fernandez, Anson, Dampier, y tantos otros navegantes, se han trasformado en marineros ingleses. Un aviso de la *gaceta* de *Sidney* en la Nueva Gales, anuncia que los insulares de Otaïti y de la Nueva Zelanda, Roni, Paoutou, Popoti, Tiapoa, Moaï, Topa, Fieou, Aiyong y Haouho, van á partir del puerto de Jackson en navíos de la colonia.

En fin, entre los hielos de nuestro polo, de donde salieron con tantos riesgos y trabajos Gmelin, Ellis, Frédéric, Martens, Philipp, Davis, Gilbert, Hudson, Tomas Button, Baffin, Fox, James, Munk, Jacob May, Owin, Koscheley; entre estos hielos, donde unos desgraciados holandeses, medio muertos de frio y de

hambre, pasaron el invierno sepultados en una caverna, donde se veian sitiados por los osos; en esas mismas regiones polares, en medio de una noche de muchos meses, el capitan Parry, sus oficiales y su tripulacion, llenos de salud, encerrados en su abrigado buque, y bien abastecidos de víveres, representaban comedias, y daban bailes y funciones de máscara. ¡Tan segura han hecho la navegacion los últimos descubrimientos, tanto han disminuido los peligros de toda especie, y tantos medios han dado al hombre para arrostrar la intemperie de los climas!

En el mismo viage que sigue á continuacion de este prólogo, hablaré de las mudanzas ocurridas en América. Ahora observaré tan solo los diferentes resultados que han tenido para el mundo los descubrimientos de Colon y de Gama.

La especie humana ha sacado poca felicidad de los trabajos del navegante portugués; pero las ciencias sin duda han ganado en ellos: han desaparecido algunos errores de geografía y de física; los pensamientos del hombre se han engrandecido á medida que la tierra se ha estendido ante sus ojos; porque ha podido comparar mas visitando mas pueblos; él mismo se ha apreciado en mas al ver lo que podia hacer; ha conocido que la especie humana crecia; que las generaciones pasadas habian muerto en la infancia; y estos conocimientos, estas ideas, esta esperiencia, esta estimacion de sí mismo, han entrado como elementos generales en la civilizacion; pero ninguna mejora política se obró en las vastas regiones adonde fué Gama á recoger sus velas; los indios no hicieron mas que mudar de amo. El consumo de los géneros de su pais, disminuido en Europa por la inconstancia de los gustos y de las modas, no es ya un objeto de lucro; en el dia no se correria de un estremo á

otro del mundo para buscar y apoderarse de una isla que produjese la nuez moscada: las producciones de la India han sido ademas imitadas ó aclimatadas en otras partes del globo. En una palabra, los descubrimientos de Gama son una magnífica aventura, pero no pasan de aquí; y acaso han podido tener el inconveniente de aumentar la preponderancia de un pueblo, hasta hacerla peligrosa á la independencia de los demas.

Los descubrimientos de Colon, en razon de sus consecuencias que hoy se desarrollan, han sido una verdadera revolucion, tanto para el mundo moral como para el físico: idea que tendré ocasion de esplanar en la conclusion de mi *viage*. No olvidemos sin embargo que el continente descubierto por Gama no pidió la esclavitud de otra parte de la tierra, y que el Africa debe sus cadenas á aquella America ahora tan libre. Bien podemos admirar el rumbo que trazó Colon sobre la sima profunda del Océano; mas para los pobres negros, este rumbo es el camino que segun Milton construyeron la muerte y el mal sobre el abismo.

Solo me falta mencionar las investigaciones que han servido últimamente para completar la historia geográfica de la América septentrional.

Ignorábase aun si este continente se estendia bajo el polo, reuniéndose á la Groelandia ó á algunas tierras árticas, ó si terminaba en algun pais contiguo á la bahía de Hudson y al estrecho de Behring.

En 1772 descubrió Hearn el mar á la embocadura del rio de la Mina de cobre; Mackenzie le habia visto en 1789 á la embocadura del rio que lleva su nombre. El capitan Ross, y luego el capitan Parry, fueron enviados en 1818 y 1819 á esplorar de nuevo aquellas regiones glaciales. El capitan Parry penetró en el estrecho de Lancastre, pasó probablemente so-

bre el polo magnético, é invernó en el fondeadero de la isla de Melville.

El mismo reconoció en 1821 la bahía de Hudson, y encontró á Repulsebay. Guiado por la relacion de los esquimales, se presentó en el boquete de un estrecho que los hielos obstruian, y le llamó el *estrecho de la Fury y del Hecla*, nombres de los buques que montaba: allí descubrió el último cabo al Nordeste de la América.

El capitan Francklin, que salió de América para secundar por tierra los esfuerzos del capitan Parry, bajó el rio de la Mina de cobre, entró en el mar polar, y avanzó con direccion al Este hasta el golfo de la *Coronacion de Jorge IV*, con corta diferencia en direccion á la altura de Repulsebay.

En una segunda espedicion, verificada en 1825, bajó el capitan Francklin el Mackenzie, vió el mar Artico, volvió á invernar en el lago del Oso, y bajó de nuevo el Mackenzie en 1826. A la embocadura de este rio se dividió la espedicion inglesa: una mitad, provista de dos canoas, se dirigió hácia el Este en busca del rio de la Mina de cobre; la otra á las órdenes del mismo Francklin, y equipada igualmente de dos canoas, hizo rumbo al Oeste.

El 9 de julio se vió el capitan detenido por los hielos; y el 4 de agosto empezó á navegar. Pero no podia avanzar mas que una milla por dia: la costa era tan llana, y el agua tan poco profunda, que rara vez se podia bajar á tierra. Espesas nieblas y ventarrones oponian nuevos obstáculos á los progresos de la espedicion.

Esta sin embargo llegó el 18 de agosto al meridiano 150, y á los 70° 30′ Norte. El capitan Francklin habia recorrido mas de la mitad de la distancia que separa la embocadura del Mackenzie del cabo de Hielo, encima del estrecho de Behring:

el intrépido viagero no carèceria de víveres, ni sus canoas habian sufrido la menor avería; los marineros gozaban de buena salud, y el mar estaba abierto; pero las instrucciones del almirantazgo eran precisas, y prohibian al capitan que prolongase sus investigaciones sino podia llegar á la bahía de Kotzebue antes de entrar el invierno. Vióse, pues, precisado á volverse al rio de Mackenzie, y el 21 de setiembre entró en el lago del Oso, donde se reunió con la otra parte de la espedicion.

Habia este acabado su esploracion de las costas desde la embocadura del Mackenzie hasta la del rio de la Mina de cobre, y aun habia prolongado su navegacion hasta el golfo de la Coronacion de Jorge IV, subiendo con rumbo al Este hasta el meridiano 118: en todas partes habia encontrado buenos puertos, y una costa mas abordable que la que habia ponderado el capitan Francklin.

El capitan ruso Otto de Kotzebue descubrió en 1816 al Nordeste del estrecho de Behring, un paso ó entrada que hoy lleva su nombre; y á este paso se habia dirigido en una fragata el capitan inglés Beechey para esperar al Nordeste de la América al capitan Francklin, que se dirigia á él desde el Noroeste. La navegacion del capitan Beechey se habia verificado con la mayor felicidad. Llegado en 1827 al lugar y al tiempo convenidos, las nieves solo habian detenido su gran buque á los 72°, 30′ de latitud Norte. Obligado entonces á anclar junto á una costa, descubria todos los dias algunos baidars (nombre ruso de las embarcaciones indianas que surcan aquellos mares), que pasaban por los claros que quedaban entre los hielos y la tierra; y cada momento esperaba ver llegar del mismo modo al capitan Francklin.

Hemos dicho ya que este habia llegado el 18 de agosto de 1826 al meridiano 150 de Greenwich, y á

los 70° 30′ de latitud Norte. Solo, pues, distaba del cabo de Hielo 10° de longitud, que en aquella latitud elevada, apenas componen ochenta y una leguas. El cabo de Hielo solo dista sesenta leguas del paso de Kotzebue; y es probable que el capitan Francklin no se hubiese visto obligado á doblar este cabo, y hubiese encontrado algun canal en comunicacion inmediata con las aguas de la entrada de Kotzebue; de manera que en todos los casos solo habia que andar ciento veinte y cinco leguas para encontrar la fragata del capitan Beechey.

A fines de agosto, y duranse el mes de setiembre, es cuando los mares polares se hallan menos cubiertos de hielo. El capitan Beechey no dejó el paso de Kotzebue hasta el 14 de octubre; y así el capitan Francklin hubiera empleado cerca de dos meses, desde el 18 de agosto al 14 de octubre, para andar ciento veinte y cinco leguas en la mejor estacion del año. Es muy sensible el obstáculo que unas instrucciones, por otra parte muy humanas, opusieron á la marcha del capitan Francklin. ¡Cuán afectuosa alegría mezclada de un justo orgullo, no hubieran manifestado los marinos ingleses al completar el descubrimiento del paso del Noroeste, encontrándose en medio de los hielos, y abrazándose en unos mares, no surcados aun por ningun buque en aquella estremidad del Nuevo-Mundo hasta entonces desconocida! Como quiera que sea, el problema geográfico puede considerarse resuelto; el paso del Noroeste existe, la configuracion esterior de la América está determinada.

El continente de América termina al Noroeste en la bahía de Hudson por una península llamada *Melville*, cuya última punta ó cabo se coloca á los 79° 48′ de latitud Norte, y á los 80° 50′ de longitud Oeste de Greenwich. Entre este cabo y la tierra de Cockburn, se abre allí el *estrecho de la Fury y del Hecla*, que

solo presentó al capitan Parry una masa sólida de hielo.

La península Noroeste está adherida al continente cerca de la bahía de Repulse; no puede ser muy ancha en su base, pues el golfo de la *Coronacion de Jorge IV*, descubierto por el capitan Francklin en su primer viage, baja al Sur hasta los 66½°, y su estremidad meridional solo dista sesenta y siete leguas de la parte mas occidental de la bahía de Wager. El capitan Lyon fué enviado á la bahía de Repulse con el objeto de pasar por tierra desde el centro de esta bahía hasta el golfo de la *Coronacion de Jorge IV*. Los hielos, las corrientes y las tempestades, detuvieron el buque de este denodado marino.

Prosiguiendo ahora nuestra investigacion, y colocándonos á la otra parte de la península de *Melville*, en el citado golfo de la *Coronacion de Jorge IV*, encontramos la embocadura del rio de la Mina de cobre á los 67° 42′ 35″ de latitud Norte, y á 115° 49′ 33″ de longitud Oeste de Greenwich. Hearn marcó esta embocadura 4¼° mas al Norte en latitud, y 4¼° mas al Oeste en latitud.

Navegando desde la embocadura del rio de la Mina de cobre hácia la del Mackenzie, se sube lo largo de la costa hasta los 70° 37′ de latitud Norte, se dobla un cabo, y se baja á la embocadura oriental del Mackenzie por los 69° 29′. Desde allí la costa se dirige por el Oeste hácia el estrecho de Behring, elevándose hasta los 70° 30′ de latitud Norte, bajo el meridiano 150 de Greenwich, que es el punto donde se detuvo el capitan Francklin el 18 de agosto de 1826. Entonces, como ya he dicho, solo se encontraba á 10° de longitud Oeste del cabo de Hielo, que se encuentra con corta diferencia á los 71° de latitud.

Reasumiendo ahora los diversos puntos, tenemos:

El último cabo Noroeste del continente de la América septentrional, á los 69° 48′ de latitud Norte, y á los 82° 50′ de longitud Oeste de Greenwich; el cabo *Turnagain*, en el golfo de la *Coronacion de Jorge IV*, á los 68° 30′ de latitud Norte: la embocadura del rio de la Mina de cobre á los 60° 49′ 35″ de latitud Norte, y á los 115° 49′ 35″ de longitud Oeste de Greenwich; un cabo sobre la costa entre el rio de la Mina de cobre y el Mackenzie á los 70° 37′ de latitud Norte, y á los 126° 52′ de longitud Oeste de Greenwich; la embocadura del Mackenzie á los 69° y 29′ de latitud, y á los 133° 24′ de longitud; el punto donde se detuvo el capitan Francklin, á los 70° 30′ de latitud Norte, y 15 al meridiano al Oeste de Greenwich; y en fin, el cabo de Hielo 10° de longitud mas al Oeste, á los 71° de latitud Norte.

De modo que desde el último cabo Noroeste de la América septentrional en el *estrecho del Hecla y de la Fury* hasta el cabo de Hielo, mas arriba del estrecho de Behring, forma el mar un golfo ancho, pero poco profundo, que termina en la costa Noroeste de la América: esta costa corre por el Este y Oeste, ofreciendo en el golfo general tres ó cuatro bahías principales, cuyas puntas y promontorios se aproximan á la latitud donde están colocados, y el último cabo Noroeste de América, al *estrecho de la Fury y del Hecla* y al cabo de Hielo, encima del estrecho de Behring.

Delante de este golfo, de los 70 á 75° de latitud, se hallan situados todos los descubrimientos resultantes de los tres primeros viages del capitan Parry, la isla que se cree sea de *Cockburn*, las delineaciones del *estrecho del Príncipe regente*, las islas del *Príncipe Leopoldo*, de *Bathurst*, de *Melville*, y la *Tierra de Banks*. Ya no se trata, pues, sino de encontrar entre estas tierras desunidas un paso libre al mar que baña la costa Noroeste de la

América, que acaso seria navegable, en la estacion oportuna, para los buques balleneros.

Mr. Macleod contó á Mr. Douglas en las grandes cataratas de Colombia, que existe un rio que corre paralelo al de Mackenzie, y desemboca en el mar cerca del cabo de Hielo. Al Norte de este cabo se halla una isla, á donde concurren los barcos rusos á practicar cambios con los naturales del pais. Mr. Macleod visitó por sí mismo el mar polar, y pasó en el espacio de once meses desde el océano Pacífico á la bahía de Hudson. Segun dicho viagero, pasando el mes de julio ya se halla libre el mar en las regiones polares.

Tal es el estado actual de las cosas en el esterior de la America septentrional, con relacion á aquel famoso paso que yo me habia empeñado en buscar, y que fué el primer móvil de mi viageá ultramar. Veamos ahora lo que han hecho los últimos viageros en el interior de esta misma América.

Al Noroeste todo está descubierto en aquellos desiertos helados y áridos que rodean el lago del Esclavo y el del Oso (1). Mackenzie partió el 3 de junio de 1789 del fuerte de Chipiouyan, sobre el lago de los Montes, que se comunica con el del Esclavo por una corriente de agua. En este lago nace el rio que desemboca en el mar del polo, y se llama ahora *rio de Mackenzie*.

El 10 de octubre de 1792 partió segunda vez Mackenzie del fuerte de Chipiouyan, y dirigiendo su rumbo al Oeste; atravesó el lago de los Montes, y remontó el rio de Oungigah, ó de la Paz, que tiene su origen en los montes Roqueños. Los misioneros fran-

(1) En el análisis que he dado de los viages de Mackenzie puede verse la historia de los descubrimientos que precedieron á los de aquel en la América septentrional.

ceses habian conocido ya estos montes bajo el nombre de montañas de las *Piedras brillantes*. Mackenzie las atravesó, y encontró un gran rio, el Tacoutché-Tessé, que equivocadamente tomó por el Colombia: no siguió su curso, y se trasladó al océano Pacífico por otro rio que llamó el *rio del Salmon*.

Encontró multiplicadas huellas del capitan Vancouver; observó la latitud á los 52° 21′ 33″, y escribió con un pedazo de vermellon sobre una roca: «Alejandro Mackenzie vino del Canadá á este sitio por tierra el 22 de julio de 1793.» ¿Que haciamos en Europa en aquella época? Por un mezquino impulso de emulacion nacional, que ellos mismos no llegan á advertir, los viageros americanos hablan poco del segundo itinerario de Mackenzie, itinerario que prueba que este inglés tuvo el honor de atravesar el primero el continente de la América septentrional, desde el mar Atlántico hasta al gran Océano.

El 7 de mayo de 1792, el capitan americano Roberto Gray descubrió en la costa Noroeste de la América septentrional, la embocadura de un rio á los 46° 19′ de latitud Norte, y 126° 14′ 15″ de longitud Oeste del meridiano de París. Roberto Gray entró en este rio él 11 del mismo mes, y le llamó *la Colombia*, que era el nombre del buque que mandaba Vancouver llega al mismo sitio el 19 de octubre del propio año: Broughton, con la reserva de Vancouver, pasó la barra de la Colombia, y remontó el rio ochenta millas mas arriba de la barra.

Los capitanes Lewis y Clarke, que llegaron por el Missouri, bajaron los montes Roqueños, y en 1805 edificaron á la entrada de la Colombia un fuerte, que á su partida fué abandonado.

En 1811 levantaron los americanos otro fuerte á la orilla izquierda del mismo rio, y le pusieron el nombre de *Astoria*, en memoria de M. J. J. Astor,

negociante de Nueva-Yorck, y director de la compañía de peleterías del océano Pacífico.

En 1810 se reunieron en San Luis del Mississipí varios socios de esta compañía, y atravesando los espresados montes, hicieron una nueva escursion á la Colombia; y posteriormente, en 1812, algunos de dichos asociados, conducidos por Mr R. Stuart, volvieron desde la Colombia á San Luis. Todo, pues, por aquella parte es ya conocido, Los grandes afluentes del Missouri, el rio de los Osages, el de la Roca-Amarilla, tan caudaloso como el Ohío, han sido remontados; los establecimientos americanos se comunican por estos rios al Noroeste con las tribus indianas mas apartadas, y al Sudeste con los habitantes del Nuevo-Méjico.

En 1820 Mr. Cass, gobernador del territorio del Michigan, partió de la ciudad del Estrecho, edificada sobre el canal que reune el lago Erié con el Saint-Clair, siguió la gran cadena de los lagos, y buscó las fuentes del Mississipí; Mr. Schoolcraft redactó el diario de este viage lleno de hechos y de instruccion. La espedicion entró en el Mississipí por el rio del Lago de Arena: el rio en aquel párage tenia doscientos pies de ancho. Los viageros le remontaron y salvaron cuarenta y tres saltos. El Mississipí iba siempre estrechándose, y en el salto de Peckagoma solo tenia ochenta pies de ancho. «El aspecto del pais cambia, dice Mr. Schoolcraft: el bosque que sombreaba las riberas del rio desaparece; aquel describe numerosas sinuosidades en una pradera de tres millas de ancho, donde crecen plantas muy elevadas, ballueca y juncos, y rodeada de colinas arenosas, donde se ven algunos pinos amarillos. Hemos navegado largo tiempo sin adelantar mucho: parecia que hubiésemos llegado al nivel superior de las aguas; la corriente del rio no pasaba de una milla por hora. Solo veíamos el

cielo y las yerbas, por entre las cuales se abrian paso nuestras canoas, y que nos ocultaban los objetos apartados. Las aves acuáticas se encontraban con mucha abundancia; pero no se veia entre ellas ningun chorlito,»

La espedicion atravesó el pequeño y el grande lago Quinnipec; cincuenta millas mas arriba se detuvo en el lago superior del Cedro-Rojo, al que puso el nombre de *Cassina*, en honor de Mr. Cass.

Allí se encuentra la principal fuente del Mississipí: el lago tiene diez y ocho millas de largo sobre seis de ancho: sus aguas son cristalinas, y sus orillas están sombreadas por arces y pinos. Mr. Pike, otro viagero que coloca en el lago de la Sanguijuela uno de los manantiales mas copiosos del Mississipí, pone el lago Cassina á los 47° 52′ 40″ de latitud Norte.

El rio de la Cierva sale del lago del mismo nombre, y entra en el Cassina. «Calculando en sesenta millas, dice Mr. Schoolcraft, la distancia que media desde el lago Cassina al de la Cierva, que es el manantial mas remoto del Mississipí, resultarán de longitud total del curso de este rio tres mil treinta y ocho millas. El año anterior le habia yo bajado (el Mississipí) desde San Luis en un buque de vapor, y el 10 de julio habia pasado su embocadura para dirigirme á Nueva-Yorck. De modo que poco mas de un año despues me encontraba cerca de su orígen sentado en una canoa indiana.»

Mr. Schoolcraft observa que á poca distancia del lago de la Cierva corren las aguas hácia el Norte por el rio Rojo, que baja á la bahía de Hudson.

Tres años despues; en 1823, recorrió Mr. Beltrami las mismas regiones. Este viagero situa las fuentes septentrionales del Mississipí cien millas mas arriba del lago Cassina ó del Cedro-Rojo; afirma que an-

tes de él ninguno habia pasado mas allá del lago citado, y describe de este modo su descubrimiento de las fuentes del Mississipí.

«Nos hallamos en las tierras mas elevadas de la America septentrional..... Sin embargo todo está llano, y la colina en donde estoy, no es por decirlo así, otra cosa que una eminencia formada en medio para que sirva de observatorio.

Estendiendo la vista en derredor, se ven correr las aguas por el Sur hácia el golfo de Méjico, por el Norte hácia el mar Glacial, por el Este hácia el Atlántico, y por el Oeste hácia el mar Pacífico.

«Esta suprema elevacion está coronada por una gran meseta; y lo mas admirable es que en medio de ella se ve brotar un lago.

«¿Cómo se ha formado este lago? ¿De dónde vienen aquellas aguas? Solo el grande Arquitecto del universo puede decirlo..... Dicho lago no tiene ninguna salida, y mi vista, que es harto penetrante, no pudo descubrir en todo el horizonte, que estaba muy claro, ninguna tierra que se elevase mas arriba de su nivel; todas por el contrario están mucho mas bajas.....

«Ya hemos visto las fuentes del rio que hasta aquí he remontado (el rio Rojo); están precisamente al pie de la colina, y filtran en línea recta de la orilla septentrional del lago; estas son las fuentes del rio Rojo ó Sangriento. Al otro lado, á la parte del Sur, brotan otras fuentes, y forman un pequeño y gracioso estanque de unos ochenta pies de circunferencia: estas aguas filtran tambien del lago, y son las fuentes del Mississipí.

«Este lago tiene unas tres millas de circuito; forma una especie de corazon, y habla al alma: la mia se conmovió á su vista: parecióme justo sacarle del olvido en que la geografía le dejaba aun despues de

tantas espediciones, y hacerle conocer al mundo de un modo distinguido. Le dí, pues, el nombre de aquella dama respetable, cuya vida, como ha dicho su ilustre amiga la condesa de Albany, *fué un curso de moral en accion*, y la muerte una calamidad para todos los que habian tenido la dicha de tratarla..... Le llamé el *lago de Julia*; y á las fuentes de los dos rios, las *fuentes Julianas del rio Sangriento*, las *fuentes Julianas del Mississipí*.

«Parecióme que las sombras de Colon, de Américo Vespucio, de los Cabotto, Verazani, etc., asistian llenas de júbilo á aquella gran ceremonia, y se felicitaban de que uno de sus compatriotas viniese á renovar con nuevos descubrimientos la memoria de los servicios que hicieron al mundo entero con sus talentos, sus hazañas y sus virtudes.»

Es un estrangero el que habla, y fácilmente se reconoce el gusto, los rasgos, el carácter y el justo orgullo del genio italiano.

La verdad es que la meseta en donde toma su orígen el Mississipí, es una tierra llana, pero culminante, cuyas vertientes cubren las aguas al Norte, al Este, al Mediodía y al Oeste, y que sobre dicha meseta se abren una porcion de lagos, de donde rebosan rios, que corren por todos los rumbos del viento. El suelo de esta meseta superior es movedizo, como si flotase sobre los abismos. En la estacion de las lluvias salen de madre los lagos y los rios, y tomaríase aquello por un mar, si este mar no llevase bosques de ballueca de veinte y treinta pies de alto. Las canoas perdidas en aquel doble Océano de agua y de yerbas, no pueden dirigirse sino con el auxilio de la brújula y las estrellas. Cuando sobreviene alguna tempestad, las plantas fluviales se doblan y caen sobre las embarcaciones, y millones de ánades, cerze-

tas, garzas y gallinetas alzan el vuelo, y forman una nube sobre la cabeza de los viageros.

Las aguas desbordadas, permanecen por algunos dias inciertas en su curso; hasta que poco á poco van dividiéndose. Una piragüa es arrastrada blandamente hácia los mares polares, los del Mediodía, los grandes lagos del Canadá ó los afluentes del Misouri, segun el punto de la circunferencia en que se encuentra cuando ha pasado la mitad de la inundacion; y nada tan magestuoso y admirable como aquel movimiento y aquella distribucion de las aguas centrales de la América del Norte.

El mayor Pike en 1806 y Mr. Nuttal en 1819, recorrieron sobre el Mississipí inferior el territorio de Arkansa, visitaron los Osages, y reunieron noticias tan útiles á la historia natural, como á topografía.

Tal es el Mississipí de que yo hablaré en mi *viage*; rio que los franceses bajaron los primeros viniendo del Canadá; rio que corrió por sus dominios, y cuyos ricos valles sienten aun la falta de su genio.

Colon descubrió la América en la noche del 11 al 12 de octubre de 1492, y el capitan Francklin completó el descubrimiento de aquel nuevo mundo el 18 de agosto de 1826. ¡Cuántas generaciones han bajado al sepulcro! ¡cuántas revoluciones se han verificado! ¡cuántas mudanzas han ocurrido en los pueblos en este espacio de trescientos treinta y tres años, nueve meses y veinte y cuatro dias!

El mundo de hoy no se parece ya al mundo de Colon. En aquellos mares ignorados, sobre los cuales se veia una *mano negra*, la *mano de Satan* (1), que arrebataba durante la noche los buques, y los sumergia en el fondo del abismo; en aquellas regiones antárticas, morada de la noche, del espanto y de las fábulas,

(1) Véanse los antiguos mapas y los navegantes árabes.

en aquellas furiosas aguas del cabo de Hornos y del cabo de las Tormentas, donde se apoderaba el terror de los pilotos; en aquel doble Océano, cuyas olas azotan sus dobles riberas; en aquellos parages, en otro tiempo tan temidos, se ven ahora los buques-correos que hacen la travesía en periodos determinados para llevar la correspondencia y los viageros. Desde una ciudad floreciente de Europa se convida á comer á un amigo que reside en una ciudad de América, y llega con puntualidad á la hora convenida. En lugar de aquellos buques groseros, poco limpios, infectos y húmedos, donde solo se comian carnes saladas, y el escorbuto devoraba al pasagero, navíos elegantes ofrecen á estos cámaras artesonadas de caoba, adornadas con tapices, espejos, flores, bibliotecas, instrumentos de música, y toda la delicadeza de una mesa fina, y un viage que exigiera muchos años de investigaciones en las mas opuestas latitudes, no causaria la muerte de un solo marinero.

Las distancias han desaparecido, y nos reimos de las tempestades. Un simple ballenero da la vela para el polo austral, y si no halla buena pesca se vuelve al polo boreal. Para coger un pez atraviesa dos veces los trópicos; recorre dos veces un diámetro de la tierra, y toca en pocos meses en los dos estremos del universo. En las puertas de las tabernas de Lóndres se ve anunciada por carteles la partida del *paquebote de la Tierra de Diémen,* con todas las *comodidades posibles* para los que pasen á los antípodas; y este aviso suele estar despues del anuncio de la partida del *paquebote de Douvres à Calais.* Hay *itinerarios de faltriquera, guias* y *manuales* para el uso de la personas que se proponen hacer un *viage de recreo alrededor del mundo*; y este viage dura nueve ó diez meses, y algunas veces menos. Se parte en invierno al salir de la ópera; se toca en las islas Canarias, en Rio-Janeiro, en

las Filipinas, en la China, en las Indias, en el cabo de Buena Esperanza, y el viagero se encuentra de vuelta en su casa cuando van á empezar las cacerías.

Los buques de vapor no conocen ya vientos contrarios en el Océano, ni corrientes opuestas en los rios; y parecen unos kioscos, ó palacios flotantes de dos ó tres pisos, desde cuyas galerías se admiran los mas hermosos cuadros de la naturaleza en las selvas del Nuevo Mundo. Caminos cómodos facilitan la subida á la cumbre de los montes, y abren las puertas á unos desiertos, que hace poco eran inaccesibles: cuarenta mil viageros acaban de reunirse como en un dia de campo en la catarata del Niagara. Los pesados carromatos del comercio se deslizan rápidamente sobre caminos de hierro; y si la Francia, la Alemania y la Rusia conviniesen en establecer una línea telegráfica hasta la muralla de la China, podriamos escribir á algun amigo chino, y recibir la contestacion en el espacio de nueve ó diez horas. Un hombre que empezase su peregrinacion á los diez y ocho años y la acabase á los sesenta, suponiendo que no caminase mas que cuatro leguas por dia, daria en este tiempo cerca de siete veces la vuelta de nuestro miserable planeta. El genio del hombre es verdaderamente sobrado grande para su pequeña habitacion; por lo que es preciso deducir que está destinado á mas alta morada.

¿Conviene que se hayan facilitado tanto las comunicaciones entre los hombres? ¿No se conservaria mejor el carácter particular de las naciones, si estas no se conociesen unas á otras, y conservasen con religiosa fidelidad los hábitos y las tradiciones de sus padres? Me acuerdo de que en mi juventud oia murmurar á algunos bretones ancianos contra los caminos que se proyectaba abrir en sus bosques, siendo así

que aquellos caminos debian dar mas valor á las propiedades riberiegas.

Yo bien sé que puede emplearse este sistema de tiernas declamaciones, porque los buenos tiempos antiguos tienen sin duda su mérito; pero no debe perderse de vista que un estado político no es mejor porque sea caduco ó rutinario; pues en otro caso habriamos de convenir en que el despotismo de la China y de la India, donde nada se ha cambiado en tres mil años, es la cosa mas perfecta del mundo; y ciertamente no se concibe, que puede ser tan grato el encerrarse durante cuarenta siglos con unos pueblos que se hallan en la infancia, y unos tiranos que están en la decrepitud.

El gusto y la admiracion de los estacionarios, provienen de los falsos juicios que forman sobre la verdad de los hechos, y sobre la naturaleza del hombre: sobre la verdad de los hechos, porque suponen que las costumbres antiguas eran mas puras que las modernas, lo cual es un error insigne, y sobre la naturaleza del hombre, porque no quieren conocer que el entendimiento humano es capaz de perfeccion.

Los gobiernos que atajan el vuelo del genio, se parecen á aquellos pajareros que cortan las alas al águila para impedir que se remonte.

En fin, solo se declama contra los progresos de la civilizacion por un efecto de las preocupaciones: todavía se mira á los pueblos como se les miraba en otro tiempo; esto es, aislados y sin tener nada de comun en sus destinos. Pero si se considera la especie humana como una gran familia que camina al mismo objeto, si se desecha la idea de que todo en este mundo está dispuesto para que una pequeña provincia, un corto reino, permanezcan eternamente en su ignorancia, en su pobreza y en sus instituciones políticas, tales como la barbarie, el tiempo y el acaso las

ha producido; entonces este desarrollo de la industria, de las ciencias y de las artes, parecerá lo que efectivamente es, una cosa legítima y natural. En este movimiento universal se reconocerá el de la sociedad, que acabando su historia particular, empieza su historia general.

En otro tiempo el que habia dejado sus hogares como Ulises, era un objeto de curiosidad. Ahora, esceptuadas media docena de personas que están fuera de toda comparacion por su mérito individual, ¿quién puede interesarse por la narracion de sus viages? Por esa razon me coloco entre la multitud de los viageros oscuros, que solo han visto lo que ha visto todo el mundo, que no han hecho ningun progreso en las ciencias, que nada han añadido al tesoro de los conocimientos humanos, pero me presento como el último historiador de los pueblos de la tierra de Colon, de aquellos pueblos cuya raza no tardará en desaparecer; y voy á decir algunas palabras sobre los destinos futuros de la América, sobre los otros pueblos herederos de los desventurados indios: no tengo otra pretension que la de espresar pesares y esperanzas.

INTRODUCCION.

En una nota del *Ensayo histórico* (1), escrito en 1794, referí ya circunstanciadamente cuál era mi designio al pasar á América; y en este mismo concepto he hablado muchas veces en las demas obras, y particularmente en el prólogo de la *Atala*. Nada menos pretendia yo que descubrir la comunicacion al Noroeste de la América, volviendo á encontrar el mar Polar visto por Hearne en 1772, divisado mas al Oeste por Mackenzie en 1789, reconocido por el capitan Parry, que se aproximó á él en 1819, atravesando el estrecho de Lancastre, y en 1821, á la estremidad del estrecho de la *Hecla* y de la *Fury* (2); y últimamente, por el capitan Francklin, que despues de haber bajado sucesivamente el rio de Hearne en 1821 y el de Mackenzie en 1826, acaba de reconocer las costas de este Océano, que se halla rodeado de una zona

(1) *Ensayo histórico sobre las revoluciones*, 2.ª parte, capítulo XXIII.

(2) Este intrépido marino volvió á partir para el Espitzberg, con la intencion de llegar hasta el polo en un trineo, y permaneció sesenta y un dias sobre el hielo, sin poder pasar de los 82º 45′ de latitud Norte.

de nieve, y que hasta el dia ha rechazado todos los buques.

Debe notarse una cosa peculiar á la Francia: la mayor parte de sus viageros han sido hombres aislados, abandonados á sus propias fuerzas y á su propio genio: rara vez los ha empleado ó socorrido el gobierno ó alguna compañia particular; y de aquí ha resultado que algunos pueblos estrangeros mas previsores, han hecho por un concurso de voluntades nacionales, lo que los individuos franceses no han podido concluir. En Francia se halla el valor, y el valor es muy digno del éxito; pero no siempre basta para obtenerle.

Cuando dirijo una mirada sobre lo pasado, ahora que me hallo al fin de mi carrera, no puedo menos de pensar cuánto hubiera variado ésta para mí, si yo hubiera realizado el objeto de mi primer viage. Perdido en aquellos mares salvages, caminando por aquellas playas hiperbóreas, no holladas aun por planta humana, los años de discordia que han hundido con estrépito tantas generaciones, hubieran pasado en silencio para mí: el mundo se hubiera cambiado durante mi ausencia. Entonces es probable que no hubiera tenido nunca la desgracia de escribir: mi nombre hubiera continuado desconocido, ó se hubiera grangeado una de esas celebridades pacíficas que no despiertan la envidia, y anuncian menos gloria que felicidad. ¿Quién sabe si hubiera vuelto á pasar el Atlántico, si me hubiera fijado en aquellas soledades que descubrí como un conquistador? Es verdad que entonces no me hubiera sentado en el congreso de Verona, ni me hubieran llamado monseñor en el Hotel de Negocios Estrangeros, calle de Capuchinos en París.

Todo esto es muy indiferente en el término de la carrera. Cualquiera que haya sido la diversidad de

caminos, los viageros llegan al punto comun de reunion: todos llegan igualmente fatigados, porque en el mundo, desde el principio al fin de la jornada, nadie se sienta una sola vez para descansar, y á la manera de los judíos en el convite de la Pascua, todos asisten de paso al banquete de la vida, y todos están en pié, ceñidos por el lomo de una cuerda, puestas las sandálias, y el baston en la mano.

Es inútil repetir aquí cuál era el objeto de mi empresa, puesto que lo he dicho mil veces en mis obras. Me bastará, pues, hacer observar al lector, que este primer viage podia ser el último si lograba procurarme desde luego los recursos necesarios para mi gran descubrimiento; pero en el caso de hallarme detenido por algunos obstáculos imprevistos, este primer viage no debia ser mas que el preludio de otro, una especie de reconocimiento del desierto.

Para esplicar el rumbo que se me verá tomar, es necesario tambien acordarse del plan que me habia trazado: plan rápidamente bosquejado en la nota del *Ensayo histórico* que arriba dejo indicada. El lector verá en ella que en lugar de subir al Septentrion, me proponia dirigirme al Oeste, de modo que pudiese atracar en la costa occidental de la América, un poco mas arriba del golfo de California. De allí, siguiendo el perfil del continente, siempre á vista del mar, trataba de dirigirme al Norte, hasta el estrecho de Behring, doblar el último cabo de la América, bajar al Este por la costa del mar Polar, y volver á los Estados-Unidos por la bahía de Hudson, el Labrador y el Canadá.

Lo que me determinaba á recorrer tan larga costa del océano Pacífico, era el poco conocimiento que de ella se tenia. Aun despues de los trabajos de Vancouver, quedaban dudas acerca de la existencia de una comunicacion entre los 40 y los 60° de la-

titud septentrional; el rio de Colombia, la situacion del Nuevo Cornouailles, el estrecho de Chleckhoff, las regiones Aleucienas, el golfo de Bristol ó de Cook, las tierras de los indios tchoukotches, nada de esto habia sido aun esplorado por Kotzebue ni por los otros navegantes rusos ó americanos. En el dia el capitan Francklin, evitando muchos miles de leguas de rodeo, se ha ahorrado el trabajo de buscar en el Occidente lo que solo podia encontrarse en el Septentrion.

Ahora vuelvo ó suplicar al lector que traiga á su memoria los diversos parages de la advertencia general que precede á mis *obras completas*, y del prólogo del *Ensayo histórico*, en donde he referido algunas particularidades de mi vida. Destinado por mi padre á la marina, por mi madre al estado eclesiástico, y por mi eleccion al servicio de tierra, habia sido presentado á Luis XVI. Para obtener los honores de la córte y subir en las carrozas, segun el lenguage de la época, era necesario tener cuando menos la consideracion de capitan de caballería, de modo que yo era de derecho capitan de caballería y de hecho subteniente de infantería en el regimiento de Navarra. Los soldados de éste, del que era coronel el marqués de Mortemar, se insurreccionaron como los demas, á fines de 1790, y en su consecuencia quedé yo libre de todo compromiso. Cuando dejé la Francia á principios de 1791, caminaba ya la revolucion á pasos de gigante. Proclamaba aquella mis propios principios; mas yo detestaba las violencias que la habian deshonrado, y por eso partia gustoso en busca de una independencia mas análoga á mis inclinaciones y mas adecuada á mi carácter.

En aquella misma época iba en aumento la emigracion; pero como todavía no habian llegado á las manos los partidos, ningun sentimiento de honor me

obligaba á tomar parte, contra mi conviccion, en los descabellados proyectos de Coblentz. Otra emigracion mas racional se dirigia hácia las riberas del Ohío, donde una tierra de libertad ofrecia su asilo á los que huian de la libertad de su patria. Nada prueba mejor el alto precio de las instituciones liberales, que este destierro voluntario de los partidarios del poder absoluto en un mundo republicano.

En la primavera de 1791 me despedí de mi respetable y digna madre, y me embarqué en Saint-Maló. Llevaba para el general Washington una carta de recomendacion del marqués de la Rouairie, el cual habia hecho la guerra de la independencia en América, y no tardó en hacerse célebre en Francia por la conspiracion realista á que dió nombre. Venian en mi compañía algunos jóvenes seminaristas de San Sulpicio, á quienes conducia á Baltimore su superior, que era un hombre de mérito. Nos dimos á la vela, y al cabo de cuarenta y ocho horas perdimos de vista la tierra, y entramos en el Atlántico.

Las personas que nunca han navegado, es muy dificil que puedan formarse una idea de los sentimientos que esperimenta el que desde cubierta no distingue ya mas que mar y cielo. Yo he procurado trazar estos sentimientos en el capitulo del *Genio del Cristianismo*, titulado *Dos perspectivas de la naturaleza*, y en *los Natchez*, atribuyendo á *Chactas* mis propias emociones. El *Ensayo histórico* y el *Itinerario* están igualmente llenos de recuerdos y de imágenes de lo que puede llamarse el desierto del Océano. Hallarme en medio del mar, era no haber salido de mi patria; era por decirlo así, haberme llevado en mis primeros viages mi nodriza, la confidente de mis primeros placeres. Para que el lector pueda pene-

trar mejor el espíritu de la relacion que va á leer, séame permitido citar algunas páginas de mis memorias inéditas: nuestro modo de ver y de sentir se resiente casi siempre de las reminiscencias de nuestra juventud.

A mí pueden aplicárseme aquellos versos de Lucrecio:

> Tum porro puer ut saevis projectus ab undis
> Navita. . . . . .

El cielo quiso colocar en mi cuna una imágen de mis destinos.

«Criado como el compañero de los vientos y de las olas, estas olas, estos vientos, esta soledad, que fueron mis primeros maestros, se adaptan quizá mas á la naturaleza de mi espíritu y á la independencia de mi carácter; y acaso debo á esta educacion salvage, alguna virtud que no hubiera conocido: lo cierto es que ningun sistema de educacion es en sí mismo preferible á otro. Dios hace bien todo lo que hace, y su providencia es la que nos dirige cuando nos llama á desempeñar algun papel en la escena del mundo.»

Despues de los pormenores de la infancia, se siguen los de mis estudios. Habiendo dejado de muy poca edad la casa paterna, refiero la impresion que hizo en mí, París, la córte y el mundo; pinto la sociedad de entonces, los hombres que ví en ella, los primeros movimientos de la revolucion: la série de las fechas me lleva á la época de mi partida para los Estados-Unidos. Al dirigirme al puerto visité la tierra en que habia pasado una parte de mi niñez; pero dejo hablar á mis *Memorias*.

«Tres solas veces volví á ver á Comburgo: cuan-

do murió mi padre toda la familia se reunió en el castillo para decirse adios; dos años despues fuí acompañando á mi madre, que queria amueblar el antiguo solar de la familia, adonde mi hermano trataba de llevar á mi cuñada; pero mi hermano no vino á Bretaña, y subió muy pronto al cadalso con la jóven (1), para quien habia preparado mi madre el lecho nupcial; en fin, la última vez que ví á Comburgo, fué al llegar al puerto cuando me decidí á pasar á América.

«Despues de diez y seis años de ausencia, pronto ya á dejar el suelo natal por las ruinas de la Grecia, quise ir á abrazar en medio de las llanuras de la Bretaña lo que me restaba de mi familia; pero no tuve valor para emprender aquel viage á los campos paternos. Allí, entre los matorrales de Comburgo, he llegado yo á ser lo poco que soy; allí he visto reunirse y dispersarse mi familia: de diez hermanos que éramos, solo quedamos cuatro. Mi madre murió de pesar; las cenizas de mi padre fueron arrojadas al viento.

«Si mis obras me sobreviven; si está determinado que yo deje algun nombre, quizá llegará un dia en que guiado el viagero por estas Memorias, se detendrá un momento en los lugares que he descrito. Podrá reconocer el castillo; mas en vano buscará la alameda ni el gran bosque: todo ha sido talado: la cuna de mis ilusiones ha desaparecido con ellas. Solo, en pie sobre la roca el antiguo torreon, parece que llora y echa menos las encinas que le rodeaban y le protegian contra las tempestades. Aislado como él, tambien he visto yo caer en derredor mio la familia

(1) La señorita de Rosambo, nieta de Mr. de Malesherbes, guillotinada en compañía de su marido el mismo dia que su ilustre abuelo.

que embellecia mis dias y me daba su abrigo; pero loado sea Dios; mi vida no está edificada sobre la tierra con tanta solidez como las torres en donde pasé mi juventud.»

Ahora ya conoce el lector al viagero con quien ha de entenderse en la narracion de sus primeras aventuras.

VIAGE A AMÉRICA.

Embarquéme, pues, en Saint-Maló, como ya he dicho; nos hicimos á la vela, y el 6 de mayo de 1791, á las ocho de la mañana, descubrimos el pico de la isla de Pico, una de las Azores: pocas horas despues fondeamos en una mala rada, sobre rocas en frente de la isla Graciosa, cuya descripcion puede leerse en el *Ensayo histórico*. Se ignora la época precisa del descubrimiento de esta isla.

Esta era la primera tierra estrangera adonde yo aportaba, y por esta razon me quedó un recuerdo de ella, que conservó para mí el sello de la viveza y de la juventud. Por eso conduje á Chactas á las Azores, y le enseñé la famosa estátua que los primeros navegantes pretendieron haber encontrado en aquellas playas.

De las Azores, arrojados por el viento sobre el banco de Terra-Nova, nos vimos precisados á tocar segunda vez en la isla de San Pedro. «T. y yo, digo tambien en el *Ensayo histórico*, recorriamos los escarpados montes de aquella isla, y soliamos perdernos entre las nieblas en que abunda generalmente,

vagando por medio de las nubes y las bocanadas de viento, sin oir mas que los bramidos de un mar que descubriamos, estraviados entre espesos matorrales á la orilla de un riachuelo, que se precipitaba entre las rocas; T. se imaginaba ser el bardo de Cona, y como era semi-escocés se ponia á declamar algunos pasages de Osian, acompañándolos de tonadas salvages, que al efecto improvisaba.»

Los valles están sembrados en diferentes partes de una especie de pino, cuyos tiernos tallos sirven para hacer una cerveza amarga. La isla está cercada de muchos escollos, entre los cuales es notable el del *Palomar*, así llamado porque las aves marinas hacen allí sus nidos en la primavera. En el *Genio del Cristianismo* he dado su descripcion

La isla de San Pedro solo se halla separada de la de Terra-Nova por un estrecho harto peligroso; y desde sus tristes riberas se descubren hasta las costas mas sombrías de Terra-Nova. Durante el verano las playas de aquellas islas se hallan cubiertas de peces, que se ponen á secar al sol, y en invierno de osos blancos, que se alimentan de los restos que dejan olvidados los pescadores.

Cuando yo llegué á San Pedro, la capital de la isla consistia, á lo que me acuerdo, en una calle bastante larga, situada á la orilla del mar. Los habitantes, que son muy hospitalarios, vinieron á ofrecernos su mesa y su casa. El gobernador estaba alojado á un estremo de la ciudad. Tres ó cuatro veces comí con él y despues de comer solia enseñarme su *jardin* en uno de los fosos del fuerte, en donde cultivaba algunas legumbres de Europa. Luego nos dirigiamos á tener un rato de conversacion al pie del asta de bandera que estaba plantada en la fortaleza. El pabellon francés flotaba sobre nuestras cabezas, mientras que nosotros mirábamos un mar salvage y las

sombrías costas de Terra-Nova, siempre hablando de la patria.

Despues de una detencion de quince dias, dejamos la isla de San Pedro, y el buque, dirigiendo su rumbo al Mediodía, llegó á la altura de las costas del Maryland y de la Virginia, donde nos detuvieron las calmas. Allí gozábamos del mas hermoso cielo: las noches, y las salidas y puestas del sol eran admirables. En el capítulo del *Genio del Cristianismo* ya citado, titulado *Dos perspectivas de la naturaleza*, he recordado una de aquellas pompas nocturnas y el magnífico aspecto de la puesta del sol. «El globo del sol á punto de sumergirse en las ondas, se descubria por entre la jarcia del navío en medio de los inmensos espacios, etc.»

Poco faltó para que un accidente no desbaratase todos mis proyectos.

El calor nos ahogaba; el buque en una calma absoluta, sin velas, y sobradamente cargado con su arboladura, estaba agitado por los vaivenes. Hallándome abrasado sobre la cubierta, y fatigado del movimiento, resolví bañarme, y aunque no teniamos en el agua ninguna chalupa, me eché al mar desde el palo de bauprés. Al principio todo iba bien, y mi egemplo fué seguido de muchos pasageros. Nadaba yo sin mirar al buque; mas cuando volví la cabeza, noté que la corriente le habia ya llevado muy lejos de mí. La tripulacion se habia reunido toda sobre la cubierta, y habian echado un cabo á los otros nadadores; descubrianse en las aguas mismas del buque algunos tiburones, y para ahuyentarlos, disparaban desde bordo algunos tiros. La marejada era tan gruesa, que retardaba mi vuelta, y agotaba mis fuerzas: hallábame sobre un abismo, y los tiburones podian á cada momento llevárseme un brazo ó una pierna. En el buque se esforzaban en echar un bote

al agua; mas para esto era necesario armar un aparejo, lo cual exigia mucho tiempo.

Afortunadamente se levantó una brisa casi insensible: el buque pudo gobernar un poco, y se aproximó á mí, que ya entonces pude coger el cabo de la cuerda; pero los compañeros de mi temeridad se habian asido tambien á esta cuerda, y cuando nos izaron hácia el costado del bastimento, como yo me hallaba al estremo de la hilera, cargaban sobre mí con todo su peso. Nos fueron sacando uno á uno, cuya operacion fué muy larga; y como los vaivenes continuaban, á cada uno de ellos nos sumergíamos diez ó doce pies dentro del agua, ó nos quedábamos colgando en el aire á igual número de pies, como peces al fin de un sedal. A la última inmersion conocí que iba ya á perder el sentido, y con un vaiven mas se acababan mis viages: en fin, me izaron á bordo medio muerto: ¡si me hubiera ahogado, por cierto que la pérdida no hubiera sido grande!

Algunos dias despues de este accidente, descubrimos la tierra que nos hicieron ver las copas de algunos árboles que parecia salian del seno de las aguas: las palmeras de la embocadura del Nilo me descubrieron despues del mismo modo las riberas del Egipto. Vino un piloto á nuestro bordo, entramos en la bahía de Chesapeake, y aquella misma tarde enviamos una chalupa á buscar agua y víveres frescos. Yo me reuní con los que bajaban á tierra, y á la media hora de haber dejado el buque, puse los pies en el suelo americano.

Permanecí algun tiempo con los brazos cruzados, dirigiendo miradas alrededor de mí, poseido de una mezcla de sentimientos y de ideas que entonces no podia poner en claro ni ahora podria pintar. Aquel continente ignorado del resto del mundo por toda la antigüedad, y por espacio de muchos siglos en los

tiempos modernos; los primeros destinos salvages de aquel pais, y los segundos despues de la llegada de Cristóbal Colon; la dominacion de las monarquías de la conmovida Europa en aquel Nuevo-Mundo; la antigua sociedad acabando en la jóven América; una república de un género hasta entonces desconocido, anunciando un cambio en el espíritu humano y en el órden político; la parte que mi patria habia tenido en aquellos acontecimientos, aquellos mares y aquellas costas que en parte debian su independencia al pabellon y á la sangre francesa; un hombre grande que salia á la vez de en medio de las discordias y de los desiertos; Washington que habitaba una ciudad floreciente en el mismo sitio donde Guillermo Penn habia comprado un siglo antes un pedazo de tierra á algunos indios; los Estados-Unidos que al través del Océano, restituian á la Francia la revolucion y la libertad que la Francia habia sostenido con sus armas; mis propios proyectos en fin; los descubrimientos que me proponia hacer en aquellas soledades primitivas, cuyo vasto reino se estendia aun á espaldas del reducido imperio de una civilizacion estrangera: he ahí las cosas que ocupaban confusamente mi imaginacion.

Dirigímonos á una habitacion bastante apartada, para comprar en ella lo que nos quisieran vender. Atravesamos algunos bosquecillos de balsamíferos y cedros de Virginia, que embalsamaban el aire con sus aromas, y por donde revoloteaban los pájaros burlones y los cardenales, cuyo canto y colores me anunciaron un nuevo clima. Una negra de catorce á quince años y de estraordinaria belleza, nos abrió la barrera de una casa que se parecia á la vez á la hacienda de un inglés y á la habitacion de un colono. Algunas manadas de vacas pacian en prados artificiales rodeados de empalizadas, en los cuales correteaban una multitud de ardillas pardas, negras y

listadas: unos negros estaban aserrando piezas de madera, y otros cultivaban unas plantaciones de tabaco. Compramos algunas tortas de maiz, gallinas, huevos y leche, y nos volvimos á nuestro buque que estaba fondeado en la bahía.

Levamos ancla para ganar la rada y luego el puerto de Baltimore; pero el tránsito fué muy pausado en razon de faltarnos el viento. Al aproximarnos á Baltimore, se fueron estrechando las aguas, las cuales se encontraban en una calma perfecta: parecia que subiamos un rio cuyas orillas cubriesen largas calles de árboles. Baltimore se ofreció á nuestra vista como en el fondo de un lago: en frente de la ciudad se levantaba una colina cubierta de arboledas, al pie de la cual estaban edificando algunas casas. Amarramos en el muelle del puerto: yo me quedé á bordo, y saltando en tierra al dia siguiente, me alojé en la posada, adonde llevaron mi equipage. Los seminaristas se retiraron con su superior al establecimiento que tenian preparado, de donde despues se han ido dispersando por América.

Baltimore, como las demas metrópolis de los Estados-Unidos, no tenia entonces la estension que ha adquirido ahora; pero era una ciudad muy bonita, limpia y animada. Pagué mi pasage al capitan, y le le dí una comida de despedida en una taberna muy buena que habia junto al puerto. Tomé un asiento en la diligencia, que hacia el viage á Filadelfia tres dias á la semana: subí en dicho carruage á las cuatro de la mañana, y héme ya rodando sobre los magníficos caminos del Nuevo-Mundo, en donde ni conocia, ni era conocido de nadie. Mis compañeros de viage no me habian visto jamás, y yo no debia tampoco volver á verlos despues de nuestra llegada á la capital de la Pensilvania.

El camino que recorriamos se hallaba delineado,

pero no concluido. El pais era muy árido y bastante llano: pocas aves, pocos árboles, algunas casas esparcidas, y ninguna poblacion: este era el aspecto que presentaba la campiña, y lo que me causó una impresion desagradable.

Al aproximarnos á Filadelfia, encontramos algunos paisanos que iban al mercado, y carruages públicos muy elegantes. Filadelfia me pareció una bella ciudad: sus anchas calles, algunas plantadas de árboles, se cortan en ángulo recto bajo un órden regular de Norte á Sur y de Este á Oeste. El Delaware que corre paralelo á la calle que sigue su orilla occidental, es un rio que seria muy considerable en Europa; pero del que no se hace mérito en América. Sus riberas son bajas y poco pintorescas.

En la época de mi viage (1791) todavía no se estendia Filadelfia hasta el Schuylkill, sino que su terreno, avanzando hácia este afluente, se hallaba dividido en porciones en que se construian algunas casas aisladas.

El aspecto de Filadelfia es frio y monótono. En general lo que falta á las ciudades de los Estados-Unidos son los monumentos, y sobre todo antiguos. El protestantismo, que nada sacrifica á la imaginacion, y que en sí mismo es nuevo, no ha elevado aquellas torres y aquellas cúpulas con que ha decorado la Europa la antigua religion católica. En Filadelfia, en Nueva-Yorck ni en Boston, no se vé casi ningun objeto que descuelle sobre las murallas y las casas, cuyo nivel entristece la vista.

Los Estados-Unidos mas bien dan la idea de una colonia, que de una nacion madre, y mas bien se encuentran allí usos que costumbres. Se conoce que los habitantes no son nativos del pais: aquella sociedad, tan hermosa en el presente, no tiene pasado; las ciudades son nuevas, los sepulcros de ayer, y esto es lo

que me hizo decir en los Natchez: «Todavía los europeos no tenian sepulcros en América, y ya tenian calabozos: estos eran los únicos monumentos de lo pasado en aquella sociedad sin abuelos y sin recuerdos.»

Nada hay antiguo en América sino los bosques, hijos de la tierra, y la libertad, madre de toda sociedad humana: mas esto suple bien por la falta de abuelos y de monumentos.

Un hombre que desembarcaba como yo en los Estados-Unidos, lleno de entusiasmo por los antiguos, un Caton que buscaba en todas partes la rigidez de las primeras costumbres romanas, debia ciertamente escandalizarse al encontrar por do quiera la elegancia de los trages, el lujo de los coches, la frivolidad de las conversaciones, la desigualdad de las fortunas, la inmoralidad de las casas de banca y de juego, el bullicio de los salones de baile y de los teatros. En Filadelfia hubiera yo podido creerme en una ciudad inglesa, porque nada anunciaba que hubiese pasado de una monarquía á una república.

En el *Ensayo histórico* ha podido verse que en aquella época de mi vida admiraba yo mucho las repúblicas. Pero sin embargo no las creia posibles en la edad del mundo á que habiamos llegado; porque solo conocia la libertad al modo de los antiguos; esto es, la libertad hija de las costumbres en una sociedad naciente: ignoraba yo que hubiese otra libertad hija de las luces y de una civilizacion antigua; libertad cuya realidad ha probado la república representativa. En el dia ya el hombre puede ser libre sin necesidad de cultivar por sí mismo su pequeña hacienda, ni de despreciar las artes y las ciencias, ni de tener las uñas retorcidas ni la barba puerca.

El triste desengaño que habia sufrido en política, me comunicó sin duda el humor que me hizo escribir

la nota satírica contra los cuákeros, y hasta cierto punto contra todos los americanos, que se encuentra en el *Ensayo histórico*. Por lo demas, el esterior del pueblo en las calles de la capital de la Pensilvania, era muy agradable: los hombres se presentaban vestidos con el mayor aseo, y las mugeres, sobre todo las cuákeras, con sus sombreros uniformes parecian muy lindas.

Encontré muchos colonos de Santo Domingo y algunos franceses emigrados. Hallábame impaciente por empezar mi viage al desierto, y todos fueron de opinion de que me dirigiese á Albany, en donde mas inmediato á los desmontes y á las naciones indianas, me seria fácil encontrar guias, y adquirir noticias.

Cuando llegué á Filadelfia no se encontraba allí el gran Washington, y me fué preciso aguardarle por espacio de quince dias. Regresó, y le ví pasar en una carroza que tiraban con rapidez cuatro briosos corceles soberbiamente enjaezados. Segun las ideas que yo tenia entonces, Washington era necesariamente un Cincinato, y Cincinato en carroza desconcertaba un poco mi república del año 296 de Roma. ¿El dictador Washington podia ser otra cosa que un rústico que estimulaba á sus bueyes con el aguijon, y empuñaba la esteva de su arado? Mas cuando fuí á presentar á este grande hombre mi carta de recomendacion volví á encontrar en él la sencillez del antiguo romano.

Una casita al estilo inglés, y parecida á las casas inmediatas, era el palacio del presidente de los Estados-Unidos; y ni guardias ni aun criados se veian allí. Llamé, y salió á recibirme una criada. Preguntéla si estaba en casa el general, y habiéndome contestado que sí, la manifesté que tenia que entregarle una carta. Aquella jóven me preguntó mi nombre,

que no pudo retener por ser muy dificil de pronunciar en inglés, y me dijo con afabilidad: *Walk in, sir*: «Entre usted, caballero;» y echando á andar delante de mí por uno de aquellos corredores largos y angostos, que sirven de vestíbulo á las casas inglesas, me introdujo en un gabinete, en donde me rogó esperase al general.

Yo me hallaba sereno, porque ni la grandeza del alma ni de la fortuna han doblegado nunca mi carácter; pues admiro la primera sin abatirme, y miro con mas compasion que respeto á la segunda. Jamás podrá turbarme el semblante de un hombre.

Al cabo de pocos minutos salio el general: era un hombre alto, de semblante mas bien que noble serio y reposado, y cuyas facciones se espresan muy bien en las estampas que corren. Le entregué la carta sin hablar una palabra, la abrió, miró la firma, y la leyó en voz alta, esclamando: »¡El coronel Armand!» Así llamaba él, y así habia firmado el marqués de la Rouairie.

Nos sentamos, y le espliqué como pude el objeto de mi viage. Contestábame él con monosílabos en francés ó en inglés, y me escuchaba con cierta admiracion. Advertílo yo, y le dije con viveza: «Pero mas fácil es descubrir el paso del Nordeste, que crear un pueblo como vos lo habeis hecho.» ¡*Well, well, young man*! esclamó tendiéndome la mano. Me convidó á comer para el dia siguiente, y nos separamos.

Acudí á la cita con puntualidad: éramos solo cinco ó seis convidados, y la conversacion giró casi enteramente sobre la revolucion francesa. El general nos enseñó una llave de la Bastilla, que eran unos juguetes harto necios que se distribuian entonces en ambos mundos. Si Washington hubiese visto como yo á los vencedores de la Bastilla en los arroyos de las calles de París, hubiese tenido menos fe en su reliquia. La

fuerza y la gravedad de la revolucion no residian en aquellas sangrientas orgías. Cuando la révocacion del edicto de Nantes en 1685, el mismo populacho del arrabal de San Antonio demolió el templo protestante de Charenton con tanto celo como devastó en 1793 la iglesia de San Dionisio.

Despedíme de mi huésped á las diez de la noche, y ya no volví á verle. El se fué al campo el dia siguiente, y yo continué mi viage.

Tal fué mi entrevista con aquel hombre que dió la libertad á todo un mundo. Washington bajó al sepulcro antes de que acompañase á mi persona un poco de celebridad: yo pasé por su lado como el ser mas desconocido, cuando él se hallaba en lo mas elevado de su esplendor, y yo en lo mas profundo de mi obscuridad. Mi nombre acaso no permaneció un dia entero en su memoria; pero sin embargo me considero dichoso, puesto que me dirigió algunas miradas: miradas que me han reanimado el resto de mi vida; porque tienen mucha virtud las miradas de un hombre grande. Despues ví á Bonaparte, y así me mostró la Providencia los dos personages á quienes quiso poner á la cabeza de los destinos de su siglo.

Si se compara á Washington y á Bonaparte de hombre á hombre, el genio del primero parece menos elevado que el del segundo. Washington no pertenece como Bonaparte á la raza de los Alejandros y de los Césares, que se eleva sobre la comun altura de la especie humana. Nada de admirable va unido á su persona; no se halla colocado en un vasto teatro, ni ha venido á las manos con los capitanes mas hábiles y los monarcas mas poderosos de su tiempo; no atraviesa los mares; no corre de Memfis á Viena, y de Cádiz á Moscou: se defiende con un puñado de ciudadanos, en una tierra sin recuerdos ni celebridad en el estrecho círculo de los hogares domésticos. No

dá aquellas batallas que renuevan los triunfos sangrientos de Arbelas y de Farsalia; no derriba los tronos para reconstruir otros con sus ruinas; *no pone el pie sobre la cerviz de los reyes*; ni les hace decir en los vestíbulos de sus palacios.

Que tardan mucho, y se fastidia Atila.

Las acciones de Washington están envueltas en una especie de velo silencioso: obra con lentitud, y parece que se reconoce como el mandatario de la libertad del porvenir, y teme comprometerla. No es su destino el que ocupa á este héroe de nueva especie, es el de su pais; y por esto no se permite arriesgar lo que no le pertenece. Pero ¿qué golpe de luz no salta de aquella obscuridad? Buscad los desconocidos bosques en donde brilló la espada de Washington: ¿que encontrareis en ellos? ¿Sepulcros? No, ¡un mundo! Washington ha dejado los Estados-Unidos como trofeo en su campo de batalla.

Bonaparte no tiene ningun rasgo de aquel grave americano: pelea en una tierra antigua rodeada de esplendor y de ruido; no quiere crear otra cosa que su celebridad; solo está encargado de su propia suerte. Parece que conoce que su mision será corta, que el torrente que se precipita de tan alto se agotará muy pronto; y se apresura á gozar y abusar de su gloria como de una fugaz juventud. Á la manera de los dioses de Homero, quiere llegar en cuatro pasos al cabo del mundo. Aparece en todas las costas, inscribe precipitadamente su nombre en los fastos de todos los pueblos; al paso va arrojando coronas á su familia y á sus soldados, precipita sus monumentos, sus leyes, sus victorias. Asomado al mundo, con una mano derriba los reyes, y con la otra abate el gigante revolucionario; mas al aniquilará la anarquía, ahoga

la libertad, y acaba al fin perdiendo la suya en su último campo de batalla.

Cada uno es recompensado segun sus obras: Washington eleva una nacion á la independencia; y magistrado de paz se duerme tranquilo bajo su techo paternal, entre las lágrimas de sus compatriotas y la veneracion de todos los pueblos.

Bonaparte arrebata á una nacion su independencia: emperador destronado, se ve lanzado en el destierro, en donde el mundo estremecido no le cree aun bastante seguro bajo la guarda del Océano, y mientras débil y encadenado sobre una roca está luchando contra la muerte, no se atreve la Europa á dejar las armas. Espira, y esta noticia publicada á la puerta del palacio, delante de la cual habia hecho proclamar el conquistador tantos funerales, no detiene ni admira al pasagero: y en efecto, ¿qué tenian que llorar los ciudadanos?

La república de Washington subsiste, el imperio de Bonaparte ha sido destruido: ha pasado entre el primero y el segundo viage de un francés, que halló una nacion reconocida, allí donde habia peleado por algunos colonos oprimidos.

Washington y Bonaparte salieron del seno de una república: hijos ambos de la libertad, fué le fiel el primero y el segundo la vendió. Su suerte, pues, en consecuencia de su eleccion, será diferente en lo venidero.

El nombre de Washington se esparcirá con la libertad de siglo en siglo, y marcará el principio de una nueva era para el género humano.

El nombre de Bonaparte tambien será repetido por las generaciones futuras; pero no irá unido á ninguna bendicion, y servirá con frecuencia de autoridad á los opresores grandes ó pequeños.

Washington ha sido en todo el representante de

las necesidades, de las ideas, de las luces, y de las opiniones de su época: en vez de contrariar el movimiento de los espíritus, le ha favorecido; ha querido lo que debia querer, aquello mismo á que estaba llamado, y de ahí la coherencia y perpetuidad de su obra. Este hombre, que hace poca impresion, porque es natural y de justas proporciones, ha confundido su existencia con la de su pais; su gloria es el patrimonio comun de la civilizacion progresiva; su celebridad se eleva como uno de esos santuarios, en donde mana para el pueblo una fuente inagotable.

Bonaparte podia enriquecer igualmente el patrimonio público: porque obraba en la nacion mas civilizada, mas inteligente, mas valerosa, y mas brillante de la tierra. ¡Cuál seria hoy el rango que ocuparia en el universo, si á lo que tenia de heróico hubiese reunido la magnanimidad, si Washington y Bonaparte á la vez, hubiesen nombrado á la libertad heredera de su gloria!

Pero este gigante desmesurado no enlazaba completamente sus destinos á los de sus contemporáneos; su genio pertenecia á la edad moderna, su ambicion era propia de la época pasada: no echó de ver que los prodigios de su vida escedian mucho al valor de una diadema, y que este ornamento gótico le sentaria mal. Tan pronto avanzaba un paso con el siglo, tan pronto retrocedia hácia lo pasado, y sea que se opusiese ó siguiera el curso del tiempo, su prodigiosa fuerza arrastraba ó repelia las olas. Los hombres no fueron á sus ojos mas que un medio de poder; ninguna simpatía se estableció entre su felicidad y la de aquellos. Habia prometido libertarlos, y los encadenó; se aisló de ellos, y ellos se alejaron de él. Los reyes de Egipto no colocaban sus pirámides entre florecientes campiñas, sino en medio de estériles arenales; aquellos grandes sepulcros se elevan

como la eternidad, en el desierto: Bonaparte ha edificado á su semejanza el monumento de su celebridad.

Los que han visto como yo al conquistador de la Europa y al legislador de la América, apartan ahora los ojos de la escena del mundo; porque algunos histriones que hacen llorar ó reir, no merecen que uno se tome el trabajo de mirarlos.

Un carruage semejante al que me habia llevado de Baltimore á Filadelfia, me condujo desde Filadelfia á Nueva-Yorck, ciudad alegre, poblada y comerciante; pero que sin embargo todavía distaba mucho de ser lo que es ahora. Desde allí fuí peregrinando á Boston, para saludar al primer campo de batalla de la libertad americana. Vi los campos de Lexington, y me paré silencioso, como al viagero en las Termópilas, para contemplar la tumba de aquellos guerreros de ambos mundos que murieron los primeros por obedecer las leyes de la patria. Al sentar mis plantas en aquella tierra filosófica, cuya muda elocuencia me enseñaba como se levantan y se pierden los imperios, conocí la nada de mi ser ante los designios de la Providencia, y me humillé y escondí mi frente en el polvo (1).

Vuelto á Nueva-Yorck, me embarqué en el paquebote que daba la vela para Albany, subiendo el rio de Hudson, por otro nombre llamado el *rio del Norte*.

En una nota del *Ensayo histórico* he descrito una parte de mi navegacion por este rio, á cuya orilla desaparece hoy, entre los republicanos de Washington uno de los reyes de Bonaparte; algo mas, uno de sus hermanos. En esta misma nota hablo del mayor André, de aquel jóven desventurado, sobre cuya suerte

(1) Ensayo histórico, parte I, cap. XXXIII.

un amigo, á quien no acabo de llorar, dejó escapar tiernas y atrevidas palabras cuando Bonaparte se preparaba á subir al trono en donde se habia sentado María Antonieta (1).

Cuando llegué á Albany, me dirigí a cierto Mr. Swift, para quien me habian dado una carta en Filadelfia. Aquel americano hacia el comercio de peletería con las tribus indianas enclavadas en el territorio cedido por la Inglaterra á los Estados-Unidos; porque las potencias civilizadas se reparten buenamente en América unas tierras qne no les pertenecen. Despues que Mr. Swift me hubo escuchado, me hizo algunas objeciones muy fundadas. Me dijo que un viage de tal importancia, no debia yo emprenderle tan de repente, solo, sin auxilios, sin apoyo, sin recomendacion para los apostaderos ingleses, americanos y españoles, por donde me veria precisado á pasar: que aun cuando tuviese la felicidad de atravesar sin ningun accidente tantos desiertos, llegaria á unas regiones heladas, en donde pereceria de frio ó de hambre. Aconsejóme que empezase á aclimatarme haciendo una primera incursion por lo interior de América; que aprendiese el sioux, el iroqués y el esquimal; que viviese algun tiempo entre los corredores de los bosques del Canadá y los agentes de la compañía de la bahía de Hudson. Hechas estas preparaciones preliminares, opinaba que con la asistencia del gobierno francés, podria proseguir mi atrevida empresa.

Estos consejos, cuya prudencia no podia dejar de reconocer, no me hacian fuerza, y si por mí hubiera sido, me hubiera puesto en marcha desde luego para irme en derechura al polo, como se va de París á Saint-Cloud. Sin embargo, disimulé á Mr. Swift mi

(1) Mr. de Fontanes, *Elogio de Washington.*

disgusto, y le rogué me proporcionase un guia y caballos que me condujesen á la catarata de Niagara, y de allí á Pittsbourg, desde donde podriamos bajar el Ohío. Nunca podia yo quitarme de la cabeza el primer plan de viage que me habia formado.

Mr. Swift ajustó para mi servicio un holandés que hablaba muchos dialectos indianos. Yo compré dos caballos, y me dí prisa á salir de Albany.

Todo el pais que se estiende hoy entre el territorio de esta ciudad y el de Niagara, está habitado y cultivado, y le cruza el famoso canal de Nueva-Yorck; mas entonces una gran parte de aquel pais estaba desierta.

Cuando despues de haber pasado el Mohawk, me encontré en unos bosques que jamás habian sido cortados, caí en una especie de embriaguez, que tambien recuerdo en el *Ensayo histórico*: «Pasaba de un «árbol á otro, sin cuidarme de caminar á la derecha «ó la izquierda; porque me decia á mí mismo: aquí «no hay caminos que seguir, no hay ciudades, ni ca«sas ahogadas, ni presidentes, ni repúblicas, ni re«yes.....; y para esperimentar si con efecto me ha«llaba reintegrado en mis derechos originales, me «entregaba á mil actos de voluntad que hacian «desesperar al holandés que me servia de guia, el «cual en su interior me creia loco (1).»

Entramos en los antiguos cantones de las seis naciones iroqueses. El primer salvage que encontramos fué un jóven que caminaba delante de un caballo, sobre el cual venia sentada una indiana adornada al uso de su tribu. Mi guia les dió los buenos dias al pasar.

El lector sabe ya que en la frontera de la soledad tuve la fortuna de ser recibido por un compatriota

(1) *Ensayo histórico*, II parte, cap. LVII.

mio, por aquel Mr. Violet, maestro de baile de los salvages, los cuales le pagaban sus lecciones en pieles de castor y perniles de oso. «En medio de una «selva se veia una especie de granja, en la cual se «encontraban hasta veinte salvages de ambos sexos, «pintorreados como unos brujos, medio desnudos, «con las orejas recortadas, adornadas las cabezas con «plumas de cuervo y las narices con sortijas. Un fran«cés bajito, rizado y empolvado á la antigua, con «casaca verde-manzana, chupa de droguete, y pu«ños y guirindola de muselina, rascaba un violin de «faltriquera, y hacia bailar á aquellos iroqueses el «Madelon Friquet. Mr. Violet, cuando me hablaba de «los indios, me decia siempre: *Estos caballeros sal«vages y estas señoras salvagesas*. Estaba muy satisfe«cho de la agilidad de sus discípulos; y con efecto «yo no he visto jamás dar tales brincos. Mr. Violet, «colocando su pequeño violin entre la barba y el pe«cho templaba el instrumento fatal; y decia en iro«qués: ¡*En baile*! á cuya voz toda la compañía se «ponia á saltar como una bandada de demonios (1).»

Era ciertamente cosa bien estraña para un discípulo de Rousseau aquella introduccion á la vida salvage por medio de un baile que dabaá unos iroqueses un antiguo marmiton del general Rochambeau. Continuamos nuestro camino; y ahora dejaré hablar al manuscrito, el cual traslado tal como se encuentra, ya en forma de *narracion*, ya en la de *diario* y algunas veces en *cartas* ó simples *apuntes*.

LOS ONONDAGAS.

Habiamos llegado á la orilla del lago á que ha dado su nombre la poblacion iroquesa de los onon-

(1) *Itinerario*, tomo II.

dagas. Nuestros caballos tenian necesidad de descanso, y mi holandés y yo buscamos el sitio que nos pareció mas á propósito para acamparnos, que fué la garganta de un valle, en el punto en donde sale del lago un rio, que despues de haber corrido en línea recta unas cien toesas hácia el Norte, vuelve al Este, y corre paralelo á la orilla del lago por fuera de las rocas de que se halla este circuido.

En el recodo, pues, del rio, armamos nuestra tienda: clavamos en el suelo dos altos piquetes; colocamos horizontalmente sobre sus orquillas una larga percha, y apoyando unas cortezas de abedul por un estremo en el suelo y el otro en la varilla transversal, tuvimos un techo digno de nuestro palacio. Encendimos la hoguera de viage para guisar nuestra cena y ahuyentar los mosquitos: las sillas nos servian de cabezal, y las capas de cubre camas.

Colgamos una campanilla al cuello de los caballos, y los dejamos en los bosques. Por un instinto admirable dichos animales no se separan jamás hasta perder de vista la hoguera que sus amos encienden por la noche para ahuyentar los insectos y defenderse de las serpientes.

Desde el interior de nuestro choza gozábamos de una vista pintoresca. Estendiase ante nosotros el lago, que estaba rodeado de rocas y florestas; á nuestro rededor el rio, cuyas límpidas aguas ceñian nuestra península, barria impetuosamente sus riberas.

Apenas eran las cuatro de la tarde cuando quedó dispuesto nuestro establecimento. Entonces tomé el fusil y me fuí á recorrer las inmediaciones. Seguí ante todo la corriente del rio, y mis escursiones botánicas no fueron muy felices; porque encontré poca variedad de plantas: observé numerosas familias de *plantago-virjínica*, y algunas otras bellezas de los prados, todas harto comunes. Dejé las orillas del rio,

y dirigíme á las costas del lago; pero no fuí mas afortunado, porque á escepcion de una especie de rosago, no encontré nada que valiese la pena de detenerme: las flores de este arbusto, de un color de rosa muy vivo, producian un efecto maravilloso reflejadas por el agua azulada del lago y el oscuro costado de la roca, en donde penetraban sus raices.

Habia pocas aves, y solo descubrí una pareja solitaria que revoloteaba delante de mí, y parecia complacerse en derramar movimiento y amor sobre la fria inmovilidad de aquellos sitios. El color del macho me hizo reconocer al pájaro blanco ó *passer nivalis* de los ornitologistas. Tambien oí la voz de aquella especie de osifraga, que con tanta propiedad se ha caracterizado con la definicion de *strix exclamator*. Esta ave es inquieta como todos los tiranos, y yo me fatigué en vano en querer seguirla.

El vuelo de la osifraga me condujo al través de los bosques hasta un valle ceñido por unas colinas áridas y pedregosas. En este sitio estremadamente retirado, se veia una miserable cabaña de salvage edificada entre las rocas, y poco mas abajo pacia en un prado una vaca muy flaca.

A mi me han agradado siempre estas pequeñas guaridas: el animal asustado se agazapó en un rincon; porque el desgraciado teme comunicar al esterior con su sola vista, unos sentimientos que los hombres repugnan. Fatigado de mi paseo, me senté en lo alto de la colina que recorria, en frente de la choza indiana que estaba en la loma opuesta. Tendí la escopeta á mi lado, y me entregué á aquellas meditaciones que con tanta frecuencia me han enagenado.

Apenas habia pasado así algunos minutos, cuando oí voces en lo mas profundo del valle, y descubrí tres hombres que apacentaban cinco ó seis vacas muy gruesas. Despues de haberlas echado á pacer en los

prados, se dirigieron hácia la vaca flaca, y la hicieron huir á garrotazos.

La aparicion de aquellos europeos en un lugar tan desierto, me fué en estremo desagradable, y su violencia me los hizo aun mas importunos: echaban á la pobre bestia entre las rocas, y se reian descompasadamente al mismo tiempo que la esponian á romperse las piernas. Una muger salvage, y al parecer tan miserable como la vaca, salió de la aislada choza, y dirigiéndose al espantado animal, le llama con cariño, y le presenta algo que comer. La vaca corre hácia la muger, alargando el cuello y manifestando su alegría con un blando mugido. Los colonos al mismo tiempo amenazaban desde lejos á la pobre indiana, que volvió á entrarse en su choza. Siguióla la vaca, y se detuvo á la puerta, en donde su amiga la acariciaba con la mano, mientras el reconocido animal lamia aquella mano bienhechora: los colonos se habian retirado.

Entonces me levanté, bajé de la colina, crucé el valle, y subiendo la ladera opuesta, llegué á la choza, resuelto á reparar en cuanto estuviese á mi alcance la brutalidad de los hombres blancos. Cuando la vaca me vió, hizo ademan de huir; yo fuí acercándome con precaucion, y sin que el animal huyese, llegué hasta la habitacion de su ama.

Habiáse metido la indiana en su choza: pronuncié la palabra: ¡Siègoh! ¡*He venido*! que era la salutacion que me habian enseñado; y la indiana, en lugar de corresponderme con la repeticion de costumbre: ¡*Habeis venido*! no contestó una palabra. Juzgué que la visita de uno de sus tiranos le era importuna, y para tranquilizarla me puse tambien á mi vez á acariciar á la vaca. La indiana se manifestó admirada; y en su pálido y sombrío semblante aparecieron signos de ternura y casi de gratitud. Estas misteriosas rela-

ciones del infortunio arrasaron de lágrimas mis ojos; y es ciertamente muy dulce el llorar por unos males que no ha llorado nadie.

Por algunos minutos todavía me miró mi huéspeda con un resto de duda, como si temiese que yo quisiera engañarla: dió luego algunos pasos, y dirigiéndose á la vaca, pasó la mano por la frente á la compañera de su miseria y soledad.

Alentado yo con esta muestra de confianza, y agotado ya todo lo que sabia de indiano, la dije en inglés: «Está muy flaca.» La indiana replicó al momento en mal inglés: «Come muy poco.» *She eats very little.* «La han echado del prado con muy poco miramiento:» repliqué yo. Y la muger me respondió: «Ambas (*both*) estamos acostumbradas á eso.—¿Qué no es vuestro este prado?» A lo que me contestó: «Era de mi marido, que murió, y como no tengo hijos, los blancos apacentan sus vacas en mi prado.»

Nada tenia yo que ofrecer á aquella pobre muger; y mi deseo hubiera sido reclamar la justicia en su favor; pero ¿á quién podia dirigirme en un pais en donde la mezcla de indianos y europeos tenia confundidas las autoridades, donde el derecho de la fuerza privada da la independencia al salvage, y en donde el hombre civilizado, ya medio salvage, habia sacudido el yugo de la autoridad civil?

La indiana y yo nos despedimos despues de habernos estrechado afectuosamente las manos. Mi huéspeda me dijo muchas cosas que no comprendí, y que sin duda eran deseos de felicidad para el estrangero. Si el cielo no los ha oido, no será ciertamente por falta de la que rogaba, si no por la del que era objeto del ruego: todas las almas no tienen igual disposicion para la felicidad, así como todas las tierras no producen iguales cosechas.

Volvíme á mi *ajoupa*, en donde cené harto pobre-

mente. La noche era magnífica: ni una ola rizaba las aguas del lago; el rio bañaba murmurando nuestra península, decorada de abenuces que todavía no habian soltado las flores; el *cuclillo de las Carolinas* repetia su canto monótono, que oíamos mas cerca ó mas lejos, segun que el ave cambiaba el lugar de sus amorosas llamadas.

Al otro dia fuí con mi guia á visitar al primer sachem de los onondagas, cuyo pueblo no estaba distante. Llegamos á las diez de la mañana, y al momento me rodeó una multitud de jóvenes salvages, que me hablaban en su lengua, mezclando en ella frases inglesas y algunas voces francesas: hacian mucho ruido, y mostrábanse muy alegres. Aquellas tribus indianas, enclavadas en los desmontes de los blancos, han tomado algo de nuestras costumbres: tienen caballos y ganados, y sus cabañas están llenas de muebles y utensilios comprados parte en Québec, Montréal, Niagara y el Estrecho, y parte en las ciudades de los Estados-Unidos.

El sachem de los onondagas era un viejo iroqués en todo el rigor de la palabra: su persona conservaba el recuerdo de los antiguos usos y tiempos del desierto: orejas grandes y recortadas, perla pendiente de la nariz, rostro abigarrado de diversos colores, pequeño copete de cabello en la coronilla de la cabeza, túnica azul, manto de piel, ceñidor de cuero con su cuchillo y macana, brazos pintorreados, mocasines en los pies, y rosario ó collar de porcelana en la mano.

Recibióme con amabilidad, y me hizo sentar sobre su estera. Los jóvenes se apoderaron de mi escopeta, desmontaron el rastrillo con un desembarazo que me sorprendió, y volvieron á colocar las piezas con igual destreza. Era una escopeta de dos cañones.

El sachem hablaba el inglés y entendia el francés; y como mi intérprete sabia el iroqués, fué muy fácil la conversacion. Entre otras cosas me dijo el viejo, que aunque su nacion siempre habia estado en guerra con la mia, no por eso habia dejado nunca de estimarla; y me aseguró que los salvages lloraban todavía la ausencia de los franceses. Quejábase de los americanos, que dentro de poco no dejarian á los pueblos cuyos antepasados los habian recibido, bastante tierra para cubrir sus huesos.

Hablé al sachem de la infelicidad de la viuda indiana, y me contestó, que en efecto aquella muger era perseguida; que él se habia interesado por ella muchas veces con los comisarios americanos; pero que no habia podido conseguir justicia: en otro tiempo, añadió, los iroqueses se la hubieran hecho.

Las mugeres indianas nos sirvieron un refresco. La hospitalidad es la última virtud salvage que han conservado los indios en medio de los vicios de la civilizacion europea. Sabido es cual era en otros tiempos esta hospitalidad: el que era recibido en una cabaña se hacia inviolable; el hogar era para él un altar que le hacia sagrado, y el dueño de aquel hogar, se hubiera dejado matar antes que permitir se tocase á su huésped un pelo de la ropa.

Cuando una tribu lanzada de sus bosques, ó un hombre pedia hospitalidad, el estrangero empezaba lo que llamaban la danza del suplicante, que se ejecutaba de este modo:

El suplicante avanzaba algunos pasos, luego se detenia mirando á la persona á quien dirigia la súplica, y se volvia en seguida á su primera posicion. Entonces entonaban los huéspedes el canto del estrangero: «Ve aquí al estrangero, ve aquí al enviado del Grande Espíritu.» Despues del canto, se dirigia un niño al estrangero, y le tomaba por la mano para-

conducirle á la cabaña. Cuando el niño tocaba el umbral de la puerta, decia: «Ve aquí al estrangero;» y el gefe de la cabaña contestaba: «Niño, introduce al hombre en mi cabaña.» Entonces entraba el estrangero bajo la proteccion del niño, y se dirigia como entre los griegos á sentarse sobre la ceniza del hogar. Le presentaban la pipa de la paz; fumaba tres veces, y las mugeres entonaban el canto del consuelo: «El estrangero ha encontrado una ma«dre y una esposa: el sol saldrá y se pondrá para él «como antes.»

Llenaban de agua de erable una copa consagrada, que era una calabaza ó un vaso de piedra, que reposaba ordinariamente en un ángulo de la chimenea, y sobre la cual se ponia una corona de flores. El estrangero se bebia la mitad del agua, y pasaba la copa á su huésped para que la apurase.

Al otro dia de mi visita al gefe de los onondagas, continué mi viage; el viejo sachem se habia encontrado en la toma de Québec, y habia asistido á la muerte del general Wolf; y yo, que salia de la choza de un salvage, hacia muy poco que me habia escapado del palacio de Versalles, y acababa de sentarme á la mesa con Washington.

A medida que nos acercábamos á Niagara, el camino mas penoso se conocia apenas por la tala de los árboles: los troncos de estos servian de puentes sobre los arroyos, ó de faginas en las honduras. La poblacion americana tenia entonces mucha aficion á los establecimientos del Jeneso, que los gobiernos de los Estados-Unidos vendian mas ó menos caros, segun la bondad del terreno, la calidad de los árboles, el curso y la abundancia de las aguas.

Los desmontes ofrecian una mezcla singular del estado de la naturaleza y el de la civilizacion. En el rincon de un bosque, donde jamás habian resonado

sino los gritos del salvage ó los rugidos de la fiera, se veia una tierra cultivada, y descubríase de un mismo punto la cabaña de un indio y la habitacion de un plantador. Algunas de estas habitaciones, ya concluidas, recordaban la limpieza y aseo de las granjas inglesas y holandesas; otras no estaban todavía concluidas, y no tenian mas techo que las copas de los árboles silvestres.

Solia yo entrar en aquellas habitaciones de un dia, en donde muchas veces encontraba una familia interesante, con todo el atractivo y toda la elegancia de Europa: muebles de caoba, piano, tapices, espejos; y todo esto á cuatro pasos de la cabaña de un iroqués. Por la tarde, cuando los criados volvian de los bosques ó de los campos con la hazada ó el arado, se abrian las ventanas, y las hijas de mi huésped cantaban al piano la música de Paesiello y de Cimarosa, á la vista del desierto, y muchas veces al lejano murmullo de una catarata.

En los mejores terrenos están establecidas las poblaciones, y no es posible formarse una idea del sentimiento y el placer que se esperimenta al descubrir la veleta de un nuevo campanario, que se levanta de en medio de un antiguo bosque americano. Como en pos de los ingleses van siempre las costumbres inglesas, despues de haber atravesado algunos paises, en donde no se encontraba señal alguna de que fuesen habitados, descubria la muestra de una venta que pendia de una rama á la orilla de un camino, mecida por el viento de la soledad. Encontrábanse en aquellas posadas cazadores, plantadores é indianos; pero la primera vez que yo descansé en una de ellas juré firmemente que aquella seria la última.

Entrando una tarde en aquellas singulares hosterías, quedé sorprendido á la vista de una cama in-

mensa que estaba dispuesta alrededor de un poste: cada viagero se colocaba en aquella cama, apoyando los pies en el poste del centro y la cabeza en la circunferencia del círculo; de manera que los durmientes estaban formados simétricamente como los rayos de una rueda, ó las varillas de un abanico. Despues de vacilar un poco, me introduje como pude en aquella máquina, porque no veia á nadie. Comenzaba á dormirme, cuando sentí la pierna de un hombre que se introducia entre las mias. Era la de mi maldito holandés, que se acostaba á mi lado. Jamás en mi vida he esperimentado mas horror. Salté fuera de aquella esportilla hospitalaria, maldiciendo de corazon los buenos usos de nuestros buenos abuelos, y me fuí á dormir envuelto en mi capa á la claridad de la luna: esta compañera del sueño del viagero, era muy agradable, fresca y pura.

Al llegar aquí falta el manuscrito, ó por mejor decir, lo que contenia se halla inserto en otras obras mias. Despues de muchos dias de camino, llegué al rio Jeneso; en cuya márgen opuesta presencié la maravilla de la serpiente de cascabel atraida por el sonido de la flauta (1); encontré mas lejos una familia salvage, y pasé la noche en su compañía á alguna distancia del salto de Niagara. La historia de este encuentro, y la descripcion de esta noche, se hallan en el *Ensayo histórico* y en el *Genio del Cristianismo.*

Los salvages del salto de Niagara, dependientes de los ingleses, estaban encargados de defender por aquel lado la frontera del alto Canadá; y en este concepto nos salieron al paso armados de arcos y flechas, y nos hicieron detener.

Me fué preciso, pues, enviar al holandés al fuerte

(1) *Genio del Cristianismo.*

de Niagara á pedir al comandante una autorizacion para entrar en las tierras del dominio británico: demanda que en verdad me repugnaba, porque me acordaba de que la Francia habia mandado en otros tiempos en aquellos paises. Volvió mi guia con el permiso, que todavía conservo, firmado por el capitan *Gordon*; y es sin duda singular haber yo encontrado este mismo nombre inglés sobre la puerta de mi celda en Jerusalen (1).

Permanecí dos dias en el pueblo de los salvages; y en este parage presenta el manuscrito la minuta de una carta que yo escribia á un amigo de Francia, concebida en estos términos:

Carta escrita en el pais de los salvages de Niagara.

No puedo dejar de referiros lo que pasó ayer por la mañana en la habitacion de mis huéspedes. Todavía se hallaba la yerba cubierta de rocío; el viento salia de las selvas impregnado de balsámicos aromas; las hojas de la morera silvestre estaban cargadas de capullos de una especie de gusanos de seda, y los algodoneros del pais, volviendo sus abiertas cápsulas, semejaban á rosales blancos.

Las indianas, sentadas alrededor de una corpulenta haya, se ocupaban en diversas labores: los niños mas pequeños estaban en unas redes suspendidas á las ramas del árbol, y la brisa de los bosques mecia aquellas cunas aéreas con un movimiento casi insensible. De cuando en cuando se levantaban las madres para ver si sus hijos dormian, ó si los habia despertado la multitud de pajaritos que cantaban y revoloteaban alrededor. Esta escena era verdaderamente encantadora.

(1) *Itinerario.*

El intérprete y yo nos habíamos sentado algo separados, en compañía de los guerreros, que eran siete; y todos estábamos fumando en grandes pipas. Dos ó tres de aquellos indios hablaban el inglés.

A cierta distancia estaban jugueteando algunos muchachos; pero en medio de sus juegos, saltando, corriendo y lanzando pelotas, no hablaban una palabra. No se oia allí la atronadora gritería de los niños europeos. Aquellos jóvenes salvages brincaban como unos corzos, y eran mudos como ellos. Uno ya grandillon, de siete á ocho años, separándose algunas veces de la cuadrilla, se venia á mamar de su madre, y se volvia á jugar con sus compañeros.

Allí no destetan á los niños por fuerza; y de ahí es que despues de haber comido otros alimentos, agotan el seno de su madre, como la copa que se agota al fin de un banquete: cuando la nacion entera se muere de hambre, todavía encuentran los niños una fuente de vida en el seno maternal; y acaso sea esta una de las causas que impiden que las tribus americanas se multipliquen tanto como las familias europeas.

Habiendo notado que los padres hablaban á los hijos, y estos contestaban, hice que mi holandés me enterase de aquel coloquio; y hé aquí de lo que se trataba.

Un salvage, que tendria unos treinta años, llamó á su hijo, y le amonestó á que no saltase tan alto; el niño respondió: *Es muy puesto en razon.* Y sin hacer lo que el padre le mandaba, se volvió á sus juegos.

Entonces le llamó su abuelo, y le dijo: *Haz esto*, y el muchacho se sometió; de modo que el niño desobedeció á su padre que le *rogaba*, y obedeció á su abuelo que le *mandaba*. El padre no es casi nada para el hijo.

Jamás impone ningun castigo á éste, el cual no reconoce mas autoridad que la de los años y la de su madre. La desobediencia á ésta se reputa entre los indios como un crímen espantoso. Cuando la madre envejece, es alimentada por el hijo.

Con respecto al padre, mientras es jóven el hijo no hace caso de él: pero cuando va entrando en edad, le honra, no como padre, sino como anciano; es decir, como hombre de consejo y esperiencia.

Este modo de educar á los hijos con toda su independencia, deberia hacerlos caprichosos; pero sin embargo, los niños de los salvages no tienen caprichos ni mal humor; porque solo desean lo que saben que pueden alcanzar. Cuando ocurre que un niño llora por alguna cosa que su madre no tiene, se le dice que vaya y la tome en donde la ha visto, y como siente su debilidad, y conoce que no es el mas fuerte, olvida el objeto de sus deseos. Si el niño salvage no obedece á nadie, nadie tampoco le obedece á él; y este es todo el secreto de su alegría ó de su razon.

Los niños indianos no se querellan ni se pegan: no son bulliciosos, enredadores ni ariscos: tienen en su porte cierta cosa grave como la felicidad, y noble como la independencia.

Nosotros no podríamos criar así nuestra juventud; porque para esto deberiamos empezar deshaciéndonos de nuestros propios vicios; y encontramos mas fácil sepultarlos en el corazon de nuestros hijos, cuidando únicamente de que no se muestren en el esterior.

Cuando el jóven indiano siente nacer en él la aficion á la pesca, á la caza, á la guerra, ó á la política, estudia é imita las artes que ve practicar á su padre; entonces aprende á coser una canoa, teger

una red, manejar el arco, el fusil, la macana y el hacha, á cortar un árbol, á edificar una choza, y á esplicar los *collares*. Lo que es una diversion para el hijo, se convierte en autoridad para el padre: el derecho de la fuerza y la inteligencia de éste es reconocido, y este derecho le conduce poco á poco al poder del sachem.

Las muchachas gozan de la misma libertad que los chicos: hacen con corta diferencia todo lo que quieren; pero permanecen mas tiempo al lado de sus madres, las cuales las enseñan los quehaceres domésticos. Cuando una jóven india ha obrado mal, su madre no hace mas que echarle algunas gotas de agua en la cara, diciéndola: *Tú me afrentas*: y esta reconvencion rara vez deja de producir su efecto.

Permanecimos á la puerta de la cabaña hasta medio dia, á cuya hora despedia el sol un ardor intolerable. Uno de nuestros huéspedes se dirigió hácia los muchachos, y les dijo: *Niños, idos á dormir, porque el sol os comerá la cabeza.—Es verdad*, dijeron todos, y por toda señal de obediencia continuaron jugando despues de haber convenido en que el sol les *comeria* la cabeza.

Mas entonces se levantaron las mugeres, una mostrando la sagamita en una vasija de madera, otra la fruta preferida, y otra tendiendo una estera para acostarse; y empezaron á llamar á la obstinada cuadrilla, uniendo á cada nombre una palabra de ternura. Los niños volaron al instante hácia sus madres como una nidada de pajaritos. Tomáronlos en brazos las mugeres, y cada una pudo llevarse con harto trabajo á su hijo, que se comia en los brazos maternales lo que acababan de darle.

Adios, no sé si esta carta escrita en medio de los bosques, llegará jamás á vuestras manos.

Del pueblo de los indios me trasladé á la catarata de Niagara. La descripcion de ésta, colocada al fin de la *Atala*, es sobrado conocida para reproducirla; y forma ademas parte de una nota sobre el *Ensayo histórico*; pero hay en esta misma nota algunos pormenores tan íntimamente enlazados con la historia de mi viage, que creo deber repetirlos aquí.

En la catarata de Niagara, por egemplo, habiéndose roto la escalera indiana que habia en otro tiempo, á despecho de las reflexiones de mi guia, me empeñé en bajar al pie del salto por una roca perpendicular de mas de doscientos pies de elevacion, y corrí ciertamente gran peligro. A pesar del bramido de la catarata, y del espantoso abismo que bullia debajo de mis pies, conservé la serenidad, y llegué hasta unos cuarenta pies del fondo; mas en este punto, la roca pelada y vertical no presentaba ya raices ni hendiduras en donde poder poner el pie. Permanecí suspendido á plomo de las manos, sentia que los dedos se me abrian poco á poco de cansancio por el peso de mi cuerpo, y veia la muerte inevitable: pocos hombres habrán pasado en su vida dos minutos como los que yo pasé entonces suspendido sobre el abismo de Niagara. En fin, se me abrieron las manos y caí; mas por una fortuna inaudita, me encontré sobre la peña viva; en donde debia haberme estrellado, y sin embargo conocí que no me habia hecho un gran mal: estaba á media pulgada del abismo, y no habia caido en él. Pero cuando el frio del agua comenzó á penetrarme, eché de ver que no habia salido tan bien librado como crei al principio; porque sentí un dolor insoportable en el brazo izquierdo, que me habia roto por encima del codo. Mi guia, que me observaba desde lo alto, y á quien yo llamaba por señas, corrió en busca de algunos salvages; los

cuales, con mucho trabajo, me subieron por medio de unas cuerdas de abedúl, y me llevaron á su cabaña.

No fué este el único riesgo que corrí en Niagara: cuando llegué, me fuí á ver el salto, y rollándome al brazo la brida del caballo, me ladeé para mirar hácia abajo: en esto se movió en las matas vecinas una serpiente de cascabel; espántase el caballo, encabríta-se, y retrocede acercándose al abismo; yo no podia desenredarme el brazo de las riendas, y el caballo cada vez mas espantado, me arrastraba tras sí. Ya no tocaba la tierra con las manos, y puesto al borde del abismo, sosteniase solo por la fuerza de las ancas. No habia remedio para mí, cuando el animal, aterrado él mismo por el nuevo peligro, hizo el último esfuerzo; y dando una huida, saltó á diez pies de la orilla.

Solo tenia una ligera fractura en el brazo, y de consiguiente bastaron para mi curacion dos tablillas, un vendaje y un cabestrillo. Mi holandés no quiso pasar mas adelante: le pagué, se volvió á su casa, y yo hice un nuevo ajuste con unos canadienses de Niagara, que tenian una parte de su familia en San Luis de los Ilineses sobre el Mississipí.

El manustrito presenta aquí una idea general de los lagos del Canadá.

LAGOS DEL CANADA.

Las aguas sobrantes del lago Erié, despues de haber formado la catarata de Niagara, van á parar al

lago Ontario. En las orillas de éste encuentran los indios el bálsamo blanco en el abeto, el azúcar en el arce, el nogal y el cerezo de monte; el tinte rojo en la corteza de la perusa, el techo para sus cabañas en la del álamo blanco, el vinagre en los rojos racimos del vinagrero, la miel y el algodon en las flores del espárrago silvestre; el aceite para los cabellos en el girasol, y una panacea para las heridas en la *planta universal*. Los europeos han reemplazado estos dones de la naturaleza con las producciones del arte; pero los salvages han desaparecido.

El lago Erié tiene mas de cien leguas de circunferencia. Las naciones que poblaban sus orillas fueron esterminadas por los iroqueses hace dos siglos, y en seguida infestaron aque los sitios algunas hordas errantes, que no se atrevian á permanecer en ellos.

Es espantoso el ver á los indios engolfarse en unas diminutas canoas formadas de cortezas de árboles en aquel lago donde son tan terribles las tormentas. Suspenden sus manitús á la popa de las canoas, y por entre los torbellinos de nieve se lanzan enmedio de las alborotadas olas, que levantadas al nivel de las aberturas de las canoas, ó pasando sobre ellas, parece que van á tragárselas. Los perros de los cazadores, apoyando las patas sobre los costados, lanzan lastimeros ahullidos, al paso que sus amos, en profundo silencio, baten las olas á compas con los canaletes. Las canoas avanzan formadas en fila: á la proa de la primera está de pie un gefe, que repite el monosílabo OAH, la primera vocal sobre una nota aguda y breve, la segunda en un punto grave y largo: en la última canoa hay otro gefe que maneja un gran remo en forma de timon: los otros guerreros están sentados con las piernas cruzadas en el fondo de las canoas. Al través de la niebla, de la nieve y de

las olas, solo se descubren las plumas que adornan las cabezas de aquellos indios, el prolongado cuello de los perros que ahullan, y los hombros de los dos sachems, el piloto y el agorero, que parecen los dioses de aquellas aguas.

El lago Erié es tambien famoso por sus serpientes. Al Oeste de este lago, desde las islas de las Culebras hasta las costas del continente: en un espacio de mas de veinte millas, se estienden unos anchos nenufares, cuyas hojas en verano están cubiertas de serpientes entrelazadas unas con otras. Cuando heridos por los rayos del sol empiezan á moverse aquellos reptiles, se ven girar sus anillos de azul, oro, púrpura y ébano; y en aquellos horribles nudos, doble y triplemente formados, solo se distinguen ojos centellantes, lenguas harpadas, bocas de fuego, colas armadas de aguijones, ó cascabeles que agitan en el aire como látigos. Un silbido continuo, y un ruido semejante al que forma la hojarasca seca de una selva, salen continuamente de aquel impuro Cocito.

El estrecho que dá paso del lago Huron al Erié, es célebre por sus sitios umbrosos y sus prados. El lago Huron abunda en pesca: cógense en él el artikamego y truchas que pesan doscientas libras. La isla de Matimulin era famosa, y contenia los restos de la nacion de los ontawais, que, segun los indios, descendian del gran Castor. Se ha notado que el agua del lago Huron y la del Michigan suben durante siete meses, y bajan en la misma proporcion durante otros siete: todos aquellos lagos tienen un flujo y reflujo mas ó menos sensibles.

El lago Superior ocupa un espacio de mas de cuatro grados, entre los 46° y los 50° de latitud Norte, y nada menos de 8° entre los 87 y 95° de latitud Oeste del meridiano de París; es decir, que este mar interior tiene cien leguas de ancho y cerca de doscientas

de largo, con unas seiscientas de circunferencia.

Cuarenta rios depositan sus aguas en aquel inmenso receptáculo: entre ellos son muy considerables el Allinipigon y el Michipicroton: este último nace en las inmediaciones de la bahía de Hudson.

Adornan el lago algunas islas, y entre otras la de Maurepas, en la costa septentrional, la de Pontchartrain en la oriental, la de Minong hácia la parte meridional, y la del Grande-Espiritu, ó de las Almas, al Occidente: ésta bastaria para formar el territorio de un estado en Europa; porque tiene treinta y cinco leguas de largo y veinte de ancho.

Los cabos mas notables del lago son: la punta de Kioucounan, especie de istmo que se introduce dos leguas en las olas; el cabo Minabeaujou, que parece un faro; el cabo de Tonnerre, inmediato á la ensenada del mismo nombre, y el cabo Rochedebout, que se levanta perpendicularmente sobre la playa como un obelisco truncado.

La costa meridional del lago Superior es baja, arenosa y desabrigada; las septentrionales y orientales son al contrario montañosas, y presentan una sucesion de rocas cortadas á pico. El mismo lago está abierto en la roca; y al través de sus verdosas y trasparentes aguas, se descubren á treinta y cuarenta pies de profundidad unas masas de granito de diferentes formas, algunas de las cuales parecen recien cortadas por la mano del cantero. Cuando el viagero dejando derribar su canoa, mira asomado sobre la borda la cresta de las montañas submarinas, no puede gozar largo tiempo de aquel espectáculo, porque se turban sus ojos y se siente desvanecer.

Asombrada la imaginacion al ver aquel gran receptáculo de las aguas, se engrandece con el espacio. Los indios, guiados por el instinto comun de todos los hombres, atribuyen la formacion de aquel

inmenso depósito á la misma potestad que redondeó la bóveda del firmamento, con lo cual añaden á la admiracion que inspira la vista del lago Superior, la solemnidad de las ideas religiosas.

Aquellos salvages han venido á parar á hacer de este lago el objeto principal de su culto, por el aire de misterio que la naturaleza ha querido dar á una de sus obras mas grandes. El lago Superior tiene un flujo y reflujo irregulares: sus aguas, en los mas grandes calores del verano, están frias como la nieve á medio pie de la superficie; y estas mismas aguas raras veces se hielan en los rigurosos inviernos de aquellos climas, aun cuando los mares están helados.

Las producciones de la tierra varian alrededor del lago, segun la diferencia de los terrenos; sobre la costa oriental solo se ven selvas de arces raquíticos y encorvados, que crecen casi horizontalmente en la arena; al Norte, y donde quiera que la peña viva deja algun espacio á la vegetacion en la ladera de algun valle, se descubren matorrales de groselleros sin espinas, y guirnaldas de una especie de vid que dá un fruto semejante á la frambuesa, pero de un color rosado mas pálido; y se levantan á trechos algunos pinos aislados.

Entre los muchos sitios pintorescos que presentan estas soledades, hay dos que llaman particularmente la atencion.

Entrando en el lago Superior por el estrecho de Santa María, se ven á la izquierda unas islas que forman un semicírculo, y que plantadas todas de árboles floridos, semejan á unos ramilletes puestos en el agua; á la derecha penetran entre las olas los cabos del continente: los unos están cubiertos de una especie de musgo, cuya verdura forma un bello contraste con el hermoso azul del cielo y de las ondas;

los otros, formados de una arena roja y blanca, parecen en el azulado fondo del lago á los anaqueles de una obra de taracea. Entre aquellos cabos largos y pelados, se mezclan grandes promontorios poblados de árboles, que se reflejan invertidos en el cristal del fondo. A trechos se ven tambien algunos árboles unidos que forman una cortina sobre la costa, y otros aislados aquí y allá, como una especie de alamedas, cuyos árboles separados, ofrecen unos puntos de óptica maravillosos. Las plantas, las rocas y los colores, disminuyen sus proporciones ó cambian de matiz á medida que el paisage se aparta ó se aproxima á la vista.

Aquellas islas al Mediodía, y aquellos promontorios al Oriente, inclinándose unos á otros por el Occidente, forman y abrazan una vasta rada, cuyas aguas permanecen tranquilas cuando conmueve la tempestad las otras regiones del lago. Allí juguetean millares de peces y aves acuáticas; el ánade negro del Labrador se posa en la punta de un escollo, y las olas rodean con festones de blanca espuma aquel enlutado solitario; los cuervos marinos, ora se sumergen, ora vuelven á aparecer de pronto, para sumergirse de nuevo bajo la superficie de las aguas; el ave de los lagos se cierne sobre las olas, y el martin-pescador agita rápidamente sus azuladas olas para fascinar su presa.

Mas allá de las islas y promontorios que cierran esta rada en la desembocadura del estrecho de Santa María, descubre la vista las inmensas y fluidas llanuras del lago. La inmoble superficie de aquellas llanuras se eleva y se pierde gradualmente en el espacio; y los cambiantes que forma pasan gradualmente del verde de esmeralda al azul bajo, despues al ultramar, y luego al subido turquí. Cada una de estas tintas se confunde con la que las sigue, y la última termina

el horizonte, en donde se junta con el cielo por una zona azulada.

Este sitio, sobre el mismo lago, es propiamente un paisage de verano, y debe gozarse cuando la naturalezá está tranquila y risueña; el segundo es por el contrario un pais de invierno, y exige una estacion borrascosa y desnuda.

Cerca del rio Allinipigon se levanta una roca enorme y aislada que domina el lago. Al Occidente se estiende una cordillera de rocas, unas tendidas y otras plantadas en el suelo; estas hendiendo el aire con sus áridos picos, aquellas con sus redondas cumbres; sus laderas verdes, rojas y negras, retienen la nieve en sus grietas, mezclando así la blancura del alabastro al color de los granitos y de los pórfidos.

Allí crecen algunos de esos árboles de forma piramidal, que la naturaleza mezcla en sus magníficos edificios y en sus vastas ruinas, como las columnas de sus monumentos. El pino se levanta sobre los plintos de las rocas, y de sus cornisas se desprenden tristemente algunas plantas herizadas de témpanos de hielo; de modo que parece se están viendo las ruinas de una ciudad en los desiertos del Asia: monumentos pomposos, que habiendo dominado los bosques antes de su caida, llevan ahora otros bosques sobre sus desplomadas cúpulas.

Detrás de la cadena de rocas que acabo de describir, se abre como un surco un estrecho valle, por cuyo centro pasa el rio del Sepulcro. Este valle solo ofrece en verano un musgo flojo y amarillento, y algunos surcos de hongos de diversos colores, que designan los intersticios de las rocas. Durante el invierno no puede descubrir el cazador en esta soledad cubierta de nieve, las aves y los cuadrúpedos pintados con el color blanco de las escarchas, sino por los picos colorados de las primeras, y los negros hocicos

y ojos sanguinolentos de los segundos. Al estremo del valle, y á gran distancia, se descubre la cima de los montes hiperbóreos, en donde ha colocado Dios el orígen de los cuatro rios mas grandes de la América septentrional. Nacidos en una misma cuna, siguen un curso de mil doscientas leguas, y van á depositar sus aguas en cuatro Océanos, en los cuatro puntos del horizonte: el Mississipí se pierde al Mediodía en el golfo Mejicano; el San Lorenzo se precipita al Levante en el Atlántico; el Ontawis desagua al Norte en los mares del polo, y el rio del Oeste lleva al Poniente el tributo de sus ondas al Océano de Nontouka (1).

Despues de esta idea de los lagos sigue un principio de diario, que solo contiene la indicacion de las horas.

DIARIO SIN FECHA.

Brilla sobre mi cabeza un cielo puro, y un agua limpia bajo mi canoa, que huye al impulso de una ligera brisa. A mi izquierda se elevan unas colinas que parecen cortadas á pico, flanqueadas de rocas, de donde penden convólvulos de flores blancas y azules, guirnaldas de bignonias, largas gramíneas, y plantas saxátiles de todos colores; á mi derecha se estienden vastas praderas. A medida que la canoa avanza, vénse nuevas escenas, y se presentan nuedos puntos de vista: ya se descubren valles soli-

(1) Esta era la geografia errónea de aquel tiempo: la del dia es muy distinta.

tarios y risueños, ya colinas peladas; aquí los sombríos pórticos de una selva de cipreses; allá un ligero bosque de arces, por donde juguetean los rayos del sol como al través de un delicado encage.

¿Te encuentro al fin, libertad primitiva? Paso como ese pájaro que vuela delante de mí, sin direccion fija, y que en nada tiene que ocuparse sino en la eleccion de las umbrias. Héme aquí tal como me crió el Omnipotente: soberano de la naturaleza, llevado en triunfo sobre las aguas, mientras los habitantes de los rios acompañan mi carrera, los pueblos del aire me cantan sus himnos, las bestias de la tierra me saludan, y las selvas inclinan su cima á mi tránsito. El sello inmortal de nuestro orígen, ¿está grabado sobre la frente del hombre de la sociedad, ó sobre la mia? Corred á encerraros en vuestras ciudades; id á someteros á vuestras mezquinas leyes; ganad el pan con el sudor de vuestras frentes, ó devorad el pan del pobre; degollaos por una palabra, por un amo; dudad de la existencia de Dios, ó adoradle bajo formas supersticiosas: yo prefiero vagar por mis soledades, donde ni uno solo latido de mi corazon será oprimido, ni un solo de mis pensamientos encadenado: seré libre como la naturaleza, y no reconoceré mas soberano que el que encendió la llama de los soles, y con un solo impulso de su mano hizo girar todos los mundos (1).

A las siete de la tarde.

Atravesado el rio, hemos seguido el brazo del Sudoeste, buscando á lo largo del canal una ensenada en donde poder desembarcar. Hemos entrado en un

(1) Espero se me perdone el haber conservado estas cosas propias de la juventud.

ancon que se mete bajo un promontorio, sobre el cual se ve un bosquecillo de tulipanes. Habiendo sacado la canoa á tierra, unos se han ido á buscar leña para encender lumbre, otros se han puesto á armar la choza; yo he tomado la escopeta, y me he internado en el bosque inmediato.

Apenas hube andado cien pasos, cuando descubrí una manada de pavos que estaban comiendo bayas de helecho y frutos de espino. Estas aves son muy diferentes de las de su raza que se han naturalizado en Europa: son mas grandes, el plumage de color de pizarra, con cambiantes en el cuello y en la espalda, y rojo cobrizo en las puntas de las alas: colores, que segun los reflejos de la luz, suelen brillar como el oro bruñido. Estos pavos silvestres se reunen frecuentemente en grandes manadas. Por la noche se posan en las copas de los árboles mas elevados, desde donde hacen resonar por la mañana sus repetidos gritos: un poco despues de salir el sol cesa su clamoreo, y bajan á las selvas.

Hemos madrugado mucho para partir con el fresco; se han vuelto á embarcar los bagages y nos hemos dado á la vela. Por ambos lados teniamos tierras elevadas, que forman una selva continuada, cuyo follage ofrecia todos los matices imaginables: la rojiza escarlata, el amarillo sobre el fondo de oro brillante, el oscuro cerrado sobre el oscuro claro, el verde, el blanco, el azul, lavados en mil tintas mas ó menos fuertes y brillantes: veíase junto á nosotros toda la variedad del prisma; y á lo lejos, en las sinuosidades del valle mezclábanse y se perdian los colores sobre un fondo aterciopelado. Los árboles armonizaban tambien sus formas: los unos se desplegaban en forma de abanico, otros se elevaban en figura de cono, estos se redondeaban como esferas, aquellos estaban cortados en forma de pirámides; mas es preciso con-

tentarse con gozar de este espectáculo, sin tratar de describirlo.

A las diez de la mañana.

Hacemos muy poco camino. La brisa ha cesado de soplar, y el canal comienza á estrecharse: la atmósfera se cubre de nubes.

A medio dia.

No es posible subir mas con una canoa; ahora hemos de viajar de otro modo: vamos á sacar á tierra la canoa, á tomar las provisiones, las armas y las pieles para abrigarnos por la noche, y á internarnos en los bosques.

A las tres de la tarde.

¿Quién podrá esplicar la sensacion que se esperimenta al penetrar en estas selvas tan antiguas como el mundo, que bastan por sí solas para dar una idea de la creacion, tal como salió de las manos de Dios? Cayendo el sol al través de un espeso follage, esparce por el centro de los bosques una luz templada, cambiante y trémula, que dá á los objetos una magnitud fantástica. Por do quiera se encuentran árboles derribados, sobre los cuales se elevan otras generaciones de árboles. En vano busco una salida en estas soledades: engañado por una luz mas viva, avanzo al través de las yerbas, las ortigas, los musgos, las lianas y el espeso mantillo compuesto de despojos de los vegetales; pero solo encuentro un claro formado por algunos pinos que han caido. La selva se hace muy pronto mas sombría: la vista no descubre sino troncos de encinas y de nogales, que se suceden unos

á otros, y que parece se estrechan mas y mas al paso que se alejan: la idea del infinito asaltó á mi entendimiento.

A las seis.

Habia yo percibido de nuevo cierta claridad, y me habia dirigido hácia ella. Héme ya en el punto de la luz, mas melancólico aun que las selvas que le rodean: este campo es un antiguo cementerio indiano. Pueda yo descansar un instante en esta doble soledad de la muerte y de la naturaleza: ¿en qué asilo mejor podria yo dormir eternamente?

A las siete.

No pudiendo salir de estos bosques, nos hemos acampado. El reververo de nuestra hoguera se estiende á lo lejos: iluminado el follage por el rojizo resplandor, presenta un aspecto ensangrentado, los troncos de los árboles inmediatos se elevan como unas columnas de granito rojo; pero los mas distantes, bañados apenas por la luz, semejan en los puntos retirados del bosque á pálidos fantasmas, colocados en círculo á la orilla de una noche profunda.

A media noche.

El fuego empieza á apagarse, y disminúyese el círculo de su luz. Escucho: una calma formidable pesa sobre estas selvas; parece que un silencio sucede á otro silencio: en vano trato de oir algun ruido que descubra la vida en este sepulcro universal. Pero ¿de dónde nace ese suspiro? de uno de mis compañeros: gime, aunque está soñando. Tú vives sin duda, pues que padeces: ¡hé aquí al hombre!

A las doce y media de la noche.

La calma continúa; pero el árbol decrépito se rompe y viene al suelo. Braman las selvas; levántanse mil voces; amortíguanse muy pronto los ruidos, y mueren en unas distancias casi imaginarias, el silencio invade de nuevo el desierto.

A la una de la madrugada.

Levántase viento: corre sobre la cima de los árboles, y los sacude al pasar sobre mi cabeza. Ahora es como la ola del mar que se estrella tristemente sobre la costa.

Unos ruidos han despertado á otros: toda la selva es armonía. ¿Son tal vez los sonidos graves del órgano los que escucho, al paso que otros sonidos mas ligeros se agitan en las bóvedas de verdura? Un corto silencio sucede; vuelve á empezar de nuevo la música aérea; escúchanse por do quiera dulces quejas, murmullos que encierran en sí mismos otros murmullos; cada hoja habla un lenguage diferente, cada yerbecilla entona una nota particular.

Resuena una voz estraordinaria: es la de aquella rana que imita los bramidos del toro. Los murciélagos colgados de las ramas, hacen oir su monótono chillido por todos los ángulos de la selva: parece un clamoreo contínuo ó la fúnebre vibracion de una campana. Todo nos conduce á alguna idea de la muerte; porque esta idea se halla en el fondo de la vida.

A las diez de la mañana.

Hemos seguido nuestro camino: habiendo bajado á un valle inundado, unas ramas de roble tendidas de una junquera á otra, nos han servido de puente

para atravesar los marjales. Estamos preparando la comida al pie de una colina cubierta de maleza, que no tardaremos en escalar para descubrir el rio que buscamos.

A la una de la tarde.

Hemos vuelto á emprender la marcha; las ortegas nos prometen para esta noche una buena cena.

El camino se va haciendo escarpado; y muy raros los árboles; unos matorrales resbaladizos cubren el flanco de la montaña.

A las seis.

Hénos ya en la cumbre: á nuestros pies solo se descubren las copas de los árboles. Algunas rocas aisladas salen de aquel mar de verdura como los escollos que se elevan sobre la superficie de las aguas. El esqueleto de un perro colgado á una rama de abeto, anuncia el sacrificio indiano ofrecido al genio de este desierto. Un torrente se precipita á nuestros pies, y va á perderse en un riachuelo.

A las cuatro de la mañana.

La noche ha sido apacible. Nos hemos decidido á volver á nuestro bote; porque no tenemos esperanza de encontrar camino en medio de estos bosques.

A las nueve.

Hemos almorzado bajo un viejo sauce cubierto de convólvulos y setas. A no ser por los mosquitos, este sitio seria muy delicioso; hemos tenido que ha-

cer una grande humareda de leña verde para ahuyentar á nuestros enemigos. Los guias han anunciado la visita de algunos viageros, que podian estar aun á dos horas de camino del parage en qué nos encontrábamos. Esta finura de oido es prodigiosa. Hay indio, que puesto el oido en el suelo, oye los pasos de otro á cuatro ó cinco leguas de distancia. Con efecto, al cabo de dos horas hemos visto llegar una familia de salvages, la cual nos ha dado el grito de bien venida, á que hemos contestado muy alegres.

Al medio dia.

Nuestros huéspedes nos han manifestado que hacia dos dias que nos oian; que sabian que éramos *carnes blancas*, porque el ruido que haciamos al andar era mas considerable que el que hacen las carnes rojas. Pregunté yo la causa de esta diferencia, y me contestaron que consistia en el modo de romper las ramas para abrirse camino. Los blancos revelan tambien su raza por la pesadez de sus pasos: el ruido que produce no aumenta progresivamente: el europeo gira por los bosques; el indio camina en línea recta.

La familia indiana se compone de dos mugeres, un niño y tres hombres. Habiéndonos dirigido juntos al bote, hemos encendido un gran fuego en la orilla del rio. Reina entre todos nosotros una recíproca benevolencia. Las mugeres han dispuesto la cena, compuesta de truchas asalmonadas, y una gruesa pava. Nosotros los *guerreros*, fumamos y platicamos juntos. Mañana nos ayudarán nuestros huéspedes á trasportar la canoa á un rio, que solo dista cinco millas del parage en que nos encontramos.

Aquí acaba el diario. Una página suelta que se encuentra á continuacion nos trasporta en medio de los Apalaches. Hé aquí su contenido:

Estos montes no son, como los Alpes y los Pirineos, unas montañas hacinadas con regularidad unas sobre otras, y cuyas cumbres cubiertas de nieve, penetran en las nubes. Al Oeste y al Norte semejan á unos muros perpendiculares de algunos miles de pies de elevacion, desde lo alto de los cuales se precipitan los rios que caen en el Ohío y en el Mississipí. En esta especie de gran quebradura se descubren algunos senderos que serpentean como los torrentes en medio de los precipicios. Estos senderos y estos torrentes están adornados de una especie de pino, cuya copa es de color verde-mar, y el tronco, casi de lila, está sembrado de manchas oscuras, producidas por un musgo raso y negro.

Mas del lado del Sur y del Este los Apalaches casi no pueden llamarse montes; porque sus cimas van descendiendo gradualmente hasta la ribera del Atlántico, en cuyo terreno vierten otros rios que fecundan unas selvas de encinas, arces, nogales, moreras, castaños, pinos, abetos, magnolias y otras mil especies de arbustos de flores.

Despues de este corto fragmento sigue un trozo bastante estenso sobre el curso del Ohío y del Mississipí desde Pittsburgo hasta los Natchez. Esta narracion empieza por la descripcion de los monumentos del Ohío. En el *Genio del Cristianismo* se encuentra un pasage y una nota sobre estos monumentos; pero lo que he escrito en aquel pasage y en aquella nota difiere en muchos puntos de lo que digo aqui (1).

(1) Despues de haber escrito esta disertacion, algunos sábios y varias sociedades arqueológicas americanas han publicado *Memorias sobre las ruinas del Ohío*, cuyos escritos son curiosos bajo dos aspectos.

1.º Recuerdan las tradiciones de las tribus indianas: dichas tribus dicen todas que vinieron del Oeste á las riberas

Figúrese el lector unos restos de fortificaciones ó monumentos, que ocupan una estension inmensa, y en los cuales se notan cuatro especies de obras: bastiones cuadrados, lunas, medias lunas y *tumuli*. Los bastiones, las lunas y las medias lunas, son de forma regular, los fosos anchos y profundos, los atrincheramientos están hechos de tierra con parapetos en plano inclinado; pero los ángulos de los glacis corresponden á los de los fosos, y no se inscriben como el paralelógramo en el polígono.

Los tumuli son unos sepulcros de forma circular, y habiéndose abierto algunos de ellos, se ha encontrado en el interior un ataud formado de cuatro piedras, en el cual se conservaban huesos humanos. Sobre este ataud descansaba otro que contenia tambien un esqueleto, y así sucesivamente hasta lo alto de la pirámide, que podia tener de veinte á treinta pies de elevacion.

Estas construcciones no pueden ser obra de las actuales naciones de América; porque los pueblos que las levantaron, debian tener un conocimiento de las artes superior al de los mismos mejicanos y peruanos.

del Atlántico uno ó dos siglos (segun puede juzgarse) antes del descubrimiento de la América por los europeos; que en sus largas marchas tuvieron que pelear con muchos pueblos, particularmente en las riberas del Ohío, etc.

2.º Las *Memorias* de los sabios americanos mencionan el descubrimiento de algunos ídolos encontrados en los sepulcros, los cuales tienen un carácter puramente asiático. Es indudable que un pueblo mucho mas civilizado que los actuales salvages de la América, floreció en los valles del Ohío y del Mississipí. Mas ¿cuándo y como dejó de existir? Esto es lo que acaso no se sabrá jamás. Las *Memorias* de que hablo son poco conocidas, y merecen serlo. Se encuentran en el periódico titulado: *Nuevos anales de los Viages*.

¿Deberán atribuirse estas obras á los europeos modernos? yo solo encuentro á Fernando de Soto que haya penetrado antiguamente en las Floridas, y aun éste no llegó nunca mas allá de un pueblo de chicasas, situado en uno de los brazos del Mobile; y por otra parte, con un puñado de españoles, ¿cómo y con qué objeto hubiera podido remover toda aquella tierra?

¿Será tal vez que en otro tiempo los cartagineses y los fenicios, cuando hacian su comercio alrededor del Africa y á las islas Cassitérides, fueron arrojados á las regiones americanas? Pero antes de internarse mas hácia el Oeste, debieron establecerse sobre las costas del Atlántico; y entonces, ¿cómo es que no se encuentra la menor huella de su tránsito por la Virginia, las Georgias y las Floridas? Además, ni los fenicios ni los cartagineses enterraban á sus muertos como lo están los de las fortificaciones del Ohio. Los egipcios lo hacian de un modo semejante; pero las momias estaban embalsamadas, y las de las tumbas americanas no lo están: y no se diga que les faltarian los ingredientes necesarios; porque las gomas, las sales, la resina y el alcanfor se hallan aquí por todas partes.

¿Habrá tal vez existido la Atlántida de Platon? ¿Estaria la Africa unida con la América en siglos desconocidos? Como quiera que sea, no puede dudarse que ha existido en aquellos desiertos una nacion ignorada y superior á las generaciones indianas de la actualidad. Mas ¿qué nacion era esta? ¿qué revolucion la destruyó? ¿Cuándo se verificó este acontecimiento? Cuestiones no son estas que nos lanzan en esa inmensidad del pasado, donde los siglos se abisman como sueños.

Las obras de que hablo se hallan á la embocadura del gran Miamis, en la del Muskingum, en el *Ancon del Sepulcro*, y en uno de los brazos de Scioto:

las que rodean la orilla de este rio ocupan un espacio de mas de dos horas de camino, bajando hácia el Ohio. En el Kentucky, á lo largo del Teneso, y en el pais de los siminoles, apenas puede darse un paso sin descubrir algunos restos de estos monumentos.

Los indios todos convienen en decir que cuando sus padres vinieron del Oeste, encontraron las obras del Ohio en el mismo estado en que se ven hoy dia. Pero la época de esta emigracion de los indios del Occidente al Oriente, varía segun las naciones. Los chicasas, por egemplo, llegaron á los fuertes que cubren las fortificaciones hace solo dos siglos: emplearon siete años en su viage, marchando solo una vez cada año, y llevándose algunos caballos que habian robado á los españoles, ante los cuales se retiraban.

Otra tradicion pretende que las obras del Ohío hayan sido levantadas por los indios *blancos*. Estos *blancos*, segun los indios *rojos*, debieron venir del Oriente; y cuando dejaron el lago sin riberas (el mar), iban vestidos como los carnes blancas del dia.

Acerca de esta confusa tradicion se cuenta que hácia el año de 1170, Ogan, príncipe del pais de Gales, ó su hijo Madoc, se embarcó con un gran número de vasallos suyos (1), y que aportó á unos paises desconocidos hácia el Occidente. Pero ¿es posible imaginar que los descendientes de aquellos galos hubiesen querido construir las obras del Ohío, y que al mismo tiempo, habiendo perdido todas las artes, se viesen reducidos á un puñado de guerreros errantes por los bosques como los demás indios?

Se ha pretendido tambien que en las fuentes del Missouri existen unos pueblos numerosos y civilizados; que viven en recintos militares semejantes á los

(1) Es una alteracion de las tradiciones islandesas, y de las poéticas historias de las Sagas.

de las orillas del Ohio; que estos pueblos se sirven de caballos y de otros animales domésticos; que tienen ciudades y caminos públicos, y que son gobernados por reyes (1).

La tradicion religiosa de los indios sobre los monumentos de sus desiertos, no se conforma con su tradicion histórica. En medio de dichos edificios, dicen ellos, existe una caverua, que es la del Grande espíritu, el cual crió en ella á los chicasas. El pais estaba entonces cubierto de agua; y habiéndolo notado el Grande espíritu, levantó unas murallas de tierra para poner á secar encima á los chicasas.

Pasemos á la descripcion del curso del Ohío. Este rio se forma por la reunion del Monongahela y el Alleghany: el primero de estos rios nace al Sur en los montes Azules ó Apalaches; el segundo en otra cadena de estos montes al Norte, entre los lagos Erié y Ontario, comunicándose con el primero por medio de un pequeño brazo. Los dos rios se reunen mas abajo del fuerte, llamado en otro tiempo de Duquesne, y hoy fuerte Pitt, ó Pittsburgo: su confluente está al pie de una elevada colina de carbon de piedra; y confundidas sus aguas, pierden sus nombres, que ya no son conocidos sino con el de Ohío, el cual significa, y le cuadra muy bien, *rio Hermoso*.

Mas de sesenta arroyos acrecen con sus caudales este rio: los que bajan del Este y del Mediodía, nacen

(1) En el dia son conocidas las fuentes del Missouri, y en aquellas regiones solo se han encontrado salvages. Tambien debe colocarse entre el número de las fábulas aquella historia de un templo, donde se encontró una Biblia que solo podian leer unos indios blancos que poseian el templo, y habian perdido el uso de la escritura. Por lo demas, la colonizacion de los rusos al Noroeste de la América, pudo muy bien dar orígen á estas ideas de un pueblo blanco establecido cerca de las fuentes del Missouri.

en las alturas que separan las aguas tributarias del Atlántico, de las que bajan al Ohío y al Mississipí; las que tienen su nacimiento en el Oeste y el Norte se precipitan de las colinas, cuyas dobles vertientes alimentan los lagos del Canadá, y los rios Mississipí y Ohío.

El espacio recorrido por este último, ofrece en su conjunto un anchuroso valle rodeado de colinas de igual altura; pero en sus pormenores, y cuando se viaja siguiendo el curso de las aguas, ya presenta diverso aspecto.

No hay cosa mas pingüe que las tierras que riega el Ohío, las cuales producen en ambas riberas selvas de pinos, laureles, mirtos, arces de azúcar, y encinas de cuatro especies: los valles producen nogales, mustacos y fresnos; en los marjales crecen el abedúl, el povo, el chopo y el ciprés. Los indios hacen telas de la corteza del chopo, y se comen la segunda del povo; emplean la sávia de la frangula para curar la calentura y ahuyentar las serpientes; la encina les proporciona flechas y el fresno canoas.

Las yerbas y las plantas son muy variadas; pero las que cubren todos los campos son la yerba del búfalo de siete á ocho pies de alto; el trébol, la ballueca ó arroz silvestre, y el añil.

Bajo una superficie fértil, á cinco y seis pies de profundidad, se encuentra generalmente un lecho de piedra blanca, base de un escelente mantillo; y sin embargo, al aproximarse al Mississipí se halla primero en la superficie del suelo una tierra fuerte y negra, luego una capa de greda de diversos colores, y despues bosques enteros de cipreses sumergidos en en el fango.

A la orilla del Chanon, á doscientos pies bajo del agua, se han visto, segun dicen, algunos caractéres trazados en las paredes de un precipicio, y de aquí

se ha inferido, que en otro tiempo corria el agua á aquel nivel, y que algunas naciones desconocidas escribieron aquellas letras misteriosas al pasar por el rio.

Un cambio súbito de temperatura y de clima se nota en el Ohío. En las inmediaciones del Canaway ya no se ven cipreses ni salsafras, multiplicándose las selvas de encina y de olmos. Todo toma un color diferente; los verdes son más subidos, y sus matices mas pálidos.

En este rio no hay, por decirlo así, mas que dos estaciones; las hojas caen de repente por noviembre; siguen inmediatamente las nieves, empieza á soplar el Noroeste, y reiná el invierno. Un frio seco continúa con un cielo puro hasta el mes de marzo; entonces se vuelve el viento al Nordeste, y en menos de quince dias aparecen llenos de flores los árboles que estaban cubiertos de escarcha, y se confunde el verano con la primavera.

La caza es abundante. Los ánades, las pardillas azules, los cardenales, los gilgueros de color de púrpura ostentan sus matices entre la verdura de los árboles, el pájaro *wheb-shaw* imita el ruido de la sierra, el pájaro-gato maulla, y los loros que aprenden algunas palabras alrededor de las habitaciones, las repiten en los bosques. Muchas de estas aves viven de insectos: la oruga verde de tabaco, el gusano de una especie de moral blanco, las moscas brillantes y las tejederas, constituyen principalmente su alimento; pero los loros se reunen en grandes bandadas, y devastan los sembrados; de modo que por cada cabeza de estas aves se dá un premio igual al señalado por las cabezas de ardilla.

En el Ohío se cogen con corta diferencia los mismos peces que en el Mississipí. Es muy comun sacar truchas de treinta y treinta y cinco libras, y una

especie de sollo, cuya cabeza se parece á la pala de un canalete.

Siguiendo hácia abajo el curso del Ohío se ve un riachuelo llamado el Lic de los grandes huesos. Llaman lic en América á unos bancos de tierra blanca gredosa, que los búfalos lamen con mucho gusto surcándolos con la lengua. Los escrementos de aquellos animales están tan impregnados de la tierra del lic, que parecen pedazos de cal. Los bufalos buscan los lics á causa de las sales que contienen, las cuales curan á los animales rumiantes de los retortijones que les causan las yerbas que no están maduras. Sin embargo, las tierras del valle del Ohío lejos de ser saladas, son por el contrario muy insípidas.

El lic del rio del Lic es uno de los mayores que se conocen; los grandes caminos que los búfalos han abierto al traves de las yerbas para dirigirse á él, serian temibles si no se supiese que estos toros silvestres son los mas pacíficos de todos los animales. En este lic se ha descubierto una parte del esqueleto de un mamouth: el hueso de la pierna pesaba setenta libras, las costillas tenian en su curbatura siete pies, y la cabeza tres pies de largo; los dientes molares eran de cinco pulgadas de ancho y ocho de alto, y los colmillos de catorce pulgadas desde la raiz hasta la punta.

Iguales despojos se han encontrado tambien en Chile y en Rusia. Los tártaros pretenden que el mamouth existe aun en su pais en las embocaduras de los rios; y se asegura tambien que unos cazadores le persiguieron al Oeste del Mississipí. Si la raza de estos animales ha perecido, como parece probable, ¿cuándo se ha verificado esta destruccion en paises tan diversos y climas tan diferentes? ¡Nada sabemos, y sin embargo cada dia pedimos á Dios cuenta de sus obras!

El Lic de los grandes huesos se halla á cerca de treinta millas del rio de Kentucky, y á ciento ocho de los Saltos del Ohío. Las orillas del Kentucky están cortadas á pico como unos muros. Se notan en este parage un camino hecho por los búfalos, que baja de lo alto de la colina, fuentes de betun que puede arder como el aceite, grutas adornadas de columnas naturales, y un lago subterráneo, que se estiende á distancias desconocidas.

En la confluencia del Kentucky y del Ohío despliega el paisage una pompa estraordinaria: vense allí manadas de corzos, que encaramados en la punta de una roca, observan al viagero que pasa por los rios; aquí se proyectan horizontalmente por las aguas bosquecillos de pinos seculares; llanuras risueñas se estienden hasta perderse de vista, al paso que las selvas ocultan como grandes cortinas, la falda de algunos montes, cuya cumbre se descubre á lo lejos.

Tan magnífico pais se llama sin embargo el Kentucky, del nombre de su rio que significa *rio de Sangre*; nombre funesto debido á su misma belleza: por espacio de mas de dos siglos las naciones del partido de los cheroqueses y las iroquesas, se disputaron la caza de las riberas de este rio, y ninguna tribu indiana osaba fijarse en este campo de batalla: los sawanoes, los miamises, los piankiciawoes, los wayoes los kaskasias, los delawares, los illineses, venian alternativamente á pelear; y hasta el año 1752 no empezaron los europeos á saber algo de positivo sobre los valles situados al Oeste de los montes Alleghany, llamados al principio *montes Endless* (sin fin), ó *Kittaniny ó montes Azules*. Sin embargo; Charlevois habia hablado ya en 1720 del curso del Ohío; y el fuerte de Duquesne, en el dia fuerte Pitt (Pitts-Burgh) habia sido trazado en el punto de la confluencia de los dos rios que forman el Ohío. En 1752 publicó

Luis Evant un mapa del pais situado á las orillas del Ohío y el Kentucky, Jacobo Macbrive hizo una incursion por aquel desierto en 1754; Jones Finley penetró en él en 1757, y el coronel Boone le descubrió enteramente en 1769, y se estableció allí con su familia en 1775. Se pretende que el doctor Wood y Simon Venton fueron los primeros europeos que bajaron por el Ohío en 1773, desde el fuerte Pitt hasta el Mississipí. El orgullo nacional de los americanos los lleva á atribuirse el mérito de la mayor parte de los descubrimientos al Occidente de los Estados-Unidos, mas no debe olvidarse que los franceses del Canadá y de la Luisania, llegando por el Norte y Mediodia, recorrieron estas regiones mucho antes que los americanos que venian del Oriente, y á quienes molestaba en su camino la confederacion de los creeks y los españoles de las Floridas.

Este pais principió á poblarse (en 1791) con las colonias de la Pensilvania, de la Virginia y de la Carolina, y por algunos desgraciados compatriotas mios que huian de las primeras borrascas de la revolucion.

Pero las generaciones europeas; ¿serán en aquellas riberas mas virtuosas y mas libres que las generaciones americanas que han esterminado? No se verán esclavos cultivando la tierra bajo el látigo de sus amos, en aquellos desiertos en que ostentaba el hombre su independencia? ¿No reemplazarán los calabozos y las horcas á la abierta cabaña y á la elevada encina, donde solo se ven los nidos de las aves? La riqueza del suelo, ¿no dará lugar á nuevas guerras? ¿Dejará de ser el Kentucky la *tierra de la sangre*, y los edificios de los hombres embellecerán las orillas del Ohío mejor que los monumentos de la naturaleza?

Del Kentucky á las Cascadas ó Saltos del Ohío, se cuentan cerca de ochenta millas. Estas Cascadas

las forma una roca que se estiende por bajo del agua en el lecho del rio; pero su pendiente no es difícil ni peligrosa, pues el declive medio no es mas que de cuatro á cinco pies en el espacio de un tercio de legua. El rio se divide en dos canales por unas islas que están agrupadas en medio de las Cascadas. Abandonándose á la corriente, no hay necesidad de alijar los botes, pero es imposible remontarlas sin disminuir el cargamento.

En el punto de los Saltos tiene el rio una milla de ancho. Deslizándose sobre el magnífico canal, la vista se detiene á alguna distancia del Salto, para fijarse en un bosque de olmos adornados de guirnaldas de lianas y de parras.

Al Norte se descubren las colinas del *Ancon de Plata*: la primera de estas colinas se sumerge perpendicularmente en el Ohío, y su escarpe cortado á grandes facetas rojas, está decorado de plantas; otras colinas paralelas, coronadas de selvas, se levantan detras de la primera, y parece que huyen subiendo mas y mas hácia el cielo, hasta que bañada su cumbre por la luz, adquiere el color del cielo, y se desvanecen.

Al Mediodía están las savanas sembradas de arboledas y cubiertas de búfalos, unos tendidos, otros errantes, estos paciendo, aquellos colocados en grupo cabeza con cabeza. En medio de este cuadro las Cascadas, segun están heridas por los rayos del sol, azotadas por el viento, ó sombreadas por las nubes, se levantan en borbotones de oro, forman una nube de blanquísima espuma, ó dejan corren apacibles sus cristalinas aguas.

Mas abajo de las Cascadas hay un islote, donde los cuerpos se petrifican, el cual está cubierto de agua en el tiempo de las inundaciones, y dicen que la virtud petrificante confinada en este pequeño

rincon de tierra, no se estiende á la costa vecina.

Desde las Cascadas hasta la embocadura del Wabash se cuentan trescientas diez y seis millas. Este rio, por medio de un trasporte de nueve millas, se comunica con el Miamis del lago que desemboca en el Erié. Las orillas de Wabash son muy elevadas, y se ha descubierto en ellas una mina de plata.

Noventa y cuatro millas mas abajo de la embocadura de Wabash empieza un bosque de cipreses, desde el cual á los Bancos amarillos, siempre bajando el Ohío, hay cincuenta millas, y se dejan á la izquierda las embocaduras de dos rios, que se hallan á diez y ocho millas uno de otro.

El primero se llama el Cheroqués, ó el Teneso, y sale de los montes que separan las Carolinas y las Georgias de lo que se llaman las tierras del Oeste: al principio corre de Oriente á Occidente al pie de los montes, y esta primera parte de su curso es rápida y tumultuosa: luego se vuelve súbitamente hácia el Norte, y engrosado con muchos afluentes, derrama y retiene sus aguas como para descansar de una fuga precipitada de cuatrocientas leguas. En la desembocadura tiene seiscientas toesas de ancho, y en un parage llamado el Gran-Desvío, presenta una cascada de una legua de estension.

El segundo rio, el Shanawon, ó el Cumberland, es el compañero de Cheroqués ó Teneso. Pasa con él su infancia en los mismos montes, y desciende con él á las llanuras. Hácia la mitad de su carrera, precisado á apartarse del Teneso, recorre unos parages desiertos, y los dos gemelos vuelven á reunirse al fin de su vida, y espiran á poca distancia uno de otro, en el Ohío que los reune.

El pais que riegan estos rios está generalmente cruzado de colinas y valles que refrescan una multitud de arroyuelos: sin embargo, á las orillas del Cum-

berland hay algunas llanuras cubiertas de cañas, y muchos bosques de cipreses. Los búfalos y los corzos abundan en aquel pais, habitado tambien por naciones salvages, particularmente por los cheroqueses. Encuéntranse con frecuencia cementerios indianos, triste prueba de la antigua poblacion de aquellos desiertos.

Desde el gran bosque de cipreses del Ohío á los Bancos amarillos, hay un camino, como llevo dicho, cuya estension se estima en unas cincuenta y seis millas. Los Bancos amarillos se llaman así por razon de su color, y colocados en la ribera septentrional del Ohío, se pasa muy cerca de ellos, porque el agua es muy profunda en aquel lado. El Ohío tiene en casi toda su estension costas dobles, una para la estacion de las inundaciones, y otra para los tiempos de sequía.

Desde los Bancos amarillos hasta la desembocadura del Ohío en el Mississipí, por los 36.° 51′ de latitud, se cuentan unas treinta y cinco millas.

Para juzgar con exactitud de la confluencia de estos dos rios, ha de suponerse que se parte de una isleta que se halla á la orilla oriental del Mississipí, y se trata de entrar en el Ohío: en este caso se descubre á la izquierda el Mississipí, que en este parage corre casi directamente de Este á Oeste, y presenta un grande espacio de agua alterada y tumultuosa; á la derecha el Ohío, mas claro que el cristal y mas sereno que el aire, corre mansamente del Norte al Sur, describiendo una curva en las estaciones medias: uno y otro tienen unas dos millas de ancho en el momento de su encuentro. El volúmen de su fluido es casi el mismo: los dos rios, oponiendo una resistencia igual, amainan la rapidez de su curso, y por espacio de algunas leguas parece que descansan juntos en el lecho comun.

La punta en donde mezclan sus aguas, se eleva veinte pies sobre su nivel: este pantanoso *cabo*, compuesto de lodo y arena, se cubre de cáñamos silvestres y de vides, que se arrastran por el suelo, ó se enredan por entre los tallos de la yerba de búfalo: las encinas crecen tambien sobre esta lengua de tierra que desaparece en las grandes inundaciones, y los rios desbordados y reunidos, parecen entonces un vasto lago.

La confluencia del Missouri y del Mississipí, presenta tal vez alguna cosa mas estraordinaria: el Missouri es un rio impetuoso de aguas blancas y cenagosas, que se precipita con violencia en el puro y tranquilo Mississipí; en la primavera desprende de sus riberas vastos pedazos de tierra, y estas islas flotantes, bajando por la corriente del Missouri, con sus árboles cubiertos de hojas ó de flores, unos de pie y otros medio caidos, ofrecen un espectáculo maravilloso.

Desde la embocadura del Ohío hasta las minas de hierro, sobre la costa del Mississipí, solo se cuentan quince millas; y desde las minas de hierro á la desembocadura del rio Chicasas se marcan sesenta y siete. Es menester andar ciento y cuatro millas para llegar á las colinas de Margete, regadas por el riachuelo de este nombre: este es un parage muy abundante en caza.

Mas ¿por qué se encuentra tanto atractivo en la vida salvage? ¿en qué consiste que el hombre mas acostumbrado á egercitar su pensamiento, se distrae alegremente en el tumulto de una cacería? Correr por los bosques, perseguir á las fieras, armar una choza, encender lumbre, y disponer uno mismo su comida junto á un manantial, es ciertamente un gran placer. Mil europeos han conocido este placer, y lo han preferido á todos; al paso que el indiano muere

de tedio si le encierran en nuestras ciudades. Esto prueba que el hombre es mas bien un ser activo que contemplativo; que en su condicion natural tiene muy pocas necesidades, y que la simplicidad del alma, es una fuente inagotable de felicidad.

Del rio de Margete al de San Francisco, media una distancia de setenta millas. El rio de San Francisco recibió su nombre de los franceses, y todavía es para ellos un punto de caza.

Desde el rio de San Francisco hasta los akansas ó arkansas, se cuentan ciento y ocho millas. Los akansas son muy afectos á los franceses; de todos los europeos, mis compatriotas son los mas amados de los indios, lo cual proviene de la jovialidad de los franceses, de su bizarría, de su aficion á la caza, y aun á la vida salvage; como si la civilizacion mas adelantada se aproximase al estado de la naturaleza. En el rio de Akansas se puede navegar en canoas, mas de cuatrocientas cincuenta millas; sus aguas corren por un pais delicioso, y su origen parece que se halla oculto en las montañas del Nuevo-Méjico. Del rio de los Akansas al de los Yazous median ciento y cincuenta millas. Este último rio tiene en su desembocadura cien toesas de ancho. En la estacion de las lluvias pueden subir los botes grandes á mas de ochenta millas, y solo se necesita un trasporte á causa de una pequeña catarata. Los yazous, los chactas y los chicasas habitaban en otro tiempo los diversos brazos de este rio. Los yazous formaban un solo pueblo con los natchez.

La distancia de los yazous á los natchez por el rio se divide así: de las costas de los yazous ó Bayouk-Negro treinta y nueve millas; del Bayouk-Noir al rio de las Piedras, treinta millas; del rio de las Piedras á los natchez diez millas.

Desde las costas de los yazous hasta el Bayouk-

Noir, está el Mississipí lleno de islas, y hace largos rodeos; su ancho es allí de cerca de dos millas, y su profundidad de ocho á diez brazas. Seria fácil disminuir las distancias cortando algunas puntas. La distancia de Nueva-Orleans, á la embocadura del Ohío, que por línea recta no pasa de cuatrocientas sesenta millas, es de ochocientas cuarenta y seis, caminando por el rio. Cuando menos podria acortarse este tránsito doscientas cincuenta millas.

Entre el Bayouk-Negro y el rio de las Piedras, hay algunas canteras, que son las primeras que se encuentran desde la desembocadura del Mississipí, hasta el pequeño rio á que han dado nombre.

El Mississipí está sujeto á dos inundaciones periódicas, una en la primavera y otra en el otoño: la primera, que es la mas considerable, empieza en mayo y acaba en junio. La celeridad del rio es entonces de cinco millas por hora, y la ascension de las contra-corrientes tiene con corta diferencia la misma velocidad. ¡Admirable prevision de la naturaleza! porque sin estas contra-corrientes, apenas podrian los barcos remontar el rio (1). En esta época se eleva el agua á grande altura, inunda sus riberas y no vuelve al rio de que ha salido, como el agua del Nilo, sino que queda sobre la tierra, ó se infiltra en el suelo, en donde deja un sedimento fértil.

La segunda crecida proviene de las lluvias de octubre, y no es tan considerable como la de la primavera. Durante estas inundaciones arrastra el Mississipí enormes trozos de madera, y brama furiosamente. La celeridad ordinaria del curso de este rio es de unas dos millas por hora.

Las tierras un poco elevadas que forman la costa

(1) Los buques de vapor han hecho desaparecer la dificultad de la navegacion agua arriba.

del Mississipí, desde la Nueva-Orleans hasta el Ohío, están casi todas á la orilla izquierda; pero estas tierras se apartan ó aproximan mas ó menos al cauce, dejando algunas veces entre ellas y el rio savanas de muchas millas de ancho. Las colinas no siempre corren paralelas á la ribera: sino que ya siguen diferentes rádios á grandes distancias, y presentan en las perspectivas que abren, valles plantados de árboles de toda especie; ya converjen sobre el rio, y forman una multitud de cabos, que se reflejan en sus aguas. La orilla derecha del Mississipí es en general llana, pantanosa y uniforme: en medio de las altas cañas, verdes ó doradas, que la decoran, se ven triscar los búfalos ó brillar las aguas de una multitud de estanques llenos de aves acuáticas.

Los peces mas notables del Mississipí, son la perliga, el sollo y las colas, pescándose tambien enormes cangrejos.

El suelo inmediato al rio produce el ruibarbo, algodon, añil, azafran, el árbol de la cera, el salsafras, y el lino silvestre: tambien se cria allí un gusano que hila una seda bastante fuerte; y con la draga se sacan en algunos riachuelos grandes ostras de perlas; aunque de no muy buen oriente. Se conoce una mina de mercurio, otra de lapiz-lázuli, y algunas de hierro.

La continuacion del manuscristo contiene la descripcion del pais de los Natchez y la del curso del Mississipí hasta Nueva-Orleans. Estas descripciones se hallan completamente trasladadas en la *Atala* y en los *Natchez*.

Inmediatamente despues de la descripcion de la Luisiana, siguen en el manuscrito algunos estractos de los viages de Bartram, que yo habia traducido con bastante cuidado. A estos estractos van unidas algunas rectificaciones, observaciones y adiciones mias, á

la manera de las notas que puso Mr. Ramond á su traducci[illegible]l *Viage de Coxe por Suiza*. Pero mi trabajo [illegible]njunto está mucho mas enlazado; de mod[illegible]asi es imposible separar, ni aun conocer á veces, lo mio de lo de Bartram. Dejo, pues, el pasage tal como está bajo este título:

Descripcion de algunos sitios en el interior de las Floridas.

Impelia nuestro buque un viento fresco, y el rio desembocaba en un lago, que se abria delante de nosotros, y formaba un estanque de cerca de nueve leguas de circunferencia. Elevábanse en medio del lago tres islas, y nosotros dirigimos el rumbo á la mayor, adonde llegamos á las ocho de la mañana. Desembarcamos á la orilla de una llanura de forma circular, pusimos nuestra canoa al abrigo de un grupo de castaños que crecian casi dentro del agua, y armamos nuestra choza sobre una pequeña eminencia. Soplaba la brisa del Este, y refrescaba el lago y las selvas. Nos desayunamos con galletas de maiz, y nos dispersamos por la isla, unos á cazar y otros á pescar ó á recoger plantas.

Encontramos una especie de hibisco: esta yerba enorme, que nace en los sitios bajos y húmedos, crece mas de diez ó doce pies, y termina en un cono muy agudo: sus hojas lisas y ligeramente listadas, forman un bello contraste con las hermosas flores carmesíes que desde lejos se distinguen.

El agavé vivípero se eleva todavía mas alto en los ancones salados, y presentaba una selva de yerbas de treinta pies de alto. La semilla madura de esta yerba germina algunas veces sobre la misma planta,

de modo que el tierno planton cae á tierra ya formado. Como el agavé vivípero crece muchas veces á la orilla de las aguas corrientes, sus semillas desnudas, arrastradas por las aguas, quedarian espuestas á perderse; pero la naturaleza para evitarlo, las desarrolla sobre la planta madre, á fin de que al dejar su seno puedan fijarse por sus raicillas.

La juncia de América era comun en esta isla. Su tallo se parece al de un junco nudoso, y sus hojas á las del puerro. Los salvages la llaman *apoya matsi*, y las jóvenes indianas de mala vida, machacan esta planta entre dos piedras, y se frotan con ella el pecho y los brazos.

Atravesamos una pradera sembrada de jacobea de flores amarillas, alceas con penachos de color de rosa, y obelias de garzotas purpúreas: un vientecillo ligero que corria sobre las cimas de estas plantas, ora rizaba sus olas de oro, de rosa y de púrpura, ora abria largos surcos en la verdura.

La potigala, abundante en los terrenos pantanosos, parecia por su forma y color á unos vástagos de mimbres rojos, y al paso que algunas ramas se arrastraban por el suelo, otras se levantaban por el aire: esta planta tiene un sabor amargo y aromático. Cerca de ella crecia el convólvulo de las Carolinas, cuya hoja imita la punta de una flecha. Estas dos plantas se encuentran por donde quiera que hay serpientes de cascabel; la primera cura su mordedura, y la segunda es tan eficaz, que los salvages, despues de haberse frotado las manos con ella, manejan impúnemente aquellos formidables reptiles. Los indios cuentan que compadecido el Grande espíritu de los guerreros de la carne-roja *de piernas desnudas*, sembró él mismo estas yerbas salutíferas, á pesar de la reclamacion de las almas de las serpientes.

Reconocimos la serpentaria sobre las raices de

los grandes árboles; el árbol para el dolor de muelas, cuyo tronco y ramas espinosas están cargadas de protuberancias del tamaño de huevos de pichon; la cañaheja, cuyas rojas cerezas crecen entre musgo y curan el flujo epático; la frangula, que tiene la propiedad de ahuyentar las culebras, brotaba vigorosamente en las aguas estancadas cubiertas de lamas.

Un espectaculo inesperado fijó nuestras miradas: descubrimos unas ruinas indianas situadas sobre un montecillo á la orilla del lago: veíase á la izquierda un cono de tierra de cuarenta y cinco pies de alto, del cual partia un camino antiguo trazado al través de un hermoso bosquecillo de magnolias y de encinas que terminaba en una savana. Algunos fragmentos de vasos y de diversos utensilios veíanse dispersos acá y acullá, aglomerados con fósiles, mariscos, petrificaciones de plantas y de huesos de animales.

El contraste que formaban aquellas ruinas con la juventud de la naturaleza, aquellos monumentos de los hombres en un desierto, en que nosotros creíamos haber penetrado los primeros, causaban una gran sorpresa en el corazon y en el espíritu. ¿Qué pueblo habia habitado aquella isla? su nombre, su raza, el tiempo en que existió, todo nos es desconocido; acaso vivia cuando el mundo que le ocultaba en su seno, era aun desconocido de las otras tres partes de la tierra. El silencio de este pueblo es acaso contemporáneo del ruido que hacian en el mundo las grandes naciones europeas, que tambien han caido á su vez en el silencio, y que no han dejado tampoco mas que escombros.

Examinamos las ruinas: en las fragosidades arenosas del túmulo salia una especie de adormidera de color de rosa, que se inclinaba á la punta de un tallo de verde pálido. Los indios sacan de las raices de esta adormidera una bebida soporífica: el tallo y la flor

exhalan un olor agradable, de que queda impregnada la mano que los toca. Esta planta era sin duda la mas propia para adornar la tumba de un salvage; sus raices producen el sueño, y el aroma de su flor, que sobrevive á esta, es una imágen muy dulce del recuerdo que deja en la soledad una vida inocente.

Continuando nuestro camino, y observando los musgos, las gramineas colgantes, los variados arbustos, y toda esa multitud de plantas de aspecto sombrío, que se complacen en decorar las ruinas, observamos una especie de œnothero piramidal de siete á ocho pies de alto, de hojas oblongas dentadas de verde oscuro y flor amarilla. Esta flor empieza á entreabrirse por la tarde, se abre durante la noche, y la encuentra la aurora en todo su esplendor; se marchita á la mitad de la mañana, y cae al medio dia: solo vive algunas horas pero bajo un cielo sereno. ¿Qué le importa, pues, la brevedad de su vida?

A pocos pasos de distancia se estendia una zona de mimosas ó sensitivas: en las canciones de los salvages, el alma de una jóven se compara frecuentemente á esta planta (1).

Volviendo á nuestro campo atravesamos un riachuelo, cuyas márgenes estaban vestidas de dioneas; una multitud de efímeras susurraban en rededor, y tambien habia en aquellos cuadros tres especies de mariposas: una blanca como el alabastro, otra negra como el azabache, con las alas cruzadas de rayas amarillas, y la tercera de cola ahorquillada, y con cuatro alas listadas de azul y sembradas de puntos de púrpura. Atraidos estos insectos por las dioneas, se posaban sobre ellas; mas en el momento en que to-

(1) Todos estos pasages son mios, mas en obsequio de la verdad histórica, debo decir que si viese ahora aquellas ruinas indianas de Alabama, rebajaria mucho de su antiguedad.

caban las hojas, se cerraban estas, y envolvian su presa.

Luego que regresamos á nuestra choza, para consolarnos del poco éxito de la caza, nos fuimos á pescar. Embarcados en la canoa, provistos de redes y sedales, costeamos la parte oriental de la isla, navegando junto á las algas, y á lo largo de los sombreados cabos, hallamos unas truchas tan voraces, que las cogíamos con anzuelos sin cebo; y tambien se encontraba en abundancia el pez llamado pez de oro. No puede verse cosa mas hermosa que este pequeño rey de las aguas: tiene cerca de cinco pulgadas de largo, la cabeza de color azul de ultramar, los lomos y el vientre brillan como el fuego, una raya oscura longitudinal atraviesa sus costados, y el iris de sus rasgados ojos brilla como el oro bruñido. Este pez es carnívoro.

A cierta distancia de las riberas, á la sombra de un cipres, advertimos unas pequeñas pirámides cenagosas que se levantaban bajo el agua, y subian hasta la superficie. Una legion de peces de oro se acercaban en silencio á aquellas ciudadelas. De pronto hervia el agua, y emprendian la fuga los peces de oro, á causa de que unos cangrejos armados de tijeras salian de la plaza insultada, y arrollaban á sus brillantes enemigos. Pero las dispersas legiones volvian muy pronto á la carga, cedian á su vez los sitiados, y la denodada pero lenta guarnicion, se volvia paso atras, para reponerse en la fortaleza.

El cocodrilo, flotando sobre las olas como el tronco de un árbol, la trucha, el sollo, la brema, el pez tambor, y el pez de oro, todos enemigos mortales unos de otros, nadaban confundidos en el lago, y parecia que hubiesen hecho una tregua para gozar en comun de aquella hermosa tarde, todos sus colores se reflejaban en el azulado fluido que los cercaba: y el

agua era tan pura, que parecia que pudieran tocarse con la mano los actores de aquella escena, que jugueteaban en su gruta de cristal á veinte pies de profundidad.

Para volver de nuevo á la ensenada, en donde teníamos nuestro establecimiento, nos fué preciso dejarnos llevar á merced del agua y de las brisas. El sol se acercaba á su ocaso y el primer término de la isla se veia cubierto de encinas, cuyas ramas horizontales formaban el parasol, y de azaleas que brillaban como unas redes de coral.

Detras de este primer plano se elevaban los mas hermosos de todos los árboles, las papayas: su tronco recto, pardusco y como labrado á torno, tiene de veinte á vente y cinco pies de elevacion, y sostiene una copa de largas hojas, que se encorvan como la graciosa S de un vaso antiguo. Los frutos en forma de pera están colocados al rededor del tallo, y parecen unos vasos de cristal, así como el árbol entero semeja á una columna de plata cincelada coronada por una urna corintia.

En fin, en el tercer plano se elevaban gradualmente en el aire las magnolias y los liquidambares.

Desapareció el sol detras de la cortina de árboles de la llanura; á medida que bajaba, los movimientos de la luz y de la sombra comunicaban al cuadro un aspecto mágico; allí penetraba un rayo al través de la espesa arboleda y brillaba como un carbunclo engastado entre el sombrío follage; aquí penetraba la luz entre los troncos y las ramas y proyectaba sobre los céspedes columnas crecientes y enrejados movibles; y al mismo tiempo se veian en los cielos nubes de todos colores, unas fijas como grandes promontorios y antiguas torres colocadas á la orilla de un torrente, y otras flotando como una humareda de color de rosa ó como copos de blanca seda. Un momento bastaba

para cambiar la escena aérea, y entonces se veian como unas bocas de horno que vomitaban llamas, mantones de áscuas, torrentes de lava y paisages encendidos. Las mismas tintas se repetian sin confundirse; el fuego se destacaba del fuego; el amarillo del amarillo, el morado del morado: todo brillaba, todo estaba envuelto, penetrado, saturado de luz.

Empero la naturaleza se burla del pincel de los hombres, y cuando se cree que ha llegado á su mayor belleza, se sonrie y se embellece aun mas.

A nuestra derecha se veian las ruinas indianas, á la izquierda el campo de los cazadores: la isla desplegaba á nuestra vista sus paisages grabados ó modelados en las aguas. Al Oriente la luna, que tocaba al horizonte, reposaba al parecer inmóvil sobre costas lejanas, al Occidente, la bóveda del cielo parecia como fundida en un mar de diamantes y de záfiros, donde el sol medio sumergido, parece que se disolvia.

Los animales de la creacion comtemplaban tambien como nosotros aquel magnífico espectáculo: el cocodrilo, vuelto hácia el astro del dia, arrojaba de su enorme boca el agua del lago, formando graciosos canastillos de colores; posado el pelícano sobre una vieja rama, tributaba á su modo alabanzas al Autor de la naturaleza, al paso que la cigueña volaba para bendecirle por encima de las nubes.

¡Tambien te cantaremos nosotros, Señor Dios del universo, á tí que prodigas tantas maravillas! La voz de un hombre se elevará unida á la voz del desierto; tú distinguirás los acentos del débil hijo de la muger en medio del estruendo de las esferas que tu mano hace girar, y de los bramidos del abismo, cuyas puertas has sellado.

A nuestra vuelta á la isla tuve una comida opípara; truchas frescas sazonadas con tallos de cañaheja,

eran un manjar digno de la mesa de un rey; y yo era ciertamente mas que un rey. Si la suerte me hubiese colocado sobre un trono, y una revolucion me hubiese precipitado de él, en lugar de arrastrar mi miseria por Europa como Cárlos y Jacobo, hubiera dicho á los aficionados. «¿Os agrada mi empleo? pues ea, probad el oficio, y vereis que no es tan bueno como pensais. Degollaos por mi raido manto, que yo me voy á gozar en las selvas de América de la libertad que me habeis restituido.»

Teníamos un vecino en nuestra cena; un agujero semejante á la guarida de un tejon era la habitacion de una tortuga: la solitaria salió de su gruta y se puso á caminar gravemente hácia la orilla del agua; estas tortugas se diferencian de las de mar, solo en que tienen el cuello algo mas largo. No quisimos matar á la pacífica reina de la isla.

Despues de cenar, me senté solo en la ribera, en donde no se oia mas ruido que el del flujo y reflujo del lago que se prolongaba á lo largo de las playas: las luciérnagas brillaban en la sombra, y se eclipsaban cuando pasaban por los sitios que bañaban los rayos de la luna. Yo habia caido en aquella especie de enagenamiento, conocido de todos los viageros: ningun recuerdo distinto conservaba de mí mismo; me sentia vivir como parte del gran todo, y vegetar con los árboles y las flores. Esta es acaso la disposicion mas dulce para el hombre, porque aun en los momentos en que es dichoso, hay en sus placeres cierto fondo de amargura, un no sé qué, que pudiera llamarse la tristeza de la felicidad. Las ilusiones del viagero son una especie de plenitud de corazon y vacío de cabeza, que le deja gozar del reposo de su existencia: porque quien turba la felicidad que Dios nos dá, es el pensamiento, el alma es pacífica, el espíritu es el inquieto.

Los salvages de la Florida refieren que en medio del lago hay una isla, en donde habitan las mugeres mas hermosas del mundo. Los muscogulgos han intentado muchas veces la conquista de esta isla mágica: pero aquellos retiros Elíseos han huido delante de sus canoas, y al fin se han desvanecido: natural imágen del tiempo, que perdemos en seguimiento de nuestras ilusiones. En aquel pais habia tambien una fuente de Juvencio: ¿y quién querria rejuvenecerse?

Al dia siguiente, antes de salir el sol, ya habiamos dejado la isla, atravesado el lago, y entrado de nuevo en el rio por donde habiamos bajado. Este estaba lleno de caimanes. Estos animales solo son peligrosos dentro del agua, sobre todo en el momento del desembarque, pues en tierra un niño puede facilmente dejarlos atras caminando á un paso regular. Para evitar sus emboscadas se pone fuego á las yerbas y á las cañas, y entonces es una vista ciertamente curiosa el ver unos grandes espacios de agua coronados de una cabellera de llamas.

Cuando el cocodrilo de aquellas regiones ha acabado de crecer, tiene de veinte á veinte y cuatro pies de la cabeza á la cola, y su cuerpo es tan grueso como el de un caballo. Este reptil tendria exactamente la misma forma que el lagarto comun, si no tuviese la cola comprimida en ambos costados como la de un pez. Escepto la cabeza, y entre las patas, todo su cuerpo está cubierto de escamas que resisten á las balas. La cabeza tiene cerca de tres pies de largo; los narigales son anchos; solo puede mover la mandíbula superior, que se abre en ángulo recto sobre la inferior: debajo de la primera están colocados dos gruesos dientes como los colmillos de un jabalí, lo que dá al monstruo un aspecto terrible.

La hembra del caiman pone en tierra unos hue-

vos blanquecinos, los cuales cubre con yerbas y fango. Estos huevos, que algunas veces llegan á ciento; forman con el fango de que están cubiertos unas pequeñas pilas de cuatro pies de alto y cinco de diámetro en su base, y el sol y la fermentacion de la arcilla los empollan. Una hembra no distingue sus propios huevos de los de otra, y toma bajo su cuidado todas las polladas del sol. ¿No es cosa singular encontrar entre los caimanes los hijos comunes de la república de Platon?

El calor nos ahogaba: navegábamos en medio de los pantanos; y nuestras canoas hacian agua, porque el sol derretia el alquitran del bordage. Sobrevenian con frecuencia ventarrones abrasados del Norte, y nuestros guias anunciaban una tempestad; porque el raton de las savanas subia y bajaba sin parar por las ramas de las encinas: nos atormentaban los mosquitos, y descubrianse fuegos errantes en los lugares bajos.

Hemos pasado la noche muy incomodados: sin choza, en una península formada por unas marjales: la luna y todos los objetos estaban como sumergidos en una niebla roja. Esta mañana ha faltado la brisa, y nos hemos reembarcado para llegar á un pueblo indio que se hallaba á algunas millas de distancia; pero nos ha sido imposible bogar largo tiempo agua arriba y nos hemos visto precisados á desembarcar en la punta de un cabo cubierto de árboles, desde donde dominamos un inmenso espacio. Grupos de nubes suben de cuando en cuando sobre el horizonte del Noroeste, y se esparcen poco á poco por el cielo. Como mejor podemos disponemos con ramas una guarida.

Se cubre el sol, y se oyen los primeros retumbos

del trueno: los cocodrilos responden con un sordo rugido, como responde un trueno á otro trueno. Estiéndese al Nordeste y Sudeste una inmensa columna de nubes; el resto del cielo aparece de color de cobre sucio, medio trasparente y amenazador. El desierto iluminado por una luz vacilante, la tempestad pendiente sobre nuestras cabezas y pronta á estallar, presentan un cuadro sublime.

¡La tempestad! ¡la tempestad! figuráos una lluvia de fuego sin viento y sin agua: el aire está impregnado de olor de azufre, la luz que ilumina á la naturaleza semeja al resplandor de un incendio.

Abrense las cataratas del abismo; las gotas de lluvia no caen separadas; un velo de agua une las nubes á la tierra.

Los indios dicen que el ruido de los truenos es causado por unos pájaros inmensos que pelean en el aire, y por los esfuerzos que hace un viejo para vomitar una culebra de fuego. En prueba de esta asercion muestran algunos árboles en que ha trazado el fuego la imágen de una serpiente. Muchas veces los rayos ponen fuego á las selvas, las cuales continuan ardiendo hasta que apagado el incendio por algun rio, las selvas abrasadas se convierten en lagos y pantanos.

La voz del chorlito que oimos en el cielo en medio de la lluvia y de los truenos, nos anuncia el fin del huracan. El viento rasga las nubes, cuyos fragmentos cruzan por la atmósfera, seguidos de los truenos y de los relámpagos. El aire es frio y sonoro: ya no quedan de aquel diluvio mas que algunas gotas de agua que caen como perlas de las hojas de los árboles. Nuestras redes y nuestras provisiones de viage

flotan en las canoas, llenas de agua hasta las escotaduras de los remos.

El pais habitado por los creeks (la confederacion de los muscogulgos, de los siminoles y de los cheroqueses) es encantador. De trecho en trecho está la tierra taladrada de estanques mas ó menos anchos y profundos, que se llaman *pozos*; y se comunican por conductos subterráneos con los lagos, rios y pantanos. Todos estos pozos están colocados en el centro de una montañuela plantada de los árboles mas hermosos, y cuyos huecos costados se parecen á las paredes de un vaso lleno de agua pura. Brillantes pescados nadan en el fondo de esta agua.

En la estacion de las lluvias se convierten las savanas en una especie de lagos, sobre los cuales se elevan como unas islas los montecillos de que acabamos de hablar.

El pueblo siminol de Cuscowilla está situado sobre una cadena de colinas areniscas á cuatrocientas toesas de un lago; los abetos, apartados unos de otros, aunque tocándose por la cima, separan la poblacion del lago; y por entre sus troncos, como entre columnas, se descubren algunas cabañas, el lago y sus riberas, que por un lado confinan con las selvas, y por el otro con los prados: así dicen que se descubren al través de las columnas aisladas del templo de Júpiter Olímpico, el mar, la llanura y las ruinas de Atenas (1).

No seria fácil imaginar un sitio mas hermoso que los alrededores de Apalachucla, la ciudad de la Paz. Partiendo del rio Chata-Uche, el terreno se eleva retirándose hácia el Ocaso; pero no por una subida uni-

(1) Yo las he visto despues.

forme, sino por una especie de bancales puestos unos sobre otros.

A medida que vamos subiendo, cambian los árboles segun su elevacion del suelo: á la orilla del rio crecen las carrascas, los laureles y las magnolias; mas arriba los salsafras y los plátanos; siguen los olmos y los nogales, y en fin, el último bancal está plantado de una selva de encinas, entre las que se nota la especie que se cubre de musgo blanco y largo. Esta selva está coronada de rocas desnudas y quebradas.

De dichas rocas bajan serpenteando algunos arroyuelos, que discurren entre las flores y la verdura, ó se precipitan formando hermosas cascadas. Cuando colocado uno á la otra parte del rio Chata-Uche, se descubren aquellas vastas graderías coronadas por la arquitectura de los montes, parece ver el templo de la naturaleza, y el magnífico peristilo que conduce á dicho monumento.

Al pie de este anfiteatro hay una llanura en donde pacen manadas de toros europeos, escuadrones de caballos de raza española, hordas de gamos y de ciervos, batallones de grullas y de pavos, que jaspean de blanco y negro el fondo verde de la savana. Esta asociacion de animales domésticos y salvages, las chozas siminoles, donde se notan los progresos de la civilizacion al través de la ignorancia indiana, acaban de dar á este cuadro un carácter que no se encuentra en ninguna otra parte.

Hablando con propiedad, aquí acaba el *Itinerario* ó memoria de los lugares recorridos: pero en las diversas partes del manuscrito, quedan una multitud de pormenores sobre los usos y costumbres de los indios. Estos detalles los he reunido en capítulos comunes, despues de haberlos revisado cuidadosamente, llevando mi narracion hasta la época actual. Los

treinta y seis años que han pasado despues de mi viage, han derramado mucha luz, y cambiado muchas cosas en el Antiguo y Nuevo-Mundo, para que dejasen de modificar las ideas, y rectificar los juicios del escritor. Antes de pasar á las *costumbres de los salvages*, pondré á la vista de los lectores algunos rasgos de la *Historia Natural* de la América del Norte.

HISTORIA NATURAL.

CASTORES.

Cuando se ven por la primera vez las obras de los castores, no se puede menos de admirar al que enseña á un animal irracional el arte de los arquitectos de Babilonia, sucediendo con mucha frecuencia que el hombre, tan pagado de su ingenio, necesita aprender en la escuela de un insecto.

Luego que estas admirables criaturas han encontrado un valle, por donde corre un riachuelo, atajan su curso por medio de una calzada, haciendo subir el agua, que llena muy pronto el intérvalo que se encuentra entre las dos colinas; y en este estanque edifican los castores sus habitaciones. Espliquemos la construccion de la calzada.

De los dos lados opuestos de las colinas que forman el valle, empieza un órden de empalizadas entrelazadas de ramas y revestidas de mortero. Este primer órden se fortifica con otro colocado á quince pies de distancia detrás del primero; y el espacio que queda entre las dos empalizadas, se llena de tierra.

El arrecife continúa así aproximándose al centro desde los dos costados del valle, hasta que solo queda en medio una abertura de unos veinte pies; mas como en este centro obra con toda su energía la accion de la corriente, nuestros ingenieros emplean allí otros materiales: refuerzan el medio de sus obras hidráulicas con troncos amontonados unos sobre otros y enlazados por medio de un cimiento semejante al de las empalizadas. Algunas veces el dique tiene en su totalidad cien pies de largo, quince de alto y doce de ancho en su base, disminuyendo su espesor en proporcion matemática á medida que se va levantando; de manera que en el plano horizontal que la termina, solo tiene tres pies de superficie

El lado de la calzada opuesto á la corriente, baja gradualmente en declive; al paso que el lado esterior guarda un aplomo perfecto.

Todo está previsto: el castor sabe por la elevacion de la calzada los pisos que deberá tener su futura habitacion; sabe tambien que en llegando á cierto número de pies, ya no debe temerse inundacion alguna, porque el agua pasaria entonces por encima del dique; y en consecuencia una pieza mas alta que este dique, le proporciona una guarida para las grandes avenidas: algunas veces practica en la calzada, una esclusa de seguridad, que abre y cierra cuando le acomoda.

El modo como los castores derriban los árboles es muy curioso: eligen siempre los que están á la orilla de un rio. Un número de trabajadores proporcionado á la obra que ha de hacerse, empieza inmediatamente á roer las raices; y no lo hacen por la parte del árbol que corresponde á la tierra, sino por la que dá al agua, á fin de que caiga sobre la corriente. Un castor colocado á cierta distancia, avisa con un silbido á los leñadores cuando ve que el árbol atacado vá

inclinándose, á fin de que se guarden de la caida. Tumbado el árbol, lo remolcan los obreros hasta sus ciudades, bien así como los egipcios, para hermosear sus metrópolis, hacian bajar por el Nilo los obeliscos cortados en las canteras de Elefantina.

Los palacios de la Venecia de la soledad, construidos en el lago artificial, tienen dos, tres, cuatro y hasta cinco pisos, segun la profundidad del lago. El edificio, fundado sobre estacas, sale fuera del agua los dos tercios de su elevacion: la estacas que son seis, sostienen el primer piso hecho de vástagos de abedúl entretegidos. Sobre este suelo se eleva el vestíbulo del monumento, cuyas paredes se encorvan y redondean en forma de bóveda, revestidas de una greda pulimentada, que parece un estuco. En el piso del pórtico se abre un escotillon, por el cual bajan los castores al baño, y van á buscar las ramas de álamo blanco de que se alimentan: estas ramas están amontonadas bajo el agua en un almacen comun, entre las estacas de las diversas habitaciones. Sobre el primer piso del palacio se elevan otros tres contenidos del mismo modo; pero divididos en tantos departamentos como castores deben habitarlos. El número de estos es ordinariamente de diez á doce, divididos en tres familias, las cuales se reunen en el vestíbulo descrito, en donde comen en comunidad. Es notable la limpieza que reina en todas partes: ademas de la salida al baño las hay tambien para las diversas necesidades de aquellos habitantes; todas las piezas están entapizadas de abeto, y no se consiente en ellas la menor inmundicia. Cuando los propietarios se van á su casa de campo, edificada á la orilla del lago, y construida como la de la ciudad, nadie ocupa su puesto, y su departamento permanece vacio hasta su vuelta. Cuando se derriten las nieves se retiran á los bosques.

Así como hay una esclusa para las crecientes de las aguas, hay tambien un camino secreto para la evacuacion de la ciudad; bien así como en los castillos góticos habia bajo las torres un subterráneo que daba al campo.

Tienen tambien su enfermería. ¡Y todas estas obras, todos estos cálculos los hace un animal débil é informe!

Por el mes de julio celebran los castores un consejo general, en el que examinan si convendrá reparar la antigua ciudad y calzada, ó será mas útil construir nueva ciudad y nuevo dique. Si faltan los víveres en aquel parage, si las aguas y los cazadores han hecho mucho daño en los edificios, queda resuelto formar otro establecimiento; si se juzga por el contrario que el primero puede subsistir, se reparan las antiguas habitaciones, y se trata de hacer acopio de provisiones para el invierno.

Los castores tienen un gobierno regular, y eligen entre sí sus ediles para cuidar de la policía de la república. Durante el trabajo comun, ponen centinelas encargados de precaver toda sorpresa. Si algun ciudadano rehusa desempeñar la parte que le corresponde en las cargas públicas, le destierran, y se vé obligado á vivir vergonzosamente solo en un agujero. Los indios dicen que aquel perezoso desterrado está flaco, y en señal de infamia tiene la espalda pelada. Pero ¿de qué sirve tanta inteligencia á estos sábios animales? ¡El hombre deja vivir á las fieras, y esterminа á los castores, de la misma manera que tolera á los tiranos y persigue á la inocencia y al genio!

Por desgracia no desconocen la guerra los castores: algunas veces se levantan entre ellos discordias civiles, ademas de las contestaciones que tienen con las ratas de almizcle. Los indios refieren que si un

castor es sorprendido merodeando en una tribu estraña, es conducido ante el gefe, y se le impone un castigo correccional. Si reincide, se le corta aquella cola tan útil; que es á la vez su carro y su paleta. Así mutilado se vuelve á sus amigos, los cuales se reunen para vengar su injuria. Algunas veces la diferencia se orilla por medio de un duelo entre los dos gefes de ambas tribus, ó por un combate singular de tres contra tres, ó treinta contra treinta, como el combate de los Curiacios y los Horacios, ó de los treinta bretones contra los treinta ingleses. Las batallas generales suelen ser muy sangrientas: los salvages que acuden para despojar á los muertos, han encontrado algunas veces quince y mas tendidos en el campo del honor. Los vencedores se apoderan del pueblo de los vencidos, y segun las circunstancias establecen en él una colonia ó ponen una guarnicion.

La hembra del castor pare dos, tres, y hasta cuatro hijuelos, y los alimenta é instruye por espacio de un año. Cuando la poblacion se hace sobrado numerosa, los jóvenes castores se van á formar un nuevo establecimiento en otra parte, como un enjambre de abejas que se escapa de la colmena. El castor vive castamente con una sola hembra: es celoso, y algunas veces mata á su compañera por causa ó sospecha de infidelidad.

La longitud media del castor es de dos pies y medio á tres, y su ancho de un costado á otro de unas catorce pulgadas; pesará unas cuarenta y cinco libras; su cabeza es parecida á la del raton; tiene los ojos pequeños, las orejas cortas, peladas por dentro y vellosas por fuera; los brazuelos ó pies delanteros, no tienen mas que unas tres pulgadas de largo, y están armados de uñas corvas y agudas; las patas de detras, palmeadas como las del cisne, y les sirven para nadar; la cola es aplastada, de una pulgada de grue-

so, cubierta de escamas exágonas, dispuestas á manera de tejas, como las de los pescados: de esta cola usa como de paleta y carreton. Sus quijadas, sumamente fuertes, se cruzan como las hojas de unas tijeras, y cada una de ellas está armada con diez dientes, dos de ellos incisivos de dos pulgadas de largo; siendo este el instrumento de que se vale para cortar los árboles, cuartear los troncos, arrancar la corteza, y machacar las maderas tiernas de que se alimenta.

Este animal es negro, siendo muy raros los blancos ó pardos; tiene dos especies de pelo: el primero es largo, ralo y lustroso; el segundo, especie de vello que nace bajo el primero, es el único que se emplea en el fieltro. El castor vive veinte años. La hembra es mayor que el macho, y su pelo debajo del vientre tira mas á gris. No es cierto que el castor se mutile cuando cae vivo en manos de los cazadores, con el objeto de libertar de la esclavitud á su posteridad. Es menester buscar otra etimología de su nombre.

La carne de los castores no vale nada, cualquiera que sea el guiso en que se prepare. Los salvages sin embargo la conservan curada al humo, y se la comen cuando no tienen otra cosa.

La piel del castor es muy fina, pero abriga poco; y de ahí es que la caza del castor tenia en otro tiempo muy poca celebridad entre los indios, al paso que era muy honrosa la del oso, en que encontraban utilidad y peligro. Contentábanse, pues, con matar algunos castores para adornarse con sus pieles; pero no se inmolaban tribus enteras. El precio que los europeos han dado á estos despojos, ha sido la única causa que ha producido en el Canadá el esterminio de los cuadrúpedos que por su instinto ocupan el primer lugar entre los animales. Para encontrar castores se necesita en el dia ir muy lejos hácia la bahía

de Hudson; y allí ya no muestran la misma industria, en razon de que el clima es mas frio: disminuidos en número, han perdido tambien la inteligencia, y no despliegan ya las facultades que nacen de la asociacion (1). Estas repúblicas contaban en otro tiempo ciento y ciento cincuenta ciudadanos, y aun habia algunas mas populosas.

Cerca de Quebec se veia un estanque formado por los castores, que bastaba para mover una sierra de agua. Los depósitos de estos anfibios solian ser muy útiles suministrando agua á las piragüas que subian por los rios durante el verano; de manera que los castores hacian para los salvages en la Nueva-Francia, lo que un genio industrioso, un gran rey y un gran ministro han hecho en la antigua para unos hombres civilizados.

OSO.

Hay en la América tres especies de osos: el pardo ó amarillo, el negro y el blanco. El pardo es pequeño y frujívoro, y trepa á los árboles.

El negro es mayor, y se alimenta de carne, de peces y de frutas. Tiene particular destreza para pescar: sentado á la orilla de un rio, con la pata derecha coge en el agua el pez que ve pasar, y le echa fuera.

(1) Se han encontrado castores entre el Missouri y el Mississipi, y sobre todo son muy numerosos mas allá de los montes Roqueños, en los brazos del Colombia; mas habiendo penetrado los europeos en aquellas regiones, no tardarán en esterminarlos. En el año último (1826) se vendieron en San Luis, sobre el Mississipi, cien paquetes de pieles de castor; cada paquete pesaba cien libras, y cada libra de esta preciosa mercaderia se vendia á cinco pesos duros.

Si despues de haber satisfecho la hambre, le queda algo de su comida, lo esconde. Duerme una parte del invierno en las cuevas ó en los huecos de los árboles, donde se retiran. Cuando en los primeros dias de marzo sale de su entorpecimiento, su primer cuidado es purgarse con algunos simples:

Su régimen guardaba,
Y á sus horas comia.

El oso blanco, ú oso marino, frecuenta las costas de la América septentrional, desde las aguas de Terra-Nova hasta el centro de la bahía de Baffin, y es el guarda feroz de aquellos helados desiertos.

CIERVO.

El ciervo del Canadá es una especie de reno que se puede domesticar. La hembra no tiene cuernos, es muy hermosa, y si tuviese las orejas mas cortas, pareceria una hermosa yegua inglesa.

ALCE.

El alce ó danta del Canadá tiene el hocico del camello, las cuernas llanas del paleto y las piernas del ciervo. Su pelo está mezclado de gris, blanco, rojo y negro, y su carrera es muy rápida.

Segun los salvages, los alces tienen un rey llamado el *grande alce*; á quien tributan sus vasallos toda clase de respetos. Este grande alce tiene las piernas tan largas, que ocho pies de nieve no le

causan el menor embarazo. Su piel es invulnerable, y le nace de la espalda un brazo, del que se sirve del mismo modo que los hombres de los suyos.

Los charlatanes pretenden que el alce tiene en su corazon un huesecillo, que reducido á polvo, calma los dolores de parto; dicen tambien que el casco del pie izquierdo de este cuadrúpedo, aplicado al corazon de los epilépticos, los cura radicalmente. El mismo alce, añaden, está sujeto á la epilepsía, y cuando se siente próximo á sufrir el ataque, con el casco del pie izquierdo se saca sangre de la oreja del mismo lado, y se siente aliviado.

BISONTE.

El bisonte tiene los cuernos negros y cortos, larga barba de crin, y un copete igual pende como unas melenas entre los dos cuernos, y le cae hasta los ojos; el pecho ancho, las ancas delgadas, la cola rolliza y corta; las piernas gruesas y encorvadas hácia fuera: sobre sus espaldas se levanta una jiba de pelo rojizo y largo, semejante ó la primera joroba del dromedario. El resto del cuerpo está cubierto de una lana negra, que los indios hilan para hacer sacos y mantas para la cama. Este animal tiene un aspecto muy fiero, y es sin embargo muy manso.

Se conocen varias clases de bisontes: los mayores son los que se encuentran entre el Missouri y el Mississipí, cuyo tamaño se aproxima al de un elefante mediano. Este animal se parece al leon por la melena, al camello por la joroba, al hipopótamo ó al rinoceronte, por la cola y la piel del cuarto trasero, y al toro por los cuernos y las piernas.

En esta especie el número de las hembras es mu-

cho mayor que el de los machos; y estos las obsequian galopando alrededor de ellas, que inmóviles en medio del círculo, despiden un blando mugido. Los salvages imitan en sus juegos propiciatorios este paso, que llaman *la danza del bisonte*.

Tiene éste sus épocas regulares de emigracion: no se sabe con certeza adonde van; mas parece que en verano se suben mucho hácia el Norte; pues suelen encontrarse á las orillas del lago del Esclavo, y hasta en las islas del mar Polar. Acaso llegarán tambien á los valles de los montes Roqueños por el Oeste, y á las llanuras del Nuevo-Méjico por el Mediodía. Los bisontes son tan numerosos en los frondosos pastos del Missouri, que cuando emigran suelen gastar sus manadas muchos dias en desfilar como un inmenso ejército: sus pasos se oyen á muchas millas de distancia, y se siente temblar la tierra.

Los indios curten perfectamente la piel del bisonte con la corteza del abedul: el hueso de la espalda de este animal les sirve de raspador.

La carne del bisonte, cortada en lonjas anchas y delgadas, y curada al sol ó al humo, es muy sabrosa, y se conserva muchos años como el jamon: las jorobas y las lenguas de las vacas son las partes mas delicadas para comerse frescas. El escremento del bisonte produce quemado un ascua muy ardiente, y es un gran recurso en las savanas donde se carece de leña, de modo que este útil animal suministra á la vez los manjares y el fuego del convite. Los sioux hallan en sus despojos la cama y el vestido. El bisonte y el salvage, colocados sobre el mismo suelo, son el toro y el hombre en el estado de naturaleza; y parece que no esperan ambos mas que un surco para domesticarse el uno, y civilizarse el otro.

FUINA.

La fuina americana tiene cerca de la vejiga, una bolsita llena de un licor rojizo: cuando el animal se ve perseguido, al mismo tiempo que huye va derramando dicha agua, cuyo olor es tal, que los cazadores, y hasta los mismos perros, abandonan su presa; se adhiere á los vestidos, y hace perder la vista. Este olor es una especie de almizcle penetrante, que causa vértigos, y los salvages pretenden que es escelente específico para el dolor de cabeza.

ZORRAS.

Las zorras del Canadá son de la especie comun, solo que tienen la estremidad del pelo de un negro lustroso. Sabida es la astucia de que se valen para coger las aves acuáticas: la Fontaine que es el primer naturalista, no la ha olvidado en sus inmortales cuadros.

La zorra del Canadá principia dando saltos y brincos á la orilla de un lago ó un rio. Los gansos y los ánades, embelesados de aquella vista, se acercan para mejor considerarla. Entonces se sienta sobre el cuarto trasero, y menea blandamente la cola. Las aves, mas y mas confiadas, se acercan á la orilla, y se dirigen contoneándose hácia el astuto cuadrúpedo, que afecta entonces la misma estupidez de aquellas, las cuales ya con esto se atreven á acercarse mas hasta picotear la cola del taimado animal, que se lanza sobre su presa.

LOBOS.

Hay en América diversas especies de lobos: el llamado *cerval* va por la noche á ahullar alrededor de las casas. Nunca ahulla mas que una sola vez en el mismo punto, y es tal la velocidad de su carrera, que en pocos minutos se oye su voz á una distancia prodigiosa del parage en donde se oyó la primera vez.

RATON DE ALMIZCLE.

El raton de almizcle vive en la primavera de los renuevos de los arbolillos, y en verano de fresas y frambuesas; come en otoño bayas de los matorrales, y se alimenta en invierno de raices de ortigas. Edifica y trabaja como el castor. Cuando los salvages han muerto un raton de almizcle, se muestran muy tristes: fuman alrededor de su cuerpo, y le rodean de manitús, lamentándose del parricidio que han cometido; porque es cosa sabida que la hembra del raton de almizcle es la madre del género humano.

CARCAJU.

El carcajú es una espécie de tigre ó gato grande, y es muy célebre por la astucia de que él y sus aliadas las zorras se sirven para cazar el alce. Súbese el carcajú sobre un árbol, se tiende encima en una rama baja, y se envuelve en su poblada cola, con la que se dá tres vueltas alrededor del cuerpo. No tar-

dan en oirse graznidos lejanos, y se ve venir un alce, ojeado por tres zorras, que maniobran de modo que le conducen á la emboscada del carcajú. En el momento en que la bestia levantada pasa por debajo del árbol fatal, se arroja sobre ella el carcajù, le oprime el cuello con la cola, y trata de cortarle á bocados la vena jugular. El alce salta, azota el aire con las cuernas, desmenuza la nieve con los pies: se arrastra sobre las rodillas, huye en linea recta, retrocede, se encoge, camina á saltos, sacude la cabeza, hasta que al fin se agotan sus fuerzas, palpita, corre la sangre de su cuello, y tiemblan y se doblan sus piernas. Entonces llegan las zorras á la ralea; y el carcajú, tirano equitativo, divide igualmente la presa entre él y sus satélites. Los salvages no atacan jamás en este momento el carcajú y á las zorras, porque dicen que seria una injusticia arrebatar á estos cazadores el fruto de su trabajo.

AVES.

Las aves son mas variadas en América de lo que al principio se creia; y lo mismo ha sucedido en Africa y en Asia. Los primeros viageros, luego que llegaron, solo fijaron su atencion en aquellos grandes y brillantes pájaros, que son como unas flores sobre los árboles; pero despues se ha descubierto una multitud de avecillas cantoras, cuyos trinos son tan dulces como los de nuestras currucas.

PECES.

Los peces de los lagos del Canadá, y sobre todo de la Florida, tienen una hermosura y un brillo admirables.

SERPIENTES.

La América es como la patria de las serpientes. La serpiente de agua se parece á la de cascabel; pero no tiene cascabel ni veneno, y se la encuentra por todas partes.

Muchas veces he hablado en mis obras de la serpiente de cascabel; se sabe que los dientes, por medio de los cuales derrama su veneno, no son los mismos de que se sirve para comer. Se le pueden arrancar los primeros, y en este estado ya no es mas que una hermosa serpiente, llena de inteligencia, y que ama apasionádamente la música. En las horas abrasadas del medio dia, en el mas profundo silencio de las selvas, hace sonar el cascabel para llamar á la hembra, y esta señal de amor, es el único ruido que llega entonces al oido del viagero.

La hembra suele parir veinte hijuelos, los cuales, cuando se ven perseguidos, se retiran á la boca de la madre, como si entrasen de nuevo en su seno.

Las serpientes en general, y principalmente la de cascabel, son muy veneradas entre los indígenas de América, que les atribuyen un espíritu divino, y las domestican hasta el punto de hacerlas ir en invierno á acostarse en unas cajitas colocadas en el fogon de una cabaña. Estos singulares penates salen de sus habitáculos en la primavera para volverse á os bosques.

Una serpiente negra que tiene un anillo amarillo en el cuello, es muy maligna; otra serpiente, toda negra, pero sin veneno, se sube á los árboles, y per-

sigue á las aves y á las ardillas: ésta entorpece á las aves con sus miradas, es decir, las aterra, porque este efecto del miedo que ha querido negarse, se ha puesto hoy fuera de duda: el miedo que ata las piernas al hombre, ¿por qué no habia de atar las alas al ave?

La serpiente cinta, la verde y la mosqueada, reciben sus nombres de sus colores y de los dibujos de la piel: todas estas son absolutamente inocentes y notables por su hermosura.

La mas admirable de todas es la llamada de *vidrio*, por la fragilidad de su cuerpo, que se rompe al menor contacto. Este reptil es casi trasparente, y refleja los colores como un prisma. Vive de insectos, y no hace ningun daño: su longitud es como la de una pequeña culebra.

La serpiente espinosa es corta y rolliza, y tiene en la cola un aguijon, cuya herida es mortal.

La serpiente de dos cabezas es poco comun, y es muy parecida á la víbora; pero sin embargo sus cabezas no están comprimidas.

Laserpiente silbadora abunda mucho en la Georgia y en las Floridas. Tiene diez y ocho pulgadas de largo, y su piel está salpicada de negro sobre un fondo verde. Cuando se le acerca alguno, se aplana, toma diferentes colores, abre la boca y silba. Debe ponerse gran cuidado en no entrar en la atmósfera que la rodea; porque tiene la propiedad de descomponer el aire, y si se comete la imprudencia de respirar este aire, la persona atacada vá decayendo, sus pulmones se vician, y al cabo de algunos meses muere de consuncion: esto es lo que dicen aquellos naturales.

ARBOLES Y PLANTAS.

Los árboles, arbustos, plantas y flores trasportadas á nuestros bosques, á nuestros campos y á nuestros jardines, anuncian la variedad y la riqueza del reino vegetal en América. ¿Quién no conoce hoy el laurel coronado de rosas, llamado *magnolia*, el castaño que ostenta un verdadero jacinto, el catalpa que reproduce la flor de azahar, el tulipan que toma el nombre de su flor, el arce de azúcar, la haya purpúrea, el salsafras, y entre los árboles verdes y resinosos el pino de lord Weymouth, el cedro de la Virginia, el abeto balsamífero de Gilead, y ese cipres de la Luisiana, de raices nudosas y enorme tronco, cuyas hojas parecen un encage de musgo? Las lilas, las azaleas, las pompaduras han enriquecido nuestras primaveras; las aristoloquias, las usterias, las decumurias y las celustrias han mezclado sus flores, sus frutos y sus perfumes á la verdura de nuestras hiedras.

Las plantas de flor son innumerables: la efímera de Virginia, el helonias, el lirio del Canadá, el lirio llamado *soberbio*, la tigrida matizada, la áquilea rosa, la dalia, la helenia de otoño, las polemonias de todas especies, se confunden hoy con nuestras flores nativas.

En fin, nosotros hemos esterminado casi en todas partes la poblacion salvage; y la América nos ha dado la patata, que liberta para siempre del hambre á los pueblos que han destruido á los americanos.

ABEJAS.

Todos estos vegetales alimentan enjambres de brillantes insectos. Estos han recibido en sus tribus á nuestras abejas, que fueron tambien al descubrimiento de aquellas savanas, y aquellas selvas aromosas, de que tantas maravillas se contaban. Se ha observado que en los bosques del Kentucky y del Teneso, los colonos son comunmente precedidos por las abejas, que como vanguardia de los labradores, son el símbolo de la industria y de la civilizacion que anuncian. Estrangeros en América, llegados en seguimiento de las velas de Colon, estos pacíficos conquistadores solo han arrebatado á un nuevo mundo de flores, unos tesoros, cuyo uso ignoraban los naturales; y solo se han servido de estos tesoros para enriquecer el suelo de donde los habian sacado: ¡cuán felices seríamos si todas las invasiones y todas las conquistas se pareciesen á las de estas hijas del cielo!

Las abejas sin embargo, tuvieron que combatir con legiones de músticos y de cínifes que atacaban sus enjambres en los troncos de los árboles; y su genio triunfó de aquellos envidiosos, perversos y feos enemigos. Las abejas fueron reconocidas reinas del desierto, y su monarquía administrativa se estableció en los bosques al lado de la república de Washington.

COSTUMBRES DE LOS SALVAGES.

Los salvages de la América septentrional pueden pintarse de dos modos igualmente fieles é infieles; el uno es el no hablar sino de sus leyes y de sus costumbres, sin entrar en pormenores acerca de sus estravagantes usos ni de sus hábitos, muchas veces repugnantes para los hombres civilizados. En este caso solo se verán griegos y romanos, porque las leyes de los indios son graves, y muchas de sus costumbres interesantes.

El otro modo consiste en representar únicamente los hábitos y usos de los salvages, sin mencionar sus leyes ni sus costumbres, y entonces ya no se verán mas que cabañas ahumadas é infectas, en donde se guarecen una especie de monos que tienen la facultad de hablar. Sidonio Apolinar se lamentaba de verse obligado á *oir el àspero lenguage del germano, y tratar al borgoñon que se frotaba los cabellos con manteca.*

Yo no sé si la casita del viejo Caton en el pais de los sabinos, estaria mucho mas limpia que la choza de un iroqués. El maligno Horacio pudiera dejarnos alguna duda sobre este punto.

Por otra parte, si se pintasen con los mismos rasgos todos los salvages de la América septentrional,

se alteraria la semejanza; porque los de la Luisiana y de la Florida difieren bajo muchos aspectos de los del Canadá. Yo, pues, sin hacer la historia particular de cada tribu, he reunido todo lo que he podido averiguar acerca de los indios, bajo los títulos siguientes:

Casamientos, hijos, funerales; *Cosechas, fiestas, bailes y juegos*; *Año, division y reglamento del tiempo, calendario natural*; *Medicina*; *Lenguas indianas*; *Caza*; *Guerra*; *Religion*; *Gobiernos*. Una conclusion general pone á la vista la América tal como se presenta en el dia.

CASAMIENTOS, HIJOS, FUNERALES.

Se conocen entre los salvages dos especies de casamientos: el primero se efectua por la simple conformidad del hombre y de la muger; la obligacion se contrae por un tiempo mas ó menos largo, segun convienen en fijarlo los que lo contraen, y cuando espira, ambos esposos se separan: tal eracon corta diferencia el concubinato legal que estaba admitido en Europa en los siglos VIII y IX.

El segundo casamiento se hace igualmente en virtud del consentimiento del hombre y de la muger: pero en éste intervienen los padres, y aunque no se limita como el primero á cierto numero de años, siempre puede disolverse. Se ha observado que entre los indios el segundo casamiento, el casamiento legítimo, era preferido por las jóvenes y los viejos, y el primero por las viejas y los jóvenes.

Cuando un salvage ha determinado contraer un matrimonio legal, se dirige acompañado de su padre á proponerlo á los padres de la novia. El padre estre-

na para este acto un trage; adorna su cabeza con plumas nuevas, se lava la antigua pintura de la cara, se la embadurna de nuevo, y cambia el anillo que pende de su nariz ú orejas; toma en la mano derecha una pipa de braserillo blanco y cañon azul revestido de colas de pájaro, y empuña en la izquierda su arco, que lleva tendido á manera de baston. Síguele su hijo cargado de pieles de oso, de castor y de alce: y llevando ademas dos collares de porcelana de cuatro rastras, y una tórtola viva en una jaula.

Los pretendientes se dirigen ante todo al pariente mas anciano de la jóven; entran en su cabaña, se sientan delante de él sobre una estera, y tomando la palabra el padre del jóven guerrero, dice; «Aquí hay pieles. Los dos collares, la pipa azul y la tórtola piden á tu hija en matrimonio.»

Si los presentes se admiten, queda concluido el matrimonio, porque el consentimiento del abuelo ó del sachem mas anciano de la familia, prevalece sobre la voluntad del padre. La edad es el orígen de la autoridad entre los salvages; cuanto mas viejo es un hombre, mas imperio tiene sobre los demas. Aquellos pueblos hacen derivar el poder divino de la eternidad del Grande Espíritu.

Algunas veces el viejo pariente, al mismo tiempo que acepta los presentes, pone alguna restriccion á su consentimiento, restriccion que se conoce si despues de haber aspirado tres veces el humo de la pipa, el fumador deja escapar la primer bocanada en lugar de tragársela, cuando el consentimiento es absoluto.

De la cabaña del anciano pariente, se dirigen al hogar de la madre de la jóven; la cual queda poseida de terror si ha tenido sueños nefastos. Para que los sueños sean favorables, no deben haber representado los espíritus, ni los abuelos, ni la patria, sino que

deben haber mostrado cunas, aves y ciervas blancas. Pero hay un medio infalible de conjurar los sueños funestos, y es el suspender un collar colorado al cuello de un muñeco de madera de encina: tambien entre los hombres civilizados tiene la esperanza sus collares colorados y sus muñecos.

Hecha esta primera peticion, parece que se deja todo olvidado, y todavía trascurre largo tiempo antes de la conclusion del matrimonio. La virtud predilecta del salvage es la paciencia: en los peligros mas inminentes no debe alterarse nada la marcha ordinaria de las cosas: el guerrero que cuando el enemigo está á las puertas dejase de fumar tranquilamente, sentado al sol con las piernas cruzadas, seria reputado por una *vieja*.

Por mas apasionado que esté el jóven, debe afectar la mayor indiferencia, y aguardar las órdenes de su familia. Segun la costumbre recibida, los dos esposos deben permanecer al principio en la cabaña del pariente mas anciano; pero muchas veces algunas disposiciones particulares alteran la observancia de esta costumbre. Entonces levanta el futuro marido su cabaña, y casi siempre la sitúa en algun valle solitario, cerca de un riachuelo ó de una fuente, y bajo de algunos árboles que puedan ocultarla con sus ramas, Los salvages todos son, como los héroes de Homero, cocineros, carpinteros y médicos. Para construir la choza matrimonial, ante todo clavan en el suelo cuatro postes de un pie de circunferencia y doce de alto, los cuales están destinados á marcar los cuatro ángulos de un paralelógramo de veinte pies de largo y diez y ocho de ancho. Unas muescas abiertas en dichos postes reciben unos traveseros, que, llenos de barro sus intérvalos, forman las cuatro paredes de la cabaña.

En las dos paredes longitudinales se practican dos

aberturas; la una que da entrada á todo el edificio, y la otra para pasar á una pieza semejante á la primera pero mas pequeña.

Dejan que el novio coloque por sí solo los cimientos de su habitacion; pero despues le ayudan en el trabajo sus compañeros. Estos llegan cantando y bailando, y llevan instrumentos de albañilería hechos de madera, y el omoplato de algun cuadrúpedo les sirve de paleta. Dan golpes en la mano de su amigo, le saltan sobre los hombros, se chancean sobre su boda, y acaban la cabaña. Subiéndose sobre los postes y las paredes comenzadas, levantan el techo de cortezas de abedúl ó de cañas de maiz, mezclando pelo de animales y paja de ballueca amasada con arcilla roja; y con esta masa revisten por dentro y por fuera las paredes del edificio. En el centro, ó bien á una de las estremidades de la sala mayor, plantan los obreros cinco largas pértigas, y las rodean de yerba seca y mortero: esta especie de cono sirve despues de chimenea, y dá salida al humo por una abertura que al efecto se practica en el techo. Todo este trabajo se hace entre las pullas y cantos satíricos, que por la mayor parte son groseros, si bien hay algunos que no carecen de cierta gracia.

«La luna oculta su frente bajo una nube; es vergonzosa, y está afrentada, porque sale del lecho del sol. Así se ocultará y se pondrá colorada... al otro dia de sus bodas, y nosotros la diremos: Déjanos ver tus ojos.»

Los golpes del martillo, el ruido de las paletas, el crugido de las ramas que se rompen, las risotadas, los gritos, las canciones, se oyen desde muy lejos, y todas las familias dejan los pueblos para tomar parte en la diversion general.

Concluida la cabaña por fuera, la rebocan por dentro con yeso, si el pais lo produce, y á falta de ye-

so con tierra-greda. Se arrancan las yerbas que han quedado en el interior del edificio: y bailando los obreros sobre aquel piso húmedo, le igualan y consolidan muy pronto. Luego cubren de esteras de caña aquella área, como igualmente las paredes, y en pocas horas queda concluida una cabaña, que bajo un techo de cortezas suele ocultar mas felicidad que las altas cúpulas de un palacio.

Al otro dia se llena la nueva habitacion de todos los muebles y comestibles del propietario: esteras, banquillos, vasijas de tierra y de madera, calderas, cubos, perniles de oso, y de alce, tortas secas, haces ó gavillas de maiz para alimento ó para remedios: estos varios objetos se cuelgan á las paredes, ó se esponen á la vista sobre unas tablas; en un hoyo revestido de cañas machacadas se echa el maiz y la ballueca. Los instrumentos de pesca, de caza y de guerra, y de agricultura, el cayado de la labranza, los lazos, las redes tegidas con la médula interior de la palma silvestre, los anzuelos formados de dientes de castor, los arcos, las flechas, las macanas, las hachas, los cuchillos, las armas de fuego, los cuernos para llevar la pólvora, los chichikoués, los tamboriles, los pífanos, las pipas, el hilo de nervios de corzo, la tela de morera ó de abedul; las plumas, las perlas, los collares, los colores negro, azul y bermellon para adornarse, una multitud de pieles, unas curtidas y sin pelo, y otras con él; tales son los tesoros con que se enriquece la cabaña.

Ocho dias antes de la boda se retira la jóven á la cabaña de las purificaciones; lugar separado, donde las mugeres entran y permanecen tres ó cuatro dias cada mes, y donde van á parir. Durante estos dias de retiro, el guerrero comprometido, caza y deja las piezas en el mismo sitio donde las mata; las mugeres las recogen, y las llevan á la cabaña de los padres

para el convite de boda. Si la caza ha sido buena, se saca de ella un augurio favorable.

Llega por fin el gran dia. Los agoreros y los principales sachems son convidados á la ceremonia. Una tropa de jovenes guerreros va á buscar al novio á su cabaña; y una cuadrilla de muchachas va por la novia á la suya. Los novios van adornados con gran lujo de plumas, collares, pieles y colores.

Las dos comitivas por caminos opuestos llegan á un mismo tiempo á la choza del pariente mas anciano, en la cual se ha practicado una segunda puerta enfrente de la ordinaria: rodeado el esposo de todos sus compañeros, se presenta á una de dichas puertas al mismo tiempo que la esposa aparece en la otra con sus compañeras. Todos los sachems de la fiesta están sentados dentro de la cabaña con la pipa en la boca, y la nuera y el yerno se colocan sobre unos rollos de piel á uno de los estremos.

Entonces empieza á la parte de fuera el baile nupcial entre los dos coros que se han quedado á la puerta. Las jóvenes armadas de una especie de cayado, imitan las diversas faenas del cultivo; los jóvenes guerreros hacen la guardia al rededor con el arco en la mano. De pronto sale de la selva una partida enemiga, y quiere llevarse las mugeres, estas arrojan el cayado, y echan á huir; vuelan á socorrerlas sus hermanos, trábase un combate simulado, y son rechazados los raptores.

A esta pantomima suceden otras escenas ejecutadas con una vivacidad natural: aquella es la pintura de la vida doméstica, el cuidado de la casa, el sostenimiento de la cabaña, los placeres y los trabajos del hogar; tiernas ocupaciones de una madre de familia. Este espectáculo termina por una rueda, en que las jóvenes se vuelven hácia el lado opuesto al curso del

sol, y los jóvenes guerreros siguen el movimiento aparente de este astro.

Sigue la comida, que se compone de sopas, caza, tortas de maiz, cañahejas, especie de legumbre, carnes y aves asadas. Se bebe en grandes calabazas el zumo del arce ó del zumaque, y en tacitas de haya una preparacion de *casina*, bebida caliente, que se sirve como el café. La magnificencia del convite consiste en la profusion de los manjares.

Concluido el banquete, se retira la multitud, y solo quedan en la cabaña del anciano pariente doce individuos, seis sachems de la familia del marido, y seis matronas de la de la muger. Estas doce personas sentadas en el suelo, forman dos círculos concéntricos, el interior las mugeres y el esterior los hombres; los novios se colocan en el centro de los dos círculos; y entre los dos sostienen horizontalmente, cada uno por una punta, una caña de seis pies de largo. El novio tiene en la mano derecha un pie de corzo, y la esposa eleva en la izquierda una gavilla de maiz. La caña está pintada de geroglíficos que señalan la edad de los esposos y la luna en que se ha hecho el casamiento. Se dejan á los pies de la esposa los presentes del marido y de su familia, que son un trage completo, el jubon de cortezas de morera, un corsé igual, un manto de plumas, ó de pieles de marta, los mocasines bordados de pelo de puerco espin, los brazaletes de mariscos, y los anillos ó las perlas para la nariz y para las orejas.

A estos trages se añade una cuna de juncos, un pedazo de agárico, piedras de chispa para encender la lumbre, el collar de cuero para llevar fardos, y el tronco para el hogar. Palpita el corazon de la esposa á vista de la cuna, y no la asusta el collar y la caldera, porque mira con sumision aquellos signos de la esclavitud doméstica.

Ni queda sin lecciones el marido: una macana, un arco y un remo, le anuncian que sus deberes son pelear, cazar y navegar. En algunas tribus un lagarto verde, de aquella especie cuyos movimientos son tan rápidos, que la vista puede apenas seguirlos, y algunas hojas secas dentro de una cesta, enseñan al nuevo esposo que el tiempo huye y el hombre cae. Aquellos pueblos enseñan con emblemas la moral de la vida, y recuerdan la parte de cuidado que la naturaleza ha repartido á cada uno de sus hijos.

Cuando los dos esposos, que se hallan encerrados en el doble círculo de los doce parientes, han declarado que quieren unirse, el mas anciano de aquellos toma la caña de seis pies, y dividiéndola en doce pedazos, los distribuye entre los doce testigos, cada uno de los cuales está obligado á presentar su porcion de caña, para que sea reducida á ceniza, caso de que los esposos quieran un dia divorciarse.

Las jóvenes que han conducido á la esposa á la cabaña del pariente mas anciano, la acompañan cantando á la choza nupcial, y los jóvenes por su parte acompañan al esposo. Se vuelven á sus casas los convidados á la boda, los cuales ofrecen en sacrificios á los manitús algunos pedazos de sus ropas, qne echan en los rios, y queman una parte de su alimento.

En Europa se casan los jóvenes para libertarse de las leyes militares; en la América septentrional, por el contrario, nadie podia casarse sino despues de haber peleado por la patria: porque ningun hombre era reputado digno de ser padre, sino cuando habia probado que sabia defender á sus hijos. Por consecuencia de esta noble costumbre, un guerrero no empezaba á gozar de la consideracion pública hasta el dia que se casaba.

Es permitida la pluralidad de mugeres, y un abuso contrario entrega muchas veces una muger á mu-

chos maridos: algunas hordas mas groseras ofrecen sus mugeres y sus hijas á los estrangeros. Mas esto no procede de depravacion, sino de un sentimiento profundo que lleva á los indios á aquella especie de infamia, creidos de que harán mas feliz á su familia cambiando la sangre paterna.

Los salvages del Noroeste quisieron participar de la raza del primer negro que descubrieron: habíanle tomado por un mal genio, y se prometieron que naturalizándolo entre ellos, se procurarian relaciones y protectores entre los genios negros.

El adulterio de la muger era castigado entre los hurones con la mutilacion de la nariz para que el delito permaneciese siempre grabado en el semblante.

En caso de divorcio, los hijos son adjudicados á la madre; porque entre los animales, dicen los salvages, la hembra alimenta á los hijuelos.

Se acusa de incontinencia á la muger que se hace embarazada en el primer año de su matrimonio; y por esta razon suelen tomar el zumo de una especie de ruda para destruir el fruto sobrado precoz de sus entrañas: sin embargo, por una inconsecuencia muy natural en los hombres, una muger no es estimada sino desde que es madre. Como tal se la llama á las deliberaciones públicas; y cuantos mas hijos tiene, principalmente varones, es mas respetada.

El marido que enviuda se casa con la hermana de su muger, si la tiene, y la muger que pierde su marido se casa tambien con el hermano de éste: esta era en corta diferencia la ley de Atenas. Una viuda cargada de hijos es muy solicitada.

Luego que aparecen los primeros síntomas del embarazo, cesa toda relacion entre los dos esposos: hácia el fin del noveno mes, la muger se retira á la cabaña de las purificaciones, en donde es asistida por

las matronas; y ningun hombre, sin esceptuar el marido, puede entrar en aquella cabaña. La muger permanece en ella treinta ó cuarenta dias despues del parto, segun que ha dado á luz una hija ó un hijo.

Cuando el padre recibe la noticia del nacimiento de su hijo, toma una pipa de paz, cuyo tubo cubre de pámpanos de dulcamara, y corre á anunciar la fausta nueva á los diversos miembros de la familia. Ante todo se dirige á los parientes maternos, porque el hijo pertenece esclusivamente á la madre. Aproximándose al sachem mas anciano, despues de haber fumado hácia los cuatro vientos, le presenta la pipa, diciendo: «Mi muger es madre.» El sachem toma la pipa, fuma tambien á su vez, y dice quitándose la pipa de la boca: «¿Es un guerrero?»

Si la contestacion es afirmativa, el sachem fuma tres veces con direccion al sol: si es negativa, solo fuma una vez. El padre es despedido en ceremonia mas ó menos lejos, segun el sexo de la criaturita recien nacida. Un salvage que llega á ser padre, adquiere una consideracion muy distinta entre los suyos: su dignidad de hombre empieza con su paternidad.

Pasados los treinta ó cuarenta dias de purificacion, se dispone la parida á restituirse á su cabaña, en donde se reunen sus parientes para imponer nombre al recien nacido. Apagan el fuego, y arrojando al viento las antiguas cenizas del fogon, preparan una hoguera compuesta de maderas olorosas: el sacerdote ó agorero, con una mecha en la mano, se dispone á encender el fuego nuevo: se purifican todos los sitios de la cercanía, rociándolos con agua de fuente.

No tarda en llegar la jóven madre, la cual lleva vestido un trage nuevo, porque no debe llevar nada que haya servido otra vez. Tiene descubierto el

pecho izquierdo, y suspendido de él á su hijo completamente desnudo, y en esta disposicion pone el pie sobre el umbral de la puerta.

Entonces el sacerdote pone fuego á la hoguera, y presentándose el marido, recibe á su hijo de manos de su muger, y declara en alta voz que es suyo. En algunas tribus solo los parientes del mismo sexo que el recien nacido, son los que asisten á esta ceremonia. Despues de haber besado los lábios de su hijo, le entrega el padre al sachem mas anciano; y el recien nacido va pasando de esta manera á los brazos de su familia, y recibe la bendicion del sacerdote y los votos de las matronas.

En seguida se pasa á la eleccion de un nombre, y la madre permanece sobre el umbral de la cabaña. Cada familia tiene ordinariamente tres ó cuatro nombres que van turnando; pero nunca se trata sino de los nombres de la línea materna. Segun la opinion de los salvages, el padre cria el alma del niño, y la madre solo engendra el cuerpo (1); y por lo mismo se encuentra justo que el nombre del cuerpo provenga de la madre.

Cuando se le quiere hacer un grande honor al niño, se le confiere un nombre mas antiguo de la familia, como por egemplo, el de su abuela; y desde aquel momento el niño ocupa el lugar de la muger cuyo nombre ha recogido, y le dan cuando le hablan el grado de parentesco, que su nombre hace revivir. De ahí es que un tio puede saludar á un sobrino con el título de abuela; costumbre que haria reir sino fuese tan tierna: ella por decirlo así, vuelve la vida á los abuelos; reproduce en la debilidad de los primeros años la debilidad de la vejez, enlaza y aproxima las dos estremidades de la vida, el principio y el fin

(1) Véanse *los Natchez*.

de la familia, comunica una especie de inmortalidad á los antepasados, suponiéndolos presentes en medio de su posteridad; aumenta el cuidado que la madre tiene de la infancia, con el recuerdo del que tuvieron de la suya, y de este modo la ternura filial aumenta el amor materno.

Verificada la imposicion del nombre, entra la madre en la cabaña y le entregan á su hijo, que ya no pertenece sino á ella. Le coloca luego en una cuna, que es una tablita de madera muy ligera, sobre la que se ha dispuesto un lecho de musgo, o de algodon silvestre. Colocado el niño sobre esta cama enteramente desnudo, dos fajas de una piel blanca y suave le sujetan y previenen su caida, sin quitarle el movimiento. Encima de la cabeza del recien nacido se ha colocado un aro, sobre el cual se pone un velo que sirve para ahuyentar los insectos, y dar frescura y sombra á aquella criaturita.

Ya he hablado en otra parte (1) de la madre india-na, y he referido cómo lleva á sus hijos, cómo los suspende de las ramas de los árboles, cómo les canta, cómo los adorna, los duerme y los despierta, cómo los llora cuando mueren, y cómo vá á derramar su leche sobre el césped que forma su tumba, ó á recoger su alma sobre las flores (2).

Despues del matrimonio y el nacimiento, seria oportuno hablar de la muerte, que termina las escenas de la vida; pero he descrito tantas veces los funerales de los salvages, que la materia está casi agotada.

No repetiré pues, lo que en la *Atala* y los *Natchez* he dicho ya acerca del modo cómo amortajan al di-

(1) *Atala, Genio del Cristianismo, los Natchez, etc.*

(2) Por lo que respecta á la educacion en los hijos, véase la carta que inserto mas arriba.

funto, cómo le pintan, cómo hablan con él, etc. Solo añadiré que en todas las tribus es costumbre el arruinarse por los muertos: la familia distribuye lo que posee entre los convidados al banquete fúnebre; y es menester comerse y beberse todo lo que se encuentra en la cabaña. Al salir el sol dan grandes alaridos alrededor del ataud donde reposa el cadáver, y estos alaridos empiezan de nuevo al ponerse el sol. Esto dura tres dias, al cabo de los cuales entierran al difunto, ponen la cubierta al sepulcro, y si fué un guerrero célebre, un poste pintado de rojo indica el lugar de su sepultura.

Entre muchas tribus los parientes del difunto se hacen heridas en las piernas y en los brazos. Un mes de seguida se continúan los gritos al salir y al ponerse el sol, y por espacio de muchos años se celebra con los mismos gritos al aniversario de su muerte.

Cuando un salvage muere en el invierno durante la caza, su cuerpo se conserva sobre las ramas de los árboles, y no le hacen los últimos honores sino despues de haber regresado los guerreros al pueblo de su tribu. Lo mismo practicaban en otro tiempo los moscovitas.

Los indios no solo tienen oraciones y ceremonias diferentes, segun el grado de parentesco, la dignidad, la edad y el sexo del difunto, sino que tienen tambien tiempos de exhumacion pública (1), y de conmemoracion general.

¿En qué consiste que los salvages de la América son los pueblos que mas veneran á los muertos? En las calamidades nacionales lo primero de que se trata es de salvar los tesoros de la tumba: la propiedad legal solo se reconoce en el punto en donde están enterrados los antepasados; cuando los indios defendian

(1) *Atala.*

sus derechos de posesion, siempre se valian de este argumento que les parecia sin réplica: «Diremos á «los huesos de nuestros padres: Levantaos y seguid«nos á una tierra estrangera.» Y viendo que este argumento no era escuchado, se llevaron consigo los huesos que no podian seguirlos.

Los motivos de esta afeccion estraordinaria á aquellas caras reliquias, son fáciles de conocer: los pueblos civilizados pueden conservar los recuerdos de su patria por los monumentos, las letras y las artes; tienen ciudades, palacios, torres, columnas y obeliscos; la huella de su arado existe en los campos que han cultivado, sus nombres están grabados sobre el bronce y el mármol, sus acciones las conservan las crónicas. Pero los salvages no tienen nada de esto: sus nombres no están escritos sobre los árboles de sus bosques; sus chozas edificadas en pocas horas, perecen en pocos instantes; el sencillo cayado de labranza, que apenas remueve la tierra, no ha podido levantar un surco; sus cantos tradicionales se desvanecen con la última memoria que los retiene, con la última voz que los repite. Para las tribus del Nuevo-Mundo solo hay un monumento, la tumba. Quitad á los salvages los huesos de sus padres, y les quitais su historia, sus leyes, y hasta sus dioses: arrebatais á aquellos hombres la única prueba que pueden presentar á la posteridad de su existencia y de su nada.

COSECHAS, FIESTAS,

RECOLECCION DEL AZUCAR DE ARCE, PESCAS, BAILES Y JUEGOS.

COSECHAS.

Se ha creido y se ha dicho que los salvages no sacaban partido de la tierra: esto es un error, porque aunque sea cierto que su principal ocupacion es la caza, todos sin embargo se dedican á algun género de cultivo, y saben emplear las plantas y los árboles para satisfacer las necesidades de la vida. Los que ocupaban el hermoso pais que forma hoy los estados de la Georgia, del Teneso, del Alabamá y del Missisipí, estaban bajo este concepto mucho mas civilizados que los naturales del Canadá.

Entre los salvages, todos los trabajos públicos son otras tantas fiestas: cuando habian pasado los frios, las mugeres siminoles, chicasecas y natchez, se armaban de un cayado de nogal, y se ponian en la cabeza una cesta con divisiones, llenas de semillas de maiz, de pepitas de sandía, de habichuelas y de gira-

soles, y se dirigian al campo comun, colocado ordinariamente en una posicion fácil de defender, como en una lengua de tierra situada entre dos rios ó rodeada de colinas.

Colocábanse las mugeres en fila á uno de los estremos del campo, y empezaban á remover la tierra con los cayados, caminando al mismo tiempo hácia atrás.

Al mismo tiempo que estas renovaban así el antiguo cultivo, sin formar surcos, otras indias las seguian sembrando el espacio preparado por sus compañeras. Las habichuelas y los granos de maiz se echaban juntos en el barbecho, porque las mazorcas del maiz estaban destinadas á servir de apoyo á la legumbre enredadera.

Otras jóvenes se ocupaban en preparar algunas capas de una tierra negra y lavada, y derramaban sobre ellas las simientes de la coloquintida y del girasol; alrededor de estas capas de tierra se encendian fogatas de leña verde para acelerar la germinacion por medio del humo.

Los sachems y los agoreros presidian al trabajo, y los jóvenes corrian alrededor del campo comun, y ahuyentaban las aves con sus gritos.

FIESTAS.

La fiesta del trigo verde llegaba por el mes de junio: se cogia cierta cantidad de maiz cuando el grano estaba todavía en leche; y de este grano, entonces escelente, se amasaba el *tassomanony*, especie de torta que sirve de provision de guerra y caza.

Las mazorcas del maiz puestas á hervir en agua de fuente, se sacan cuando están medio cocidas, y

se esponen á la accion de un fuego manso. Luego que han adquirido un color tostado, las desgranan en un putagan, ó mortero de madera, se machaca el grano, humedeciéndolo, y esta masa cortada en rebanadas, y secada al sol, se conserva mucho tiempo. Cuando quieren usarla, basta remojarla en agua, leche de nueces ó zumo de arce, y así dispuesta ofrece un alimento sano y agradable.

La principal fiesta de los natchez era la fiesta del fuego nuevo; especie de jubileo en honor del sol en la época de la gran cosecha; el sol erala divinidad principal de todos los pueblos vecinos al imperio mejicano.

Un pregonero público recorria los pueblos anunciando la ceremonia al sonido de un caracol, y pronunciando estas palabras.

«Que cada familia prepare vasos vírgenes y vestidos que no hayan sido usados, que se laven las cabañas, que los granos viejos, y los trages y los utensilios viejos sean arrojados y quemados en un fuego comun y en medio de cada pueblo; que vuelvan los malhechores: que los sachems olvidan sus delitos.»

Esta amnistía de los hombres concedida á los hombres en el momento en que la tierra les prodiga sus tesoros: este llamamiento general de los dichosos y de los desgraciados, los inocentes y los culpables al gran banquete de la naturaleza, era un tierno resto de la primitiva sencillez del género humano.

El segundo dia volvia á presentarse el pregonero y prescribia un ayuno de sesenta y dos horas, y una abstinencia absoluta de todo placer, ordenando al mismo tiempo la *medicina de las purificaciones*. Todos los natchez tomaban al momento algunas gotas de una raiz que llamaban la *raiz de sangre*, la cual per-

tenece á una planta que destila un licor rojo, que es un emético violento. Durante los tres dias de abstinencia y de oraciones, guardaban un profundo silencio, y se esforzaban en desprenderse de las cosas terrenas, para ocuparse únicamente en el que madura el fruto sobre el árbol, y el grano de trigo en la espiga.

Al fin del tercer dia proclamaba el pregonero la apertura de la fiesta, que se fijaba para el siguiente.

Al rayar el alba se veian llegar por los caminos aljofarados de rocío las jóvenes, los guerreros, las matronas y los sachems. El templo del sol, que era una gran cabaña que solo recibia la luz por dos puertas, una al Oriente y otra al Occidente, era el punto de reunion: abríase la puerta oriental del templo, cuyo techo y paredes estaban revestidos de esteras muy finas, pintadas y adornadas de diferentes geroglíficos. En banastas arregladas en órden en el santuario estaban los huesos de los gefes mas antiguos de la nacion, á la manera que están los sepulcros en nuestras iglesias góticas.

Sobre un altar colocado en frente de la puerta oriental en disposicion de recibir los primeros rayos del sol naciente, se elevaba un ídolo que representaba un chouchouacha. Este animal, del tamaño de un cochinillo de leche, tiene el pelo de tejon, la cola de raton y las patas de mono: la hembra tiene bajo el vientre una bolsa, en donde alimenta sus hijuelos. A la derecha de la imágen del chouchouacha, se veia la figura de una serpiente de cascabel, y á la izquierda un mamarracho groseramente esculpido. Delante de los símbolos se conservaba en una piedra un fuego de corteza de encina, que nunca se dejaba apagar, escepto la víspera de la fiesta del fuego nuevo, ó de la cosecha: las primicias de los frutos estaban suspendidas alrededor del altar, y los asistentes se ha-

llaban colocados en el templo por el órden siguiente:

El Gran-Gefe ó el *Sol*, á la derecha del altar; á la izquierda la Muger-Gefe, única de su sexo que tenia el derecho de penetrar en el santuario; á las inmediaciones del *Sol* se colocaban sucesivamente los dos gefes de guerra, los dos oficiales que intervenian en los tratados, y los principales sachems; al lado de la Muger-Gefe se sentaba el edil, ó inspector de los trabajos públicos, los cuatro heraldos de los convites, y en seguida los jóvenes guerreros. En el suelo, en frente del altar, unos trozos de cañas secas tendidas oblícuamente unas sobre otras hasta la altura de diez y ocho pulgadas, trazaban unos círculos concéntricos, cuyas diferentes revoluciones formaban, desviándose del centro, un diámetro de doce á trece pies.

El gran sacerdote estaba en pie al umbral del templo con los ojos fijos en el Oriente, y antes de presidir la fiesta, se habia bañado tres veces en el Mississipí. Cubríale de pies á cabeza una ropa blanca formada de cortezas de abedúl, ceñida por la cintura con una piel de serpiente: el antiguo buho henchido de paja, que llevaba sobre la cabeza, habia cedido su lugar á los despojos de un pájaro jóven de la misma especie. Este sacerdote frotaba lentamente uno contra otro dos pedazos de madera seca, y pronunciaba en voz baja algunas palabras mágicas. Dos acólitos que estaban á su lado sostenian por las asas dos copas llenas de una especie de sorbete negro. Todas las mugeres vueltas de espaldas al Oriente, apoyada una mano sobre el báculo de la labor, y teniendo con la otra á sus hijuelos, describian un gran círculo á la puerta del templo.

Esta ceremonia tenia algo de augusto: el verdadero Dios se hace sentir hasta en las falsas religiones,

y el hombre que ora, es respetable, porque la oracion que dirige á la Divinidad, es por su naturaleza tan santa, que hace en cierta manera sagrado al que la pronuncia, sea inocente, culpable ó desgraciado. Era en verdad muy tierno el espectáculo de una nacion reunida en la época de la cosecha para dar gracias de sus beneficios al Omnipotente, para cantar al Criador, que perpetúa el recuerdo de la creacion, mandando al sol cada mañana que se levante y derrame sus rayos sobre el mundo.

Entretanto reinaba en la multitud un profundo silencio. El gran sacerdote observaba con la mayor atencion las variaciones del cielo; y cuando los colores de la aurora, pasando de la rosa á la púrpura, se hacian mas y mas vivos, aceleraba la colision de los dos pedazos de madera seca. Una mecha de médula de sahuco azufrada, estaba dispuesta para recibir la primera chispa. Los dos maestros de ceremonias se dirigian con gravedad el uno hácia el Gran-Gefe, y el otro hácia la Muger-Gefe. De cuando en cuando se inclinaban, y deteniéndose en fin delante de aquellos permanecian completamente inmóviles.

Torrentes de luz saltaban del Oriente, y parecia sobre el horizonte la porcion superior del disco del sol. Al instante pronuncia el gran sacordote el *oah* sagrado, salta el fuego de la madera encendida por la frotacion, la mecha azufrada se enciende, las mugeres que se hallan á la parte esterior del templo, se vuelven súbitamente, y todas á la vez levantan hácia el astro del dia sus hijos recien nacidos y el báculo de la labranza.

El Gran-Gefe y la Muger-Gefe beben el sorbete negro que les presentan los maestros de ceremonias, el agorero comunica el fuego á los círculos de caña, y la llama serpentea siguiendo su espiral. Enciéndense sobre el altar las cortezas de encina, y este

fuego nuevo se comunica luego á los apagados fogones del pueblo. El Gran-Gefe entona entonces el himno del sol.

Consumidos las círculos de caña, y acabado el cántico, la Muger-Gefe salia del templo, y se colocaba á la cabeza de las mugeres; las cuales formadas todas en fila, se dirigian al campo comun de la cosecha, sin que fuese permitido á los hombres el seguirlas. Iban á coger las primeras cañas de maiz para ofrecerlas al templo, y amasar con el sobrante los panes ácimos para el banquete de la noche.

Llegados á los campos cultivados, arrancaban en el cuadro destinado á su familia cierto número de las mas bellas plantas de maiz; planta soberbia, cuyas cañas de siete pies de elevacion, rodeadas de hojas verdes, y coronadas de una mazorca de granos dorados, se parecen á aquellas ruecas adornadas de cintas que nuestras labradoras presentan en las iglesias del lugar. Millares de tordos azules, palomas pequeñas del tamaño de un mirlo, aves de arrozal con el plumage gris manchado de pardo, huyen al aproximarse las cosecheras americanas, enteramente ocultas entre las elevadas cañas. Las zorras negras suelen hacer grandes destrozos en estos campos.

Volvíanse las mugeres al templo llevando sobre la cabeza la gavilla de las primicias; el gran sacerdote recibia la ofrenda y la depositaba sobre el altar. Cerraban la puerta oriental del santuario y abrian la occidental.

Reunida la multitud en esta última puerta, á la que iba á cerrar el dia, describia una media luna, cuyas dos puntas miraban al sol; los asistentes levantaban el brazo derecho, y presentaban los panes ácimos al astro de la luz. El agorero cantaba el himno de la tarde, que era el elogio del sol en su ocaso: sus rayos nacientes habian hecho crecer el maiz, y los

rayos moribundos habian santificado las tortas amasadas con el grano de la cosecha.

Venida la noche, se encendian fuegos, y se asaban ositos, algunos de los cuales, cebados con uvas silvestres, ofrecian en aquella época del año un manjar muy delicado. Asaban tambien pavas de las savanas, perdices negras, y una especie de faisanes mayores que los de Europa. Estas aves así preparadas, se llamaban *el alimento de los hombres blancos*. En estos banquetes se servian aguas de zarzaparrilla, de arce, de plátano y de nogal blanco, y se comian nueces y otras frutos. La llanura brillaba con el resplandor de las hogueras; oíase por todos lados el sonido del chichikoué, del tamboril y del pífano, mezclados con las voces de los bailarines y los aplausos de la multitud.

En estas fiestas, si algun desgraciado retirado á un lado dirigia sus miradas á los juegos de la llanura, iba á buscarle un sachem, se informaba de la causa de su tristeza, curaba sus males si tenian remedio, ó le consolaba cuando menos, si eran de naturaleza que no admitia remedio.

La cosecha del maiz se hace arrancando las cañas, ó cortándolas á dos pies del suelo. El grano se conserva en pellejos ó en unos hoyos revestidos de cañas. Tambien se conservan cañas enteras, las cuales se desgranan á medida que se necesitan. Para reducir el maiz á harina, le muelen en un mortero, ó le machacan entre dos piedras. Los salvages usan tambien de morteros de mano comprados á los europeos.

A la cosecha del maiz sigue inmediatamente la de la ballueca ó arroz silvestre; pero ya he hablado de ella en otra parte (1).

(1) En *los Natchez*.

RECOLECCION DEL AZUCAR DE ARCE.

La recoleccion del zumo de arce se hacia y se hace aun entre los salvages dos veces al año. La primera á fines del mes de febrero, marzo ó abril, segun la latitud del pais. El agua recogida despues de las ligeras escarchas de la noche, se convierte en azúcar, haciéndola hervir en un gran fuego. La cantidad de azúcar obtenida por este procedimiento varia segun la calidad del agua. Este azúcar, de fácil digestion, es de color verdoso y de gusto agradable un poco ácido.

La segunda cosecha se verifica cuando la sávia del árbol no tiene bastante consistencia para convertirse en zumo. Esta sávia condensada, forma una especie de melaza, que desleida en agua de fuente, proporciona una bebida fresca durante los calores del verano.

Se conserva con gran cuidado la madera del arce de la especie roja y blanca. Los arces mas productivos son los de la corteza negruzca y tuberosa. Los salvages han creido observar que estos accidentes los causa el tordo negro de cabeza roja, que pica en los árboles que mas abundan de sávia; y por esta razon respetan á dicho pájaro como una ave inteligente y un buen genio.

A unos cuatro pies de tierra abren en el tronco del arce dos agujeros de tres cuartos de pulgada de profundidad, los que practican de alto á bajo para facilitar el derrame de la sávia.

Estas dos incisiones primeras miran á la parte del

Mediodía, y se practican otras dos á la parte del Norte, cuyos cuatro cortes van abriéndose luego hasta la profundidad de dos pulgadas y media á medida que el árbol va dando su sávia.

Se colocan á los dos lados del árbol dos artesas de madera, y para dirigir á ellas la sávia, se introducen en las hendiduras unos tubos de sauco.

Cada veinte y cuatro horas se separa el zumo destilado, y se lleva á unos cobertizos, en donde se le hace hervir en una vasija de piedra, y se separa la espuma que produce. Cuando se ha reducido á la mitad por la accion de un fuego lento, se le traslada á otra vasija, en donde continua hirviendo hasta que ha tomado la consistencia de jarabe. Entonces se separa del fuego, y está reposando por espacio de doce horas, al cabo de las cuales se vierte por decantacion en una tercera vasija, cuidando de no remover el sedimento que se ha precipitado al fondo.

Esta tercer vasija es tambien á su vez colocada sobre unos carbones medio encendidos y sin llama. Para impedir que el jarabe rebose por los bordes de la vasija, se le añade un poco de grasa, y cuando empieza á hacer hebra, es preciso trasladarle pronto á otra cuarta y última vasija de madera, llamada *el refrigerante*. Una muger robusta le remueve en rededor con un palo de cedro, sin parar, hasta que toma la consistencia de azúcar, y entonces se vierte en unos moldes de corteza, que dan al fluido coagulado la forma de unos pequeños panes cónicos, con lo cual está terminada la operacion.

Cuando solo se trabaja en melote, la operacion termina al segundo hervor.

La efusion de los arces dura quince dias, que son una fiesta contínua: todas las mañanas se dirigen los indios al bosque de arces, que ordinariamente está regado por algun arroyo, y dispersándose en grupos

de ambos sexos al pie de los árboles, los jóvenes bailan y juegan á diferentes juegos, y los niños se bañan á la vista de los sachems. Al contemplar la jóvialidad de aquellos salvages, su desnudez, la vivacidad de sus bailes, las luchas no menos bulliciosas de los que se bañan, la movilidad y la frescura de las aguas, y la antigüedad de las umbrías, parecia que asistiese uno á una de aquellas escenas de faunos y driadas descritas por los poetas.

Tum vero in numerum Faunosque ferasque videres
Ludere.

PESQUERIAS.

No son los salvages menos hábiles en la pesca que diestros en la caza: cogen los peces con anzuelos y redes, y saben tambien agotar los viveros. Pero tienen grandes pesquerías públicas, de las cuales era la mas célebre la del esturion, que se verificaba en el Mississipi y en sus afluentes.

Daba principio por el matrimonio de la red. Seis guerreros y seis matronas se dirigian llevando la red á la plaza pública, llena de espectadores, y pedian en matrimonio para su hijo la red á dos muchachas que designaban.

Los padres de las jóvenes daban su consentimiento, y las jóvenes y la red eran casados por el agorero con las ceremonias de costumbre: ¡el dux de Venecia se casaba con el mar!

A este casamiento seguian algunos bailes de carácter. Hechas las bodas de la red, se dirigian á la orilla del rio, en donde estaban reunidas todas las

piraguas y canoas. Las nuevas esposas, envueltas en la red, iban á la cabeza de la comitiva. Se embarcaban despues de haberse provisto de teas y piedras de chispa. La red, sus esposas, el agorero, el gran gefe, cuatro sachems y ocho guerreros para manejar los remos, montaban una gran piragua, que se colocaba delante de la flota.

Esta buscaba alguna bahía frecuentada por el esturion; y al paso iban pescando toda clase de peces: la truchacon el esparavel, el pez armado con el anzuelo. Se hiere al esturion con un dardo que va unido á una cuerda atada á la barra interior de la canoa. El pez herido huye llevando tras de sí la canoa; pero poco á poco va disminuyéndose la celeridad de su fuga, y viene á espirar sobre la superficie del agua. Las diferentes actitudes de los pescadores, el juego de los remos, el movimiento de las velas, y la posicion de las piraguas agrupadas ó dispersas mostrando el costado, la popa ó la proa, todo esto forma un espectáculo muy pintoresco, cuyo movible cuadro termina los inmóviles paisages de la tierra.

A la entrada de la noche encedian en las piraguas unas teas, cuyo resplandor se reflejaba en la superficie de las aguas. Las canoas apiñadas proyectaban masas de sombras sobre las enrojecidas olas; de manera que los pescadores indianos que se agitaban en aquellas embarcaciones, pudieran tomarse por sus manitús, por aquellos seres fantásticos, hijos de la supersticion y de los sueños del salvage.

A media noche daba el agorero la señal de retirada, declarando que la red queria retirarse con sus dos esposas. Entonces se formaban las piraguas en dos líneas, y entre cada uno de sus remeros se colocaba simétricamente una antorcha: estas luces paralelas á la superficie del rio, aparecian y desaparecian alternativamente por el balance de las olas, y semejaban

á unos remos inflamados que se sumergiesen en las olas para hacer bogar las canoas.

Entonces cantaban el epitalamio de la red: la red, en toda la gloria de un nuevo esposo, era declarado vencedor del esturion, que lleva una corona de doce pies de largo. Se pintaba la derrota de todo el ejército de los peces; el lancorneto, cuyas barbas sirven para enredar á su enemigo; el jusaron, provisto de una lanza dentada, hueca y hendida por el estremo; el artimego, que despliega una bandera blanca; los cangrejos, que preceden y abren camino á los peces-guerreros, vencidos todos por la red.

Seguian algunas estrofas que pintaban el dolor de las viudas de los peces. «En vano aprenden á nadar estas viudas, porque ya no volverán á ver á aquellos con quienes les agradaba errar por las selvas bajo las aguas; ya no reposarán con ellos sobre lechos de musgo, que cubria una bóveda trasparente.» Despues de tantas hazañas, convidan á la red á dormir en los brazos de sus dos esposas.

BAILES.

Entre los salvages, como entre los antiguos griegos, y en la mayor parte de los pueblos nacientes, se mezcla el baile con todas las acciones de la vida. Se baila en las bodas, y las mugeres forman parte de este baile; se baila cuando se recibe un huésped para fumar una pipa; se baila en las cosechas; se baila en el nacimiento de un hijo, y se baila sobre todo por los muertos. Cada caza tiene su baile particular, el cual consiste en la imitacion de los movimientos, costumbres y voz del animal que se persigue: trepan á los árboles como el oso, edifican como el castor, galopan

en círculo como el bisonte, brincan como el corzo, ahullan como el lobo, y gañen como la zorra.

En el baile de los bravos, ó de la guerra, los guerreros, completamente armados, se forman en dos líneas: delante de ellos va un niño que lleva en la mano un chichikoué; este es *el niño de los sueños*, el niño que ha *soñado* bajo la inspiracion de los buenos ó de los malos manitús. Detrás de los guerreros sigue el agorero, el profeta ó augur que interpreta los sueños del niño.

Los bailarines forman luego un doble círculo mugiendo sordamente al mismo tiempo que el niño, colocado en el centro de este círculo, pronuncia con los ojos bajos algunas palabras ininteligibles. Cuando el niño levanta la cabeza, saltan y mugen con mayor fuerza los guerreros, y se consagran á Athaênsic, manitú del ódio y de la venganza. Una especie de corifeo lleva el compás dando golpes sobre un tamboril. Algunas veces los bailarines se atan á los pies unas campanillas compradas á los europeos.

Si se está en el momento de partir á una espedicion, ocupa un gefe el lugar del niño, arenga á los guerreros, y con una macana dá golpes sobre la imágen de un hombre ó la del manitú del enemigo, groseramente dibujadas en el suelo. Entonces vuelven á empezar el baile los guerreros, acometen igualmente á la imágen, imitan las actitudes del hombre que combate, esgrimen las macanas ó las hachas, manejan los mosquetes y los arcos, agitan los cuchillos, acompañándolo todo con ahullidos y convulsiones.

Todavía es mas espantoso el baile de la guerra á la vuelta de la espedicion: cabezas, corazones, miembros mutilados, cráneos con sus ensangrentadas cabelleras, aparecen suspendidos á unos postes clavados en el suelo. Bailan al rededor de estos trofeos, y los prisioneros, que deben ser quemados, asisten al

espectáculo de estas horribles diversiones. En el artículo de la guerra hablaré de algunos otros bailes de esta especie.

JUEGOS.

El juego es una accion comun á todos los hombres, y tiene tres orígenes: la naturaleza, la sociedad y las pasiones. De cuya division proceden tres especies de juegos: los de la infancia, los de la virilidad, y los de la ociosidad ó de las pasiones.

Los juegos de la infancia, inventados por los mismos niños, se encuentran en todo el mundo: yo he visto al niño salvage, al beduino, al negro, al francés, al aleman, al italiano, al español, al griego oprimido, y al turco opresor, jugar á la pelota y rodar el aro. ¿Quién, pues, ha enseñado á estos niños, tan diversos por sus lenguas y tan diferentes por sus razas, sus costumbres y sus paises: quién les ha enseñado, repito, estos mismos juegos? El Señor de todos los hombres, el padre de la grande y misma familia; este es el que ha enseñado á la inocencia estas diversiones, que sirven para desarrollar las fuerzas, y son una necesidad de la naturaleza.

La segunda especie de juegos es aquella que sirviendo para aprender un arte, es una necesidad de la sociedad. En esta clase deben colocarse los juegos gimnásticos, las carreras en carros, la naumaquia entre los antiguos, las justas, las escaramuzas, los pasos de armas y los torneos de la edad media; la pelota, la esgrima, las carreras á caballo, y los juegos de destreza entre los modernos. El teatro con sus

pompas es una cosa aparte, y la reclama el genio como una de sus recreaciones. Lo mismo sucede con algunas combinaciones ingeniosas, como el juego de damas y el aljedréz.

La tercera especie de juegos, los juegos de azar, es aquella en que el hombre espone su fortuna, y algunas veces su libertad y su vida, con un furor que raya en delirio: y esta es una necesidad de las pasiones. Los dados entre los antiguos, los naipes entre los modernos, y las tabas entre los salvages de la América septentrional, entran en el número de estos recreos funestos.

Entre los indios se encuentran las tres especies de juegos de que acabo de hablar.

Los juegos de sus niños son los mismos que los de los nuestros: conocen la pelota, las corridas y el tiro del arco para la juventud, y ademas *el juego de las plumas*, que recuerda un antiguo juego de caballería.

Los guerreros y las jóvenes bailan al rededor de cuatro postes, sobre los cuales están atadas algunas plumas de diferentes colores; de cuando en cuando sale un jóven de las cuadrillas y quita una pluma del color que lleva su amante, se la coloca entre los cabellos, y vuelve á entrar en el coro de los bailarines. Por la disposicion de la pluma y la forma de los pasos, adivina la indiana el sitio para donde la cita su amante. Hay algunos guerreros que toman plumas de un color de que no está adornada ninguna bailarina, lo que significa que aquel guerrero no ama, ó no es amado. Las mugeres casadas solo son admitidas á este juego como espectadoras.

Entre los juegos de la tercera clase, ó sean los de la ociosidad ó de las pasiones, solo describiré el de las tabas.

En este juego los salvages apuestan sus mugeres, sus hijos, su libertad; y cuando han jugado sobre su

palabra y han perdido, guardan su promesa. ¡Cosa estraña! El hombre que falta con tanta frecuencia á los juramentos mas sagrados, que se burla de las leyes, que engaña sin escrúpulo á su vecino: y algunas veces á su amigo, que se hace un mérito de la arteria y de la doblez; cifra su honor en cumplir los compromisos de sus pasiones, en guardar su palabra al crímen, en ser sincero con los autores, por lo comun culpables, de su ruina, y con los cómplices de su depravacion.

En el juego de la taba, llamado tambien el *juego del plato*, dos jugadores solos llevan el juego, y los demas apuntan en pro ó en contra. Cada uno de los jugadores tiene su marcador, y la partida se juega sobre una mesa, ó sencillamente sobre el césped.

Los dos jugadores que llevan el juego, están provistos de seis ú ocho dados ó tabas, parecidos á unos huesos de albaricoque, cortados en seis caras desiguales, de las cuales las dos mas anchas están pintadas una de blanco y otra de negro.

Puestas las tabas en un plato cóncavo de madera, las mezcla y revuelve en él el jugador; y dando luego un golpe sobre la mesa, ó sobre el césped, las hace saltar en el aire.

Si al caer las tabas presentan todas el mismo color, gana el que las ha tirado cinco puntos: si de las seis ú ocho salen cinco de un color, no gana el jugador mas que un punto por la primera vez; pero si repite el mismo la propia suerte, carga con todo y gana la partida, que son cuarenta. A medida que se ganan puntos, los pierde la parte contraria: el que gana continúa llevando el juego, y el que pierde cede su puesto á uno de los que apuntaban en favor suyo, el cual es designado por su marcador. Los marcadores son los personages principales de este juego: se eligen con grandes precauciones, y se prefieren

principalmente aquellos cuyo manitú se cree mas fuerte y mas hábil.

La designacion de los marcadores produce violentos debates: si un partido ha nombrado un marcador, cuyo manitú, esto es, la fortuna, se cree temible, el otro partido se opone á este nombramiento: algunas veces tienen una grande idea del poder del manitú de una persona á quien se detesta; y en estos casos, superando el interés á la pasion, se admite por marcador á este hombre, á pesar del ódio con que se le mira.

El marcador tiene en la mano una tablita, donde va notando las suertes con greda roja: los salvages se agolpan alrededor de los jugadores; todas las miradas se fijan en el plato y en las tabas, y todos hacen votos y promesas á los buenos genios. Algunas veces los valores empeñados son inmensos para unos indios; porque unos se juegan su cabaña, otros se despojan de sus vestidos, y se los juegan contra los de los apuntes del partido opuesto; otros en fin que han perdido ya todo lo que poseian, se juegan su libertad contra una débil puesta, y se comprometen á servir cierto número de meses ó años al que les gane.

Los jugadores se preparan á su ruina por algunas prácticas religiosas: ayunan, observan vigilias, rezan; los mozos se apartan de sus queridas, los hombres casados de sus mugeres, y se observan con el mayor cuidado los sueños. Los interesados se proveen de una bolsita, en donde meten todos los objetos que han soñado: pedacitos de madera, hojas de árboles, dientes de peces, y otros mil manitús que suponen propicios. La ansiedad está pintada en los semblantes durante la partida, y no se manifestaria la reunion mas conmovida si se tratase de la suerte del pais: apiñanse en derredor del marcador, procuran tocarle y colocarse bajo su influencia: es un verdadero frene-

sí, y cada suerte es precedida de un profundo silencio, y seguida de una viva aclamacion. Prodíganse á los marcadores los aplausos de los que ganan; y algunos hombres, ordinariamente modestos y comedidos, vomitan ultrages de una grosería y de una atrocidad increibles. Cuando la suerte que se tira es decisiva, suelen detenerla antes de jugarla: los apuntes de uno ú otro partido declaran que el momento es fatal, y que todavía no deben hacerse saltar las tabas. Un jugador, apostrofando á estas, les echa en cara su malignidad, y las amenaza con que las quemará; otro no quiere que el negocio se decida hasta que haya echado al rio un pedazo de tabajo de hoja; muchos piden á gritos el salto de las tabas; pero basta que se oponga una sola voz, para que el lance quede de derecho suspendido. Cuando se cree llegado el momento de acabar, suele gritar un asistente: «¡Detenéos, detenéos! ¡los muebles de mi cabaña tienen la culpa de que yo pierda!» Corre á su cabaña, rompe y echa á la puerta todos los muebles, y vuelve diciendo: «¡Jugad, jugad!»

Sucede con mucha frecuencia que uno de los apuntes se figura que tal ó cual persona le perjudica; y entonces es indispensable que aquella persona se retire del juego si no está interesada en él, ó que se halle otra, cuyo manitú, á juicio del que apunta, pueda vencer al de la persona que le perjudica.

Ya ha sucedido que algunos comandantes franceses del Canadá, testigos de estas deplorables escenas, se han visto precisados á retirarse para condescender con los caprichos de un indio. Y no se crea que pueden tratarse ligeramente estos caprichos: toda la nacion se pondria de parte del jugador: intervendria la religion en el negocio, y correria sangre.

En fin, cuando se juega el golpe decisivo, pocos indios tienen valor para soportar su vista; la mayor

parte de ellos se precipitan en el suelo, cierran los ojos, se tapan las orejas, y aguardan el decreto de la fortuna, como podrian aguardar una sentencia de vida ó de muerte.

AÑO.

DIVISION Y REGLAMENDO DEL TIEMPO.—CALENDARIO NATURAL.

AÑO.

El año de los salvages consta de doce lunas, division patente á todos los hombres; porque la luna desapareciendo y apareciendo de nuevo doce veces, corta visiblemente el año en doce partes, al paso que el año solar, verdadero año, no está indicado por ninguna clase de variaciones que se observen en el disco del sol.

DIVISION DEL TIEMPO.

Las doce lunas toman sus nombres de las labores, de los bienes y de los modales salvages, de los dones y de los accidentes de la naturaleza, y de consiguiente estos nombres varian segun el pais y los usos de los diferentes pueblos. Charlevoix cita un gran número, y el moderno viagero Beltrami dá en estos

términos la nota de los meses de los sioux y de los cipoveses.

MESES DE LOS SIOUX.		LENGUA SIOUSA.
Marzo,	la luna del mal de ojos. . .	Wisthociasia-onì.
Abril,	la luna de la caza.	Mograhoandì-onì.
Mayo,	la luna de los nidos.	Mograhochandá-onì.
Junio,	la luna de las fresas.	Wojusticiasciá-onì.
Julio,	la luna de las cerezas. . , .	Champasciá-onì.
Agosto,	la luna de los búfalos. . . .	Tantankakiocu-onì.
Setiembre,	la luna de la ballueca, . . .	Wasipi-onì.
Octubre,	la luna del fin de la ballueca.	Sciwostapi-onì.
Noviembre,	la luna del corzo.	Takiouka-onì.
Diciembre,	la luna del corzo á quien apuntan los cuernos.	Ah esciakiouska-onì.
Enero,	la luna de valor.	Ouwikari-onì.
Febrero,	la luna de los gatos silvestres.	Oweciata-onì.

MESES DE LOS CIPAWOIS.		LENGUA ALGONQUINA.
Junio,	la luna de las fresas. . . .	Hode ì minquìsìs.
Julio,	la luna de los frutos abrasados.	Mikin-quìsìs.
Agosto,	la luna de las hojas amarillas.	Wathebaqui-quìsìs.
Setiembre,	la luna de cuando las hojas caen. . . . :	Inaquí-quìsìs.
Octubre,	la luna de la conclusion de la caza.	Bina-hamo-quìsìs.
Noviembre,	la luna de la nieve.	Kaskadino-quìsìs.
Diciembre,	la luna del Pequeño-Espíritu.	Manito-quìsìs.
Enero,	la luna del Grande-Espíritu.	Kicit-manito-quìsìs.
Febrero,	la luna de la llegada de las águilas.	Wamebinni-quìsìs.
Marzo,	la luna de la nieve endurecida.	Ouabanni-quìsìs.
Abril,	la luna de las abarcas en los pies.	Pokaodaquimi-quìsìs.
Mayo,	la luna de las flores.	Wabigon-quìsìs.

Los años se cuentan por nieves ó por flores, y de este modo el anciano y la jóven hallan el símbolo de sus edades en el nombre de sus años.

CALENDARIO NATURAL.

En astronomía solo conocen los indios la estrella polar que llaman la *estrella inmóvil*, y les sirve de guia durante la noche. Los osages han observado y dado nombre á algunas constelaciones. Durante el dia no necesitan brújulas los salvages; porque en las savanas la punta de la yerba que se inclina al lado del Sur, y en las selvas el musgo que se adhiere al tronco de los árboles del lado del Norte, les indican el Septentrion y el Mediodía. Tambien saben dibujar sobre unas cortezas cartas geográficas, donde las distancias están designadas por las noches de marcha.

Los diversos límites de sus territorios son rios, montañas, una roca sobre la cual se haya concluido un tratado, un sepulcro á la orilla de una selva, ó una gruta del Grande-Espíritu en un valle.

Las aves, los cuadrúpedos, los peces, sirven de barómetro, de termómetro y de calendario á los salvages; los cuales dicen que el castor les ha enseñado á edificar y á gobernarse, el carcajú á cazar con perros, así como él caza con lobos, y el gavilan de agua á pescar con un aceite que atrae á los peces.

Los palomos, cuyas crias son innumerables, y las becadas americanas de pico de marfil, anuncian el otoño á los indios así como los loros y los pico-verdes les anuncian la lluvia con sus temblorosos silbidos.

Cuando el maukawis, que es una especie de codorniz, canta por el mes de abril desde que sale el sol hasta que se pone, el siminol tiene por seguro que han pasado los frios, y las mugeres siembran los

granos de verano; mas cuando el maukawis se posa por la noche sobre una cabaña, el habitante de esta cabaña se prepara á morir.

Si el pájaro blanco revolotea por lo alto de los aires anuncia una tempestad; si vuela por la tarde delante del viagero, inclinándose ya á un lado, ya á otro, como espantado, anuncia peligros.

En los grandes acontecimientos de la patria, afirman los agoreros que Kit-chi-manitú aparece sobre las nubes llevado por el walkon, su pájaro favorito, que es una especie de ave del paraiso de alas pardas, cuya cola está adornada de cuatro largas plumas verdes y rojas.

Las sementeras, los juegos, los bailes, las reuniones de los sachems, las ceremonias del matrimonio, del nacimiento y de la muerte; todo se arregla segun algunas observaciones sacadas de la historia de la naturaleza. Ya se deja conocer cuánto interés y poesía comunicarán estas costumbres al lenguage ordinario de aquellos pueblos. Los nuestros se regocijan en la primavera, trepan á la cucaña, siegan á mediados de agosto, plantan cebollas por San Fiacre, y se casan por San Nicolás.

MEDICINA.

Entre los salvages es la ciencia del médico una especie de iniciacion, que llaman la *gran medicina*: y los afiliados en ella forman una especie de fracmasonería con sus secretos, sus dogmas y sus ritos.

Si los indios pudiesen desterrar del tratamiento

de las enfermedades las costumbres supersticiosas y las charlatanerías de los sacerdotes, conocerian todo lo esencial del arte de curar; y entonces acaso podria decirse que este arte casi está tan adelantada entre ellos como en los pueblos civilizados.

Conocen una multitud de simples propios para curar heridas; usan del *garentoguen*, que llaman tambien *abasoutchenza*, por causa de su forma: este es el *ginseng* de los chinos. Con la segunda corteza del salsafras cortan las fiebres intermitentes; las raices del licnis de hojas de hiedra, les sirven para curar las hinchazones de vientre; el *bellis* del Canadá, alto de seis pies y de hojas rollizas y acanaladas, lo emplean contra gangrena: esta planta, reducida á polvo ó machacada, limpia completamente las úlceras. La misma virtud tiene el hedisaron de tres hojas, cuyas rojas flores están dispuestas en espiga.

Segun los indios, la forma de las plantas tiene cierta analogía y semejanza con las diferentes partes del cuerpo humano á cuya curacion están destinadas, ó con los animales nocivos cuyo veneno neutralizan. Esta observacion merecia seguirse; porque los pueblos sencillos que desdeñan menos que nosotros las indicaciones de la Providencia, están menos espuestos á engañarse.

Uno de los grandes remedios empleados por los salvages en muchas enfermedades, son los baños de vapor. Con este objeto levantan una cabaña, que llaman la *cabaña de los sudores*, la cual construyen con ramas plantadas en círculo, y reunidas y atadas por la cima; de modo que formen un cono: las cubren por de fuera con pieles de diferentes animales, y á la raiz del suelo practican una pequeña abertura, por la cual se entrega á gatas. En medio de esta estufa hay una vasija llena de agua, que se hace hervir echándole guijarros encendidos, produciendo el vapor que sale

de esta vasija un calor tan estraordinario, que en pocos minutos se cubre el enfermo de sudor.

La cirugía no está ni con mucho tan adelantada como la medicina entre los indios. Pero sin embargo han llegado á suplir nuestros instrumentos con invenciones ingeniosas. Entienden perfectamente los vendages aplicables á las fracturas simples: tienen unos huesos tan agudos como una lanceta para sangrar y escarifiar los miembros atacados de reumatismo; chupan la sangre por medio de un cuerno, y sacan la cantidad prescrita. Unas calabazas silvestres llenas de materias combustibles, á las cuales ponen fuego, les sirven de ventosas. Cauterizan con unos nervios de corzo, y hacen sifones con las vejigas de diversos animales.

Los principios de la caja fumigatoria, empleada hace algun tiempo en Europa para volver á la vida á los ahogados, son conocidos de los indios, los cuales se sirven para este efecto de un largo intestino cerrado por una de sus estremidades y abierto en la otra por un pequeño tuvo de madera: llenan de humo esta tripa, y la introducen en el intestino del ahogado.

En cada familia se conserva lo que llaman el *saco de las medicinas*, que es un saco lleno de manitús y de diferentes simples de gran virtud. Este saco lo llevan á la guerra, y es un botiquin en el campo y un dios lar en las cabañas.

Cuando llega la época del parto, se retiran las mugeres á la cabaña de las purificaciones, en donde son asistidas por unas matronas. Estas tienen los conocimientos suficientes para los partos ordinarios; pero carecen de instrumentos para los difíciles. Cuando el niño se presenta mal, y no pueden volverle, sofocan á la madre que luchando contra la muerte, da á luz su fruto por el esfuerzo de una última

convulsion. Antes de recurrir á este medio lo advierten siempre á la parturienta, y ésta no vacila jamás en sacrificarse. Algunas veces no es la sofocacion completa, y se salvan á la vez el hijo y su heróica madre.

En los casos desesperados se acostumbra tambien á asustar á la parturienta, aproximándose en silencio una cuadrilla de jóvenes á la cabaña de las purificaciones, lanzando de repente un grito de guerra; pero estos clamores son infructuosos con las mugeres animosas, de las cuales hay muchas.

Cuando enferma un salvage, todos sus parientes se trasladan á su cabaña. Jamás se habla de la muerte ante un amigo enfermo; y el mas cruel ultrage que puede hacerse á un hombre es el de decirle: »Tu padre ha muerto.»

Vista ya la medicina de los salvages, bajo el aspecto serio, considerémosla ahora bajo el ridículo, que es como la hubiera pintado un Moliere indiano, si lo que recuerda las enfermedades morales y físicas de nuestra naturaleza, no tuviese siempre cierto aspecto triste.

Si el enfermo tiene desmayos, en los intérvalos en que puede suponérsele muerto, sentados sus deudos segun los grados de parentesco alrededor de la estera del moribundo, dan unos ahullidos que podrian oirse de media legua, y cuando el enfermo recobra sus sentidos, cesan dichos ahullidos para volver á empezar á la primera crisis.

Entre tanto llega el agorero: pregúntale el enfermo si volverá á la vida, á cuya pregunta nunca deja de responder aquel; que solo él puede volverle la salud: entonces el enfermo que se cree próximo á espirar, arenga á sus parientes, los consuela y los invita á desterrar la tristeza y comer bien.

Cubren al paciente de yerbas, raices y pedazos de

corteza; soplan con un tubo de pipa sobre las partes de su cuerpo donde se cree que reside el mal, y el agorero le habla dentro de la boca para conjurar, si todavía es tiempo, al espíritu infernal.

El enfermo dispone por sí mismo el banquete fúnebre: todos los víveres que queden en la cabaña deben consumirse, y lo primero que hacen es degollar los perros, á fin de que vayan á avisar al Grande Espíritu la próxima llegada de su amo. Pero al través de estas puerilidades, la sencillez con que un salvage llena el último deber de la vida, tienen sin embargo cierta sublimidad.

Declarando que el enfermo va á morir, pone el agorero la ciencia á cubierto de los acontecimientos, y hace admirar su habilidad si el enfermo recobra la salud.

Cuando conoce que el peligro ha pasado, guarda silencio y comienza sus exorcismos.

Pronuncia ante todo unas palabras que nadie entiende, y esclama despues: «Yo descubriré el maleficio; yo forzaré á Kitchi-Manitú á huir delante de mí.»

Sale de la choza seguido de los parientes del enfermo, y corre á sepultarse en la *cabaña de los sudores*, para recibir la inspiracion divina. Colocados con un mudo terror en torno de la estufa, aguardan al sacerdote que ahulla, canta y grita acompañándose con una chichikoué. Pero no tarda en salir enteramente desnudo por el respiradero de la choza, echando espuma por la boca y retorciendo los ojos: bañado de sudor, se sumerge en agua fria, se revuelca por el suelo, hace el muerto, resucita y vuela á su cabaña, mandando á los parientes que vayan á aguardarle á la del enfermo.

No tarda en volver con un carbon medio encendido en la boca y una serpiente en la mano.

Nuevas contorsiones alrededor del enfermo, deja caer el carbon y esclama: «Despierta, que yo te prometo la vida, porque el Grande Espíritu me ha hecho conocer el hado que te hacia morir.» El insensato se arroja sobre un brazo de su víctima, destrozándole á bocados, y sacándose de la boca un huesecillo que ocultaba en ella esclama: «Hé aquí el maleficio que acabo de arrancar de tu carne.» Entonces el sacerdote pide un corzo y algunas truchas, para disponer una comida, sin la cual el enfermo no podria sanar; y los parientes están obligados á irse en el momento á cazar y pescar.

Se come el médico los manjares dispuestos; pero no basta esto: el enfermo está amenazado de una recaida si no se obtiene dentro de una hora el manto de un gefe que reside á dos ó tres jornadas del lugar de la escena. El charlatan lo sabe; pero como prescribe á la vez la regla y dá la dispensa, mediante cuatro ó cinco mantos profanos que entregan los parientes, los dá por pagados del manto sagrado que reclamaba el cielo.

Los caprichos del enfermo que vuelve naturalmente á la vida, aumentan la estravagancia de esta curacion: el enfermo se escapa de la cama, y se arrastra á cuatro pies por detras de los muebles de la cabaña. En vano le interrogan: sigue su vuelta dando gritos espantosos. Se apoderan de él, le vuelven á su estera, y le creen atacado de un acceso del mal que padece: permanece tranquilo un momento, despues se levanta de nuevo de improviso, y vá á sumergirse en un vivero: le sacan con trabajo, y le presentan un brevage: «Dádsela á ese alce:» dice señalando á uno de sus parientes.

El médico trata de penetrar la causa del nuevo delirio del enfermo. «Me he dormido, responde éste gravemente, y he soñado que tenia un bisonte en el

estómago.» La familia se manifiesta consternada; pero de repente esclaman los concurrentes, que ellos tambien están poseidos de un animal: el uno imita el grito de un carribú, éste el ladrido del perro, aquel el ahullido del lobo. El enfermo á su vez imita los mugidos de su bisonte, y se arma una algazara espantosa. Hacen traspirar al soñador por medio de una infusion de salvia y de ramas de abeto; y curada ya su imaginacion por efecto de la condescendencia de sus amigos, declara que ya le ha salido del cuerpo el bisonte. Estas locuras, mencionadas por Charlevoix, se renuevan todos los dias entre los indios.

¿Cómo es posible que el mismo hombre que se elevaba tan alto cuando se creia en el momento de espirar, descienda tanto cuando tiene seguridad de vivir? En qué consiste que unos ancianos sábios, unos jóvenes tan prudentes y unas mugeres tan sensatas, se sometan á los caprichos de un entendimiento desordenado? Estos son los misterios del hombre, esta es la doble prueba de su grandeza y de su miseria.

LENGUAS INDIANAS.

Cuatro lenguas principales son las que al parecer se dividen la América septentrional: el algonquin y el huron al Norte y al Este, el sioux al Oeste, y el chicasés al Mediodía; pero los dialectos difieren, por decirlo asi, de tribu á tribu. Los creeks actuales hablan el chicasés mezclado de algonquin.

El antiguo natche no era otra cosa que un dialecto mas suave del chicasés.

El natche, lo mismo que el huron y el algonquin, solo admitia dos géneros, el masculino y el femenino, y desechaba el neutro. Esto es natural en unos pueblos que atribuyen sentidos á todo, que oyen voces en todos los murmullos, que suponen ódios y amores en las plantas, deseos en las olas, espíritus inmortales en los animales y almas en las rocas. En el natche no se declinaban los nombres; únicamente tomaban en el plural la letra k, ó el monosílabo *ki*, si el nombre acababa en consonante.

Los verbos se distinguian por la característica, la terminacion y el aumento. Así los natchez decian *T-i-ja*, yo ando; *ni Tija-ban*, yo andaba; *ni-ga Tija*, yo andaré; *niki Tija*, yo anduve ó he andado.

Habia tantos verbos como sustantivos sometidos á la misma accion; y así *comer* maiz era un verbo diferente de *comer* corzo; *pasearse* por un bosque, se decia de otra manera que *pasearse* por una colina; *amar à su amigo*, se espresaba por el verbo *napitilima*, que significa yo estimo; *amar à su querida*, se espresaba por el verbo *nisikia*, que puede traducirse *yo soy feliz*. En las lenguas de los pueblos que se hallan inmediatos al estado de la naturaleza, los verbos son ó muy multiplicados, ó poco numerosos; pero siempre sobrecargados de una multitud de letras que varian las significaciones: el padre, la madre, el hijo, la muger y el marido, para espresar sus diversos sentimientos, han buscado tambien espresiones diversas, modificando, segun las pasiones humanas, la palabra primitiva que dió Dios al hombre con la existencia. El verbo era uno, y lo comprendia todo: el hombre ha sacado de él las lenguas con sus variaciones y sus riquezas; lenguas en que se encuentran sin embargo algunas palabras, radicalmente las mis-

mas; que ha quedado como tipo ó prueba de un orígen comun.

El chicasés, que es la raiz del natche, está privado de la letra *r*, fuera de las palabras derivadas del algonquin, como *arrego*, *yo hago la guerra*, que se pronuncia con cierto rompimiento de sonido. El chicasés tiene aspiraciones frecuentes para el lenguage de las pasiones violentas, tales como el ódio, la cólera y los celos; en los sentimientos tiernos y en las descripciones de la naturaleza, sus espresiones están llenas de encanto y de pompa.

Los sioux, que segun tradicion vinieron de Méjico al alto Mississipi, han estendido el imperio de su lengua por el Oeste hasta los montes Roqueños, y por el Norte hasta el rio Rojo, en donde se hallan los cipoveses, que hablan un dialecto del algoquin, y son enemigos de los sioux.

La lengua siouxa silba de un modo muy desagradable al oido: ella es la que ha puesto nombres á casi todos los rios y todos los lugares situados al Oeste del Canadá, el Mississipí, el Missouri, el Osaje, etc., pero todavía no se sabe casi nada de su gramática.

El algonquin y el huron son las lenguas madres de todos los pueblos de la parte de la America septentrional, comprendida entre las fuentes del Mississipí, la bahía de Hudson y el Atlántico, hasta la costa de la Carolina. Un viagero que supiese estas dos lenguas, podria recorrer sin intérprete mas de mil ochocientas leguas de pais, y hacerse entender de mas de cien pueblos.

La lengua algonquina empezaba en la Acadia y en el golfo de San Lorenzo; y volviendo del Sudeste por el Norte hasta el Sudoeste, abrazaba una estension de mil doscientas leguas. Los indígenas de la Virginia la hablaban; y mas allá, en las Carolinas al

Mediodía, dominaba la lengua chicasesa. El idioma algonquin, por la parte del Norte, terminaba en los cipoveses. Mas lejos aun aparece en el Septentrion la lengua de los esquimales; al Oeste la algonquina tocaba la ribera izquierda del Mississipí, en cuya orilla derecha reina la lengua siouxa.

El algonquin tiene menos energía que el huron; pero es mas dulce, mas elegante y mas claro. Se emplea ordinariamente en los tratados, y está reputado por la lengua pulida ó clásica del desierto.

Hablaban el huron el pueblo que le dió nombre y los iroqueses, que eran una colonia del mismo.

El huron es una lengua completa, que tiene sus verbos, nombres, pronombres y adverbios. Los verbos simples tienen dos conjugaciones, una absoluta y otra recíproca; las terceras personas tienen los dos géneros, y los números y los tiempos siguen el mecanismo de la lengua griega. Los verbos activos se multiplican hasta el infinito, como en la lengua chicasesa.

El huron no tiene labiales, se habla con el garguero, y casi todas las sílabas son aspiradas. El diptongo *ou* forma un sonido estraordinario, que se espresa sin hacer los lábios movimiento alguno: los misioneros, no sabiendo como indicarle, le escribian con la cifra 8.

La índole de esta noble lengua consiste sobre todo en personificar la accion; esto es, en verter el pasivo por el activo. El P. Rasle lo esplica con este egemplo: «Si preguntais á un europeo con qué objeto «le ha criado Dios, os contestará: Para conocerle, «amarle, servirle, y alcanzar por este medio la glo«ria eterna.»

Un salvage os responderia en la lengua hurona: «El Grande Espíritu ha pensado en nosotros: Que me «conozcan, que me amen y que me sirvan, y enton-

«ces les haré partici[illegible] mi suprema felicidad.»

La lengua huro[illegible]quesa tiene cinco dialectos, principales.

Esta lengua no tiene sino cuatro vocales, á saber: *a*, *e*, *i*, *o*, y el diptongo 8, que participa un poco de la consonante y del valor de la *w* inglesa; sus consonantes son seis: *h*, k, *n*, *r*, *s*, *t*.

En el huron casi todos los nombres son verbos. No tiene infinivo, y la raiz del verbo es la primera persona del presente de indicativo. Tiene tres tiempos primitivos, con los cuales se forman todos los demas: el presente de indicativo, el pretérito indefinido, y el futuro simple afirmativo.

Casi no se conocen en ella los sustantivos abstractos; y si se encuentran algunos, se han formado evidentemente despues de conocido el verbo concreto, modificando alguna de sus personas.

Esta lengua tiene un dual como el griego, y dos primeras personas plurales y duales. Carece de auxiliares para conjugar los verbos, de participios y de verbos pasivos, que se vierten por activa: para espresar: *Yo soy amado*, debe decirse: *Me aman*, *etc.* No tiene tampoco pronombres para espresar las relaciones de los verbos, que se conocen tan solo por la inicial del verbo, que se modifica diferentes veces, y de tan diversas maneras, como relaciones posibles esciten entre las diferentes personas de los tres números, lo cual es inmenso; y de ahí es que estas relaciones son la llave de la lengua, y cuando llegan á comprenderse, para lo cual hay reglas fijas, está vencida toda la dificultad.

En los verbos debe observarse la particularidad de que los imperativos tienen primera persona.

Todas las voces de la lengua hurona pueden componerse entre sí, y con pocas escepciones, es muy general que el objeto del verbo, cuando no es un nom-

bre propio, se incluya en el mismo verbo, sin formar mas que una sola palabra: pero entonces el verbo toma la conjugacion del nombre; porque todos los nombres pertenecen á una de las cinco conjugaciones.

Tiene esta lengua un gran número de partículas espletivas, que sin significar nada por sí solas, comunican gran fuerza y claridad al discurso. Mas estas partículas no son las mismas para los hombres y para las mugeres, sino que cada género tiene las suyas propias.

Se conocen dos géneros, el género noble para los hombres, y el género no noble para las mugeres y para los animales machos ó hembras. Cuando se dice de un cobarde que es una muger, se masculiniza la voz *muger*; y si se dice de una muger que es un hombre, se femeniniza la voz *hombre*.

El signo del género noble y del género no noble del singular, dual y plural, es el mismo en los nombres que en los verbos, todos los cuales tienen en cada tiempo y en cada número dos terceras personas noble y no noble.

Cada conjugacion es absoluta, refleja, recíproca y relativa: lo esplicaré con un egemplo.

Conjugacion absoluta.

SING. PRES. DE INDICATIVO.

Iks8ens.—Yo aborrezco, etc.

DUAL.

Tenis8ens.—Tú y yo, etc.

PLURAL.

Te8as8ens.—Vosotros y nosotros, etc.

Conjugacion refleja.

SINGULAR.

Katats8ens.—Yo me aborrezco, etc.

DUAL.

Tiatats8ens.—Nosotros nos, etc.

PLURAL.

Te8atats8ens.—Vosotros y nosotros. etc.

Para la conjugacion recíproca se añade *te* á la conjugacion refleja, cambiando la *r* en *h* en las terceras personas del singular y del plural.

Resulta, pues:

Tekatats8ens. - Yo me aborrezco, *mutuò* con alguno.

Conjugacion relativa del mismo verbo en el propio tiempo.

SINGULAR.

Relacion de las primeras personas á las otras.

Kons8ens —*Ego te odi, etc.*

Relacion de la segunda personas á las otras.

Taks8ens.—*Tu me.*

Relacion de la tercera masculina á las otras.

Raks8ens.—*Ille me.*

Relacion de la tercera persona femenina á las otras.

8aks8ens.—*Illa me, etc.*

Relacion de la tercera persona indefinida se.

Ionks8ens.—Me aborrecen.

DUAL.

La relacion del dual al cual y al plural, se convierte en plural, y de consiguiente solo pondré la relacion del dual al singular:

Relacion del dual à las otras personas.

Kenis8ens.—*Nos. 2 te, etc.*

Las terceras personas duales son á las otras lo mismo que las plurales.

PLURAL.

Relacion de la primera plural à las otras.

K8as8ens.—*Nos te, etc.*

Relacion de la segunda plural à las otras.

Tak8as8ens.—*Vos me.*

Relacion de la tercera plur. masc. à las otras.

Ronks8ens.—*Illi me.*

Relacion de la tercera fem. plur. à las otras.

Ionsks8ens.—*Illæ me.*

Conjugacion de un nombre.

SINGULAR.

Hieronke..—Mi cuerpo.
Tsieronke.—Tu cuerpo.
Raieronke.—Su de él.
Kaieronke.—Su de ella.
Ieronke.—El cuerpo de alguno.

DUAL.

Tenïeronke.—Nuestro (*meum et tuum*).
Iakeiieronke.—*Nuestro* (*meum et illum*).
Seniieronke.—Vuestro 2.
Niironke.—Su 2 de ellos.
Kaniironke.—Su 2 de ellas.

PLURAL.

Te8aieronke.—Nuestro (*nost. et vest*).
Iak8aieronke.—Nuestro (*nost. et illor*).

Y así de todos los nombres. Comparando la conjugacion de este nombre con la conjugacion absoluta del verbo *iks8ens*, yo aborrezco, se ve que las modificaciones de los tres números son absolutamente las mismas: *k* para la primera persona, *s* para la segunda, *r* para la tercera noble, k*a* para la tercera no noble, *ni* para el dual. Para el plural se dobla *te8a*, *se8a rati*, *konti*, mudando la k en *te8a*, *la s* en *se8a*, *ra* en *rati*, ka en k*onti*, *etc.*

La relacion en los grados de parentesco es siempre del mayor al menor. Egemplo:

Mi padre, *rakenika*, el que me tiene por hijo. (Relacion de la tercera persona á la primera).

Mi hijo, *rienha*, el que tengo por hijo. (Relacion de la primera á la tercera persona).

Mi tio, *rakenahaa*, *raak*... (Relacion de la tercera persona á la primera).

Mi sobrino, *rion8atenha*, *ri*.... (Relacion de la primera á la tercera persona, como en el verbo precedente).

El verbo *querer* no puede traducirse en iroqués: se suple por *ikire*, *pensar*; de este modo:

Yo quiero ir allá.
Ikere etho iake.
Yo pienso ir allá.

Los verbos que espresan una cosa que no existe en el momento en que se habla, no tiene perfecto, sino tan solo un imperfecto, como *ronnhek8e*, imperfecto, ha vivido, ya no vive. Por analogía de esta regla: si *yo he amado* á alguno, y si *todavía le amo*, me serviré del perfecto *kenon8ehon*. Si ya no le amo, me serviré del imperfecto *kenon8esk8e*: yo *le amaba*, pero *ya no le amo*. Esto en cuanto á los tiempos.

En cuanto á las personas, los verbos que espresan una cosa que no se hace voluntariamente, no tienen primeras personas, sino una tercera relativa á las otras. Así, yo estornudo, *te8akitsionh8a*, relacion de la tercera á la primera: este me *estornuda*, ó me hace estornudar.

Yo bostezo, *te8akskara8ata*, la misma relacion de la tercera no noble con la primera *8ak*, esto me *abre la boca*. La segunda persona tú bostezas, tú estornudas, será la relacion de la misma tercera persona no noble con la segunda *tesatsionk8a*, *tesaskara8ata*, *etc.*

Por lo que respecta á los términos de los verbos, ó á los régimenes indirectos, hay en los finales una suficiente variedad de modificaciones que los espresan con claridad, y estas modificaciones están sujetas á reglas fijas.

Kninons, yo compro. *Kehninonse*, yo compro para alguno. *Kehninon*, yo compro de alguno.—*Katennietha*, yo envio. *Kehnieta*, yo envio por alguno. *Teiatennietennis*, yo envio á alguno.

Del solo exámen de estas lenguas resulta que los pueblos, á que damos el nombre de *salvages*, se hallaban muy adelantados en aquella civilizacion, que pro-

viene de la combinacion de las ideas: esta verdad se confirmará mas y mas por los pormenores de su gobierno (1).

CAZA.

Cuando los ancianos han resuelto hacer la caza del castor ó del oso, un guerrero va de puerta en puerta por los pueblos, diciendo: «Los gefes van á partir; los que quieran seguirles pintense de negro y ayunen para saber del Espíritu de los sueños en donde se encuentran este año los osos y los castores.»

Dado este aviso, todos los guerreros se embadurnan con negro de humo desleido con aceite de oso, empieza el ayuno de ocho noches, y es tan rigoroso, que no puede tragarse ni una gota de agua, y se ha de estar cantando continuamente, para tener sueños felices.

(1) La mayor parte de las curiosas noticias que acabo de dar sobre la lengua hurona, las he tomado de una pequeña gramática iroquesa manuscrita que ha tenido la bondad de remitirme Mr. Marcoux, misionero del Salto de San Luis, distrito de Montreal, en el bajo Canadá. Por lo demás, los jesuitas dejaron algunos trabajos importantes sobre las lenguas salvages del Canadá. El P. Chaumont, que habia pasado cincuenta años entre los hurones, compuso una gramática de su lengua, y tambien debemos preciosos documentos al P. Rasle, que vivió diez años en un pueblo de Abenakis. Un diccionario francés-iroqués que está concluido, será un nuevo tesoro para los filólogos. Tambien existe el manuscrito de un diccionario iroqués é inglés; mas por desgracia se ha perdido el primer volúmen, que comprendia desde la letra A hasta la L.

Cumplido el ayuno, se bañan los guerreros, y se sirve un gran banquete, durante el cual cada indio refiere los sueños que ha tenido; si el número mayor de dichos sueños, designa un mismo punto para la caza, queda resuelto dirigirse á aquel sitio.

Se ofrece un sacrificio espiatorio por las almas de los osos muertos en las cacerías precedentes, y se les conjura que sean favorables á los nuevos cazadores; es decir, se ruega á los osos difuntos que dejen matar á los osos vivos. Cada guerrero canta sus antiguas hazañas contra las fieras.

Concluidas las canciones, parten completamente armados. Cuando llegan á la orilla de un rio, los guerreros con un canalete en la mano, se sientan de dos en dos en el fondo de las canoas, y á una señal del gefe se colocan en fila: el que va á la cabeza rompe el esfuerzo del agua cuando se navega contra la corriente. A estas espediciones llevan trahillas, lazos y abarcas para andar sobre la nieve. Cuando han llegado al punto convenido se sacan las canoas á tierra, en donde las rodean de una empalizada revestida de césped. El gefe divide los indios en compañías compuestas de igual número de individuos. Divididos así los cazadores, se procede á repartir el pais de la caza: y cada compañia levanta una choza en el centro del terreno que le ha correspondido.

Se separa la nieve, se clavan en el suelo unos piquetes, y se arriman á ellos cortezas de abedúl. Estas forman las paredes de las chozas, y sobre ellas se colocan otras inclinadas una sobre otra, que forman el techo del edificio; un agujero practicado en el centro sirve de chimenea. La nieve tapa por fuera los vacíos de la obra, y las sirve de enlucido ó enjalbegado. Encienden un brasero en medio de la cabaña; cubren de pieles el piso; los perros duermen á los pies de sus amos, y lejos de sentirse frio, se esperimenta un

calor sofocante. El humo lo llena todo, y los cazadores, sentados ó acostados, procuran colocarse al abrigo de este humo.

Para dar principio á la caza del castor, se aguardan las nevadas, y que el viento Nordeste, serenando el cielo, haya traido un frio seco. Pero durante los dias que preceden á este viento, se ocupan en otras cazas menores, como por egemplo las de las nutrias, zorras y ratones de almizcle.

Las trampas que se emplean contra estos animales son unas tablas mas ó menos gruesas y anchas. Se abre un hoyo en la nieve: se coloca una punta de la tabla en el suelo, y la otra sobre tres pedazos de madera armados en forma de número 4. El cebo se pone en uno de los palos de esta cifra; y el animal que quiere cogerle, se introduce debajo de la tabla, tira del cebo, hace caer la tabla, y queda prisionero.

Los cebos difieren segun los animales á que se destinan: al castor le ponen un pedazo de madera de pobo, á la zorra y al lobo un trozo de carne, y al raton de almizcle nueces y frutas secas.

Los armadijos para coger los lobos se colocan á la entrada de los pasos y á la salida de una maleza; á las zorras en la pendiente de las colinas, á alguna distancia de los conejares, á las ratas de almizcle en los sotos de fresnos, y á las nutrias en las hondonadas de las praderas y en los juncares de los estanques.

Se visitan las trampas por la mañana, y al efecto parten de la choza dos horas antes de amanecer.

Los cazadores caminan sobre la nieve con unas abarcas de diez y ocho pulgadas de largo y ocho de ancho; su forma es oval por delante y puntiaguda por detras: la curbatura de la elipse es de madera de abedúl doblada y endurecida al fuego, y las cuerdas transversales y longitudinales, son unas correas de

cuero, de seis líneas en todos sentidos, reforzadas con vástago de mimbre: este calzado se sujeta á los pies por medio de tres correas. Sin estas máquinas ingeniosas seria imposible en invierno dar un paso por aquellos climás; pero al principio incomodan y fatigan mucho, porque precisan á volver las rodillas hácia dentro y separar las piernas.

Cuando se procede á visitar y recoger los cepos en los meses de noviembre y diciembre, se hace ordinariamente en medio de los remolinos de nieve, de granizo y de viento, y el cazador apenas distingue medio pie delante de sí. Marchan en silencio; pero los perros que perciben el olor de la pieza; lo manifiestan con ahullidos. Es necesaria toda la sagacidad del salvage para encontrar las trampas sepultadas con las sendas bajo los hielos.

A un tiro de piedra de los lazos, se detiene el cazador para aguardar la salida del sol; permanece en pie inmóvil en medio de la tempestad, la espalda vuelta al viento y los dedos en la boca: en cada pelo de las pieles en que va envuelto, se forma una aguja de escarcha, y el copete de cabello, que corona su cabeza se convierte en un penacho de hielo.

Si al romper el dia descubren que las trampas han caido, corren á dar fin de la bestia cogida. Un lobo ó una zorra, con los lomos medio magullados, muestra al cazador su negra boca y afilados dientes, pero los perros los rematan muy pronto.

Se separa la nueva nieve, y se vuelve á armar la máquina, en la que se pone un cebo fresco, que se cuida de colocar en la direccion del viento. Algunas veces sucede que los cepos se suelten sin coger la caza; este accidente es efecto de la astucia de las zorras, las cuales sacan el cebo adelantando la pata por el lado de la tabla, en lugar de meterse bajo la trampa, por cuyo medio hacen el pillage libres de todo riesgo.

Si la primera recolecion de lazos ha sido copiosa, los cazadores regresan triunfantes á la cabaña con una algazara estraordinaria: refieren los lances de la madrugada; invocan á los manitús; gritan sin entenderse, desatinan de alegría, y hasta los perros los acompañan con sus ladridos. Del éxito de este primer dia se sacan los presagios mas favorables para lo venidero.

Cuando acaban de caer las nieves, y resplandece el sol sobre su endurecida superficie, se publica la caza del castor. Ante todo se hace una oracion solemne al Gran Castor, presentándole una ofrenda de tabaco de hoja. Cada indio se arma de una gran maza para romper el hielo y una red para coger la presa, mas por mucho que sea el rigor del invierno, ciertos lagos pequeños del alto Canadá, no se hielan jamás: fenómeno que proviene ó de la abundancia de algunos manantiales calientes, ó de la esposicion particular del terreno.

Estos depósitos de agua no congelables están generalmente formados por los mismos castores, segun llevo dicho en el artículo de historia natural. He aquí como se destruyen las pacíficas criaturas de Dios

En la calzada del estanque en donde viven los castores, se practica una abertura bastante ancha para que el agua pueda derramarse, y la ciudad maravillosa quede en seco. Puestos los cazadores sobre la calzada, con una maza en la mano y los perros detras, están con la mayor atencion mirando como quedan á descubierto las habitaciones, al paso que va bajando el agua. Alarmado el pueblo anfibio á vista de tan rápido derrame, y juzgando, sin conocer la causa, que se ha abierto alguna brecha en la calzada, tratan al momento de cerrarla. Todos nadan á porfia: los unos se dirigen para examinar la naturaleza del daño, estos acuden á la orilla para buscar materiales;

aquellos corren á las casas de campo para avisar á sus conciudadanos. Los desventurados se ven cercados por todas partes: la maza deja tendido sobre la calzada al obrero que se esforzaba en reparar la avería; el habitante refugiado en su casa de campo, no está ya seguro; el cazador le arroja á los ojos un polvo que le ciega, y los perros le ahogan. Los gritos de los vencedores resuenan por los bosques, el agua se agota, y marchan al asalto de la ciudad.

El modo de coger los castores en los viveros helados es distinto: practícanse en el hielo algunas aberturas; y los castores, aprisionados bajo su bóveda de cristal, corren á respirar á aquellos agujeros. Los cazadores procuran tapar con hojas de caña el lugar quebrantado; porque sin esta precaucion, los castores descubririan la emboscada que les oculta el meollo de junco que se ha derramado sobre el agua. Aproximanse, pues al respiradero; pero el remolino que forman nadando, los vende: el cazador mete el brazo por el agujero, coge el animal por una pata, y le arroja sobre el hielo, donde le rodea un círculo de asesinos, perros y hombres. Colgado al punto á un árbol, un salvage le desuella medio vivo, á fin de que su piel vaya mas allá de los mares á abrigar la cabeza de un habitante de Lóndres ó París.

Terminada la espedicion contra los castores, regresan de la caza á la cabaña, cantando himnos al Gran-Castor, al compás del tambor y del chichikué.

La operacion de desollar las reses se hace en comun. Se plantan postes; en cada uno de ellos se cuelgan de las patas dos castores, y colocado un cazador á cada lado, á una voz del gefe abren el vientre de los animales muertos y los desuellan. Si entre las víctimas se encuentra una hembra, esto produce una consternacion universal; porque el matar las hembras del castor, ademas de crímen religioso, es

tambien un delito político, una causa de guerra entre las tribus. Pero sin embargo, el interés, la aficion á los licores fuertes, y la necesidad de armas de fuego, se han sobrepuesto á la fuerza de la supersticion y al derecho establecido; un gran número de hembras han sido ojeadas y muertas, lo que tarde ó temprano producirá la estincion de su raza.

La caza termina con una comida compuesta de la carne de los castores: en ella pronuncia un orador el elogio de los difuntos como si no hubiese contribuido á su muerte: refiere todo lo que yo he dicho de sus costumbres; pondera su talento y su sagacidad: «Ya no oireis, dice, la voz de los gefes que os mandaban, á los que habiais elegido para que os diesen leyes entre todos los guerreros castores. Vuestro lenguage, que los agoreros comprenden perfectamente no se hablará ya en el fondo del lago; ya no dareis mas batallas á las nútrias vuestros crueles enemigos. ¡No, castores! pero vuestras pieles servirán para comprar armas; nosotros llevaremos á nuestros hijos vuestros jamones curados al humo, y no permitiremos que nuestros perros quebranten vuestros duros huesos.»

Todos los discursos y todas las canciones de los indios manifiestan que estos se asocian á los animales suponiéndoles cierto carácter y lenguage, que los miran como unos institutores, como unos seres dotados de una alma inteligente. La Escritura ofrece muchas veces á los hombres el egemplo del instinto de los animales.

La caza del oso es la mas importante entre los salvages. Se hace en invierno, y empieza por largos ayunos, purificaciones sagradas y banquetes. Los cazadores siguen unos caminos espantosos á orilla de los lagos, y entre montañas cuyos precipicios oculta la nieve. En los desfiladeros peligrosos ofrecen el sa-

crificio que se reputa mas acepto al genio del desierto, cual es el de suspender un perro vivo á las ramas de un árbol, y dejarle morir allí rabiando. Algunas chozas dispuestas de pronto cada noche, proporcionan un miserable abrigo: allí están helados por una parte y abrasados por otra: para defenderse contra el humo, no hay otro recurso que el de acostarse boca abajo, envuelto entre pieles. Los hambrientos perros ahullan, y pasan y vuelven á pasar repetidas veces sobre el cuerpo de sus amos; y cuando estos creen que van á tomar un miserable refrigerio, su perro, que ha estado mas alerta, se lo traga.

Despues de inauditas fatigas, llegan á unas llanuras cubiertas de bosques de pinos, que son la guarida ordinaria de los osos. Allí se olvidan las incomodidades y los peligros, y comienza la accion.

Divídense los cazadores, y situándose á cierta distancia unos de otros, abrazan un grande espacio circular. Colocados en los diferentes puntos del círculo, marchan á la hora convenida sobre un radio que se dirige al centro, examinando con cuidado todos los árboles antiguos en donde suelen esconderse los osos: muchas veces descubre al animal la señal que deja su aliento en la nieve.

Luego que el indio ha descubierto las huellas que busca, llama á sus compañeros, trepa al pino, y á diez ó doce pies del suelo encuentra el agujero por donde el solitario se ha retirado á su celdilla: si el oso está dormido, le parten la cabeza, y subiendo luego al árbol otros dos cazadores, ayudan al primero á sacar al muerto de su escondrijo y precipitarlo.

El guerrero esplorador y vencedor baja entonces, enciende su pipa, la coloca en la boca del oso, y soplando en el braserillo de la pipa, llena de humo el gargüero del cuadrúpedo. En seguida dirige algunas palabras al alma del difunto; le ruega que le perdone

su muerte, y no le sea contrario en las cacerías. Despues de esta arenga, corta el frenillo de la lengua del oso, para quemarla en el pueblo, á fin de descubrir por su chisporroteo, si el espíritu del oso está ó no aplacado.

No siempre se encuentra al oso encerrado en el tronco de un pino, porque habita con mucha frecuencia en una guarida, cuya entrada cubre. Este buen ermitaño suele estar tan repleto, que apenas puede andar, sin embargo de haber vivido sin comer una parte del invierno.

Los guerreros que partieron de los diferentes puntos del círculo dirigiéndose al centro, se encuentran al fin en él, llevando, arrastrando ú ojeando su presa: algunas veces se ven llegar jóvenes salvages, que con una varita hostigan á un enorme oso que trota pesadamente sobre la nieve, y cuando ya están cansados de este juego, clavan un cuchillo en el corazon del pobre animal.

La caza del oso, lo mismo que todas las demas, acaba por un convite sagrado, en el cual se acostumbra á asar un oso entero, y servirle á los convidados, que están sentados al rededor sobre la nieve, al abrigo de los pinos, cuyas ramas se hallan tambien cubiertas de nieve. Allí se vé en la punta de un poste la cabeza de la víctima, pintada de azul y rojo, y algunos oradores le dirigen la palabra, prodigando alabanzas al muerto, al mismo tiempo que devoran sus miembros. «¡Con qué ligereza trepabas á lo alto de los árboles! ¡Con qué fuerza acometias! ¡Con qué constancia llevabas adelante tus empresas! ¡Cuánta sobriedad en tus ayunos! Guerrero de vellosa vestidura, las jóvenes osas se abrasaban de amor por tí en la primavera. Ahora ya no existes; pero tus despojos hacen aun las delicias del que los posee.»

Muchas veces, mezclados con los salvages, se ven

en estos convites algunos perros, osos y nútrias domesticados.

Durante esta caza, contraen los indios algunos compromisos, que con dificultad pueden cumplir: juran, por egemplo, no comer hasta haber llevado á su muger ó á su madre la pata del primer oso que maten; y algunas veces su muger y su madre se hallan á tres ó cuatrocientas millas del bosque donde han muerto la bestia. En estos casos se consulta al agorero, el cual, mediante un presente, arregla el negocio. Los imprudentes que hacen estos votos, quedan libres de ellos quemando en honor de la Gran-Liebre la parte del animal que habian dedicado á sus parientes.

La caza del oso concluye á fines de febrero, y en esta época empieza la del alce. Encuéntranse grandes manadas de estos animales en los semilleros de abetos.

Para cogerlos se cierra un terreno considerable en dos triángulos de desigual estension, formados de estacas altas y muy unidas. Estos dos triángulos se comunican por uno de sus ángulos, á cuya inmediacion se colocan algunos lazos. La base del triángulo mayor permanece abierta, y los guerreros se colocan en ella formando una sola fila. Desde aquel punto empiezan á avanzar dando grandes gritos y tocando una especie de tambor: los alces echan á huir por el cercado que forman las estacas, buscando en vano una salida, y cuando llegan al estrecho fatal, quedan cogidos en los lazos; los que salvan este peligro, se precipitan en el triángulo pequeño, en donde son fácilmente asaeteados.

La caza del bisonte se verifica en tiempo de verano en las savanas que rodean el Missouri ó sus afluentes. Los indios, recorriendo la llanura, hacen huir las manadas hácia el rio. Cuando rehusan huir,

se pone fuego á las yerbas, y los bisontes se encuentran estrechados entre el incendio y el rio. Algunos millares de aquellos pesados animales, bramando á la vez, atravesando las llamas ó las aguas, y cayendo heridos por una bala ó una estaca, ofrecen un espectáculo admirable.

Aun emplean los salvages otros medios de ataque contra los bisontes: unas veces se disfrazan de lobos á fin de aproximarse mas; otras atraen á las hembras imitando los mugidos del macho. Hácia el fin del otoño, cuando los rios apenas están helados, reunidas dos ó tres tribus, dirigen los ganados hácia estos rios. Un sioux, revestido con la piel de un bisonte, pasa el rio sobre el quebradizo hielo; engañados los bisontes le siguen, pero el frágil puente se rompe bajo el peso de las enormes reses, que perecen en medio de aquellas ruinas flotantes. En estas ocasiones se sirven los cazadores de la flecha: el golpe mudo de esta arma no espanta la caza, y el cazador recoge la saeta luego que tiene rendido el animal. El mosquete no tiene esta ventaja, porque en el uso del plomo y de la pólvora, hay pérdida y ruido.

Se tiene mucho cuidado de coger los bisontes á contra viento, porque estos animales ventean al hombre á gran distancia. Los machos heridos se vuelven contra el que los ha asestado el golpe, defienden á la hembra, y mueren muchas veces por ella.

Los sioux que vagan por las savanas á la orilla derecha del Mississipí, desde este rio hasta el salto de San Antonio, adiestran caballos de raza española, con los cuales persiguen á los bisontes.

Algunas veces tienen en esta caza muy singulares compañeros, cuales son los lobos. Estos se reunen á los indios á fin de aprovecharse de lo que dejan, y en la confusion, suelen llevarse los becerros que se estravian.

Muchas veces cazan tambien los lobos por sí mismos. Tres ó cuatro de ellos divierten á una vaca con sus juegos, y mientras ella observa atentamente los juegos de aquellos traidores, un lobo oculto en la yerba la coge por las tetas; el animal vuelve la cabeza para sacudirse, y entonces le asaltan al cuello los tres cómplices de aquel malvado.

En el sitio donde se verifica esta caza, se ejecuta algunos meses despues otra no menos cruel, aunque mas pacífica, cual es la de las palomas: las cogen por la noche á la luz de una antorcha sobre los árboles aislados, en donde reposan durante su emigracion del Norte al Mediodía.

La vuelta de los guerreros en la primavera, cuando la caza ha sido buena, es una gran fiesta. Buscan nuevamente sus canoas, las reparan con grasa de oso y resina de terebinto: las peleterías, las carnes curadas al humo, y los equipages, se embarcan y se abandonan á la corriente de los rios, cuyos saltos y cataratas han desaparecido con el crecimiento de las aguas.

Al acercarse á los pueblos, salta en tierra un indio, y corre á avisar á la nacion. Las mugeres, los niños, los ancianos y los guerreros que han quedado en las cabañas, corren todos al rio, y saludan á la flota con un grito que es contestado con otro igual. Entonces rompen las piraguas su fila, y se colocan costado con costado presentando la proa. Los cazadores saltan á la orilla, entran en los pueblos con el mismo órden que se observó en la partida, y cada uno de ellos canta sus propias alabanzas. «Es necesario ser todo un hombre para atacar á los osos como yo lo he hecho; es menester ser todo un hombre para traer las pieles y los víveres que yo he traido en tan grande abundancia.» Las tribus aplauden, y las mugeres siguen descargando los productos de la caza.

Se reparten en la plaza pública las pieles y las carnes; se enciende el fuego del regreso, y se echan en él los frenillos de lengua de oso: si son carnosos y chisporrotean bien, es muy buen agüero; si están secos y se queman sin ruido, es señal de que la nacion se halla amenazada de alguna gran desgracia.

Despues de la danza de la pipa, se sirve la última comida de la caza, que consiste en un oso que se ha traido vivo de la selva: le ponen á cocer todo entero, con la piel y las entrañas, en una enorme caldera. No ha de dejarse nada del animal, ni han de quebrantarse sus huesos, como acostumbran los judios, y es preciso beber hasta la última gota de agua en que ha sido hervido: para lo cual el salvage cuyo estómago rehusa el alimento, llama en su auxilio á sus compañeros. Esta comida dura ocho ó diez horas, y los concurrentes salen de ella en un estado deplorable; algunos pagan con la vida el horrible placer que la supersticion impone. Un sachem cierra la ceremonia diciendo:

«Guerreros, la Gran-Liebre ha mirado nuestras flechas: habeis mostrado la sagacidad del castor, la prudencia del oso, la fuerza del bisonte, la celeridad del alce. Retiráos, pues, y pasad la luna de fuego en la pesca y en los juegos.» Este discurso termina con el grito religioso ¡*oah*! que se repite tres veces.

Los animales que suministran la peletería á los salvages son: el tejon, la zorra gris, amarilla y roja, el pecano, el gofero, la liebre gris y blanca, el armiño, el castor, la marta, el raton de almizcle, el gato-tigre ó carcajú, la nútria, el lobo cerval, la ardilla negra, gris ó listada, el oso y el lobo de muchas especies.

Las pieles que se destinan para curtirse son las del alce, dante, oveja montés, corzo, gamo, ciervo y bisonte.

LA GUERRA.

Entre los salvages todo el mundo va armado, hombres, mugeres y niños; pero el cuerpo de los combatientes se compone en general de la quinta parte de la tribu.

La edad legal para el servicio militar empieza á los quince años. La guerra es el gran negocio de los salvages, y todo el fondo de su política: tiene algo mas de legítima que la guerra que se hace en los pueblos civilizados; porque casi siempre se declara por la existencia del pueblo que la emprende, y su objeto es el de conservar los paises de caza, ó los terrenos propios para el cultivo. Mas por lo mismo que el indio se dedica solo por vivir al arte que le dá la muerte, resultan de ello furores implacables entre las tribus. Se disputa el alimento de la familia: el ódio se hace individual, y como los ejércitos son poco numerosos, y cada enemigo conoce el nombre y el semblante de su enemigo, pelean tambien con encarnizamiento, por antipatías de carácter, y por resentimientos particulares; aquellos hijos de un mismo desierto, conservan en sus contiendas estrangeras la animosidad propia de las discordias civiles.

A esta primera y general causa de la guerra entre los salvages, se agregan otras razones de levantamientos, nacidas de cualquier motivo supersticioso,

de una disension doméstica de algun interés procedente del comercio con los europeos. Así es, que el matar algunas hembras de castores, era un motivo legítimo de guerra entre las hordas del Norte de América.

Declárase la guerra de un modo estraordinario y terrible. Cuatro guerreros pintados de negro desde los pies á la cabeza, se introducen á favor de la noche en el pueblo amenazado, y llegados á las puertas de las cabañas, echan en el fogon una macana pintada de rojo, al pie de la cual están marcados con caractéres conocidos por los sachems los motivos de las hostilidades: los primitivos romanos arrojaban una javalina en el territorio enemigo. Estos reyes de armas indianos desaparecen al momento como unas fantasmas, dando el famoso grito ó *woop* de guerra, el cual se forma apoyando una mano sobre la boca, de modo que el sonido que sale temblando, ya mas sordo, ya mas agudo, termine por una especie de rugido, de que no es posible dar una idea.

Declarada la guerra, si el enemigo es sobrado débil para sostenerla, huye; si se considera bastante fuerte, la acepta, y empiezan los preparativos y las ceremonias de costumbre.

Se enciende en la plaza pública un gran fuego, y la caldera de la guerra, colocada sobre la hoguera, es la marmita del genízaro. Cada combatiente arroja en ella algo de lo que le pertenece: se plantan tambien dos postes, de donde se cuelgan flechas, mazas y plumas, todo pintado de rojo. Dichos postes se colocan al Septentrion, al Oriente, al Mediodía ó al Occidente de la plaza pública, segun el punto geográfico de donde debe proceder la batalla.

Hecho esto, se presenta á los guerreros la *medicina* de la guerra, vomitivo violento desleido en una azumbre de agua, que debe beberse de un trago. Los jó-

venes se dispersan por las inmediaciones, aunque sin separarse mucho, y el gefe que debe mandarlos, despues de haberse frotado el cuello y el rostro con grasa de oso y carbon molido, se retira á la estufa, en donde pasa dos dias enteros sudando, ayunando y observando sus sueños. Durante estos dos dias está prohibido á las mugeres el acercarse á los guerreros; pero pueden hablar con el gefe de la espedicion, al cual visitan para obtener una parte del botin que se haga; porque los salvages nunca dudan del buen éxito de sus empresas.

Dichas mugeres llevan varios presentes, que depositan á los pies del gefe: y éste nota con granos ó conchas la pretension de cada una: una hermana reclama un prisionero que haga con ella las veces del hermano que murió peleando; una matrona pide algunas cabelleras para consolarse por la pérdida de sus parientes; una viuda requiere un cautivo por marido, ó una viuda estrangera por esclava: una madre pide un huérfano para reemplazar al hijo que ha perdido.

Transcurridos los dos dias de retiro, los jóvenes guerreros se dirigen á su vez ante el gefe de la guerra, y le declaran su designio de tomar parte en la espedicion; porque aunque el consejo haya resuelto hacer la guerra, esta determinacion no liga á nadie, pues el empeño es puramente voluntario.

Todos los guerreros se embadurnan de negro y colorado de la manera que les parece mas adecuada para aterrar al enemigo. Unos se hacen barras longitudinales ó transversales en los carrillos; estos figuras redondas ó triangulares; aquellos se pintan serpientes. El pecho descubierto y los brazos desnudos de un guerrero, ofrecen la historia de sus hazañas: algunas cifras particulares espresan el número de cabelleras que ha arrancado, los combates en que se ha

encontrado, los peligros que ha corrido. Estos geroglíficos impresos en el cutis con puntos azules, nunca pueden borrarse: son unas picaduras muy finas quemadas con la resina del pino.

Los combatientes, enteramente desnudos ó vestidos con una túnica sin mangas, adornan de plumas el único mechon de cabellos que conservan en el vértice de la cabeza. En su cinturon de cuero llevan ceñido el cuchillo para recortar el cráneo; y la maza pende tambien del mismo cinturon: en la mano derecha llevan el arco ó la carabina, y sobre el hombro izquierdo la aljaba con las flechas, ó el frasco de cuerno lleno de pólvora y de balas. Los cimbrios, los teutones y los francos procuraban de este modo hacerse formidables á los ojos de los romanos.

El gefe de la guerra sale de la estufa con un collar de porcelana rojo en la mano, y dirige á sus compañeros de armas un discurso: «El Grande-Espíritu abre mi boca. La sangre de nuestros parientes muertos en la última guerra, todavia no se ha secado; sus cuerpos no han sido cubiertos, y es menester que vayamos á defenderlos de las moscas. He resuelto, pues, marchar por la senda de la guerra; he visto osos en mis sueños; los manitús buenos me han prometido su asistencia, y los malos no me serán contrarios: iré, pues, á comerme á los enemigos, á beber su sangre, á hacer prisioneros. Si yo perezco, ó si algunos de los que quieren seguirme pierden la vida, nuestras almas serán recibidas en la region de los espíritus, y nuestros cuerpos no quedarán tendidos en el polvo ó en el lodo, porque este collar rojo pertenecerá al que cubra los muertos.»

Dichas estas palabras, el gefe arroja el collar en el suelo, y los guerreros mas célebres se precipitan para recogerle: los que todavía no han combatido, ó que solo disfrutan de una celebridad comun, no se

atreven á disputar el collar. El guerrero que le levanta queda hecho teniente general del gefe, y le reemplaza en el mando, si perece en la espedicion.

El guerrero poseedor del collar pronuncia un discurso. Traen agua caliente en una vasija: los jóvenes lavan al gefe de la guerra, quitándole el color negro de que está cubierto; en seguida le pintan los carrillos, la frente y el pecho con gredas y arcillas de diferentes colores, y le revisten con su trage mas precioso.

Mientras dura esta ovacion canta el gefe á media voz aquella famosa cancion de muerte que entona el que va á sufrir el suplicio del fuego.

«Yo soy intrépido, valiente, y no temo morir; me rio de los tormentos. ¡Cuán cobardes son los que los temen! ¡Son mugeres, menos que mugeres! ¡Ahogue la rabia á mis enemigos! ¡Pueda yo devorarlos, y beber su sangre hasta la última gota.!»

Acabada por el gefe la cancion de muerte, empieza su teniente general la cancion de guerra.

«Yo pelearé por la pátria; y arrancaré cabelleras, y beberé en el cráneo de mis enemigos, etc.»

Cada guerrero, segun su carácter, añade á esta cancion algunos pormenores mas ó menos atroces. Unos dicen: «Yo cortaré con los dientes los dedos de mis enemigos; yo les quemaré los pies, y en seguida las piernas.» Otros: «Yo dejaré que los gusanos se introduzcan en sus llagas; yo les quitaré la piel del cráneo; yo les arrancaré el corazon, y se lo meteré en la boca.»

Estas canciones infernales solo las cantaban entre ahullidos las hordas del Norte. Las tribus del Mediodía se contentaban con ahogar á sus prisioneros en el humo.

Habiendo repetido el guerrero su cancion de guerra, recita la cancion de familia, que consiste en el

elogio de los abuelos. Los jóvenes que van á la guerra por primera vez permanecen silenciosos.

Concluidas estas primeras ceremonias; pasa el gefe al consejo de los sachems, que están sentados en círculo con una pipa roja en la boca, y les pregunta si persisten en querer levantar el hacha. Empieza de nuevo la deliberacion, y casi siempre se confirma la resolucion primera. Entonces se vuelve el gefe de la guerra á la plaza pública, y anuncia á los jóvenes la decision de los ancianos, á lo que responden los jóvenes con una aclamacion.

Desatan el perro sagrado, que estaba amarrado á un poste, y le ofrecen á Areskui, dios de la guerra. Entre las naciones del Canadá, degüellan este perro, y despues de haberle hervido en una caldera, le sirven á los hombres que se hallan reunidos, sin que sea permitido á ninguna muger asistir á este banquete misterioso. Concluida la comida, declara el gefe que se pondrá en marcha tal dia al amanecer, ó al ponerse el sol.

La indolencia natural de los salvages, es reemplazada al momento por una actividad estraordinaria: la alegría y el ardor marcial de los jóvenes se comunican á la nacion; y al momento se establecen una especie de talleres para la construccion de carretones y canoas.

Los carretones empleados en el trasporte de los bagages, de los enfermos y de los heridos, se forman de dos tablas muy delgadas de pie y medio de largo y siete pulgadas de ancho, realzadas por delante. Tienen unos rebordes en donde se atan unas correas para sujetar los fardos, y los salvages tiran de este carro sin ruedas por medio de una doble banda de cuero, llamada *melump*, que se pasan sobre el pecho, y cuyos estremos están atados en la delantera del carreton.

Las canoas son de dos especies: unas mas gran-

des y otras mas pequeñas, y se construyen del modo siguiente: se unen por sus estremidades unas piezas curvas, de manera que formen una elipse de cerca de ocho pies y medio en su menor diámetro, y veinte en el mayor; y sobre estas piezas maestras se colocan unas costillas delgadas de madera de cedro rojo, reforzadas con un tegido de mimbres. Este esqueleto de la canoa se reviste con cortezas arrancadas en invierno á los olmos y á los abedules, echando agua hirviendo sobre el tronco de estos árboles, cuyas cortezas se unen con raices de abeto, que son en estremo flexibles, y tardan mucho en secarse. La costura se cubre por dentro y por fuera con un baño de una resina, cuyo secreto conservan los salvages. Concluida la canoa, y armada de sus grandes remos de arce, se parece bastante á una tejedera ó araña de agua, elegante y lisongero insecto, que marcha con rapidez sobre la superficie de los lagos y de los rios.

Cada combatiente debe llevar consigo diez libras de maiz, ó de otros granos, su estera, su manitú y su *saco de medicina*.

El dia que precede al de la partida, llamado el de la despedida, está consagrado á una ceremonia muy tierna entre las naciones de las lenguas hurona y algonquina. Los guerreros que hasta entonces han estado acampados en la plaza pública ó en una especie de campo de Marte, se dispersan por los pueblos, y van á despedirse de cabaña en cabaña, donde son recibidos con muestras del mas tierno interés: todos quieren tener alguna cosa que les haya pertenecido, y con este objeto les quitan el manto para darles otro mejor, cambian con ellos una pipa, y en todas partes se ven precisados á comer, ó apurar una copa. Cada choza ofrece por ellos un voto particular; y es indispensable que correspondan á sus huéspedes con un deseo semejante.

Cuando el guerrero se despide de su propia cabaña, se detiene primero en el umbral de la puerta. Si tiene madre, sale ésta la primera, y su hijo la besa los ojos, la boca y los pechos. Se presentan en seguida sus hermanas y les toca la frente: póstrase á sus pies su muger, la cual encomienda á los buenos génios. De todos sus hijos solo le presentan los varones, sobre los cuales estiende el hacha ó la maza. Su padre en fin, se presenta el último: el sachem, despues de haberle dado un golpe en la espalda, le dirige un discurso para exhortarle á honrar á sus abuelos. «Yo estoy detras de tí, le dice, como tú estás detras de tu hijo: si los enemigos llegan á mí, harán caldo con mi carne, insultando tu memoria.»

El dia siguiente al de la despedida, es el designado para partir. Al despuntar el alba sale de su choza el gefe de la guerra, y da el grito de muerte. Si ha oscurecido el cielo la menor nubecilla, si ha ocurrido algun sueño funesto, si se ha visto algun pájaro ú otro animal de mal agüero, se difiere el dia de la partida. El campo despertado por el grito de muerte se levanta y se arma.

Los gefes de las tribus enarbolan los estandartes, que son unos pedazos de corteza de forma redonda y pendientes de la punta de una lanza, sobre los cuales están toscamente dibujados algunos manitús, una tortuga, un oso, un castor etc. Los gefes de las tribus son una especie de mariscales de campo á las órdenes del general y de su segundo. Hay ademas algunos capitanes no reconocidos por el grueso del ejército: estos son unos partidarios, á quienes siguen los aventureros.

Procédese luego al alistamiento del ejército: cada guerrero, pasando por delante del gefe, le entrega un pedacito de madera marcado con un signo particular. Hasta la entrega de su símbolo respectivo,

pueden los guerreros retirarse de la espedicion; pero dada esta prenda, cualquiera que vuelva atrás es declarado infame.

En seguida se presenta el sumo sacerdote seguido del colegio de los agoreros ó médicos, los cuales llevan unas cestas de junco en forma de embudo, y unas bolsas de piel llenas de raices y de plantas. Los guerreros se sientan en el suelo con las piernas cruzadas, formando círculo, en medio del cual están los sacerdotes en pie.

El primer agorero llama á los combatientes por sus nombres: el guerrero llamado se levanta y entrega su manitú al agorero, que le coloca en una de las cestas, cantando al mismo tiempo estas voces algonquinas, ¡*ajouh-oyah-alluya*!

Los manitús varian infinitamente, porque representan los caprichos y los sueños de los salvages: consisten en pieles de raton henchidas de heno ó de algodon, chinas blancas, pájaros llenos de paja, dientes de cuadrúpedos ó pescados, pedazos de tela encarnada, ramos de árbol, algunas chucherias de vidrio, ó cualquier adorno europeo; en fin, todas las formas que se cree han tomado los genios buenos para mostrarse á los poseedores de estos manitús: ¡dichosos al menos, pues que se tranquilizan á tan poca costa, y se creen á cubierto de los reveses de la fortuna bajo la proteccion de cualquier bagatela! Bajo el régimen feudal se recibia acta del derecho adquirido por el don de una varita, de una paja, de una sortija, de un cuchillo, etc.

Los manitús, distribuidos en tres cestas, quedan confiados á la custodia del gefe de la guerra y de los caudillos de las tribus.

De la recoleccion de los manitús se pasa á la bendicion de las plantas medicinales y de los instrumentos de cirugía. El gran agorero los saca uno á uno de

un saco de cuero ó de piel de búfalo, los deja en el suelo, baila alrededor de ellos con los otros agoreros, se golpea las piernas, se descompone el semblante, ahulla, pronuncia voces desconocidas, y termina declarando que ha comunicado á los simples una virtud sobrenatural, y que tiene poder para volver á la vida á los guerreros difuntos. Se abre los lábios con los dientes, aplica luego unos polvos sobre la herida, cuya sangre ha chupado con destreza, y aparece súbitamente curado. Algunas veces le presentan un perro que se cree muerto; mas á la aplicacion de un instrumento se levanta el perro, y se publica á voces el milagro. ¡Y sin embargo, son unos hombres intrépidos los que así se dejan embaucar por unos prestigios tan groseros! El salvage no vé en la charlatanería de sus sacerdotes mas que la intervencion del Grande-Espíritu, y no se avergüenza de invocar en su auxilio al que ha hecho la llaga y puede curarla.

Entretanto ya han preparado las mugeres el banquete de la partida: esta última comida se compone tambien de carne de perro como la primera. Antes de llegar al manjar sagrado, se dirige el gefe á la reunion en los términos siguientes:

«Hermanos mios:

«Yo todavía no soy hombre, lo sé; y sin embargo «todos saben que he visto algunas veces al enemigo. «En la última guerra murieron muchos de nosotros, «y los huesos de nuestros compañeros no han sido «defendidos de las moscas; es, pues, indispensable «que vayamos á cubrirlos. ¿Cómo hemos podido per«manecer tanto tiempo sobre nuestras esteras? El «manitú de mi valor me manda vengar al hombre. «¡Animo, pues, ó jóvenes!»

Entona el gefe la cancion del manitú de los combates (1), cuyo estribillo repiten los jóvenes. Concluido el cántico, se retira el gefe á la cumbre de una eminencia, y se acuesta sobre una piel, teniendo en la mano una pipa roja, cuyo braserillo mira al pais enemigo. Se ejecutan las danzas y las pantomimas de la guerra, la primera de las cuales se llama el *baile de la descubierta.*

Un indio se adelanta solo y á paso lento en medio de los espectadores, y representa la partida de los guerreros: se le vé marchar, y despues acampar al declinar el dia. Descúbrese el enemigo, marcha á gatas para llegar hasta él; ataca, pelea, cae uno prisionero, muere otro, retirada precipitada ó tranquila, vuelta dolorosa ó triunfante.

El guerrero que ejecuta esta pantomima la termina con un canto en honor suyo y gloria de su familia.

«Hace veinte nieves hice yo doce prisioneros; ha-«ce diez nieves salvé al gefe. Mis antepasados eran «valientes y famosos. Mi abuelo era la sabiduría de «la tribu y el bramido de la batalla; mi padre era «fuerte como un pino. Mi bisabuela fué madre de cin-«co guerreros: mi abuela valia ella sola por un con-«sejo de sachems; y mi madre hacia una escelente «sagamita. Pero yo soy mas fuerte y mas sábio que «todos mis abuelos.» Esta era la cancion de Esparta: *Nosotros fuimos en otro tiempo jóvenes, valientes y atrevidos.*

Despues de este guerrero se levantan los otros, y cantan igualmente sus proezas; y cuanto mas elogios se prodigan, mas se felicitan: nada es tan noble ni tan bello como ellos; ellos solos reunen todas las cualidades y todas las virtudes. El que se colocaba

(1) Véanse los *Natchez.*

encima de todo el mundo, aplaude al que declara sobrepujarle en mérito. Los espartanos tenian tambien esta costumbre, y pensaban que el hombre que se dá alabanzas en público, contrae una obligacion de merecerlas.

Poco á poco dejan todos los guerreros sus puestos para tomar parte en los bailes: se ejecutan algunas marchas al son del tamboril, del pifano y del chichikué. Se aumenta el movimiento, se imitan los trabajos de un sitio, el ataque de una empalizada; los unos saltan como para salvar un foso, otros parece que se echan á nadar, otros presentan la mano á sus compañeros para ayudarles á subir al asalto. Resuenan unas mazas contra otras; el chichikué precipita la marcha; los guerreros sacan puñales, empiezan á revolverse sobre sí mismos, al principio con lentitud, luego mas aprisa, y últimamente con tanta rapidéz, que desaparecen en el círculo que describen; y al mismo tiempo resuenan en el aire horribles gritos. El puñal que aquellos hombres feroces se dirigen al pecho con una destreza que estremece, su rostro negro y abigarrado, sus trages caprichosos, sus prolongados ahullidos, todo este cuadro de una guerra salvage inspira el mayor terror.

Fatigados, jadeando, cubiertos de sudor, terminan los actores el baile, y se pasa á la prueba de los jóvenes. Los insultan, les dirigen reconvenciones ultrajantes, les cubren de ceniza caliente los cabellos, les dan latigazos, les echan tizones á la cabeza, y es preciso que sufran todos estos ultrages con la mas perfecta insensibilidad; porque el que dejase escapar el menor signo de impaciencia, seria declarado indigno de levantar el hacha.

El tercero y el último convite del perro sagrado corona estas diversas ceremonias. Solo debe durar media hora: los guerreros comen en silencio, presi-

didos por el gefe: éste deja muy pronto el banquete, y á esta señal corren todos los guerreros á los bagages, y toman las armas. Rodéanlos, sin hablar una palabra, los parientes y amigos; la madre sigue con sus miradas al hijo, ocupado en cargar los fardos sobre los carretones, y surcan sus megillas lágrimas silenciosas. Algunas familias están sentadas en el suelo, otras permanecen en pie, y todas observan atentas los preparativos de la marcha, y en todos los semblantes parece que se lee esta misma pregunta hecha interiormente por diversos cariños: «¿Si ya no le volveré á ver?»

Por último, el gefe de la guerra sale de su cabaña completamente armado. El ejército se forma en órden militar: el gran agorero se pone á la cabeza con los manitús; detrás de él marcha el gefe de la guerra, viene en pos el porta-estandarte de la primera tribu, llevando desplegada al aire su bandera, á la que siguen los hombres de dicha tribu. Las demas desfilan despues de la primera, y tiran de los carretones cargados de calderas, esteras, y sacos de maiz. Algunos guerreros; de cuatro en cuatro ó de ocho en ocho, llevan en hombros las pequeñas y grandes canoas. Las *mozas pintadas*, ó cortesanas, siguen al ejército con sus hijos. Estas tiran tambien de los carretones; mas en lugar de llevar el *metump* cruzado por el pecho, se lo aplican á la frente. El teniente general marcha solo en el flanco de la columna.

El gefe de la guerra, despues de haber andado algunos pasos, detiene á los guerreros, y les dice: «Desterremos la tristeza: el que va á morir debe estar contento. Sed dóciles á mis órdenes: el que se distinga recibirá mucho petun (1). Mi estera la lle-

(1) Nombre que se daba antiguamente al tabaco.

vará.... poderoso guerrero. Si yo y mi segundo somos puestos en la caldera, os mandará... Ea, pues, golpeaos las piernas, y ahullad por tres veces.»

Dicho esto entrega el gefe su saco de maiz y su estera al guerrero que ha designado, lo que dá á éste el derecho de mandar la tropa si el gefe ó su segundo perecen.

Vuelve á seguir la marcha, y el ejército es ordinariamente acompañado por todos los habitantes de los pueblos hasta el rio ó lago en donde deben echarse al agua las canoas. Entonces se renueva la escena de la despedida: los guerreros se desnudan, y reparten sus vestidos entre los miembros de sus familias. En este último momento es permitido que cada uno esprese en voz alta su dolor: cada combatiente está rodeado de sus parientes, que le prodigan mil caricias, le estrechan en sus brazos, y le dan los nombres mas tiernos que se conocen entre los hombres. Antes de separarse tal vez para siempre, se perdonan recíprocamente los agravios que puedan haberse hecho. Los que quedan ruegan á los manitús que abrevien el tiempo de la ausencia; los que parten conjuran al rocío que descienda sobre la choza natal, sin olvidar en sus deseos de felicidad á los animales domésticos, huéspedes del hogar paterno. Las mugeres que han permanecido en la orilla, hacen desde lejos las últimas señas de cariño á sus esposos, á sus padres y á sus hijos.

Para dirigirse al pais enemigo, no siempre se sigue el camino directo, sino que algunas veces se toma el mas largo, como mas seguro. Dirige la marcha el agorero, segun los buenos ó malos presagios: si ha observado algun buho, se detiene. La flota entra en un ancon; saltan en tierra, arman una empalizada, despues de lo cual, encendida la lumbre, se ponen las calderas al fuego. Concluida la cena; se pone

el campo bajo la custodia de los espíritus, y el gefe recomienda á los guerreros que tengan cerca de sí la maza, y que no ronquen muy fuerte. Se suspenden de las empalizadas los manitús; es decir, los ratones henchidos de algodon, las chinas blancas, los pájaros llenos de paja, los pedazos de tela roja, y el agorero empieza la oracion.

«O manitús, dice, sed vigilantes: abrid los ojos y las orejas. Si los guerreros fuesen sorprendidos, esto redundaria en deshonor vuestro. ¡Cómo! dirian los sachems: ¡los manitús de nuestra nacion se han dejado vencer por los manitús del enemigo! Ya veis si esto seria vergonzoso; nadie os daria de comer, y los guerreros tratarian de obtener otros espíritus mas poderosos que vosotros. En vuestro interés está el guardar bien el campo: porque si nos arrancasen la cabellera durante nuestro sueño, no seria á nosotros á quien podria echarse en cara, sino que toda la culpa seria vuestra.»

Despues de esta amonestacion á los manitús, todo el mundo se retira con la mas perfecta seguridad, intimamente convencido de que nadá tiene que temer.

Algunos europeos que han hecho la guerra con los salvages, admirados de tan estraña confianza, preguntaban á sus compañeros de estera si algunas veces habian sido sorprendidos en los campamentos: «Con mucha frecuencia:» respondian. «¿Pues no seria mejor en estos casos, replicaban aquellos, colocar centinelas?—Muy bueno seria eso:» respondia el salvage volviéndose del otro lado. El indio se hace una virtud de su imprevision y de su pereza, colocándose bajo la sola proteccion del cielo.

No hay hora fija para el descanso ni para el movimiento: si el agorero esclama á media noche que ha visto una araña sobre la hoja de un sauce, es indispensable partir.

Cuando pasan por un pais en que abunda la caza, se dispersa toda la tropa, y los bagages y sus conductores, quedan á disposicion de la primera partida hostil que se presenta; pero dos horas antes de ponerse el sol, todos los cazadores vuelven al campo con una precision de que solo los indios son capaces.

Si se entra en la *senda blazed* ó la *senda del comercio*, todavía es mayor la dispersion de los guerreros: dicha senda está marcada en los troncos de los árboles, señalados con un córte á la misma altura. Este es el camino que siguen las diversas naciones rojas para traficar unas con otras ó con las naciones blancas; y es de derecho público que este camino permanezca neutro; por lo cual no se molesta á ninguno de los que transitan por él.

La misma neutralidad se observa en la *senda de la sangre*; la cual está trazada por el fuego que se ha puesto á los matorrales. Ninguna cabaña se edifica sobre aquel camino consagrado al tránsito de las tribus en sus espediciones remotas. Las mismas partidas enemigas si se encuentran en aquel punto, no se atacan jamás, porque violar la *senda del comercio* ó la de *la sangre*, es una causa inmediata de guerra contra la nacion que ha cometido el sacrilegio.

Si una tropa encuentra dormida á otra con la que tiene contraidas alianzas, permanece en pie fuera de las empalizadas del campo hasta que despierten los guerreros, y cuando estos salen de su sueño, se aproxima su gefe á la tropa viagera, le presenta algunas cabelleras destinadas para estas ocasiones, y les dice: «*Aquí teneis golpe,*» lo que significa; «podeis pasar, sois hermanos nuestros; vuestro honor está á cubierto.» A lo que responden los aliados: «Aquí tenemos golpe:» y prosiguen su camino. El que tomase por enemiga á una tribu amiga, y la despertase, se es-

pondria á una reconvencion de ignorancia ó de cobardía.

Si hay necesidad de atravesar el territorio de una nacion neutral, debe pedirse permiso para ello, á fin de lo cual se nombra una diputacion, que pasa con la pipa al pueblo principal de dicha nacion. El orador manifiesta que el árbol de la paz fué plantado por los abuelos; que su sombra se estiende sobre los dos pueblos; que el hacha está enterrada al pie del árbol, y que es menester estrechar los lazos de la amistad y fumar la pipa sagrada. Si el gefe de la nacion neutra recibe la pipa y fuma, está concedido el paso, y el embajador se vuelve bailando hácia los suyos.

De este modo van aproximándose al pais á donde llevan la guerra, sin plan, sin precaucion y sin temor. Por lo regular se deben á la casualidad las primeras noticias del enemigo: un cazador viene corriendo, y declara que ha visto huellas de hombre. Al momento se manda que cese toda especie de trabajos, á fin de que no se oiga el ruido, y el gefe parte con los guerreros mas esperimentados para examinar las huellas. Los salvages que perciben los sonidos á distancias inmensas, reconocen las señales en las áridas malezas y en las peladas rocas, donde ningun otro ojo que el suyo descubriria el menor indicio. Y no solo descubren estos vestigios, sino que pueden decir qué tribu indiana los ha dejado y de qué fecha son. Si la separacion de ambos pies es considerable, son los ilineses los que han pasado por allí; si la marca del talon es profunda, y la impresion de los dedos ancha, se reconoce á los utchipueses; si el pie se ha llevado de lado, es seguro que los pontonétamises están en campaña; si la yerba está apenas ajada, si solo se hallan dobladas las hojas superiores de la planta, y no las mas bajas, se reconoce la huella fugitiva de los hurones; si los pasos están vueltos hácia

fuera, y distan treinta y seis pulgadas uno de otro, son europeos los que han dejado marcado su tránsito. Los indios caminan con la punta del pié hácia dentro, y ambos pies sobre la misma línea. Se juzga de la edad de los guerreros por la ligereza, lo corto ó lo largo de los pasos.

Cuando el musgo ó la yerba no está húmeda, las huellas son de la víspera; cuentan cuatro ó cinco dias cuando los insectos corren ya por la yerba ó el musgo pisados, y tiene ya diez ó doce dias cuando ha reaparecido la fuerza vegetal del terreno, y apuntan las nuevas hojas; de modo que algunos insectos, algunas briznas de yerba, y algunos dias borran los pasos y la gloria del hombre.

Reconocidas ya las huellas, ponen el oido en el suelo, y por un murmullo que el oido europeo no puede percibir, juzgan á qué distancia se halla el enemigo.

Vuelto el gefe al campo, hace apagar los fuegos, impone silencio, prohibe la caza, y dispone que se saquen las canoas á tierra y escondan en los matorrales. Se hace una gran comida en silencio, y se acuestan.

La noche que sigue al primer descubrimiento del enemigo, se llama la *noche de los sueños*. Todos los guerreros están obligados á soñar y á referir al otro dia lo que han soñado, para que pueda juzgarse del éxito de la empresa.

El campo ofrece entonces un espectáculo singular: algunos salvages se levantan y caminan en las tinieblas murmurando su cancion de muerte, á la cual añaden algunas palabras nuevas, como estas: «Yo me tragaré cuatro serpientes blancas, y arrancaré las alas á una águila roja.» Este es el sueño que el guerrero ha tenido y mezcla en su cancion. Sus compañeros están obligados á adivinar este sueño, y si no lo ha-

cen, queda el soñador libre del servicio. En éste las cuatro serpientes blancas pueden significar cuatro europeos que debe matar el soñador, y el águila roja, un indio á quien ha de arrancar la cabellera.

Cierto guerrero, en la *noche de los sueños*, aumentó su cancion de muerte con la historia de un perro que tenia orejas de fuego; y como no pudo obtener la aplicacion de su sueño, se volvió á su cabaña. Estas costumbres, que participan del carácter de la infancia, podrian ser favorables á la cobardía entre los europeos; pero entre los salvages del Norte de América no tenian este inconveniente; porque allí no se veia en ellas mas que un acto de aquella voluntad libre y caprichosa de que jamás se aparta el indio, quien quiera que sea el hombre al que se somete un momento por razon ó por capricho.

En la *noche de los sueños*, los jóvenes temen mucho que el agorero haya soñado mal; esto es, que haya tenido miedo; porque el agorero, con solo un mal sueño, puede hacer retroceder al ejército, aunque haya andado ya doscientas leguas. Si algun guerrero ha creido ver los espíritus de sus padres, ó se ha figurado oir su voz, obliga tambien al campo a retirarse. La independencia absoluta, y la religion sin luces, gobiernan las acciones de los salvages.

Si no ha desconcertado ningun sueño la espedicion, sigue el ejército su marcha. Las *mugeres pintadas* se quedan detrás con las canoas; y se envian delante veinte guerreros de los que han hecho el juramento de los amigos (1). El mayor órden y el mas profundo silencio reinan en el ejército; los guerreros caminan á la desfilada, de modo que el que sigue, pone el pie en donde ha quedado estampada la planta del que

(1) Véanse los *Natchez*.

le precede, con lo cual se evita la multiplicidad de las huellas, y para mayor precaucion, el guerrero que cierra la marcha va esparciendo en pos de sí polvo y hojas secas. El gefe va á la cabeza de la columna, y guiado por los vestigios que ha dejado el enemigo, recorre sus sinuosidades al través de los matorrales como el mas astuto sabueso. De cuando en cuando hacen alto, y escuchan con la mayor atencion. Si entre los europeos es la caza imágen de la guerra, entre los salvages es la guerra imágen de la caza; porque el indio, persiguiendo á los hombres, aprende á descubrir á los osos. El mas hábil general en el estado de naturaleza, es el mas fuerte y vigoroso cazador: las cualidades intelectuales, las sábias combinaciones, el uso perfeccionado del juicio, forman en el estado social los grandes capitanes.

Los corredores enviados á la descubierta traen algunas veces unas haces de cañas recien cortadas, que son los carteles de desafío: se cuentan las cañas, y su número indica el de los enemigos. Si las tribus que dirigian en otros tiempos estos desafíos eran conocidas por su franqueza militar, como la de los hurones, los haces de juncos decian exactamente la verdad; si por el contrario, eran célebres por su genio político, como la de los iroqueses, las cañas aumentaban ó disminuian la fuerza numérica de los combatientes.

Luego que se ofrece á la vista el campamento donde el enemigo ha estado el dia anterior, le examinan con el mayor cuidado, y segun la construccion de las chozas reconocen los gefes las diferentes tribus de una misma nacion y sus diversos aliados. Las chozas que sólo tienen un poste á la entrada, son de los ilineses. La adicion de una sola pértiga, su mayor ó menor inclinacion, es un indicio. Las chozas redondas son de los utueses: una choza con el techo llano y levantado, anuncia *carnes blancas*. Algunas veces su-

cede que los enemigos, antes de haber sido encontrados por la nacion que los busca, han batido á una partida aliada de dicha nacion, y para intimidar á los que vienen en su seguimiento, dejan detras un monumento de su victoria. Cierto dia se encontró un corpulento abedul despojado de su corteza, y sobre la blanca y desnuda albura habia trazado un óvalo, en donde se destacaban pintadas de negro y rojo las figuras siguientes: un oso, una hoja de abedul roida por una mariposa, diez círculos, cuatro esteras, una ave volando, una luna sobre gavillas de maiz, una canoa y tres chozas; un pie de hombre y veinte cabañas; una lechuza y un sol en el ocaso; otra lechuza, tres círculos y un hombre acostado; una maza y treinta cabezas colocadas sobre una línea recta, dos hombre en pie sobre un pequeño círculo, y en un arco tres cabezas y tres líneas.

El óvalo y los geroglíficos designaba un gefe ilinés llamado Atabú, á quien se reconocia por aquellas señales que eran las que tenia en el rostro; el oso era el manitú de aquel gefe; la hoja de abedul roida por una mariposa, representaba el símbolo nacional de los ilineses; los diez círculos espresaban el número de mil guerreros, pues cada círculo representaba ciento; las cuatro esteras proclamaban cuatro ventajas obtenidas; el pájaro volando marcaba la partida de los ilineses; la luna sobre las gavillas de maiz significaba que esta partida se habia verificado en la luna del trigo verde; la canoa y las tres chozas espresaban que los mil guerreros habian viajado tres dias por agua; el pie de hombre y las veinte cabañas denotaban veinte dias de marcha por tierra; la lechuza era el símbolo de los chicasas; el sol en el ocaso mostraba que los ilineses habian llegado al Oeste del campo de los chicasas; la lechuza, los tres círculos y el hombre acostado, significaban que trescientos chicasas

habian sido sorprendidos durante la noche; la maza y las treinta cabezas colocadas sobre una línea recta, declaraban que los ilineses habian muerto treinta chicasas. Los dos hombres en pie sobre un pequeño círculo, anunciaban que habian hecho veinte prisioneros; las tres cabezas en el arco contaban tres muertos de parte de los ilineses, y las tres líneas indicaban tres heridos.

Un gefe guerrero debe saber esplicar con rapidez y precision estos emblemas, y por los conocimientos que tiene de la fuerza y de las alianzas del enemigo, debe juzgar de la mayor ó menor exactitud histórica de estos trofeos. Si toma el partido de avanzar, á pesar de las victorias verdaderas ó supuestas del enemigo, se prepara al combate.

Despáchanse nuevos esploradores, los cuales avanzan agachándose por los matorrales, y algunas veces tienen que andar á gatas. Se suben á los árboles mas altos, y cuando descubren las chozas hostiles, se vuelven inmediatamente al campo á participar al gefe la presencia del enemigo. Si la posicion que ocupa es fuerte, se examina por medio de qué estratagema se podrá hacer que la abandone.

Uno de los mas comunes es el de imitar las voces de animales silvestres. Dispérsanse por los bosques algunos jóvenes imitando el bramido de los venados, el mugir de los búfalos y el gañir de las zorras. Los salvages están acostumbrados á esta treta; pero es tal su pasion á la caza, y tan perfecta la imitacion de la voz de los animales, que rara vez dejan de caer en este lazo. Salen de su campo, y caen en las emboscadas. En este caso se replegan, si pueden, sobre un terreno defendido por algunos obstáculos naturales, tales como una calzada en algun terreno pantanoso, ó una lengua de tierra entre dos lagos.

Cercados en este punto se les ve entonces, en vez

de tratar de abrirse paso, dedicarse tranquilamente á diferentes juegos, como si estuviesen en sus pueblos, porque dos partidas de indios solo en el último estremo se determinan á un ataque á viva fuerza, y prefieren luchar con paciencia y astucia; y como ni una ni otra tienen provisiones, ó los que bloquean un desfiladero se ven obligados á retirarse, ó los que se han encastillado en él se ven al fin precisados á abrirse paso.

La refriega es horrible; porque es propiamente un gran duelo como en los combates antiguos: el hombre ve al hombre, y en la mirada humana, animada por la cólera hay algo de contagioso, algo de terrible que se comunica. Los gritos de muerte, las canciones de guerra, los mútuos ultrages hacen resonar el campo de batalla: los guerreros se insultan como los héroes de Homero, y todos se conocen por sus nombres. «¿No te acuerdas, se dicen, del dia en que deseabas que tus pies tuviesen la celeridad del viento para poder huir de mi flecha? ¡Vieja cobarde! yo te haré traer sagamita nueva, y la ardiente casina en el nudo de la caña.—Gefe parlanchin y deslenguado, responden los otros, bien se ve que estás acostumbrado á llevar enaguas,: tu lengua es como la hoja del pobo, que siempre se está moviendo.»

Los combatientes se echan tambien en cara sus imperfecciones naturales, y se dan el nombre de cojo, bizco, chiquitin, etc.; y estas heridas hechas al amor propio, aumentan su rabia. La horrible costumbre de *escalpar* al enemigo aumenta la ferocidad del combate. Ponen el pie sobre el cuello del vencido: con la mano izquierda afianzan el mechon de cabello que los indios se dejan en el vértice de la cabeza, y con un estrecho cuchillo que tienen en la derecha, trazan un círculo en el cráneo alrededor de la cabellera: este trofeo suele arrancarse con tal destreza, que los

sesos quedan á descubierto sin que haya llegado á tocarles la punta del instrumento.

Cuando se presentan en campaña rasa dos partidas enemigas, una mas fuerte que otra, la mas débil abre unos hoyos en la tierra, se mete en ellos, y se bate allí, á la manera que en las plazas fuertes, cuya obras casi al nivel del suelo, presentan poca superficie á las balas. Los sitiadores arrojan sus flechas como unas bombas; con tanto acierto que caen precisamente sobre la cabeza de los sitiados.

A los que han muerto mas enemigos se les conceden honores militares, y se les permite adornarse con plumas de killiou. Para evitar las injusticias, las flechas de cada guerrero tiene una marca particular, por cuyo medio se conoce al sacarla del cuerpo de la víctima la mano que las ha disparado.

El arma de fuego no puede dar testimonio de la gloria de su dueño. Cuando se mata con bala, maza ó hacha se cuentan las hazañas por el número de cabelleras arrancadas.

Durante el combate es muy raro que se obedezca al gefe guerrero, que por su parte tampoco trata de otra cosa que de distinguirse personalmente. Los vencedores rara vez persiguen á los vencidos, sino que permanecen en el campo de batalla, para desnudar á los muertos, atar á los prisioneros, y celebrar el triunfo con danza y canciones. Se llora por los amigos que han perecido, cuyos cuerpos en medio de las mayores lamentaciones, se esponen sobre las ramas de los árboles: los cuerpos de los enemigos permanecen tendidos en el suelo.

Un guerrero destacado del campo, lleva á la nacion la noticia de la victoria y del regreso del ejército: se reunen los ancianos; (1) el gefe de la guerra ha-

(1) Este regreso se describe en el libro XI de los *Natchez*.

ce al consejo un relato de la espedicion, y segun él, se determina continuar la guerra ó negociar la paz.

Si se decide la paz, se conservan los prisioneros como un medio de concluirla; pero si se obstinan en la guerra, los prisioneros son entregados al suplicio. Permítaseme remitir á los lectores al episodio de *Atala* y de los *Natchez*, donde podrán enterarse de estos pormenores. Las mugeres se muestran de ordinario muy crueles en estas venganzas: ellas despedazan á los prisioneros con las uñas, los hacen trozos con los instrumentos de los trabajos domésticos, y disponen la comida de su carne. Estas carnes se comen asadas ó hervidas, y los caníbales conocen las partes mas suculentas de la víctima. Los que no devoran á sus enemigos, cuando menos se beben su sangre y se pintorrean con ella la cara y el pecho.

Pero las mugeres tienen tambien un bello privilegio, cual es el de poder salvar los prisioneros adoptándolos por hermanos ó por maridos, sobre todo si han perdido hermanos ó maridos en el combate. La adopcion confiere los derechos de la naturaleza, y no hay egemplo de que un prisionero adoptado haya hecho traicion á la familia de que ha venido á ser miembro, ni haya mostrado menos ardimiento que sus nuevos compatriotas peleando contra su antigua nacion. De aquí suelen nacer las aventuras mas patéticas: un padre se encuentra muy á menudo frente á frente de su hijo, y si el hijo derriba al padre en el suelo, le deja ir libre por la primera vez; pero le dice: «Tu me diste la vida, y yo te la devuelvo, ya estamos pagados; pero no te presentes otra vez delante de mí, porque te arrancaré la cabellera.»

Sin embargo, los prisioneros adoptados no gozan de una completa seguridad; porque si ocurre que la tribu en que sirven sufre algun reves, los asesinan,

y la muger que se ha encargado de un niño, le parte en dos pedazos de un hachazo.

Los iroqueses, tan célebres en otro tiempo por su crueldad con los prisioneros, tenian una costumbre que parecia tomada de los romanos, y que anunciaba el genio de un gran pueblo: incorporaban en su nacion á la nacion vencida sin reducirla á esclavitud, ni siquiera la obligaban á adoptar sus leyes; solo la sometian á sus costumbres.

No todas las tribus quemaban sus prisioneros: algunas se contentaban con hacerlos esclavos. Los sachems, rígidos partidarios de las antiguas costumbres, deploraban esta humanidad que era, segun ellos, una degeneracion de la antigua virtud. El cristianismo, estendiéndose entre los indios, habia contribuido á suavizar aquellos caractéres. Los misioneros obtenian la abolicion de los sacrificios humanos en nombre de un Dios sacrificado por los hombres: plantaban la cruz en el lugar del madero del suplicio, y la sangre de Jesucristo rescataba la sangre del prisionero.

RELIGION.

Cuando los europeos arribaron á América encontraron entre los salvages algunas creencias religiosas que en el dia están casi enteramente olvidadas. Los pueblos de la Florida y de la Luisiana, todos en general adoraban al sol, como los peruanos y mejicanos. Tenian sus templos, sus sacerdotes ó agoreros, y sus sacrifi-

cios; pero á este culto del Mediodía, unian el culto y las tradiciones de alguna divinidad del Norte.

Los sacrificios públicos se verificaban á la orilla de los rios, y se hacian en ocasion de la paz ó de la guerra y en los cambio de estacion. Los sacrificios particulares se verifican en las mismas chozas; se arrojaban al viento las cenizas profanas, y se encendia fuego nuevo. La ofrenda que se hacia á los buenos y á los malos genios, consistia en pieles de animales, utensilios domésticos, armas y collares, todo de poco valor.

Pero todos los indios tenian una superstición comun que por decirlo así es la única que han conservado, cual era la de los *manitús*. Cada salvage tiene su *manitú*, lo mismo que cada negro tiene su fétiche; y suele ser un pájaro, un pescado, un cuadrúpedo, un reptil, un guijarro, un pedazo de madera, un giron de tela, un objeto colorido, un adorno americano ó europeo. El cazador pone el mayor cuidado en no matar ni herir al animal que ha escogido por manitú, y cuando le sucede esta desgracia, hace todas las diligencias posibles para aplacar los manes del dios muerto; pero no queda perfectamente tranquilo hasta que ha *soñado* otro *manitú*.

Los sueños hacen un gran papel en la religion del salvage: su interpretacion es una ciencia, y sus ilusiones se miran como realidades. En los pueblos civilizados sucede comunmente lo contrario: las realidades son ilusiones.

Entre las naciones indígenas del Nuevo-Mundo, no está distintamente impreso el dogma de la inmortalidad del alma; mas todas tienen de él una idea confusa, como lo atestiguan sus usos, sus fábulas, sus ceremonias fúnebres, su piedad para con los muertos. Lejos de negar la inmortalidad del alma, los salvages la multiplican; pues parece que la con-

ceden á las almas de los brutos, desde el insecto, el reptil, el pez y el ave, hasta el mayor cuadrúpedo. En efecto, unos pueblos que ven y oyen *espíritus* por todas partes, es natural supongan que ellos mismos llevan uno consigo, y que los seres animados, compañeros de su soledad, tienen tambien sus inteligencias divinas.

Entre las naciones del Canadá existia un sistema completo de fábulas religiosas, en las cuales se observaban con admiracion algunos vestigios de las ficciones griegas y de las verdades bíblicas.

La Gran-Liebre reunió un dia sobre las aguas á toda su córte, compuesta del alce, el corzo, el oso y demas cuadrúpedos. Sacó del fondo de un gran lago un grano de arena, del cual formó la tierra, y de los cuerpos muertos de diferentes animales formó en seguida los hombres.

Otra tradicion hace de Areskui ó Agresgüe; dios de la guerra, el Ser Supremo ó Grande-Espíritu.

La Gran-Liebre fué contrariada en sus designios: el dios de las aguas, Michabú, llamado el Gran-Gato-Tigre, se opuso á la empresa de la Gran-Liebre; y como ésta tenia que combatir á Michabú, no pudo crear mas que seis hombres, uno de los cuales subió al cielo, y tuvo comercio con la hermosa Athaënsic, diosa de las venganzas. La Gran-Liebre, notando que Athaëusic estaba en cinta, la dió una patada, y la precipitó en la tierra, en donde cayó sobre la espalda de una tortuga.

Algunos agoreros pretenden que Athaënsic tuvo dos hijos, uno de los cuales mató al otro; pero generalmente se cree que solo dió a luz una hija, la cual fué madre de Tahuet-Saron y de Juskeka. Juskeka mató á Tahuet-Saron.

Athaënsic se toma algunas veces por la luna y Juskeka por el sol. Areskui, dios de la guerra, viene

tambien á ser el sol. Entre los natchez Athaënsic, diosa de la venganza, era la *Muger-Gefe* de los malos manitús, así como Juskeka era la de los buenos.

A la tercera generacion, la raza de Juskeka casi quedó estinguida enteramente; porque el Grande-Espíritu envió un diluvio. Mesú, por otro nombre Saketchak, viendo aquella inundacion, envió un cuervo para que examinase el estado de las cosas; pero el cuervo desempeñó mal su cometido: entonces Mesú envió al raton de almizcle, que le trajo un poco de limo. Mesú restableció la tierra en su primer estado; disparó algunas flechas contra los troncos de los árboles, que todavía permanecian en pie, y aquellas flechas se convirtieron en ramas. En seguida, movido de reconocimiento, se casó con una hembra del raton de almizcle, y de este matrimonio nacieron todos los hombres que pueblan hoy el mundo.

Estas fábulas tienen sus variantes: segun algunas autoridades, no fué Mesú el que hizo cesar la inundacion, sino la tortuga sobre la cual cayó Athaënsic del cielo: esta tortuga, nadando, separó las aguas con las patas, y descubrió la tierra: de modo que la madre de la nueva raza de los hombres es la venganza.

El Gran-Castor es, despues de la Gran-Liebre, el mas poderoso de los manitús: él es el que formó el lago Nipisingue: las cataratas que se hallan en el rio de los Ontaneses, que sale del Nipisingue, son los restos de las calzadas que para formar el lago habia construido el Gran-Castor, el cual está enterrado en la cumbre de un monte, al que dió su forma; y ninguna nacion pasa por el pie de su sepulcro sin fumar en honor suyo.

Michabú, dios de las aguas, nació en Méchillinakinac, sobre el estrecho que une el lago Huron con el lago Michigan. De allí se trasladó al Estrecho, puso

un dique en el salto de Santa Maria, y deteniendo las aguas del lago Alimipigon, hizo el lago Superior para coger á los castores. Michabú aprendió de la araña á teger redes, y luego enseñó el mismo arte á los hombres.

Hay algunos sitios particularmente amados de los génios. Dos jornadas mas abajo del salto de San Antonio, se ve la grande Wakon-Teebe (la caverna del Grande-Espíritu), donde hay un lago Subterráneo, cuya profundidad es desconocida; y cuando se arroja en él una piedra, la Gran-Liebre lanza un grito espantoso. En la piedra de la bóveda han grabado los espíritus algunos caractéres.

Al ocaso del lago Superior hay unas montañas formadas de piedras, que brillan como el hielo de las cataratas en invierno. Detras de estas montañas se estiende un lago mucho mayor que el Superior. Michabú tiene particular aficion á este lago y á estos montes (1); pero el Grande-Espíritu reside particularmente en el lago Superior, donde se le ve pasar á la luz de la luna. Tambien le agrada coger el fruto de un grosellero que sombrea la costa meridional del lago. Sentado muchas veces á la punta de una roca, desencadena las tempestades. Habita una isla del lago, que lleva su nombre, y allí es en donde van á disfrutar de los placeres de la caza las almas de los guerreros muertos en el campo de batalla.

En otro tiempo salia del medio del lago Sagrado una montaña de cobre, que el Grande-Espíritu arrebató y trasladó á otra parte hace mucho tiempo; pero esparció sobre aquellas riberas unas piedras del mismo metal, que tienen la singular virtud de

(1) Esta antigua tradicion de una cadena de montes y de un lago inmenso, situados al Noroeste del lago Superior, indica bastantemente los montes Roqueños y el océano Pacífico.

hacer invisibles á los que las llevan consigo: bien que el Grande-Espíritu no quiere que se toquen estas piedras. Unos algonquines tuvieron cierto dia la temeridad de llevarse una, y apenas habian vuelto á sus canoas, cuando saliendo de una selva un manitú de mas de sesenta pies de alto, empezó á perseguirles: las olas le llegaban apenas á la cintura, y obligó á los algonquines á echar en el lago el tesoro que habian arrebatado.

A las orillas del lago Huron, el Grande-Espíritu hizo cantar como un pájaro á la liebre blanca, y dió al pájaro azul la voz de un gato.

Athaënsic plantó en las islas del lago Erié la *yerba de la pulga*: si un guerrero mira esta yerba, al momento es atacado por la fiebre, y si la toca, se estiende un fuego sutil sobre su piel. Athaënsic plantó tambien á la orilla del mismo lago el cedro blanco, para destruir la raza de los hombres: el vapor de este árbol hace morir el niño en el seno de la jóven madre, como la lluvia destruye el racimo sobre la vid.

La Gran-Liebre, dió la sabiduría al buho del lago Erié. Esta ave caza los ratones durante el verano; los mutila, y los lleva vivos á su guarida, en donde cuida de engordarlos para el invierno. Esto no deja de parecerse algo á los tiranos de los pueblos.

En la catarata del Niagara habita el genio formidable de los iroqueses.

Cerca del lago Ontario, los machos de las palomas torcaces se precipitan al romper el dia en el rio Jeneso; y seguidos por la tarde de igual número de hembras, se van á buscar á la bella Endaé, que fué sacada de la morada de las almas por el canto de su esposo.

La avecilla del lago Ontario hace la guerra á la serpiente negra; y hé aquí la ocasion que dió orígen á esta guerra.

Hondiun, que era un famoso caudillo de los iroqueses constructores de cabañas, vió á la jóven Almilao, y quedó prendado de sus gracias. Bailó de cólera tres veces, porque Almilao, era hija de la nacion de los hurones, enemigos de los iroqueses. Volvióse sin embargo á su choza, diciendo: «No importa;» pero no hablaba así el alma del guerrero.

Dos soles permaneció tendido sobre la estera; mas no pudo dormir: al tercer sol cerró los ojos, y habiendo visto en sueños un oso, se preparó á morir.

Levántase, toma las armas, atraviesa las selvas, y llega á la choza de Almilao, que estaba en el pais de los enemigos. Era de noche.

Oye Almilao pasos en su cabaña, y dice: «Akuesan, siéntate sobre mi estera.» Hondiun se sienta sin hablar sobre la estera. Athaënsic y su rabia estaban en su corazon. Almilao estrecha sin conocerlo al guerrero iroqués, y busca sus lábios. Hondiun la amó como á la luna.

Akuesan el abenaquí, aliado de los hurones, llega y se aproxima durante las tinieblas de la noche. Los amantes estaban durmiendo, y Akuesan se introduce al lado de Almilao; sin distinguir á Hondiun que estaba envuelto en las pieles de la cama, y embelesa los sueños su amiga.

Despiértase Hondiun, tiende la mano, y toca la cabellera de un guerrero. El grito de guerra, hace estremecer la cabaña: acuden los sachems de los hurones. Akuesan el abenaquí ya no existia.

Hondiun, el caudillo iroqués, es atado al poste de los prisioneros: canta su cancion de muerte, llama á Almilao en medio del fuego, y convida á la jóven hurona á que le devore el corazon. Almilao lloraba y sonreia á la vez; la vida y la muerte estaban en sus lábios.

La Gran-Liebre hizo entrar el alma de Hondiun

en la serpiente negra, y la de Almilao en la avecilla del lago Ontario. La avecilla acomete á la serpiente negra, y la deja tendida de un picotazo. Akuesan fué convertido en hombre marino.

La Gran-Liebre hizo una gruta de mármol negro y verde en el pais de los abenaquises; y plantó un árbol en el lago Salado (el mar), á la entrada de la gruta. Todos los esfuerzos de las carnes blancas no pudieron jamás arrancar este árbol. Cuando agitan las tempestades el lago sin riberas, baja de la roca azul la Gran-Liebre, y viene á llorar bajo el árbol á Hondiun, Almilao y Akuesan.

De esta manera las fábulas de los salvages llevan al viagero desde el medio de los lagos del Canadá á las costas del Atlántico. Moisés, Lucrecio y Ovidio parecia que hubiesen legado á aquellos pueblos, el primero su tradicion, el seguudo su errada física, y el tercero sus metamórfosis. Habia en todo bastante religion, bastante engaño y poesía para instruirse, estraviarse y consolarse.

GOBIERNO.

LOS NATCHEZ.

Despotismo en el estado de la naturaleza.

Casi siempre se ha confundido el estado de la naturaleza con el estado salvage; y de este error ha nacido el de figurarse que los salvages no tenian go-

bierno, y que cada familia era simplemente gobernada por su gefe ó por su padre; que una cacería ó una guerra, reunia ocasionalmente á las familias en un interés comun; pero que satisfecho éste, volvian las familias á su aislamiento y á su independencia.

Estos son errores manifiestos. Entre los salvages se encuentra el tipo de todos los gobiernos conocidos en los pueblos civilizados, desde el despotismo á la república, pasando por la monarquía limitada ó absoluta, electiva ó hereditaria.

Los indios de la América septentrional conocen las monarquías y las repúblicas representativas; el federalismo era una de las formas políticas, mas comunmente adoptadas por ellos, porque la estension de sus desiertos habia hecho para la ciencia de sus gobiernos lo que el esceso de la poblacion ha producido para los nuestros.

El error en que se ha incurrido acerca de la existencia política del gobierno salvage, es tanto mas estraño, cuanto que el conocimiento que tenemos de la historia griega y romana, debiera habernos ilustrado; pues dichos imperios tuvieron en su orígen instituciones muy complicadas.

Las leyes políticas nacen entre los hombres antes que las civiles, que á primera vista parece debian preceder á aquellas; pero es un hecho que el *poder* se establece y reglamenta antes que el *derecho*; porque los hombres necesitan defenderse contra la arbitrariedad antes de fijar sus recíprocas relaciones.

Las leyes políticas nacen espontáneamente con el hombre, y se establecen sin antecedente, y por esta razon se encuentran en las hordas mas bárbaras. Las leyes civiles, por el contrario, se forman por las costumbres: lo que era una costumbre religiosa con respecto al casamiento de una jóven y un mozo, el nacimiento de un hijo, la muerte de un gefe de familia, se

transforma en ley por el curso del tiempo. La propiedad particular, desconocida de los pueblos cazadores, es otro origen de leyes civiles que falta en el estado de la naturaleza. Y de ahí es que entre los indios de la América septentrional, no existia código de delitos y penas. Los crímenes contra las cosas y las personas eran castigados por la familia y no por la ley, la venganza era la justicia: el derecho natural perseguia entre los salvages lo que el derecho público alcanza entre los hombres civilizados.

Reunamos ante todo los rasgos comunes á todos los gobiernos de los salvages, y luego entraremos en el pormenor de cada uno de ellos.

Las naciones indianas están divididas en tribus, y cada tribu tiene un gefe hereditario diferente del gefe militar, que deriva su origen de la eleccion, como sucedia sntre los antiguos germanos.

Las tribus tienen un nombre particular, como la tribu del águila, del oso, del castor, etc. Los emblemas que sirven para distinguir las tribus, son sus estandartes en la guerra, y el sello con que autorizan los tratados.

Los gefes de las tribus y de las divisiones de éstas toman sus nombres de alguna cualidad, ó de algun defecto de su entendimiento ó de su persona, de cualquier circunstancia de su vida; y así el uno se llama *el Bisonte blanco*, otro *la Pierna rota*, *la Boca lisa*, *el Dia sombrio*, *el Saetero*, *la Voz hermosa*, *el Matador de castores*, *el Corazon de fuego*, *etc.*

Lo mismo sucedia en Grecia: en Roma, Coclés tomó su nombre de los ojos que los tenian muy juntos, ó de la pérdida de uno de ellos, y Ciceron, de la berruga ó de la industria de su abuelo. La historia moderna nombra sus reyes y sus guerreros, *el Calvo*, *el Tartamudo*, *el Rojo*, *el Cojo*, *Martel*, *ó martillo*, *Capeto*, *ó cabeza gorda*, *etc.*

Los consejos de las naciones indianas se componen de los gefes de las tribus, de los caudillos militares, de las matronas, de los oradores, de los profetas ó agoreros, y de los médicos; pero estos consejos varian segun la constitucion de los pueblos.

El espectáculo de un consejo de salvages es muy pintoresco. Cuando se ha terminado la ceremonia de la pipa, toma la palabra un orador. Los miembros del consejo están sentados ó tendidos en el suelo en diversas actitudes: unos enteramente desnudos, solo están envueltos con una piel de búfalo; otros pintados de pies á cabeza, semejan á unas estátuas egipcias; otros á estos adornos salvages, á las plumas y picos de pàjaros, á las garras de oso, á los cuernos de búfalo, á los huesos de castor y dientes de pescado, agregan adornos europeos. Los rostros están abigarrados de varios colores ó pintorreados de blanco ó de negro. Escuchan con la mayor atencion al orador, y cada pausa del discurso es acogida con el grito de aprobacion, ¡*oah*! ¡*oah*!

Unas naciones tan sencillas parece que no debieran tener nada que debatir en política; y sin embargo es un hecho que ningun pueblo civilizado trata de mas cosas á la vez. Hora se ha de enviar una embajada á una tribu para felicitarla de sus victorias, ya se trata de un pacto de alianza que se ha de concluir ó renovar, una esplicacion que ha de pedirse por la violacion de un territorio, una diputacion que ha de partir á llorar la muerte de un gefe, un voto que se ha de dar en una dieta, una mediacion que ha de ofrecerse ó aceptarse para hacer deponer las armas á dos pueblos, una balanza que ha de mantenerse para que tal nacion no se haga sobrado fuerte y amenace la libertad de las demás. Todos estos negocios se discuten con órden, deduciéndose con claridad las razones en pro y en contra. Se han conocido sachems

que poseian á fondo todas estas materias, y que hablaban con una profundidad de prevision y de juicio, de que pocos hombres de estado serian capaces en Europa.

Las deliberaciones del consejo se marcan en unos collares de diversos colores, archivos del estado, que contienen los tratados de guerra, de paz y de alianza, con todas sus cláusulas y condiciones. En otros collares se conservan las arengas pronunciadas en los diversos consejos; y ya he mencionado en otra parte la memoria artificial de que usaban los iroqueses para retener un largo discurso. El trabajo se dividia entre algunos guerreros, que por medio de unos huesecillos aprendian de memoria, ó mas bien escribian en ella, la parte del discurso que estaban encargados de reproducir (1).

Los decretos de los sachems se graban algunas veces sobre los árboles en signos enigmáticos. El tiempo, que roe nuestras antiguas crónicas, destruye igualmente las de los salvages; pero de otro modo, pues estiende una nueva corteza sobre el papiro que conserva la historia del indio. Al cabo de pocos años el indio y su historia han desaparecido á la sombra del mismo árbol.

Pasemos ahora á la historia de las instituciones particulares de los gobiernos indios, dando principio por el despotismo.

Debe observarse ante todo que donde quiera que se halla establecido el despotismo, existe una especie de civilizacion *fisica*, tal como la que se encuentra en la mayor parte de los pueblos del Asia, y como existia

(1) Puede verse en *los Natchez* la descripcion de un consejo de los salvages celebrado sobre la roca del Lago, cuyos pormenores son rigurosamente históricos.

en el Méjico y el Perú. El hombre que no puede ya intervenir en los negocios públicos, y que entrega su vida á un dueño como un bruto ó un niño, puede dedicar todo el tiempo á procurarse la felicidad material. En el sistema de la esclavitud que somete á este hombre otros brazos que los suyos, estas máquinas aran su campo, hermosean su habitacion, fabrican sus vestidos y preparan su comida. Mas esta civilizacion del despotismo, cuando llega á cierto grado, permanece estacionaria: porque el tirano superior que consiente en tolerar algunas tiranías particulares se reserva siempre el derecho de vida y muerte sobre sus vasallos, y estos procuran contenerse en una medianía que no escite la codicia ni los celos del poder.

Bajo el imperio, pues; del despotismo, empieza el lujo y la administracion; mas es en una escala que no permite que la industria se desarrolle, ni que el genio del hombre llegue á la libertad por las luces.

Fernando de Soto encontró algunos pueblos de esta naturaleza en las Floridas, y fué á morir á la orilla del Mississipí. Sobre este gran rio se estendia la dominacion de los natchez, los cuales eran originarios de Méjico, y no dejaron este pais hasta que cayó el trono de Motezuma. La época de la emigracion de los natchez coincide con la de los chicaseses, lanzados igualmente de su suelo natal por la invasion de los españoles.

Gobernaba á los natchez un gefe á quien llamaban *el Sol*, que pretendia descenderdel astro del dia. La sucesion del trono se verificaba por la línea femenina, de manera que no era el mismo hijo del Sol el que le sucedia, sino el hijo de su hermana, ó de su mas próxima parienta. Esta, que se llamaba *Muger-Ge-fe*, tenia como el Sol una guardia de jóvenes, llamados *alueces*.

Los dignatarios inferiores al Sol eran los dos gefes de la guerra, los dos sacerdotes, los dos oficiales que entendian en los tratados, el inspector de las obras y graneros públicos, hombre poderoso, á quien llamaban el *Gefe de la harina*: y los cuatro maestros de ceremonias.

Las cosechas, que se hacian en comun, y estaban bajo la custodia del Sol, fueron en su orígen la causa principal del establecimiento de la tiranía; porque siendo el monarca el único depositario de la riqueza pública, se aprovechó de ella para hacerse partidarios: dió á los unos á costa de los otros, é inventó esa gerarquía de empleos, que por la complicidad en la opresion, interesa á una porcion de hombres en el sostenimiento del poder. El Sol se rodeó de satélites prontos á ejecutar sus órdenes, y al cabo de algunas generaciones, se formaron clases en el estado: los que descendian de los generales ú oficiales de los alueces se consideraron nobles; se les creyó, y entonces se inventaron una multitud de leyes: cada individuo se vió obligado á entregar al Sol una parte de su caza ó de su pesca; si aquel mandaba cualquier trabajo, todos estaban obligados á ejecutarle sin recibir por ello ningun salario. Al imponer esta servidumbre, se apoderó el Sol del derecho de juzgar. «Que me liberten de ese perro,» decia, y sus guardias obedecian; el despotismo del Sol produjo el de la Muger-Gefe, y luego el de los nobles, porque cuando una nacion cae en la esclavitud, se forma una cadena de tiranos, desde la primera clase hasta la última. El arbitrario poder de la Muger-Gefe tomó el carácter propio del sexo de esta soberana, é influyó notablemente en las costumbres. La Muger-Gefe se creyó autorizada para tener cuantos maridos y amantes quisiera, y en seguida hacia dar garrote á los objetos de sus caprichos; y no tardó en establecerse como principio, que el jó-

ven Sol en su advenimiento al trono podia hacer dar garrote á su padre, si éste no era noble.

Esta corrupcion de la madre del heredero del trono, se estendió á las otras mugeres. Los nobles podian abusar de las vírgenes, y aun de las jóvenes esposas en toda la nacion. El Sol habia llegado al estremo de prescribir una prostitucion general de las mugeres á la manera que se practicaba en ciertas iniciaciones babilónicas.

Para colmo de tantos males, solo faltaba la supersticion, y tambien esta oprimió con todo su peso á los natchez. Los sacerdotes estudiaron el modo de dar fuerza á la tiranía degradando la razon del pueblo, y fue un honor insigne, una accion meritoria para el cielo el matarse sobre el sepulcro de un noble: habia gefes cuyos funerales llevaban consigo la muerte de mas de cien víctimas. Aquellos opresores parecia que no abandonaban el poder absoluto en la vida, sino para heredar la tiranía de la muerte porque el pueblo estaba tan amoldado á la esclavitud, que hasta á un cadáver obedecia. Mas aun: algunas veces se solicitaba con diez años de anticipacion el honor de acompañar al Sol al pais de las almas. El cielo permitia una justicia; aquellos mismos alueces que habian fundado la tiranía, recogian el fruto de sus obras, pues la opinion les obligaba á herirse con su puñal en las exequias de su señor, de manera que el suicidio venia á ser el digno ornamento de la pompa fúnebre del despotismo, Mas ¿de qué servia al soberano de los natchez el llevarse su guardia consigo mas allá de la vida? ¿por ventura podria aquella defenderle contra el eterno vengador de los oprimidos?

Habiendo muerto una Muger-Gefe, su marido, que no era noble, fué ahogado, y la hija mayor que sucedia á aquella en dignidad, dispuso se diese garrote á doce niños: estos doce cuerpos fueron colocados

alrededor de los de la antigua Muger-Gefe y de su marido; y los catorce cadáveres se espusieron al público sobre una camilla pomposamente adornada.

Catorce alueces tomaron en hombros el lecho fúnebre, y se puso en marcha la comitiva: ante todo iban á paso lento de dos en dos los padres y madres de los niños muertos, cuyos cadáveres llevaban en sus brazos. Seguian el lecho fúnebre catorce víctimas que se habian consagrado á la muerte, las cuales llevaban en las manos el cordon fatal que ellas mismas habian tegido. Rodeábanles sus mas próximos parientes y cerraba el cortejo la familia de la Muger-Gefe.

De diez en diez pasos los padres y las madres que precedian aquella teoría, dejaban caer en el suelo los cuerpos de sus hijos, sobre los cuales caminaban los que llevaban la litera; de suerte que cuando llegaron al templo, las carnes de aquellas tiernas hostias caian á pedazos.

La comitiva se detuvo en el lugar de la sepultura: allí desnudaron á las catorce personas que habian querido sacrificarse en obsequio de la difunta, sentadas en el suelo, sobre las rodillas de cada una se sentó uno de los alueces, y otro le sujetó las manos por detras; les hicieron tragar tres pedazos de tabaco y un poco de agua, despues de lo cual les echaron el lazo al cuello, y los parientes de la Muger-Gefe tiraron, cantando, de los dos estremos.

Apenas puede comprenderse que un pueblo que no conocia la propiedad individual, y que ignoraba la mayor parte de las necesidades de la sociedad, llegase á caer bajo semejante yugo. Por una parte unos hombres desnudos, la libertad de la naturaleza; por la otra unas exacciones sin egemplo, un despotismo que escede á lo que se ha visto de mas formidable en medio de los pueblos civilizados; la inocen-

cia y las virtudes primitivas del estado político en su cuna, la corrupcion y los crímenes de un gobierno decrépito: ¡que monstruoso maridage!

Una revolucion sencilla, natural, casi sin esfuerzo libertó en parte á los natchez de sus cadenas. Agobiados bajo el yugo de los nobles y del Sol, se contentaron con retirarse á los bosques, y la soledad los hizo libres. El Sol permanecio en el *gran pueblo*; pero no teniendo ya nada que dar á los guardias pues que no se cultivaba ya el campo comun, fué abandonado por estos mercenarios. Este Sol tuvo por sucesor á un príncipe razonable, el cual no restableció los guardias, abolió los usos tiránicos, llamó de nuevo á sus vasallos, y les hizo amar su gobierno. Un consejo de ancianos, formado por él, destruyó el principio de la tiranía, estableciendo sobre nuevas bases la propiedad comun.

Las naciones salvages, bajo el imperio de las ideas primitivas, tienen una aversion invencible á la propiedad particular, que es el fundamento del órden social. De aquí, entre algunos indios, aquella propiedad comun, aquel campo público de las sementeras, aquellas cosechas depositadas en unos graneros, de donde toma cada uno lo que necesita; pero de aquí tambien el poder de los gefes que tienen á su cargo estos tesoros, y que acaban por distribuirlos en beneficio de su ambicion.

Los natchez regenerados encontraron un medio de ponerse al abrigo de la propiedad particular, sin caer en el inconveniente de la propiedad comun. El campo público fue dividido en tantos lotes como familias habia; y cada familia se llevaba á su casa la cosecha que producia uno de estos lotes. Por este medio se destruyó el granero público, al mismo tiempo que se conservó al campo comun; y como cada familia no recogia precisamente el producto del cuadro que ha-

bia cultivado y sembrado, no podia decir que tenia un derecho particular al goce de lo que habia recibido. No era ya la comunion de la tierra, sino la del trabajo la que constituia la propiedad comun.

Los natchez sin embargo conservaron el esterior y las formas de sus antiguas instituciones: no dejaron de tener una monarquía absoluta, un Sol, una Muger-Gefe, y diferentes órdenes ó clases de hombres, mas todo esto no eran ya mas que recuerdos de lo pasado, recuerdos útiles á los pueblos, entre los cuales nunca conviene destruir la autoridad de los abuelos. Siguieron manteniendo el fuego perpetuo en el templo, y ni siquiera tocaron las cenizas de los antiguos gefes depositados en aquel edificio; porque es un crímen violar el asilo de las muertos: y ademas el polvo de los tiranos da tan grandes lecciones como el de los demas hombres.

LOS MUSCOGULGOS.

Monarquia limitada en el estado de la naturaleza.

Al Oriente del pais de los natchez, oprimidos por el despotismo, los muscogulgos presentaban en la escala de los gobiernos de los salvages la monarquía constitucional ó limitada.

Los muscogulgos y los siminoles forman en la antigua Florida la confederacion de los creeks, y tienen un gefe llamado Mico, rey ó magistrado.

Reconocido el Mico por el primer hombre de la

nacion, recibe toda suerte de muestras de respeto. Cuando preside el consejo, se le tributan unos honores casi degradantes; cuando se halla ausente, su silla está vacía.

El Mico convoca el consejo para deliberar sobre la paz ó la guerra, y á él se dirigen los embajadores y los estrangeros que llegan á la nacion.

La monarquía del Mico es electiva é inamovible. Le nombran los ancianos, y le confirma el cuerpo de los guerreros; mas para aspirar á la dignidad de Mico, es indispensable haber derramado su sangre en los combates, ó haberse distinguido por su talento, su genio y su elocuencia. Este soberano, que solo debe el poder á su mérito, se eleva sobre la confederacion de los creeks, como se eleva el sol para animar y fecundar la tierra.

El Mico no lleva ningun distintivo de su dignidad: fuera del consejo es un simple isachem que se confunde con la multitud: habla, fuma y bebe con todos los guerreros: de manera que un estrangero no podria reconocerle. En el consejo mismo, donde recibe tantos honores, no tiene mas que su voto, y toda su influencia se funda en su saber: su consejo es generalmente seguido, porque su consejo es casi siempre el mejor.

La veneracion con que miran al Mico los muscogulgos es estremada. Si un joven trata de hacer una cosa poco decente, su compañero le dice: «Guarda, que te mira el Mico:» y el jóven se contiene: este es el despotismo invisible de la virtud.

El Mico sin embargo goza de una prerogativa peligrosa: entre los muscogulgos las cosechas se hacen en comun; y cada familia, despues de haber recibido su lote, está obligada á llevar una parte á un granero público, de donde el Mico estrae lo que quiere. El abuso de un privilegio semejante produjo, segun he-

mos visto, la tiranía de los Soles entre los natchez.

Despues del Mico, la mayor autoridad del estado reside en el consejo de los ancianos, el cual decide de la paz y de la guerra, y ejecuta las órdenes del Mico: institucion política singular. En las monarquías de los pueblos civilizados, el rey es el poder ejecutivo, y el consejo ó la asamblea nacional el poder legislativo; aquí sucede lo contrario: el monarca hace las leyes, y el consejo las ejecuta. Estos salvages tal vez han discurrido que era menos peligroso investir con el poder ejecutivo á un consejo de ancianos, que depositar este poder en manos de un hombre solo. Por otra parte, habiendo demostrado la esperiencia que un hombre solo de edad madura es mas á propósito que un cuerpo deliberante para elaborar las leyes, los muscogulgos han colocado en el rey el poder legislativo.

Mas el consejo de los muscogulgos tiene un vicio capital: se halla bajo la inmediata direccion del gran agorero, el cual le gobierna por el temor de los sortilegios y por la adivinacion de los sueños. Los sacerdotes forman en aquella nacion un colegio formidable, que amenaza invadir todos los poderes.

El gefe de la guerra, independiente del Mico, egerce un poder absoluto sobre la juventud armada. Pero sin embargo, si la nacion se halla en algun peligro inminente, el Mico es por un tiempo limitado general en el esterior, como magistrado en el interior.

Tal es, ó mas bien, tal era el gobierno muscogulgo considerado en sí mismo y aislado; pero aun debe examinarse bajo otros aspectos como gobierno federativo.

Los muscogulgos, nacion altiva y ambiciosa, vinieron del Oeste, y se apoderaron de la Florida despues de haber estirpado á los yamases, sus primeros

habitantes (1). Poco despues los siminoles que llegaron del Este, se aliaron con los muscogulgos, y como estos eran los mas fuertes, obligaron á aquellos á entrar en una confederacion, en virtud de la cual los siminoles envian diputados á la gran poblacion de los muscogulgos; de modo que en parte se hallan gobernados por el Mico de estos últimos.

Las dos naciones reunidas fueron llamadas por los europeos la nacion de los creeks, y divididos en creeks superiores los muscogulgos, y creeks inferiores los siminoles. No satisfecha la ambicion de los muscogulgos, llevaron la guerra al pais de los cheroqueses y chicasas, y los obligaron á entrar en la alianza comun; confederacion tan célebre en el Mediodia de la América septentrional, como la de los iroqueses en el Norte. ¿No es cosa singular el ver á unos salvages procurando la reunion de los indios en una república federativa, en el mismo lugar en donde los europeos habian de establecer en adelante esa misma clase de gobierno?

Los muscogulgos, en algunos tratados que hicieron con los blancos, estipularon que estos no venderian aguardiente á las naciones aliadas. En los lugares de los creeks solo se toleraba un mercader europeo, el cual estaba bajo la salvaguardia pública. Jamás se violaban con respecto á él las leyes de la mas exacta probidad, y podia transitar por donde queria, tan seguro de su fortuna como de su vida.

(1) Estas tradiciones de las emigraciones indianas son obscuras y contradictorias. Algunos autores instruidos consideran á las tribus de las Floridas como restos de la gran nacion de los allighewis, que habitaban los valles del Mississipi y del Ohio, de donde los arrojaron por los siglos XII y XIII los lennilénaps (los iroqueses y los salvages delawares), horda nómada y belicosa venida del Norte y del Oeste; es decir, de las costas vecinas al estrecho de Behring.

Los muscogulgos son inclinados á la ociosidad y á las fiestas; cultivan la tierra, tienen ganados y caballos de raza española, y tambien esclavos. El siervo trabaja en los campos, cultiva en el jardin las frutas y las flores, cuida de la limpieza de la cabaña, y prepara la comida. En cambio es alojado, vestido y alimentado como sus amos. Si se casa, sus hijos son libres, y entran por el nacimiento en el goce del derecho natural. La desgracia del padre y la madre, no pasa á su posteridad, porque los muscogulgos no quisieron que la servidumbre fuese hereditaria: ¡bella leccion que han dado los salvages á los hombres civilizados!

Tal es sin embargo la esclavitud, que por muy suave que sea, degrada las virtudes. El muscogulgo, atrevido, bullicioso, impetuoso, sin poder sufrir la menor contradiccion, es servido por el yamase, tímido, silencioso, paciente, abyecto. Este yamase, antiguo señor de la Florida, es sin embargo de raza indiana, y combatió como héroe para salvar su pais de la invasion de los muscogulgos; pero tuvo contraria la fortuna. ¿Quién ha puesto tan grande diferencia entre el yamase de otro tiempo y el de hoy, entre este yamase vencido y este muscogulgo vencedor? dos palabras: libertad y servidumbre.

Los lugares muscogulgos están edificados de un modo particular: cada familia tiene casi siempre cuatro casas ó cabañas iguales, las cuales dan frente unas á otras, y forman entre sí un patio cuadrado de cerca de mil pies: se entra en este patio por cuatro ángulos. Las cabañas construidas de tablas, tienen por dentro y por fuera una mano de mortero rojo, parecido á la tierra de los ladrillos. El techo de estos edificios lo forman unas cortezas de ciprés colocadas como las conchas de una tortuga.

En el centro, y punto mas elevado del lugar

principal, hay una plaza pública rodeada de cuatro largas galerías. Una de estas es la sala del consejo, que celebra sus sesiones todos los dias para el despacho de los negocios. Esta sala se divide en dos por medio de un tabique longitudinal, con lo cual el departamento interior queda privado de luz, y solo puede entrarse en él por una abertura muy baja practicada al pie del tabique. En este santuario están depositados los tesoros de la religion y de la política: los rosarios de cuerno de ciervo, la copa de la medicina, los chichikués, la pipa de la paz, y el estandarte nacional, formado de una cola de águila. Solo el Mico, el gefe de la guerra y el gran sacerdote pueden penetrar en este recinto formidable.

La cámara esterior de la sala del consejo está dividida en tres partes por tres pequeños tabiques á la altura de la mano. En estos tres balcones se elevan tres órdenes de gradas apoyadas contra las paredes del santuario, y sobre estos bancos cubiertos de esteras, es donde se sientan los sachems y los guerreros.

Las otras tres galerías, que con la del consejo forman el recinto de la plaza pública, están igualmente divididas cada una en tres partes, pero no tienen tabique longitudinal. Estas galerías se llaman *galerías del banquete*, y en ellas se encuentra contínuamente una multitud bulliciosa, que se entretiene en diversos juegos.

Los muros, los tabiques y las columnas de madera de estas galerías están cubiertos de adornos geroglíficos que encierran los secretos sacerdotales y políticos de la nacion. Estas pinturas representan hombres en diversas actitudes, pájaros y cuadrúpedos con cabezas de hombres, y hombres con cabezas de animales. El dibujo de estos monumentos es animado y natural; el color vivo, pero aplicado sin conocimiento. El órden de la arquitectura de las columnas varía

en los pueblos segun la tribu que los habita: en Otases las columnas están truncadas en forma de espiral, porque los muscogulgos de Otases son de la tribu de la serpiente.

Hay en esta nacion una ciudad de paz y otra de sangre. La ciudad de paz es la capital de toda la confederacion de los creeks, y se llama *Apalachucla*. En esta ciudad jamás se derrama sangre; y cuando se trata de una paz general, concurren á ella los diputados de los creeks.

La ciudad de sangre se llama *Coveta*; está situada á doce millas de *Apalachucla*, y en ella es en donde se delibera sobre la guerra.

En la confederacion de los creeks son notables los salvages que habitan el hermoso pueblo de *Uche*, compuesto de dos mil habitantes, que pueden poner sobre las armas quinientos guerreros. Estos salvages hablan la lengua *savanna* ó *savantica*, idioma que difiere radicalmente del muscogulgo. Los aliados del pueblo de Uche son ordinariamente en el consejo de diferente parecer que los otros, que los miran con cierta emulacion: pero en una y otra parte hay bastante prudencia para no llegar á un rompimiento.

Los siminoles, ¡menos numerosos que los muscogulgos, solo tienen nueve pueblos, situados todos sobre el rio Flint, y no puede darse por aquel pais un solo paso sin descubrir savanas, lagos, fuentes y arroyos de agua riquísima. El siminol respira alegría, contento y amor; su andar es ágil, y su continente franco y sereno: sus ademanes descubren la actividad de su vida; habla mucho y con volubilidad; su lenguage es armonioso y fácil. Este carácter amable y ligero es tan pronunciado en este pueblo, que con dificultad pueden tomar sus individuos un continente grave en las asambleas políticas de la confederacion.

Los siminoles y los muscogulgos son de estatura

muy elevada, y por un contraste estraordinario la talla de sus mugeres es la mas pequeña que se conoce en América: muy raras son las que llegan á los cuatro pies y dos ó tres pulgadas; y sus pies y manos parecen los de una europea de nueve ó diez años. Pero la naturaleza las ha indemnizado de está especie de injusticia; pues su talle es elegante y esbelto; los ojos negros, muy rasgados y llenos de modesta languidez. Bajan los párpados con una especie de voluptuoso pudor; y si no se las viese cuando hablan, creeria uno oir á unos niños que solo pronuncian voces medio formadas.

Las mugeres creeks trabajan menos que las otras indianas; pues solo se ocupan en bordados, tintes y otras labores propias del sexo. Los esclavos las evitan el cuidado de cultivar la tierra; pero ellas, sin embargo, lo mismo que los guerreros, ayudan á recoger la cosecha.

Los muscogulgos son muy celebrados por la poesía y la música. La tercera noche de la fiesta del maiz nuevo, se reunen en la galería del consejo, y se disputan el premio del canto. Este premio, que consiste en una rama de encina verde, se concede á pluralidad de votos por el Mico: los helenos solicitaban con empeño una rama de olivo. Las mugeres concurren y obtienen muchas veces la corona: he aquí una de sus odas, que ha adquirido gran celebridad:

Cancion de la carne blanca.

«Vino de Virginia la carne blanca: era rica y tenia telas azules, pólvora y veneno francés (1). La carne blanca vió á Tibeïma la Ikuesen (2).

(1) Aguardiente.
(2) Cortesana.

«Yo te amo, dijo la carne blanca á la moza pintada: cuando me acerco á tí, siento derretírseme la médula de los huesos; mis ojos se conturban y me siento morir.

«La moza pintada, que queria las riquezas de la carne blanca, le respondió: Déjame grabar mi nombre en tus labios; estrecha tu seno contra mi seno.

«Tibeïma y la carne blanca edificaron una cabaña. La Ikuesen disipó las grandes riquezas del estrangero, y fué infiel. La carne blanca lo supo; pero no pudo dejar de amar, y mendigaba de puerta en puerta granos de maiz para alimentar á Tibeïma: cuando la carne blanca recogia un poco de fuego líquido (1), se lo bebia para olvidar su dolor.

«Enamorado siempre de Tibeïma, y siempre engañado por ella, el hombre blanco perdió el espíritu, y se puso á correr por los bosques. El padre de la moza pintada, que era un ilustre sachem, la reprendió; pero el corazon de una muger que ha dejado de amar, es mas duro que el fruto de la papaya.

«La carne blanca regresó á su cabaña. Iba desnuda, y tenia una barba larga y erizada: ojos hundidos y labios pálidos: sentóse sobre una estera, y pidió hospitalidad en su propia cabaña. El hombre blanco tenia hambre, y como habia perdido la razon, se creia niño, y tomaba á Tibeïma por su madre.

«Tibeïma, á quien habia proporcionado nuevas riquezas otro guerrero en la antigua cabaña de la carne blanca, miró con horror al que habia amado, y le echó á la calle. La carne blanca se sentó á la puerta sobre un monton de hojas y murió: Tibeïma murió tambien. Cuando el siminol pregunta cuyas son las ruinas de aquella cabaña, cubierta ahora de malezas nadie le contesta.»

(1) Aguardiente.

Los españoles colocaron una fuente de Juvencio en los bellos desiertos de la Florida. ¿Por qué, pues, no habia yo de estar autorizado para elegir aquellos mismos desiertos para pais de algunas otras ilusiones?

Pronto veremos en lo que vinieron á parar los creeks, y que suerte amenaza á aquel pueblo, que caminaba con tanta celeridad á la civilizacion.

LOS HURONES Y LOS IROQUESES.

República en el estado de la naturaleza.

Así como los natchez ofrecen el tipo del despotismo en el estado de la naturaleza, y los creeks el primer rudimento de la monarquía limitada; los hurones y los iroqueses presentaban en el mismo estado de la naturaleza la forma de gobierno republicano. Tenian, como los creeks, ademas de la constitucion nacional propiamente dicha, una asamblea general representativa y un pacto federativo.

El gobierno de los hurones diferia un poco del de los iroqueses. Despues del consejo de las tribus, habia un gefe hereditario, cuya sucesion se continuaba por las mugeres, lo mismo que entre los natchez; y cuando llegaba á estinguirse la línea de este gefe, la matrona mas noble de la tribu elegia uno nuevo. La influencia de las mugeres debia ser muy considerable en una nacion en que tantos derechos las daban la política y la naturaleza; y á esta influencia atribuyen

los historiadores una parte de las buenas y malas cualidades del huron.

En las naciones de Asia, las mugeres son esclavas, y no tienen intervencion alguna en el gobierno; pero encargadas de las atenciones domésticas, se libertan en general de los mas rudos trabajos de la tierra.

En las naciones de orígen germánico las mugeres eran libres; pero permanecian separadas de los actos de la política, escepto aquellos en que se trataba de la honra y del valor.

Entre las tribus del Norte de la América, las mugeres tomaban parte en los negocios del estado; pero se ocupaban en aquellos trabajos penosos que en la Europa civilizada están destinados á los hombres. Esclavas y bestias de carga en los campos y en la caza, eran libres y reinas en las reuniones de la familia y en los consejos de la nacion. Es menester subir hasta los galos, para encontrar en otra parte algo que se parezca á esta condicion de las mugeres en un pueblo.

Los iroqueses, ó las cinco naciones (1), llamados en lengua algonquina los *aganonsioni*, eran una colonia de los hurones, de los cuales se separaron en una época desconocida, en que abandonaron las orillas del rio Huron, y se fijaron en la costa Meridional del rio Hochelaga (el San Lorenzo), no lejos del lago Champlain. Mas adelante subieron hasta el lago Ontario, y ocuparon el pais situado entre el lago Erié y las fuentes del rio de Albany.

Los iroqueses ofrecen un grande egemplo del cambio que la opresion y la independencia pueden obrar en el carácter de los hombres. Despues de haberse separado de los hurones, se dedicaron á cultivar

(1) Seis, segun la division inglesa.

los campos, y se hicieron una nacion agrícola y pacífica, de donde tomaron el nombre de *aganonsioni*.

Sus vecinos los *adiroudacos*, de que hemos hecho los *algonquines*, pueblo guerrero y cazador, que estendia su dominacion sobre un pais inmenso, despreciaron á los emigrantes hurones, cuyas cosechas compraban. Ocurrió que los algonquines convidaron á una caceria á algunos jóvenes iroqueses; pero estos se distinguieron de tal manera, que los envidiosos algonquines los asesinaron.

Corrieron los iroqueses á las armas por la primera vez, y batidos al principio, resolvieron perecer hasta el último de ellos, ó ser libres. Un genio guerrero, de que no se habian apercibido, se desarrolló al momento en ellos. Derrotaron á su vez á los algonquines, y estos se aliaron con los hurones, de quienes traian su orígen los iroqueses. En el momento en que andaban mas encarnizadas estas querellas, fué cuando arribaron al Canadá, primero Jacobo Cartier, y luego Champlain. Los algonquines se reunieron á los estrangeros, y los iroqueses tuvieron que luchar contra los franceses, los algonquines y los hurones.

A poco tiempo llegaron los holandeses á Manhata (Nueva-York). Los iroqueses buscaron la amistad de aquellos nuevos europeos, adquirieron armas de fuego, que en poco tiempo supieron manejar con mas destreza que los mismos blancos; y no hay entre los pueblos civilizados egemplo de una guerra tan larga é implacable como la que por espacio de mas de tres siglos hicieron los iroqueses á los algonquines y los hurones. Los algonquines fueron esterminados, y los hurones quedaron reducidos á una tribu refugiada bajo la proteccion del cañon de Quebec. La misma colonia francesa del Canadá, en el momento de sucumbir á los ataques de los iroqueses, no se salvó si-

no por un cálculo de la política de aquellos salvages estraordinarios (1).

Es probable que los indios del Norte de América fueron al principio gobernados por reyes, como los habitantes de Roma y de Aténas, y que estas monarquías se cambiaron luego en repúblicas aristocráticas. En las principales poblaciones huronas é iroquesas se encontraban algunas familias nobles, que ordinariamente eran tres. Estas familias eran el tronco de las tres tribus principales, una de las cuales gozaba de cierta preeminencia, cual era la de que los miembros de esta primera tribu se trataban de *hermanos*, y los de las otras dos de *primos*.

Estas tres tribus llevaban el nombre de las tribus huronas: la tribu del Corzo, la del Lobo, la de la Tortuga, que se dividia en dos, la de la grande y de la pequeña Tortuga.

El gobierno, sumamente complicado, de este pueblo se componia de tres consejos: el consejo de los asistentes, el de los ancianos y el de los guerreros en estado de hacer un servicio activo; es decir, del cuerpo entero de la nacion.

Cada familia enviaba al consejo de los asistentes, un diputado nombrado por las mugeres, las cuales con mucha frecuencia, nombraban una muger para que las representase. El consejo de los asistentes era el consejo supremo: de manera que el primer poder

(1) Otras tradiciones, como ya hemos visto, consideran á los iroqueses como una columna de aquella grande emigracion de los semilapas, procedentes de las costas del océano Pacífico. Esta columna de iroqueses y hurones se supone que ahuyentaron á las poblaciones del Norte del Canadá, entre las cuales se encontraban los algonquines, al mismo tiempo que los indios delawares, mas al Mediodia, bajaron hasta el Atlántico, dispersando los pueblos primitivos establecidos al Este y al Oeste de los Aleghanys.

del estado pertenecia á las mugeres, de las que solo se consideraban los hombres como unos tenientes; mas el consejo de los ancianos pronunciaba en último recurso, y ante él se apelaba de las deliberaciones del de los asistentes.

Pensaron los iroqueses que no debian privarse de la asistencia de un sexo cuyo talento vivo é ingenioso es fecundo en recursos, y sabe obrar sobre el corazon humano; pero discurrieron tambien que los acuerdos de un consejo de mugeres podrian ser apasionados, y quisieron que estos acuerdos fuesen moderados, y como templados por el juicio de los ancianos. Este consejo de las mugeres, se encontraba tambien entre nuestros padres los galos.

El segundo consejo, ó el consejo de los ancianos, era el moderador entre el de los asistentes y el que se componia del cuerpo de los jóvenes guerreros.

Pero no todos los miembros de estos tres consejo tenian el derecho de usar de la palabra: algunos oradores escogidos por cada tribu trataban ante los consejos de los negocios del estado, para lo cual hacian un estudio particular de la política y de la elocuencia.

Esta costumbre, que seria un obstáculo para la libertad en los pueblos civilizados de Europa, solo era una medida de órden entre los iroqueses. Entre estos pueblos no se sacrificaba las mas pequeña parte de la libertad particular á la libertad general. Ningun miembro de los tres consejos se consideraba ligado individualmente por las deliberaciones de aquellos; pero sin embargo no habia egemplo de que un guerrero hubiese rehusado someterse á ellas.

La nacion iroquesa estaba dividida en cinco cantones, los cuales eran independientes entre sí, y podian hacer separadamente la paz ó la guerra, en cuyos casos los cantones neutros les ofrecian sus buenos oficios.

Los cinco cantones nombraban de cuando en cuando unos diputados que renovaban la alianza general. En esta dieta, que se celebraba en medio de los bosques, se trataba de las grandes empresas que interesaban al honor y á la seguridad de toda la nacion. Cada diputado hacia una manifestacion relativa al canton que representaba, y con presencia de todas se deliberaba sobre los medios de asegurar la prosperidad general.

Los iroqueses eran tan famosos por la política como por las armas. Colocados entre los ingleses y los franceses, no tardaron en conocer la rivalidad de estos dos pueblos. Comprendieron que su amistad seria buscada por los unos y por los otros, y se aliaron con los ingleses; á quienes no amaban contra los franceses, á quienes estimaban, pero que se habian unido á los algonquines y á los hurones. Sin embargo, no querian el triunfo completo de ninguno de estos partidos estrangeros; y de ahí es que estaban prontos á dispersar la colonia francesa del Canadá, cuando una órden del consejo de los sachems detuvo el ejército, y le hizo retirar; y cuando los franceses estaban á punto de conquistar la Nueva-Jersey, y arrojar de ella á los ingleses, los iroqueses hicieron marchar sus cinco naciones al socorro de estos, y los salvaron.

El iroqués no conservaba de comun con el huron mas que el lenguage: el huron, alegre, ingenioso, versátil, de un valor brillante y temerario, y de una estatura elevada y elegante, parecia nacido para ser aliado de los franceses.

El iroqués, por el contrario, era de cuerpo fornido, pecho ancho, piernas musculares y brazos nerviosos. En sus grandes y redondos ojos brillaba la independencia: todo su aspecto era el de un héroe; y veíanse resplandecer en su frente las profundas com-

binaciones del pensamiento, y los elevados sentimientos del alma. Aquel hombre intrépido no se manifestó admirado de las armas de fuego cuando por primera vez se usaron contra él; no se alteró al silbido de las balas ni al estrépito del cañon, como si estuviese acostumbrado á oirlos toda su vida, ni manifestó que le llamasen la atencion mas que una tempestad. Luego que pudo procurarse un mosquete, se sirvió de él mejor que un europeo. No abandonó por eso la macana, el cuchillo ni la flecha; lo que hizo fué añadir la carabina y la pistola, al puñal y al hacha, como si no hubiese bastantes armas para su valor. Doblemente armado con los instrumentos mortíferos de Europa y América, adornada de plumas su cabeza, recortadas las orejas, pintorreado de negro el rostro, y tintos de sangre los brazos, el nuevo campeon del Nuevo-Mundo se hizo tan formidable á la vista, como en el combate en la costa que defendia palmo á palmo contra el estrangero.

Los iroqueses cimentaban su virtud en la educacion. Jamás un jóven se sentaba delante de un anciano: el respeto á la edad era igual al que habia inspirado Licurgo á los lacedemonios. Acostumbraban á los jóvenes á toda suerte ds privaciones, como tambien á arrostrar los mayores peligros. Prolongados ayunos mandados por la política en nombre de la religion, cacerías peligrosas, el ejercicio continuo de las armas, juegos varoniles, habian comunicado al iroqués cierto carácter indomable. No era raro ver á dos niños, que atándose juntos los brazos, ponian encima de ellos un carbon encendido, y apostaban á quien aguantaria el dolor mas largo rato. Si una jóven cometia una falta, y su madre la echaba un poco de agua en la cara, esta sola reprension solia llevar á la jóven al estremo de ahorcarse.

El iroqués despreciaba el dolor como la vida: un

sachem de cien años arrostraba las llamas de la hoguera, escitaba á sus enemigos á redoblar la crueldad, y los desafiaba á que le arrancasen un suspiro. Esta magnanimidad de la vejez, no tenia mas objeto que dar un egemplo á los jóvenes guerreros, y enseñarles á hacerse dignos de sus padres.

Todo en aquel pueblo tenia el sello de esta grandeza: su lengua, casi toda aspirada, admiraba al oido, y cuando hablaba un iroqués parecia oirse á un hombre que, espresándose con esfuerzo, pasaba sucesivamente de las entonaciones mas graves á las mas agudas.

Tal era el iroqués antes que se hubiesen estendido sobre él la sombra y la destruccion de la civilizacion europea.

Aunque he dicho que el derecho civil y el criminal eran casi desconocidos de los indios, el uso suplia en algunos puntos por la ley.

El asesinato, que entre los francos se redimia por una composicion pecuniaria proporcionada al estado de las personas, no se compensa entre los salvages sino con la muerte del asesino. En la Italia de la edad media, las familias respectivas tomaban la defensa de todo lo que concernia á sus miembros; y de aquí aquellas venganzas hereditarias cuando las familias enemigas eran poderosas.

En las poblaciones del Norte de la América, la familia del homicida no sale á su defensa; pero los parientes del muerto miran como un deber el vengarlo. El criminal á quien la ley no amenaza, ni la naturaleza defiende, no encontrando asilo ni en los bosques donde los aliados del muerto lo persiguen, ni en las tribus estrangeras, que le entregarian, ni en su hogar doméstico, que no le salvaria, viene á encontrarse en un estado tan miserable, que un tribunal vengador seria para él un bien; porque allí al menos habria

una forma, un modo de condenar ó absolver: pues la ley si hiere, tambien conserva, como el tiempo que siembra y riega. El asesino indiano, cansado de una vida errante, y no encontrando familia pública que le castigue, se pone en manos de una familia particular que le inmola: en defecto de la fuerza armada, el crimen conduce al criminal á los pies del juez y del verdugo.

El homicidio involuntario se espiaba algunas veces con presentes. Entre los abenaqueses la ley pronunciaba: esponian el cadáver del hombre asesinado sobre una especie de cañizo colgado en el aire, y el asesino, atado á un poste, estaba condenado á tomar el alimento y pasar muchos dias en aquel patíbulo.

ESTADO ACTUAL

DE LOS SALVAGES DE LA AMERICA SEPTENTRIONAL.

Si yo presentase al lector este cuadro de la América salvage, como la imágen fiel de lo que en el dia existe, le engañaría: lo que yo he pintado mas es lo que existió que lo que existe, porque aunque es cierto que todavía se encuentran en las tribus del Nuevo-Mundo muchos rasgos del carácter indiano, el conjunto de las costumbres, la originalidad de los usos, la forma primitiva de los gobiernos; en una palabra, el genio americano ha desaparecido. Referido, pues, lo pasa-

do, debo completar mi trabajo trazando el cuadro de lo presente.

Aun cuando de las relaciones de los primeros navegantes y colonos que descubrieron y desmontaron la Luisiana, separásemos la Florida, la Georgia, las dos Carolinas, la Virginia, el Maryland, el Delaware, la Pensilvania, la Nueva-Jersey, la Nueva-Yorck, y todo lo que se llamó la Nueva-Inglaterra, la Acadia y el Canadá; no podria estimarse en menos de tres millones de individuos la poblacion salvage, comprendida entre el San Lorenzo y el Mississipí en el momento en que se descubrieron aquellos paises.

En el dia la poblacion indiana de toda la América septentrional, no contando los mejicanos ni los esquimales, apenas llega á cuatrocientas mil almas. El censo de los pueblos indígenas de aquella parte del Nuevo-Mundo, no se ha hecho todavía, y yo me propongo hacerlo. Muchos hombres y muchas tribus faltarán á este llamamiento; pero yo, como último historiador de aquellos pueblos, voy á abrir su registro mortuorio.

En 1534, cuando llegó Juan Cartier al Canadá, y en la época de la fundacion de Quebec por Champlain, en 1608, los algonquines, los iroqueses, los hurones, con sus tribus aliadas ó sujetas, á saber: los etchemines, los suriqueses, los bersiamitas, los papinacletos, los montañeses, los atikamegos, los nipisinges, los temiscamines, los amikueses, los cristineses, los asiniboiles, los puteotamises, los nokaises, los otchagras y los miamises, ponian en corta diferencia sobre las armas cincuenta mil guerreros, lo cual supone en aquellos salvages una poblacion de doscientas cincuenta mil almas. Si damos crédito á Laboutan, cada una de las cinco grandes poblaciones iroquesas encerraba catorce mil habitantes. En el dia solo se encuentran en el bajo Canadá seis aldeas de salva-

ges convertidos: los hurones de Coreta, los abenaquises de San Francisco, los algonquines, los nipisingos, los iroqueses del lago de los Dos-Montes y los osuekatchies, débiles reliquias de muchas razas que ya no existen: y que recogidas por la religion, ofrecen la doble prueba del poder de esta para conservar y el de los hombres para destruir.

El resto de las cinco naciones iroquesas está enclavado en las posesiones inglesas y americanas, y el número de todos los salvages que acabo de nombrar, llega á lo mas á dos mil quinientas ó tres mil almas.

Los abenaquises, que en 1587 ocupaban la Acadia (hoy Nuevo-Brunswick y Nueva-Escocia), los salvages del Maine, que destruyeron todos los establecimientos de los blancos en 1675, y que continuaron sus devastaciones hasta 1748, las mismas hordas que hicieron sufrir la propia suerte al Nuevo-Hampshire, los wampanoagos, los nipmucks, que dieron una especie de batalla ordenada á los ingleses, sitiaron á Hadley, y asaltaron á Brookfield, en el Masachusets; los indios que en los mismos años 1673 y 1675 combatieron á los europeos; los pequots de Conecticut; los indios que negociaron la cesion de una parte de sus tierras con los estados de Nueva-Yorck, Nueva-Jersey, la Pensilvania, el Delaware; los pyscatawayses del Maryland; las tribus que obedecian á Powhatan, en la Virginia; los paroutises, en las Carolinas, todos estos pueblos han desaparecido (1).

De las numerosas naciones que Fernando de Soto encontró en las Floridas (y bajo este nombre debe comprenderse todo lo que forma hoy los estados de

(1) La mayor parte de estos pueblos pertenecian á la gran nacion de los lenilénapes, cuyas dos ramas principales eran los iroqueses y los hurones al Norte, y los indios delawares al Mediodía.

la Georgia, Alabamá, Mississipí y Teneseo), no quedan ya sino los creeks, los cheroqueses y los chicaseses (1).

Los creeks, cuyas antiguas costumbres he pintado, no podrian en el dia poner sobre las armas dos mil guerreros. De los vastos paises que les pertenecian, ya no poseen mas que unas ocho mil millas cuadradas en la Georgia, y otro tanto en Alabamá. Los cheroqueses y los chicaseses, reducidos á un puñado de hombres, viven en un rincon de los estados de Georgia y de Teneseo; los últimos en las dos orillas del rio Hiwaseo.

Pero los creeks, á pesar de ser tan débiles, pelearon como valientes con los americanos en los años 1813 y 1814. Los generales Jackson, White, Clayborne, Floyd, les causaron grandes pérdidas en Talladéga, Hillabes, Autosées, Bécanachaca, y sobre todo en Entonopeka. Aquellos salvages habian hecho progresos notables en la civilizacion, principalmente en el arte de la guerra, empleando y manejando muy bien la artillería. Hace algunos años juzgaron y ajusticiaron á uno de sus micos ó reyes, por haber vendido unas tierras á los blancos sin el conocimiento y anuencia del consejo nacional.

Los americanos que codician el rico territorio que habitan aun los muscogulgos y los siminoles, han querido obligarlos á cedérselo por una suma, proponiéndoles trasportarlos luego al Occidente del Missouri.

(1) Por lo relativo á la Florida puede consultarse con fruto una obra titulada: *Vista de la Florida Occidental, que comprende su geografía, topografía, etc., seguida de un apéndice sobre sus antigüedades, los títulos de concesion de las tierras y canales, y acompañada de un mapa de la costa y los planos de Panzacola y de la entrada del puerto.* Filadelfia, 1817.

El estado de Georgia pretendió haber comprado aquel territorio: el congreso americano puso algun obstáculo á esta pretension; pero tarde ó temprano los creeks, los cheroqueses y los chicaseses, estrechados por la poblacion blanca del Mississipí, del Teneseo, de la Alabamá y de la Georgia, se verán precisados á obtar entre el destierro y el esterminio.

Subiendo el Mississipí desde su embocadura hasta su confluencia con el Ohío, todos los salvages que habitaban aquellas dos riberas, los bilasis, los torimaes, las kapaes, los sutuis, los bayagoulas, los colapisas, los tansas, los natchez y los yazus han desaparecido.

En el valle del Ohío, las naciones que todavía andaban errantes á lo largo de aquel rio y de sus afluentes, se sublevaron en 1810 contra los americanos. Pusieron á su cabeza un agorero ó profeta que anunciaba la victoria mientras peleaba su hermano, el famoso Thecumeseh. Tres mil salvages se habian reunido para recobrar su independencia: el general americano Harrison se dirigió contra ellos con un cuerpo de tropas, y los encontró el 6 de noviembre de 1811 en la confluencia del Tipacanoé y el Wabash. Los indios mostraron el mayor denuedo, y su caudillo Thecumeseh desplegó una habilidad estraordinaria; pero sin embargo fué vencido.

La guerra de 1812 entre los americanos y los ingleses, renovó las hostilidades en las fronteras del desierto; los salvages abrazaron casi todos el partido de los ingleses; Thecumeseh se habia pasado á su servicio, y el coronel Proctor, inglés, dirigia las operaciones. Algunas escenas de barbárie se verificaron en Cikago y en los fuertes Meigs y Milden: el corazon del capitan Wells fué devorado en un banquete de carne humana. Pero acudió de nuevo el general Harrison, y derrotó á los salvages en la accion de Tha-

mes, en que murió Thecumeseh: el coronel Proctor debió la vida á la velocidad de su caballo.

En 1814, asentada la paz entre los Estados-Unidos y la Inglaterra quedaron definitivamente establecidos los límites de los dos imperios; y los americanos aseguraron con una cadena de puestos militares su dominio sobre los salvages.

Desde la embocadura del Ohío hasta el salto de San Antonio en el Mississipí, se encuentran sobre la costa occidental de este último rio los saukis, cuya poblacion asciende á cuatro mil ochocientas almas; los renardos á mil seiscientas; los winebegos á mil seiscientas, y los menomenos á mil doscientas. Todas estas tribus son subdivisiones de los ilineses.

Siguen luego los sius, de raza mejicana, divididos en seis naciones: la primera habita en parte el alto Mississipí; la segunda, tercera, cuarta y quinta ocupan las costas del rio de San Pedro, y la sesta se estiende hácia el Missouri. La poblacion de estas seis naciones siusas, se calcula en cuarenta y cinco mil almas.

Despues de los sius, aproximándose al Nuevo-Méjico, se encuentran algunos restos de los osages, cansas, octotatas, mactotatas, ajueses y panises.

Los asiboanes andan errantes bajo diversos nombres, desde las fuentes septentrionales del Missouri hasta el gran rio Rojo, que desagua en la bahía de Hudson; y su poblacion es de veinte y cinco mil almas.

Los cypowoises, de raza algonquina, enemigos de los sius, cazan en número de tres ó cuatro mil guerreros en los desiertos que separan los grandes lagos del Canadá del lago Winepic.

Esto es lo que se sábe de mas positivo sobre la poblacion de los salvages de la América septentrio-

nal. Si se unen á estas tribus conocidas las menos frecuentadas que habitan mas allá de los montes Roqueños, con dificultad se encontrarán los cuatrocientos mil individuos mencionados al principio de este empadronamiento. Algunos viageros reducen á cien mil almas la poblacion indiana de la parte de acá de los montes Roqueños, y á cincuenta mil la de la parte de allá, inclusos los salvages de la California.

Las poblaciones salvages, acosadas por las europeas hácia el Noroeste de la América septentrional, vienen por un singular destino á espirar en la misma costa donde desembarcaron en siglos desconocidos para tomar posesion de la América. En la lengua iroquesa los indios se dan el nombre de *hombres de siempre*, ONGUE-ONNE. Pero estos *hombres de siempre* han pasado, y el estrangero no dejará muy pronto á los herederos legítimos de todo un mundo, mas que la tierra de su sepulcro.

Las causas de esta despoblacion son conocidas: el uso de los licores fuertes, los vicios, las enfermedades, las guerras que nosotros hemos multiplicado entre los indios, han precipitado la destruccion de aquellos pueblos; pero es de todo punto falso que el estado social, introduciéndose en las selvas, haya sido una causa eficiente de aquella destruccion.

No era *salvage* el indio: la civilizacion europea no obró sobre el *estado puro de la naturaleza*, sino sobre *la civilizacion americana comenzada*: si no hubiese encontrado nada, hubiera creado algo; pero encontró costumbres, y las destruyó; porque como era mas fuerte, creyó que no debia adoptarlas.

Preguntar qué hubiera sido de los americanos si la América hubiese escapado á las velas de nuestros navegantes, seria una cuestion inútil, aunque curiosa. ¿Hubieran perecido en silencio, como esas na-

ciones mas adelantadas en las artes, que segun todas las probabilidades florecieron en otros tiempos en las regiones que riega el Ohío, el Muskingum, el Teneseo, el Mississipí inferior y el Tumbechee?

Prescindiendo por un momento de los grandes principios del cristianismo, y no tomando en cuenta los intereses de la Europa, un espíritu filosófico podria desear que los pueblos del Nuevo-Mundo hubiesen tenido tiempo para desarrollarse fuera del círculo de nuestras instituciones.

Nosotros nos vemos en todas partes reducidos á las rancias formas de una civilizacion envejecida (no hablo de las poblaciones del Asia, reprimidas hace cuatro mil años por un despotismo, que constituye un estado de infancia). Entre los salvages del Canadá, de la Nueva-Inglaterra y de las Floridas, se han encontrado rudimentos de todas las costumbres y de todas las leyes de los griegos, de los romanos y de los hebreos. Una civilizacion de naturaleza diferente de la nuestra hubiera podido reproducir los hombres de la antigüedad, ó hacer brotar luces desconocidas de una fuente todavía ignorada. ¿Quién sabe si un dia hubiéramos visto arribar á nuestras costas algun Colon americano que viniese á descubrir el Antiguo-Mundo?

La degradacion de las costumbres indianas ha marchado á la par con la despoblacion de las tribus. Las tradicciones religiosas se han embrollado mas; la instruccion esparcida al principio por los misioneros del Canadá, mezcló ideas estrañas con las ideas nativas de los indígenas; y de ahí es que al través de fábulas groseras, se perciben hoy las creencias cristianas desfiguradas. La mayor parte de los salvages se adornan con cruces, y los mercaderes protestantes les venden ahora lo que los misioneros católicos les daban. Digamos en honor de nuestra patria y glo-

ria de nuestra religion, que los indios se habian unido estrechamente á los franceses; que todavía los lloran, y que una *túnica negra* (un misionero) es todavía un objeto de veneracion en las selvas americanas. Si los ingleses en sus guerras con los Estados-Unidos han visto á los salvages alistarse bajo la bandera británica, es porque los ingleses de Quebec tienen aun entre ellos algunos descendientes de los franceses, y ocupan el pais que gobernó Ononthio (1). El salvage continúa amándonos en el suelo que hemos pisado, en la tierra de que fuimos los primeros huéspedes, y donde dejamos los sepulcros: sirviendo á los nuevos poseedores del Canadá, permanece fiel á la Francia en medio de sus enemigos.

Hé aquí lo que se lee en un *Viaje* reciente á las fuentes del Mississipí. La autoridad de este pasage es tanto mas respetable, cuanto que en otro lugar de su obra se detiene el autor de propósito para declamar contra los jesuitas de nuestros dias.

«En honor de la verdad debe decirse que los misioneros franceses se han distinguido en todas partes, «por una vida egemplar y conforme á su estado. Su «buena fé religiosa, su caridad apostólica, su amabi«lidad, su heróica paciencia, su alejamiento del fana«tismo y del rigor, colocan en aquellas regiones al«gunas épocas edificantes en los fastos del cristianis«mo; y al paso que la memoria de los Vilde y los Va«dilla, será un objeto de execracion para todos los «corazones verdaderamente cristianos, la de los Da«niel, Brébeuf, etc., no perderán jamás la veneracion «que la historia de los descubrimientos y de las mi«siones con tan justo título les consagra. De aquí la «predileccion con que los salvages miran á los fran-

(1) *La Gran-Montaña.* Nombré que daban los salvages á los gobernadores franceses del Canadá.

«ceses; predileccion que les inspira naturalmente su «alma, nutrida con las tradicciones que sus padres «dejaron en favor de los primeros apóstoles del Cana«dá, entonces Nueva-Francia (1).»

Esto confirma lo que yo escribí en otro tiempo en favor de las misiones del Canadá. El carácter brillante del valor francés, nuestro desinterés, nuestra jovialidad, nuestro genio emprendedor, simpatizaban con el genio de los indios; pero tambien es menester convenir en que la religion católica es mas propia que el culto protestante para la educacion del salvage.

Cuando el cristianismo empezó en medio de un mundo civilizado y de los espectáculos del paganismo, fué sencillo en su esterior, austero en su moral, metafísico en sus argumentos; porque se trataba de arrancar del error á unos pueblos seducidos por los sentidos, ó estraviados por sistemas de filosofía; y cuando pasó de las delicias de Roma y de las escuelas de Atenas á los bosques de la Germania, se rodeó de pompas y de imágenes, para interesar á la sencillez de los bárbaros. Los gobiernos protestantes de la América se han ocupado poco en la civilizacion de los salvages: solo han tratado de traficar con ellos, y el comercio que aumenta la civilizacion en los pueblos ya civilizados, en que la inteligencia ha prevalecido sobre las costumbres, solo produce la corrupcion en los pueblos en donde las costumbres son superiores á la inteligencia. La religion es evidentemente la ley primitiva: los padres Jogues, Lallemand y Brébeuf eran unos legisladores de especie muy distinta que los traficantes ingleses y americanos.

Así como se embrollaron las ideas religiosas de los salvages, así tambien se alteraron las instituciones políticas de aquellos pueblos por la irrupcion de los

(1) *Viage de Beltrami*, 1823.

europeos. Los resortes del gobierno indiano eran muy sutiles y delicados, y no los habia consolidado el tiempo; y la política estrangera los destruyó fácilmente cuando los tocó. Aquellos diversos consejos, equilibrando sus autoridades respectivas; aquellos contrapesos formados por los asistentes, los sachems, las matronas, los jóvenes guerreros; toda aquella máquina se ha desordenado: nuestros presentes, nuestros vicios, nuestras armas han comprado, corrompido ó muerto á todos los personages de que se componian aquellos diversos poderes.

Las tribus indianas se gobiernan sencillamente hoy dia por un solo gefe; las que están confederadas se reunen algunas veces en dietas generales; pero como no existe ley alguna que determine el modo de celebrarse estas asambleas, casi siempre se separan sin haber dictado ningun decreto: conocen su nulidad, y sienten el desaliento que acompaña á la debilidad.

Otra causa ha contribuido tambien á degradar el gobierno de los salvages. El establecimiento de los destacamentos militares ingleses y americanos en medio de los bosques, donde un comandante se constituye el protector de los indios en el desierto: por medio de algunos regalos hace comparecer á las tribus delante de si; se declara su padre y el enviado de uno de los *tres mundos blancos*; los salvages designan así á los españoles, los franceses y los ingleses. El comandante hace saber á sus *hijos rojos* que va á fijar tales límites, desmontar tal terreno, etc. El salvage llega al fin á creer que no es el verdadero poseedor de la tierra; vé que se dispone sin su beneplácito; se acostumbra á mirarse como de una especie inferior al blanco, y consiente en recibir órdenes, en cazar y pelear para sus amos. ¿Qué necesidad hay de gobernar, cuando solo se sabe obedecer?

Es natural que los hábitos y las costumbres se hayan alterado con la religion y la política, y que todo se haya perdido á la vez.

Cuando los europeos penetraron en América, los salvages comian y vestian del producto de su caza, y no hacian entre sí ningun negocio. Mas los estrangeros les enseñaron muy pronto á trocarle por armas, licores fuertes, utensilios domésticos, trages y paños bastos. Algunos franceses á quienes llamaban *corredores de bosque*, acompañaban al principio á los indios en sus escursiones. Poco á poco se formaron compañías de comercio, que colocaron puntos avanzados, y establecieron factorías en medio de los desiertos. Perseguidos por la codicia europea, y por la corrupcion de los pueblos civilizados, hasta en lo mas oculto de sus bosques, los indios cambian en aquellos almacenes ricas peleterías por objetos de poco valor, pero que han venido á ser para ellos artículos de primera necesidad. No solo trafican con la caza recogida, sino que disponen de la que han de hacer, á la manera que se vende una cosecha pendiente.

Estas anticipaciones que los traficantes conceden, cargan de deudas á los indios, los cuales sufren entonces todas las calamidades del hombre pobre de nuestras ciudades, y toda la penuria del salvage. Sus cacerías, cuyos resultados procuran exagerar, se transforman en una fatiga insoportable: llevan á ellas á sus mugeres, y estas infelices, empleadas en todo el servicio del campo, tiran de los carretones, buscan las reses muertas, curten las pieles, y curan las carnes. Cargadas de pesados fardos, llevan ademas sus hijuelos al pecho ó á la espalda, y si están embarazadas y próximas al parto, para apresurar éste, y volver antes al trabajo, aplican el vientre á una barra de madera que se eleva á algunos pies del suelo, y dejando caer las piernas y la cabeza, dan á luz á una

desventurada criatura en todo el rigor de la maldicion: ¡*In dolore paries filios*!

De manera que la civilizacion que se introdujo por medio del comercio en las tribus americanas, en vez de desarrollar su inteligencia, no hizo sino embrutecerlas. El indio se hizo pérfido, interesado, embustero, disoluto, y su cabaña fué un receptáculo de inmundicias. Cuando iba desnudo, ó cubierto con pieles de fieras, tenia algo de altivo y grande; mas ahora los harapos europeos, sin cubrir su desnudez, sirven solo para atestiguar su miseria: ya no es un salvage en los bosques, es un mendigo á la puerta de una tienda.

Por otra parte, del comercio de los aventureros europeos y las mugeres salvages, se ha formado una especie de pueblo mestizo. Estos hombres, á quien en razon de su color les dán el nombre de *madera quemada*, son agentes de negocios ó corredores de cambio entre aquellos pueblos de donde tráen su origen; y hablando á la vez la lengua de sus padres y sus madres, intérpretes de los traficantes y de los indios, tienen los vicios de las dos razas. Aquellos bastardos de la naturaleza civilizada y de la naturaleza salvage, se venden alternativamente á los americanos y á los ingleses, para facilitar á estos el monopolio de la peletería; alimentan las rivalidades de las compañías inglesas de la bahía de Hudson, del Noroeste, y de las compañías americanas: *Fur Colombian American company*, *Missouri's fur company*, y otros: y tambien hacen ellos mismos cacerías por cuenta de los traficantes, y con cazadores asalariados por las compañías.

En estos casos ofrece la caza un espectáculo muy diverso del que presentan las cacerías indianas: los hombres van á caballo; hay furgones que llevan provisiones y ropas de abrigo: y las mugeres y los niños

van en unos carritos tirados por perros. Estos perros, tan útiles en los paises septentrionales, son una carga para sus amos; los cuales, no pudiendo mantenerlos en el verano, los ponen á pension en casas dedicadas á esta industria. Los hambrientos animales se salen algunas veces de la perrera, y ya que no pueden ir á cazar, van á pescar: se lanzan en los rios, y cogen los peces hasta en lo mas profundo de las aguas.

En Europa no se tiene noticia de esa gran guerra de la América que ha dado al mundo un pueblo libre. No se sabe que por los miserables intereses de algunos tratantes de peletería se ha derramado sangre. La compañía de la bahía de Hudson vendió en 1811 á lord Selkirk un vasto territorio á las orillas del rio Rojo: el establecimiento se hizo en 1812. La compañía del Noroeste ó del Canadá, lo vió con desconfianza y envidia: aliadas ambas compañías á diversas tribus indianas, y ayudadas por los maderas quemadas, vinieron á las manos. Esta guerra doméstica, que fué muy sangrienta, se verificaba en los helados desiertos de la bahía de Hudson: la colonia de lord Selkirk fué destruida en el mes de junio de 1815, precisamente en el momento en que se daba la batalla de Waterloo. En ambos teatros, tan diferentes por el esplendor y por la oscuridad, las desgracias de la especie humana eran las mismas. Agotadas las fuerzas de las dos compañías, conocieron ambas que era mejor unirse que despedazarse, y hoy dirigen de concierto sus operaciones por el Oeste hasta Colombia, y por el Norte hasta los rios que desembocan en el mar Polar.

En resúmen, las naciones mas belicosas de la América septentrional no han conservado de su raza sino la lengua y el vestido; y aun este muy alterado: han aprendido un poco á cultivar la tierra y criar ganados. El salvage del Canadá, de guerrero famoso ha

pasado á ser pastor oscuro; especie de pastor estraordinario, que apacienta las yeguas armado de una macana, y los carneros con el arco y las flechas. Filipo sucesor de Alejandro, murió notario en Roma; un iroqués canta y baila por algunas monedas en París: no debe mirarse al dia siguiente de la gloria.

Al trazar este cuadro de un mundo salvage, hablando contínuamente del Canadá y de la Luisiana, al ver en los antiguos mapas la estension de las antiguas colonias francesas de la América, me perseguia una idea muy triste. ¿Cómo ha sido, me preguntaba, que el gobierno de mi pais ha dejado perder unas colonias que serian hoy para nosotros un manantial inagotable de prosperidad?

De la Acadia y del Canadá á la Luisiana, de la embocadura de San Lorenzo á la del Mississipí, el territorio de la Nueva-Francia rodeaba lo que formó en su orígen la confederacion de los trece primeros Estados-Unidos. Los otros once, el distrito de Colombia, los territorios del Michigan, del Noroeste, del Missouri, del Oregon y del Arkansa; nos pertenecian, y todavía los poseeriamos, así como los poseen hoy los Estados-Unidos por la cesion de los ingleses y de los españoles, que fueron nuestros primeros herederos en el Canadá y en la Luisiana.

Tomemos un punto de partida entre los 43 y 44° de latitud Norte sobre el Atlántico en el cabo de Arena de la Nueva-Escocia, en otro tiempo Acadia; fijado este punto, tiremos una línea que pase por detras de los primeros Estados-Unidos, el Maine, Vernon, Nueva-Yorck, la Pensilvania, la Virginia, la Carolina y la Georgia; dirijamos esta línea por el Teneseo á buscar el Mississipí y la Nueva-Orleans; subamos luego á los 29°, que es la latitud del Mississipí, y de aquí al Oregon por el territorio de Arkansa; hagámosla cruzar por los montes Roqueños hasta terminar

en la punta de San Jorge, sobre la costa del océano Pacífico, hácia los 42° de latitud Norte: el inmenso territorio comprendido entre esta línea, el mar Atlántico al Nordeste, el mar Polar al Norte, el océano Pacífico y las posesiones rusas al Noroeste, el golfo Mejicano al Mediodía; es decir, mas de los dos tercios de la América septentrional reconocerian las leyes de la Francia.

¿Qué hubiera sucedido si tales colonias hubiesen permanecido aun en nuestro poder en el momento de la emancipacion de los Estados-Unidos? ¿Se hubiera verificado esta emancipacion? ¿La hubiera anticipado ó retardado nuestra presencia en el continente americano? ¿Se hubiera hecho independiente la misma Nueva-Francia? ¿Y por qué no? ¿Qué mal hubiera podido ser para la madre patria el ver florecer un inmenso imperio salido de su seno, un imperio que estenderia en otro hemisferio la gloria de nuestro nombre y de nuestro idioma?

Mas allá de los mares poseíamos nosotros vastos paises, que podian ofrecer un asilo al escedente de nuestra poblacion, un mercado considerable á nuestro comercio, y un alimento á nuestra marina; y ahora nos vemos obligados á sepultar en nuestras cárceles á los criminales sentenciados por los tribunales, por no tener un rincon de tierra donde confinar á estos desgraciados. Nos vemos escluidos del nuevo universo, donde renace el género humano. Las lenguas inglesa y española sirven en Africa, en Asia, en las islas del mar del Sur y en el continente de las dos Américas para interpretar el pensamiento de muchos millones de hombres; al paso que nosotros desheredados de las conquistas de nuestro valor y de nuestro genio, apenas oimos hablar en algunas poblaciones de la Luisiana y del Canadá, dominadas por un poder estrangero, la lengua de Racine, de Colbert y de

Luis XIV; que solo queda ya en aquellos paises como un testimonio de los reveses de nuestra fortuna y de los errores de nuestra política. De manera que la Francia ha desaparecido de la América septentrional, como aquellas tribus indianas, con las que simpatizaba, y de las cuales he descubierto yo algunas ruinas.

Mas ¿qué es lo que ha sucedido en aquella América del Norte despues de que yo la recorria? Esto es lo que me queda que decir. Para consolar á los lectores, en la conclusion de esta obra voy á ofrecer á sus miradas un cuadro admirable, en donde aprenderán lo que puede hacer la libertad por la felicidad y la dignidad de los hombres cuando no se separa de las ideas religiosas, cuando es á la vez inteligente y santa.

CONCLUSION.

ESTADOS-UNIDOS.

Si ahora visitase yo de nuevo los Estados-Unidos, ya no los conoceria; porque allí donde dejé bosques, encontraria campos cultivados; donde me abrí una senda al través de la maleza, viajaria por anchurosos caminos. El Mississipi, el Missouri, el Ohio, no discurren ya por la soledad: magníficos navíos de tres puentes los remontan, y mas de doscientos buques de vapor vivifican sus riberas. En los Natchez, en lu-

gar de la choza de Celuta, se levanta una ciudad hermosa de cerca de cinco mil habitantes. Chactas podria ser hoy diputado en el congreso, y dirigirse á la habitacion de Atala por dos caminos, uno de los cuales conduce á Saint-Etiene, sobre el Tumbec-bee, y el otro á los Natchitoches: un libro de posta le indicaria las doce paradas: Washington, Franklin, Homochitt, etc.

El Alabama y el Teneseo se hallan divididos, el primero en treinta y tres condados, que comprenden veinte y una ciudades; y el segundo en cincuenta y un condados, con cuarenta y ocho ciudades. Algunas de estas, como Cahawba, capital de Alabama, conservan su denominacion salvage; pero están rodeadas de otras diversamente apellidadas: entre los muscogulgos, los siminoles, los cheroqueses y los chicaseses, se encuentra una ciudad de Atenas, otra de Maraton, una de Menfis, otra de Esparta; allí está Florencia, Hampden, los condados de Colombia y de Marengo: la gloria de todos los paises ha colocado un nombre en aquellos mismos desiertos donde yo encontré al P. Aubry y á la oscura Atala.

El Kentucky muestra un Versalles; y un condado llamado *Borbon*, tiene por capital á Paris. Todos los desterrados, todos los oprimidos que se han retirado á la América, han llevado allá la memoria de su patria.

. . . . . Falsi Simoentis ad undam.
Libabat cineri Andromache.

Los Estados-Unidos, pues, ofrecen en su seno, bajo la proteccion de la libertad, una imágen y un recuerdo de la mayor parte de los lugares célebres de la antigua y de la moderna Europa; bien así como aquel jardin de la campaña de Roma, donde Adriano

habia hecho repetir los diversos monumentos de su imperio. Pero debe notarse que apenas hay un condado en que no se encuentre una ciudad, un pueblo ó una aldea que lleve el nombre de Washington: tierna conformidad del reconocimiento de un pueblo.

El Ohío riega en el dia cuatro estados: el Kentucky, el Ohío propiamente dicho, la Indiana y el Ilinés; los cuales envian al congreso treinta diputados y ocho senadores: la Virginia y el Teneseo, confinan por dos puntos con el Ohio, el cual cuenta en sus orillas ciento ochenta y un condados y doscientas ocho ciudades. Un canal abierto en el punto en que se dividen sus cascadas, que quedará concluido dentro de tres años, hará este rio navegable para los buques de alto bordo hasta Pittsburgo.

Treinta y tres caminos espaciosos salen de Washington, como partian de Roma las vias romanas, y llegan en diversas direcciones á todos los estremos de los Estados-Unidos. De modo que desde Washington se vá á Dover, en el Delaware: á la Providencia, en el Rhode-Islandia; á Robbinstown, en el distrito del Maine, frontera de los estados británicos en el Norte; á Concordia, á Mompeller, en el Connecticut; á Albany, y de allí á Montreal y á Quebec; al Havre de Sackets, junto al lago Ontario; al salto y al fuerte de Niagara; por Pittsburgo al estrecho y á Michillinachinac, junto al lago Erié; por San Luis sobre el Mississipí á Coucile-Bluffs del Missouri; á la Nueva-Orleans, y á la embocadura del Mississipí; á los Natchez, á Charlestown, á Savannah y á San Agustin; formando el todo una circulacion interior de caminos de veinte y cinco mil setecientas cuarenta y siete millas.

Por los puntos donde se comunican estos caminos, se echa de ver que recorren terrenos hace poco in-

cultos, y ahora cultivados y habitados. En muchos de estos caminos se hallan establecidas postas; carruages públicos trasladan al viagero de un punto á otro á precios módicos. Para dirigirse al Ohio ó al salto de Niagara, se toma ahora la diligencia, así como en mi tiempo se buscaba un guia ó un indio intrépido. A los caminos principales se reunen ramales de comunicacion, provistos igualmente de medios de trasporte, que en general son dobles; porque como á cada paso se encuentran lagos y rios, por todas partes se puede viajar en buques de remo y vela y en vapores.

Estos últimos hacen viages regulares de Boston y de Nueva-Yorck á Nueva-Orleans; y tambien se hallan establecidos en el lago del Canadá, en el Ontario, el Erié, Michigan y Champlain, en aquellos lagos, donde treinta años atrás se veian apenas algunas piraguas de salvages, y ahora traban combates los navios de línea.

En los Estados-Unidos no solo sirven los buques de vapor para las necesidades del comercio y de los viageros, sino que se les emplea tambien en la defensa del pais: algunos de ellos de inmensa dimension, colocados en las embocaduras de los rios, armados de cañones y de agua hirbiendo, semejan á la vez á unas ciudadelas modernas y á unas fortalezas de la edad media.

A las veinte y cinco mil setecientas cuarenta y siete millas de caminos generales, debe añadirse la estension de cuatrocientos diez y nueve caminos cantonales, y la de cincuenta y ocho mil ciento treinta y siete millas de rutas por agua. Los canales aumentan el número de estas últimas: el canal de Midlesex une el puerto de Boston con el rio Merrimack; el de Champlain hace comunicar este lago con los mares del Canadá; el famoso canal Erié, ó de Nueva-Yorck,

une ahora el lago Erié con el Atlántico; los canales de Saute, Chesapeake y Albemarne se deben á los estados de la Carolina y de la Virginia; y como los anchos rios que corren en varias direcciones; se aproximan en sus nacimientos, es muy fácil reunirlos entre sí: ya se conocen cinco caminos para dirigirse al océano Pacífico; y solo uno de ellos cruza por el territorio español.

Una ley del congreso votada en la sesion de 1824 á 1825, dispone el establecimiento de un puesto militar en el Oregon; y de este modo los americanos que tienen algun establecimiento en la Colombia, penetran hasta el grande Océano, entre las Américas inglesa, rusa y española, por una zona de tierra de seis grados de ancho en corta diferencia.

Pero la colonizacion tiene sin embargo un límite natural. La frontera de los bosques acaba al Oeste y al Norte del Missouri, en unas llanuras inmensas, donde no se ve un solo árbol; y que parece se nieguen al cultivo, aunque cubiertas de yerbas abundantes. Aquella verde Arabia sirve de tránsito á los colonos que van en caravanas á los montes Roqueños y al Nuevo-Méjico; separa los Estados-Unidos del Atlántico de los del mar del Sur, como aquellos desiertos que separaban regiones fértiles en el Mundo-Antiguo. Un americano propuso abrir á su costa un gran camino de hierro desde San Luis del Mississipí hasta la embocadura del Colombia, si se le concedian por el congreso diez millas de terreno á cada lado del camino. Este proyecto gigantesco no fué aceptado.

En el año 1789 solo habia en los Estados-Unidos setenta y cinco administraciones de correos: en el dia hay mas de cinco mil.

De 1790 á 1795 el número de dichas administraciones, subió de sesenta y cinco á cuatrocientas cincuenta y tres, en 1800 llegaban á novecientas tres,

en 1805 á mil quinientas cincuenta y ocho, en 1810 á dos mil trescientas, en 1815 á tres mil, en 1817 á tres mil cuatrocientas cincuenta y nueve, en 1820 á cuatro mil treinta, en 1825 á cerca de cinco mil quinientas.

Los pliegos y cartas se trasportan en sillas de posta, que corren cerca de ciento cincuenta millas por dia, y por correos de á caballo y de á pie.

Desde Anson, en el estado del Maine, á Nashville, en el Teneseo, se estiende, pasando por Washington, una línea de postas de mil cuatrocientas cuarenta y ocho millas; otra de mil trescientas sesenta y nueve une á Highgate en el Vermont, con Santa María en Georgia. Desde Washigton á Pittsburgo, se hallan establecidas paradas de posta en una distancia de doscientas veinte y seis millas, y pronto se establecerán hasta San Luis del Mississipí, por Vincennes, y hasta Nashville, por Lexington, y Kentucky. Las posadas son buenas y limpias, y algunas de ellas escelentes.

En los estados del Ohío y de Indiana, en el territorio del Michigan, del Missouri y de las Arkensas, en los estados de la Luisiana, del Mississipí y de la Alabama, hay establecidas oficinas para la venta de las tierras públicas. Se opina que todavía quedan mas de ciento cincuenta millones de acres de tierra propia para cultivo, sin contar el suelo de los grandes bosques; y el valor de estos ciento cincuenta millones de acre, se estima en unos 1.500.000,000 de dollares, estimando los acres á 10 dollares, uno con otro, y no dando al dollar mas valor que el de unos 3 francos; cálculo muy moderado bajo todos conceptos.

Se encuentran veinte y cinco puestos militares en los estados del Norte, y veinte y dos en los del Mediodía.

La poblacion de los Estados-Unidos era en 1790 de tres millones novecientos veinte y nueve mil tres-

cientos veinte y seis habitantes; en 1800, se contaban cinco millones trescientos cinco mil seiscientos sesenta y seis; en 1810, siete millones doscientos treinta y nueve mil novecientos tres; en 1820, nueve millones seiscientos nueve mil ochocientos veinte y siete. Y á esta poblacion es menester añadir un millon quinientos treinta y un mil cuatrocientos treinta y seis esclavos.

En 1790, el Ohío, la Indiana, el Ilinés, Alabamá, el Mississipi y el Missouri, no tenian bastantes colonos para poder hacer un empadronamiento; y en 1800 solo el Kentucky presentaba setenta y tres mil seiscientos setenta y siete, y el Teneseo treinta y cinco mil seiscientos noventa y uno. El Ohío desierto en 1790, cuarenta y cinco mil trescientos sesenta y cinco en 1800; doscientos treinta mil setecientos sesenta en 1810, y quinientos ochenta y un mil cuatrocientos treinta y cuatro en 1820; el Alabamá subió en 1810 á 1820 de diez mil habitantes á ciento veinte y siete mil novecientos uno.

De manera que la poblacion de los Estados-Unidos se ha aumentado de diez en diez años, desde 1790 hasta 1820, en la proporcion de treinta y cinco por ciento. Seis años han trascurrido ya desde los diez que se completaron en 1830, época en que se presume que la poblacion de los Estados-Unidos será en corta diferencia de unos doce millones ochocientas setenta y cinco mil almas; la parte del Ohío tendrá unos ochocientos cincuenta mil habitantes, y la de Kentucky setecientos cincuenta mil.

Si la poblacion continuase doblándose cada veinte y cinco años, en 1855 tendrian los Estados-Unidos una poblacion de veinte y cinco millones setecientas cincuenta mil almas; y veinte y cinco años mas adelante, esto es, en 1880, esta poblacion pasaria de cincuenta millones.

En 1821 el producto de las esportaciones de los productos indígenas y estrangeros de los Estados-Unidos ascendió á la suma de 64.974,382 dollares; las rentas públicas se elevaron en el mismo año á 14.264,000 dollares; el escedente de la recaudacion sobre el gasto fueron 3.334,826 dollares. Y además, en el propio año se redujo la deuda pública á 89.204,236 dollares.

El ejército ha llegado algunas veces á cien mil hombres; once navíos de línea, nueve fragatas y cincuenta buques de guerra de diferentes portes, componen la marina de los Estados-Unidos.

Es inútil hablar de las constituciones de los diversos estados; baste saber que todos son libres.

No hay religion alguna dominante, sino que se supone que cada ciudadano profesa un culto cristiano: la religion católica hace grandes progresos en los estados del Oeste.

Suponiendo, como yo lo creo, que los resúmenes estadísticos que se han publicado en los Estados-Unidos hayan sido exagerados por el orgullo nacional, todavía sería digna de admiracion la prosperidad que quedaria.

Para acabar este cuadro sorprendente, es menester representarse las ciudades, como Boston, Nueva-Yorck, Filadelfia, Baltimore, Sabannah, Nueva-Orleans, iluminadas por la noche, llenas de caballos y carruages, ofreciendo todos los goces que introducen en sus puertos millares de buques; es necesario representarse aquellos lagos del Canadá, hace poco tan solitarios, cubiertos ahora de fragatas, corbetas, cuters, barcas y vapores, que se cruzan con las piraguas y las canoas de los indios como los navíos de alto bordo y las galeras se cruzan con los pingües, las chalupas y los caiques en las aguas del Bósforo. Templos y casas embellecidas con columnas de arquitec-

tura griega se levantan en medio de aquellos bosques, á la orilla de aquellos rios que eran los únicos ornamentos del desierto.

Añádanse á esto vastos colegios, observatorios científicos, erigidos en la mansion de la ignorancia salvage; todas las religiones, todas las opiniones viviendo en paz, y trabajando de consuno en el mejoramiento de la especie humana y en el desarrollo de su inteligencia, tales son los prodigios de la libertad.

El abate Rainal habia ofrecido un premio al que resolviese esta cuestion: «¿Cuál será la influencia que tendrá sobre el Mundo-Antiguo el descubrimiento del Nuevo-Mundo?»

Los escritores se perdieron en cálculos relativos á la esportacion é importacion de metales, á la despoblacion de la España, al aumento del comercio, á la perfeccion de la marina; y nadie, que yo sepa, buscó la influencia del descubrimiento de la América sobre la Europa en el establecimiento de las repúblicas americanas. Nunca se veia otra cosa que las antiguas monarquías en corta diferencia tales como eran, la sociedad estacionaria y el entendimiento humano sin adelantar ni retroceder; no se tenia la menor idea de la revolucion que en el espacio de cuarenta años se ha obrado en las ideas.

El tesoro mas precioso que encerraba la América en su seno, era la libertad; y todos los pueblos fueron llamados á beneficiar aquella mina inagotable. El descubrimiento de la república representativa en los Estados-Unidos, es uno de los mayores acontecimientos políticos del mundo. Este acontecimiento ha justificado, como he dicho ya en otra parte, que hay dos especies de libertad practicables: la una pertenece á la infancia de los pueblos, es hija de las costumbres y de la virtud; y esta fué la de los primeros griegos y romanos y la de los salvages de la América:

la otra nace de la vejez de los pueblos; es hija de las luces y de la razon; y esta es la libertad de los Estados-Unidos, que ha reemplazado á la libertad de los indios. ¡País afortunado, que en el espacio de menos de tres siglos ha pasado de la una á la otra libertad casi sin esfuerzo, y por medio de una lucha que apenas ha durado ocho años!

Pero ¿conservará la América su última especie de libertad? ¿Los Estados-Unidos no se dividirán? ¿No se notan ya los gérmenes de esta division? ¿No ha sostenido ya un representante de la Virginia la thesis de la antigua libertad griega y romana con el sistema de esclavitud, contra un diputado del Massachusets, que defendia la causa de la libertad moderna sin esclavos, tal como la ha creado el cristianismo?

Los estados del Oeste, estendiéndose mas y mas, y sobrado apartados de los del Atlántico, ¿no querrán tener un gobierno separado?

En fin, ¿los americanos son hombres perfectos? ¿no tienen sus vicios como los demas hombres? ¿son moralmente superiores á los ingleses de que traen su orígen? ¿Esta emigracion estrangera que fluye sin cesar á sus pueblos de todos los puntos de Europa, no destruirá á la larga la homogeneidad de su raza? ¿No les dominará el espíritu mercantil? ¿No empieza ya el interés á ser su defecto nacional dominante?

Ademas, es menester decirlo con dolor: el establecimiento de las repúblicas de Méjico, de Colombia, del Perú, de Chile, de Buenos-Aires, es muy peligroso para los Estados-Unidos. Cuando estos no tenian cerca de sí mas que las colonias de un reino trans-atlántico, ninguna guerra era problable. Mas ¿ahora no nacerán rivalidades entre las antiguas repúblicas de la América septentrional, y las nuevas repúblicas de la América española? ¿Estas no renunciarán á las alianzas con las potencias europeas? Y si

ambos pueblos corriesen á las armas; si el espíritu militar se apoderase de los Estados-Unidos, podria levantarse un gran capitan: la gloria ama las coronas; los soldados no son otra cosa que unos brillantes fabricantes de cadenas, y la libertad no está segura de conservar su patrimonio bajo la tutela de la victoria.

Sin embargo, cualquiera que sea el porvenir la libertad nunca desaparecerá enteramente de América; y aquí debe notarse una de las grandes ventajas de la libertad hija de las luces sobre la libertad hija de las costumbres.

La libertad hija de las costumbres perece cuando su principio se altera, y es propio de la naturaleza de las costumbres el deteriorarse con el tiempo.

La libertad hija de las costumbres empieza antes que el despotismo en los dias de obscuridad y de pobreza; y viene á perderse en el despotismo en los dias de lujo y esplendor.

La libertad hija de las luces brilla despues de las edades de opresion y de corrupcion: marcha con el principio que la conserva y la renueva; las luces, de que es efecto, lejos de debilitarse con el tiempo, como las costumbres que producen la primera libertad, se fortifican por el contrario con el tiempo: no abandonan nunca á la libertad que han producido; y siempre al lado de esta libertad, son á la vez la virtud generativa y la fuente inagotable.

En fin, los Estados-Uuidos tienen una salvaguardia mas: su poblacion no ocupa una décimaoctava parte de su territorio. La América habita aun en la soledad; sus desiertos serán áun por largo tiempo sus costumbres, y sus luces serán su libertad.

Yo me holgara de poder decir otro tanto de las repúblicas españolas de América. Estas son indepen-

dientes; están separadas de Europa: este es un hecho consumado, un hecho inmenso sin duda en sus resultados; pero del cual no se deriva inmediata y precisamente la libertad.

REPUBLICAS ESPAÑOLAS.

Cuando la América inglesa se sublevó contra la Gran-Bretaña, su posicion era muy diversa de la en que se halla hoy la América española. Las colonias que formaron los Estados-Unidos habian sido pobladas en diferentes épocas por algunos ingleses descontentos de su pais natal, del cual se alejaban para gozar de la libertad civil y religiosa. Los que se establecieron principalmente en la Nueva-Inglaterra pertenecian á aquella secta republicana, famosa bajo el reinado del segundo Estuardo.

El ódio de la monarquía se conservó en el crudo clima del Massachusets, del Nuevo-Hampshire y del Maine. Cuando la revolucion estalló en Boston, puede decirse que no era una nueva revolucion sino la misma de 1649, que volvia á aparecer despues de un aplazamiento de poco mas de un siglo, y que iban á ejecutar los descendientes de los puritanos de Cromwel. Si el mismo Cromwel, que embarcado ya para la Nueva-Inglaterra, se vió precisado á desembarcar, hubiese pasado á América, hubiera permanecido obscuro; pero sus hijos hubieran gozado de aquella libertad republicana que buscó en un crímen, y que no le dió mas que un trono.

Algunos soldados realistas hechos prisioneros en el campo de batalla, vendidos como esclavos por la faccion parlamentaria, y que Cárlos II no se cuido de rescatar, dejaron tambien en la América septentrional hijos indiferentes á la causa de los reyes.

Los colonos de los Estados-Unidos, como ingleses, estaban ya acostumbrados á la discusion pública de los intereses del pueblo, á los derechos del ciudadano, al lenguage y á las formas del gobierno constitucional; estaban instruidos en las artes, las letras y las ciencias; participaban de todas las luces de la madre patria. Gozaban de la institucion del jurado, y tenian ademas en todos sus establecimientos cartas constitucionales que arreglaban su gobierno y administracion. Estas cartas se fundaban en principios tan generosos que sirven todavía de constituciones particulares á los diferentes Estados-Unidos. Resulta de todos estos hechos que los Estados-Unidos no cambiaron propiamente de existencia en el momento de su revolucion: un congreso americano sustituyó á un parlamento inglés; el lugar del rey le ocupó un presidente; la cadena del feudatorio fué reemplazada por el vínculo del federalista, y la casualidad hizo que se encontrase un grande hombre capaz de estrechar este vínculo.

¿Los herederos de Pizarro y de Hernan Cortés se parecerian á los hijos de los *hermanos* de Penn y á los hijos de los *independientes*? ¿se habian educado en la antigua España en la escuela de la libertad? ¿habian encontrado en su antiguo pais las instituciones, la enseñanza, los egemplos y las luces que preparan á un pueblo para el gobierno constitucional? ¿tenian cartas políticas en aquellas colonias sometidas á la autoridad militar, en donde la miseria se sentaba cubierta de harapos sobre las minas de oro? ¿La España no llevó al Nuevo-Mundo su religion, sus costum-

bres, sus ideas, sus principios, y hasta sus preocupaciones? Una poblacion católica, sometida á un clero numeroso, rico y poderoso; una poblacion formada de una mezcla de dos millones novecientos treinta y siete mil blancos, cinco millones quinientos diez y ocho mil negros y mulatos, libres ó esclavos, y siete millones quinientos treinta mil indios, una poblacion dividida en clase noble y plebeya; una poblacion diseminada en unas selvas inmensas, en una variedad infinita de climas en las dos Américas y á lo largo de las costas de dos océanos; una poblacion casi sin relaciones nacionales, y sin intereses comunes, ¿puede ser tan propia para las instituciones democráticas como la poblacion homogénea, sin distincion de ramos, y protestante en los tres cuartos y medio de los diez millones de ciudadanos de los Estados-Unidos? La instruccion es general: en las repúblicas españolas casi la totalidad de la poblacion no sabe siquiera leer; el cura es el sábio de los lugares: estos lugares son muy raros, y para ir de una ciudad á otra se gastan tres ó cuatro meses. Ciudades y villas han sido devastadas por la guerra; no hay caminos ni canales; los rios inmensos que un dia llevarán la civilizacion á las partes mas recónditas de aquellas regiones, todavía no riegan mas que desiertos.

De aquellos negros, de aquellos indios y de aquellos europeos ha nacido una poblacion mista, adormecida en la suave esclavitud que las costumbres españolas establecen donde quiera que reinan. En la Colombia existe una raza hija del indio y del africano, que no tienen mas instinto que el de vivir y servir; de manera que habiéndose proclamado el principio de la libertad de los esclavos, todos estos quisieron permanecer en casa de sus amos.

En algunas de aquellas colonias que la España tenia olvidadas, y se hallaban oprimidas por unos

pequeños déspotas llamados gobernadores, se habia introducido la mayor corrupcion de costumbres: era muy comun encontrar algunos eclesiásticos rodeados de una familia cuyo orígen no ocultaban; y se ha conocido un habitante que hacia una especulacion de su comercio con las negras, y se enriquecia vendiendo los hijos que tenia de aquellas esclavas.

Las formas democráticas eran tan ignoradas, tan estraño era en aquellos paises el nombre mismo de república, que sin un volúmen de la historia de Rollin no se hubiera sabido en el Paraguay qué cosa eran un dictador, cónsules y un senado. En Goatemala hicieron la constitucion dos ó tres jovenes estrangeros; y en unas naciones donde la educacion política está tan atrasada, siempre corre peligro la libertad.

En Méjico las clases superiores son instruidas y distinguidas; mas como aquella república no tiene puertos, la poblacion general no está en contacto con las luces de Europa.

La Colombia, por el contrario, merced á la escelente disposicion de sus rios, tiene mas comunicaciones con el estrangero, y ademas ha producido un hombre muy notable. Pero ¿será cierto que un soldado generoso pueda dar la libertad tan fácilmente como podria establecer la esclavitud? La fuerza no reemplaza al tiempo; y cuando falta á un pueblo la primera educacion política, esta educacion solo puede ser obra de los años. La libertad medraria poco á la sombra de la dictadura, y siempre seria de temer que una dictadura prolongada inspirase al que la habia egercido el gusto de la arbitrariedad perpétua. En este caso se comete un círculo vicioso. En la república de la América central existe una guerra civil.

La república Boliviana y la de Chile se han visto asoladas por las revoluciones: colocadas en el océano

Pacífico, parece se hallen escluidas de la parte mas civilizada del mundo (1).

Buenos-Aires tiene los inconvenientes de su latitud; porque es sobrado cierto que la temperatura de tal ó cual region puede ser un obstáculo para la marcha y desarrollo del gobierno popular. Un pais en donde las fuerzas físicas del hombre se hallan abatidas por el ardor del sol, donde es menester esconderse durante el dia, y permanecer casi sin movimiento tendidos sobre una estera; un pais de esta naturaleza es poco á propósito para las deliberaciones del foro. No es necesario exagerar nada la influencia de los climas: en un mismo punto, en las zonas templadas se han visto alternativamente pueblos libres y pueblos esclavos; mas bajo el círculo polar y bajo la línea hay exigencias de clima incontestables, y que deben producir efectos permanentes. Por esta sola necesidad serán siempre los negros poderosos, si ya no llegan á ser señores en la América meridional.

Los Estados-Unidos se sublevaron por sí mismos por haberse relajado el yugo y por amor á la independencia; y cuando hubieron quebrantado sus cadenas, encontraron en sí mismos las luces suficientes para gobernarse. Una civilizacion muy adelantada, una educacion política que contaba ya muy larga fecha, una industria desarrollada, los elevaron al grado de prosperidad en que hoy los vemos, sin que para ello se viesen precisados á recurrir al dinero ni á la inteligencia de los estrangeros.

En las repúblicas españolas concurren unos hechos enteramente diversos.

(1) En el momento en que escribo, los papeles públicos de todas las opiniones anuncian las revueltas, divisiones, y bancarrotas de aquellas diversas repúblicas.

Aunque miserablemente administradas por la madre patria, el primer movimiento de aquellas colonias fué mas bien el efecto de un impulso estrangero, que el instinto de la libertad. La guerra de la revolucion francesa le produjo. Los ingleses que desde el reinado de la reina Isabel no habian apartado la vista de las Américas españolas, dirigieron en 1804 sobre Buenos-Aires una espedicion, que se estrelló contra el valor de un solo francés, el capitan Liniers.

Para las colonias españolas la cuestion se hallaba entonces reducida á saber si seguirian la política del gabinete español, aliado entonces de Bonaparte, ó si mirando esta alianza como forzada y contra la naturaleza, se separarian del *gobierno español*, para conservarse al *rey de España*.

Desde el año 1790 habia comenzado ya Miranda á tratar con la Inglaterra el negocio de la emancipacion. Negociaciones que volvieron á entablarse en 1797, 1801, 1804 y 1807, en cuya época se estaba preparando en Corck una grande espedicion para Costa-Firme. En fin, en 1809 se arrojó Miranda en las colonias españolas; y aunque la espedicion no fué feliz para él, la insurreccion de Venezuela tomó consistencia, y Bolivar la estendió.

En esta época la cuestion habia ya cambiado para las colonias y para la Inglaterra: la España se habia levantado contra Bonaparte; el régimen constitucional se habia inaugurado en Cádiz bajo la direccion de las córtes; y estas ideas de libertad se habian comunicado necesariamente á la America por la autoridad de las mismas córtes.

La Inglaterra por su parte ya no podia atacar ostensiblemente á las colonias españolas; pues el rey de España, que se hallaba prisionero en Francia, era entonces su aliado; y así es que publicó algunos bills

dirigidos á prohibir á los vasallos de S. M. B. llevasen socorros á los americanos; pero al mismo tiempo seis ó siete mil hombres alistados, á pesar de los bills diplomáticos, se dirigian á sostener la insurreccion de la Colombia.

Vuelta España á su antiguo gobierno despues de la restauracion de Fernando, cometió grandes faltas: el gobierno constitucional, restablecido por la insurreccion de las tropas de la isla de Leon, no se mostró mas hábil; y las córtes todavía fueron menos favorables que el gobierno absoluto á la emancipacion de las colonias españolas. Bolivar, con su actividad y sus victorias, acabó de destruir unos lazos, que en un principio no se habia tratado de romper. Los ingleses, que en todas partes se encontraban, en Méjico, en Colombia, en el Perú y en Chile, con lord Cochrane, reconocieron al fin públicamente lo que era en gran parte su obra secreta.

Se ve, pues, que las colonias españolas no han sido, como los Estados-Unidos, impulsadas á la emancipacion por un principio poderoso de libertad; que este principio no tuvo, al comenzar las revueltas, aquella vitalidad, aquella energía que anuncia la firme voluntad de las naciones. Un impulso venido del esterior, intereses políticos, y acontecimientos estremadamente complicados, esto es lo que á primera vista se distingue. Las colonias se separaban de la España, porque la España estaba invadida, y luego se daban instituciones como las córtes las daban á la madre patria: en fin, nada de razonable se les proponia, y no quisieron volver al yugo antiguo. Pero aun hay mas: el oro y las especulaciones de los estrangeros propendian tambien á arrebatarles lo que podia quedar de nativo y nacional á su libertad.

De 1822 á 1826 se habian hecho en Inglaterra diez empréstitos para las colonias españolas, que as-

cendian á la suma de 20,978,000 libras esterlinas. Estos empréstitos se habian contratado uno con otro á 75 c. Despues se descontaron sobre ellos dos años de interés al 6 por 100; luego se retuvieron 7,000,000 de libras esterlinas, por varios artículos suministrados. De modo que ajustadas cuentas, la Inglaterra desembolsó una suma real de 7,000,000 de libras esterlinas, ó 175,000,000 de francos; pero las repúblicas españolas tienen sobre sí una deuda de 20,978,000 libras esterlinas.

A estos empréstitos, ya escesivos, se allegaron esa multitud de asociaciones ó compañías destinadas á esplotar las minas, pescar perlas, abrir canales y caminos, y desmontar las tierras de aquel nuevo mundo que parecia descubierto por la primera vez. Estas compañías llegaron al número de veinte y nueve, y el capital nominal de las sumas impuestas en ellas á 14,767,500 libras esterlinas. Los suscritores no realizaron mas de una cuarta parte de esta suma, y de consiguiente deben añadirse 3,000,000 de esterlinas (ó sean 75,000,000 de francos) á los 7,000,000 de esterlinas (ó sea 175,000,000 de francos) de los empréstitos: que forman al todo 250,000,000 de francos adelantados por la Inglaterra á las colonias españolas, y por los cuales repite una suma nominal de 35,745,500 libras esterlinas, tanto de los gobiernos como de los particulares.

La Inglaterra tiene vice-cónsules en las mas pequeñas bahías, cónsules en los puertos de alguna importancia, y cónsules generales y ministros plenipotenciarios en la Colombia y en Méjico. Todo el pais está lleno de casas de comercio inglesas, de comisionistas viageros ingleses, agentes de compañías inglesas para el laboreo de las minas, mineralogistas ingleses, militares ingleses, proveedores ingleses y colonos ingleses; á quienes se han vendido tierras á tres

chelines el acre, lo que venian á ser doce sueldos y medio al accionista. El pabellon inglés flota en todas las costas del Atlántico y del mar del Sur: todos los rios navegables están cuajados de barcos cargados de productos de las fábricas inglesas, ó del cambio de este producto; paquebotes suministrados por el almirantazgo parten todos los meses en dias señalados de la Gran-Bretaña para los diferentes puntos de las colonias españolas.

Numerosas quiebras han sido la consecuencia de estas inmoderadas empresas; el pueblo ha destrozado en muchas partes las máquinas para el laboreo de las minas; las minas vendidas no se han hallado; se han entablado muchos pleitos entre los negociantes américo-españoles y los negociantes ingleses, y entre los gobiernos se han suscitado tambien cuestiones con relacion á los empréstitos.

Resulta de estos hechos, que las antiguas colonias españolas, en el momento de su emancipacion, se trasformaron en una especie de colonias inglesas. Los nuevos señores no son amados, porque no se ama á los señores; y en general el orgullo británico humilla á los mismos á quienes protege; pero no es menos cierto que esta especie de supremacía estrangera comprime en las repúblicas españolas el desarrollo del genio nacional.

La independencia de los Estados-Unidos no se combinó con tan diversos intereses: la Inglaterra no habia sufrido como la España una invasion y una revolucion política, mientras que sus colonias se separaban de ella. Los Estados-Unidos fueron socorridos militarmente por la Francia, que los trató como aliados; y no vinieron á ser por una série de empréstitos, intrigas y especulaciones, los deudores y el mercado del estrangero.

En fin, la independencia de las colonias españolas

todavía no ha sido reconocida por la madre patria (1); esa resistencia pasiva del gabinete de Madrid, tiene mucha mas fuerza, y produce mayores inconvenientes de lo que puede imaginarse: el derecho es un poder que hace vacilar por mucho tiempo el hecho, aun cuando los acontecimientos no sean favorables al derecho: nuestra restauracion lo ha probado. Si la Inglaterra, sin hacer la guerra á los Estados-Unidos, se hubiese contentado con no reconocer su independencia, ¿serian los Estados-Unidos lo que son hoy dia?

Cuantos mas obstáculos han encontrado y encontrarán aun las repúblicas españolas en la nueva carrera que van recorriendo, mas mérito tendrán en superarlos. Aquellos paises encierrán en sus vastos límites todos los elementos de la prosperidad: clima y suelos variados, bosques para la marina, puertos para los buques, un doble Océano que les abre el comercio del mundo. La naturaleza ha prodigado todos sus bienes á aquellas repúblicas; todo es rico en el interior y en el esterior de la tierra que ocupan: los rios fecundan la superficie de aquella tierra, y el oro fertiliza su seno. La América española, pues, tiene delante de sí un porvenir de ventura: pero decirle que puede alcanzarle sin esfuerzos, seria alucinarla, seria adormecerla en una engañosa seguridad: los aduladores de los pueblos son tan peligrosos como los aduladores de los reyes. Cuando se crea una utopia, no se toma en cuenta lo pasado, ni la historia, ni los hechos, ni las costumbres, ni el carácter, ni las preocupaciones; y encantado el que la imagina con sus propias ilusiones, no se precave contra los acontecimientos, y echa á perder los mas bellos destinos.

He espuesto con franqueza las dificultades que pueden embarazar á la libertad de las repúblicas es-

(1) Lo fué ya en 1836. (*E. E.*)

pañolas: ahora debo indicar igualmente las garantías de su independencia.

Desde luego la influencia del clima y la falta de caminos y de cultura, harian infructuosos los esfuerzos que se intentasen para conquistar aquellas repúblicas. Podria ocuparse por un momento el litoral; pero seria imposible adelantar en el interior.

La Colombia no tiene ya en su territorio españoles propiamente dichos: les llamaban los *godos*, y han perecido ó han sido espulsados. En Méjico se acaban de tomar medidas contra los naturales de la antigua madre patria.

Todo el clero de la Colombia es americano; muchos sacerdotes, por una infraccion culpable de la disciplina de la iglesia, son padres de familia, como los otros ciudadanos, y ni siquiera usan el trage propio de su estado. Semejante estado de cosas es ciertamente poco favorable á las costumbres; pero de ello resulta al mismo tiempo que el clero, sin embargo de ser católico, teme que se establezcan relaciones mas íntimas con la córte de Roma, y es favorable á la emancipacion. Los regulares en las revueltas, mas bien han sido soldados que religiosos. Veinte años de revolucion han creado derechos, propiedades y empleos, que no será fácil destruir; y la nueva generacion, nacida en el curso de la revolucion de las colonias, está nutrida en el amor á la independencia. En otro tiempo se lisongeaba la España de que no se ponia el sol en sus estados: esperemos ahora, que la libertad no dejará ya de ilustrar á los hombres.

Mas esta libertad, ¿podria haberse establecido en la América española por un medio mas fácil y mas seguro que el que se ha empleado; medio que aplicado en tiempo útil, cuando los acontecimientos nada habian decidido todavía, hubiera hecho desaparecer una multitud de obstáculos? Yo creo que sí.

A mi modo de ver las colonias españolas hubieran ganado mucho en formar monarquías constitucionales. La monarquía representativa es en mi concepto un gobierno muy superior al gobierno republicano; porque destruye las pretensiones individuales al poder ejecutivo, y combina el órden con la libertad.

Me parece tambien que la monarquía representativa se adapta mas al carácter español y al estado de las personas y de las cosas en un pais donde domina la grande propiedad territorial; donde el número de los europeos es pequeño, y el de los negros y de los indios considerable: donde está en uso la esclavitud; donde la religion del estado es la católica, y donde las clases populares carecen absolutamente de instruccion.

Las colonias españolas, independientes de la madre patria, y formadas en grandes monarquías representativas, hubieran completado su educacion política al abrigo de las tempestades que todavía pueden trastornar las repúblicas nacientes. Un pueblo que sale de repente de la esclavitud y se precipita en la libertad, puede caer en la anarquía, y la anarquía produce casi siempre el despotismo.

Pues si existia, se me dirá sin duda, un sistema propio para precaver estas divisiones: «Vos subisteis al poder, y os contentásteis con desear la paz, la felicidad, la libertad de la América española: ¿por qué os limitásteis á votos estériles?»

Aquí debo anticipar algo de lo que digo en mis Memorias, para hacer una confesion.

Cuando Fernando quedó libre en Cádiz, y Luis XVIII escribió al monarca español para empeñarle á que diese un gobierno libre á sus pueblos, creí terminaba mi mision, y tuve la idea de entregar al rey la cartera de negocios estrangeros, y suplicar á S. M. la diese al virtuoso duque de Montmorency.

¡Cuántos cuidados me hubiera evitado! ¡cuántas divisiones hubiera querido ahorrar á la opinion pública! La amistad y el poder no hubieran dado entonces un triste egemplo. Coronado en el éxito de mis empresas, hubiera dejado el ministerio del modo mas brillante, para entregarme al reposo el resto de mis dias.

Los intereses de esas colonias españolas de que acabo de hablar, son los que han producido el último juego de mi caprichosa fortuna. Puedo decir que me he sacrificado á la esperanza de asegurar el reposo y la independencia de un gran pueblo. Cuando yo pensaba en retirarme, se hallaban muy adelantadas algunas negociaciones del mayor interés; yo las habia entablado, y poseia todos los pormenores; habiame formado un plan, que creia útil á los dos mundos, y lisongeábame de haber sentado una base, sobre la cual podrian colocarse á la vez los derechos de las naciones, el interés de mi patria y el de los otros paises. No puedo esplicar los pormenores de este plan, y bien se conocerá la razon.

En diplomacia, un proyecto concebido no es un proyecto ejecutado: los gobiernos tienen sus rutinas y su marcha; se necesita paciencia; porque no se toman por asalto los gabinetes estrangeros, como el señor Delfin tomaba ciudades la política no camina tan aprisa como camina la gloria al frente de nuestros soldados. Resistiendo por desgracia á mi primera inspiracion, permanecí en el ministerio para terminar mi obra. Creí que habiéndola preparado, la conoceria mejor que mi sucesor; y temí tambien que la cartera no fuese entregada á Mr. de Montmorency, y que algun otro ministro no adoptase algun rancio sistema con relacion á las posesiones españolas. Déjeseme seguir con la idea de unir mi nombre á la libertad de la segunda América sin comprometer esta

misma libertad en las colonias emancipadas, y sin esponer el principio monárquico en los estados de Europa.

Seguro de la benevolencia de todos los gabinetes de Europa, fuera de uno solo, no desesperaba de vencer la resistencia que me oponia en Inglaterra el hombre de estado que acababa de morir; resistencia que menos nacia de él que del interés mercantil mal entendido de su nacion. El porvenir conocerá tal vez la correspondencia particular que tuvo lugar sobre este grande objeto entre mi ilustre amigo y yo. Como en los destinos de un hombre todo está encadenado, es posible que Mr. Canning, asociándose á algunos proyectos estraños, poco diferentes de los suyos, hubiese encontrado mas tranquilidad, y hubiese evitado las inquietudes políticas que fatigaron sus últimos dias. Los talentos se apresuran á desaparecer, y va organizándose una pequeña Europa á gusto de la medianía; para llegar á las generaciones nuevas, será preciso atravesar un desierto.

Como quiera que sea, yo pensaba que la administracion de que era miembro me dejaria acabar un edificio que solo podia darle honor, y tenia la sencillez de creer que cuando los negocios de un ministerio me llevaban á ocuparme en el estrangero, no me lanzaban en el camino que otro ocupaba ya: miraba como astrólogo á los cielos, y dí conmigo en una sima: la Inglaterra aplaudió mi caida: es verdad que teniamos guarnicion en Cádiz bajo la bandera blanca, y que la emancipacion monárquica de las colonias españolas por la poderosa influencia del gefe de los Borbones, hubiera elevado á la Francia al mas alto grado de prosperidad y de gloria.

Tal ha sido el último sueño de mi edad madura: creíame en América, y desperté en Europa. Réstame decir como regresé en otro tiempo de esta misma

América, despues de haber visto desvanecerse igualmente el primer sueño de mi juventud.

FIN DEL VIAGE.

Errando de floresta en floresta, me habia aproximado á los desmontes americanos; y una tarde descubrí á la orilla de un rio una granja formada de troncos, en donde pedí hospitalidad, y me fué concedida.

Llegó la noche, y no habia en la casa mas luz que la lumbre del fogon: sentéme, pues, en un rincon de la cocina, y mientras mi huéspeda preparaba la cena, me entretenia leyendo al resplandor del fuego, para lo cual tenia que bajar mucho la cabeza, un periódico inglés qne encontré en el suelo, y en el cual llamaron mi atencion unas letras muy gruesas con estas palabras: *FLIGHT OF THE KING*, *fuga del rey*. Era la relacion de la evasion de Luis XVI, y del arresto del desventurado monarcas en Varennes. El periódico referia tambien los progresos de la emigracion, y la reunion de casi todos los oficiales del ejército bajo la bandera de los príncipes franceses. Entonces creí oir la voz del honor, y abandoné mis proyectos.

Vuelto á Filadelfia, me embarqué, y una tempestad me arrojó en diez y nueve dias sobre la costa de Francia, en donde casi naufragué entre las islas de Guernesey y Origny. Tomé tierra en el Havre, y en el mes de julio de 1792 emigré en compañía de mi hermano. El ejército de los príncipes estaba ya en campaña, y sin la mediacion de mi desgraciado primo Armando de Chateaubriand, no hubiera podido conseguir que se me recibiese. En vano decia yo que

acababa de llegar sin otro objeto desde la catarata de Niágara; nada querian oir, y estuve á punto de batirme, para obtener el honor de llevar una mochila á cuestas. Mis camaradas, los oficiales del regimiento de Navarra, formaban una compañía en el campo de los príncipes; pero yo entré en una de las compañías bretonas: lo que me sucedió despues puede verse en el nuevo prólogo de mi *Ensayo histórico*.

De esta manera, lo que me pareció un deber, trastornó los primeros designios que habia concebido, y produjo la primera de aquellas peripecias que han señalado mi carrera. Los Borbones no necesitaban ciertamente que un muchacho de Bretaña volviese de ultramar para ofrecerles su insignificante adhesion, así como no necesitaron sus servicios cuando salió de la obscuridad; y si continuando mi viage, hubiera encendido el candil de mi huéspeda con el periódico que cambió mi vida, nadie hubiera notado mi ausencia, porque nadie sabia que existiese. Un simple altercado entre mi conciencia y yo, me hizo volver al teatro del mundo; porque aunque hubiera podido hacer con seguridad lo que hubiese querido, como que era el único testigo de la disputa, este testigo es precisamente el que yo mas respeto en el mundo, y ante cuyos ojos me seria mas sensible tener que sonrojarme.

Mas ¿en qué consiste que las soledades del Erié y del Ontario se presentan hoy á mi pensamiento con mas atractivo que el brillante espectáculo del Bósforo?

Es que en la época de mi viage á los Estados-Unidos, estaba yo lleno de ilusiones: las revueltas de la Francia empezaron al mismo tiempo que mi vida, y nada se hallaba todavía completo en mí ni en mi pais. La memoria de aquellos dias es grata á mi corazon, porque solo me recuerda la inocencia de los sentimientos inspirados por la familia, y por los placeres de la juventud.

Quince ó diez y seis años mas adelante, despues de mi segundo viage, la revolucion se habia consumado: yo no me alimentaba ya de ilusiones; y mis recuerdos, que entonces traian su origen de la sociedad, habian perdido su candor. Burlado en mis dos peregrinaciones, no habia podido descubrir el paso del Noroeste, ni habia conquistado la gloria entre los bosques, en donde fuí á buscarla, sino que la habia dejado sentada sobre las ruinas de Atenas.

Partiendo á América para ser viagero, y regresando á Europa para ser soldado, no llegué al cabo de una ni otra carrera: un génio enemigo me arrebató el báculo y la espada, y me puso en la mano una pluma. Cuando en Esparta contemplaba el cielo durante la noche (1), me acordaba de los paises que habian visto ya mi sueño tranquilo ó agitado: en los caminos de Alemania, en los matorrales de Inglaterra, en los campos de Italia, en los mares y en las selvas del Canadá, habia saludado á las mismas estrellas que veia brillar sobre la patria de Elena y de Menelao. Mas ¿de qué me sirve quejarme á los astros, inmóviles testigos de mi errante destino? Un dia llegará en que su mirada no se fatigará ya en seguirme, y se fijará sobre mi sepulcro. Por ahora, indiferente á mi propia suerte, no pediré á esos astros malignos que se inclinen á mí con mas benéfica influencia, ni me restituyan la parte de vida que deja el viagero en los sitios por donde pasa.

(1) Itinerario.

FIN DEL VIAGE Á AMERICA.

VIAGE A ITALIA.

Biblioteca popular. 22

VIAGE A ITALIA.

A MR. JOUBERT. (1)

CARTA PRIMERA.

Turin, 17 de junio de 1803.

Mi querido amigo: no he podido escribir á vd. desde Leon, como se lo prometí; y no ignora vd. cuanto me agrada esta preciosa ciudad, que tan buena acogida me hizo el último año, y mucho mejor en el

(1) Mr. Joubert (hermano mayor del abogado general en el tribunal de Casacion de París), persona de mucho talento, de benigna índole, de trato afable, y de un genio que le hubiera sin duda valido una merecida celebridad, si hubiese querido darse á conocer; prematuramente arrebatado á su familia, y á la escogida sociedad, cuyas delicias formaba, fué hombre que ha dejado en mi alma con su muerte uno de esos vacíos que labran los años, sin que puedan llenarlo.

presente. He vuelto á ver los antiguos muros de los romanos, defendidos por los valerosos leontinos de nuestros dias, cuando las bombas de los convencionistas obligaron á nuestro amigo Fontanes á variar el sitio de la cuna de su hija; he vuelto á ver la abadía de los Amantes, y la fuente de Juan Jacobo Rousseau. Las riberas del Saona se presentan mas risueñas y pintorescas que nunca; y las barcas que surcan este manso rio, *mitis Arar*, cubiertas de un toldo, iluminadas por la noche, y conducidas por jóvenes remadoras, entretienen deliciosamente la vista. Vd. que gusta de las campanas, venga á Leon, pues sus conventos, diseminados por las colinas, han vuelto á encontrar sus antiguos solitarios.

Ya sabe vd. que la academia de Leon me ha dispensado el honor de admitirme como uno de sus individuos; pero debo confesar á vd. que si en ella tiene alguna parte el espíritu maligno, no debe vd. buscarlo en la vanidad que me inspira, sino la parte buena, puesto que gusta mirar aun el infierno por el mejor lado. La mas viva satisfaccion que he esperimentado en mi vida ha sido la de verme honrado en Francia y en los paises estrangeros, con pruebas de un interés que no podia prometerme. Me ha sucedido alguna vez al estar descansando en una triste posada de un pueblecillo, ver entrar un padre y una madre con su hijo, al cual me presentaban, segun decian, para manifestarme su reconocimiento. ¿Era quizá el amor propio lo que me causaba el vivo placer de que me sentia penetrado? ¿Pero qué podia lisongear mi vanidad el que aquellas oscuras, pero buenas gentes, me testificasen su satisfaccion en medio de un camino real donde nadie les escuchaba? Lo que sí me envanecia, á lo menos así me atrevo á creerlo, era el considerar que habia hecho algo bueno, aunque poco, consolando algunos corazones oprimidos, y ha-

ciendo retoñar en las entrañas de una madre la esperanza de educar á un hijo cristiano, esto es, obediente, respetuoso, amante de los que le dieron el ser. No sé lo que vale mi obra (1); pero ¿hubiera gozado nunca un placer tan puro, á haber compuesto, aun con todo el ingenio posible, un libro del que se resintiesen la religion y las costumbres?

Diga vd. á nuestra tertulia cuánto la echo de menos: es inesplicable la satisfaccion de su trato, porque se conoce á primera vista, que aquellas personas que hablan tan familiarmente de cosas comunes, son capaces de discutir sobre las materias mas importantes; y que aquella simplicidad de su conversacion no proviene de falta de ideas, sino de espontánea eleccion.

Salí de Leon el dia..... á las cinco de la mañana: omito hacer á vd. su elogio; sus ruinas existen; ellas hablarán á la posteridad, y mientras el valor, la fidelidad, la religion, sean tenidas en algo entre los hombres, Leon no podrá ser dado al olvido (2).

Aunque mis amigos me hicieron prometerles que les escribiria durante mi viage, he caminado demasiado aprisa, y solo he tenido tiempo de borrajear con un lapiz en mi cartera el diario que os incluyo. En el manual de postas podrá vd. ver los nombres de los paises *desconocidos* que he descubierto, como Pont-de-Beauvoisin y Chambery; pero tanto me ha encargado vd. que necesita notas y mas notas, que me persuado de que no se quejarán los amigos si le cojo la palabra.

(1) El Genio del cristianismo.

(2) Me ha sido muy grato el encontrar, al cabo de veinte y cuatro años, en un manuscrito desconocido, la espresion de los sentimientos que profeso mas que nunca á los leontinos; y me es aun mas satisfactorio el haber recibido últimamente de estos habitentes las mismas pruebas de aprecio con que me honraron en aquella época.

DIARIO.

Saliendo de Leon el camino es bastante triste; y desde la Tour-du-Pin hasta Pont-du-Beauvoisin el pais es fresco y silvestre. Al acercarse á la Saboya se descubren tres órdenes de montañas, casi paralelas, y que se elevan unas sobre otras. La llanura que se estiende al pie de ellas está regada por el riachuelo Gué; y aunque desde lejos su planicie aparece muy unida, al entrar en ella se advierten colinas irregulares, en las que hay algunos arbolados, trigales y viñedo. Los montes que constituyen el fondo del paisage son musgosos y verdes, ó terminados en rocas en figura de cristalizaciones. El Gué corre encajonado, por decirlo así, tan profundamente, que su lecho puede llamarse un valle verdadero, pues las orillas interiores están sombreadas de árboles. Cosa que yo no habia observado sino en ciertos rios de América, y particularmente en el de Niágara.

Hay un sitio en el que se costea el Gué bastante cómodamente: la orilla opuesta del torrente está formada de piedras, semejantes á aquellos altos muros romanos, de arquitectura parecida á la de los circos de Nimes. (1)

Al llegar á Echelles el terreno va haciéndose mas agreste; y para encontrar una salida es preciso seguir sendas tortuosas, en medio de peñascos mas ó menos horizontales, inclinados ó perpendiculares. Sobre ellos vagaban nubes blancas, como las nieblas de la maña-

(1) Aun no habia visto *el Coliseo*.

na que brotan de la tierra en los terrenos bajos, las cuales se elevaban ó descendian mas abajo de las masas de granito, dejando ver las cimas de los montes, ó llenando el intermedio de la cumbre y el cielo. Todo aquel conjunto formaba un caos, cuyos límites indefinidos parecia que no eran propiedad de elemento alguno.

En la mas alta cumbre de aquellos montes está la gran Cartuja, y al pie el camino de Emmanuel: la religion ha colocado sus beneficios cerca de aquel *que está en los cielos*, y el príncipe ha acercado los suyos á la morada de los hombres.

En otro tiempo se veia en estos sitios una inscripcion que anunciaba que Emmanuel habia hecho abrir aquel camino en el monte, en beneficio público; mas en tiempo de la revolucion se hizo borrar la inscripcion. Bonaparte la renovó, y en verdad pudiera haberse añadido á ella su nombre, si todos los rasgos de su vida política hubiesen sido tan nobles como este.

Se entraba antiguamente en esta roca por una galería subterránea, abandonada hoy; solo ví en aquel sitio aves silvestres qne revoloteaban en silencio á la boca de la caverna, como aquellos sueños que coloca Virgilio á la entrada del infierno, cuando dice:

Foliisque sub omnibus hærent.

Chambery está situado en una concha, cuyas elevadas orillas ofrecen bastante desnudez; pero se entra por un agradable desfiladero, y se sale por un ameno valle. La montañas que rodean el valle estaban en parte medio nevadas, ocultándose y descubriéndose alternativamente sin interrupcion, bajo un cielo movedizo, formado de vapores y nubes.

En Chambery fué donde una muger albergó ge-

nerosamente á un hombre, el cual se creyó filosóficamente obligado á deshonrarla en pago de la hospitalidad recibida y la amistad que le manifestó: ó Juan Rousseau pensó que el proceder de la señora Warens era una cosa acostumbrada, ó le tuvo por reprensible. Si lo primero, ¿en qué se fundan las pretensiones virtuosas del ciudadano de Génova? Si lo segundo, sacrificó la memoria de su bienhechora al orgullo de escribir algunas páginas elocuentes. Por último, si se persuadió que sus elogios y la magia de su estilo echarian un velo sobre las faltas que atribuye á la señora Warens, este es el mas odioso de todo amor propio. Hé aquí el riesgo de una gran reputacion literaria: el deseo de brillar supera á veces á los sentimientos mas nobles y generosos. A no haberse hecho célebre Rousseau, sin duda hubiera sepultado en el silencio de los valles de la Saboya las fragilidades de la muger que le sustentó, sacrificándose él mismo á las faltas de su amiga y consolándola en su vejez, en lugar de contentarse con darla una caja de oro y abandonarla. Ahora que todo ha concluido para él, ¿qué le importa al autor de las *Confesiones* que sus cenizas sean famosas ó desconocidas? ¡No permita el cielo que la amistad vendida alze jámás su voz contra mi sepulcro!

Los recuerdos históricos influyen mucho en el placer ó disgusto del viagero. Los príncipes de la casa de Saboya, aventureros y caballeros, unen sus recuerdos á las montañas que cubren su reducido imperio.

Despues de pasado Chambery, merece mirarse con atencion desde el puente de Montmelian, la corriente del Isere. Los saboyanos son ágiles, bastante bien formados, de color pálido, y de un esterior regular; participan de un medio entre el italiano y el francés, y tienen un aire de pobres, aunque no de in-

digentes, lo mismo que sus valles. En todos los caminos de aquel pais se encuentran cruces é imágenes de la Virgen en los huecos de los pinos y nogales, indicios del carácter religioso de aquellos pueblos. Sus pequeñas iglesias, rodeadas de árboles, contrastan maravillosamente con las grandes montañas, y cuando los torbellinos del invierno bajan de sus cumbres, cargadas de eternos hielos, el saboyano se acoge al abrigo de su rústico templo á implorar bajo una bóveda de bálago, la misericordia de aquel que impera en los elementos.

Los valles que siguen por encima de Montmelian están coronados de montañas de diferentes figuras, unas casi desnudas, otras ya revestidas de florestas. El cultivo del fondo de aquellos valles, retrata con bastante propiedad las variedades del terreno y quebradas de Marly, aunque con la adicion de abundantes aguas y de un rio. El camino se parece mas que á una carretera, á la entrada de un soto, recordándome los nogales que le sombrean, los que admirábamos en nuestros paseos de Savigni. Volveremos á reunirnos bajo su sombra (1). El poeta en un éxtasis de melancolía esclamó:

¡Arboles bellos que nacer me visteis,
Dentro de poco me vereis morir!

¿Son acaso tan dignos de lástima los que mueren á la sombra de los árboles que les vieron nacer?

Los valles de que os iba hablando, terminan en una aldea que tiene el gracioso nombre de Aigue-Belle. Cuando pasé por ella, la altura que la domina estaba cubierta de nieve, que derretida por el sol, ha-

(1) Aun no nos hemos reunido.

bia descendido en tortuosos raudales á las concavidades negras y verdes de la roca, que os hubiera parecido un manojo de cohetes, ó un enjambre de hermosas serpientes blancas que se lanzaban al valle desde la cima de las montañas.

Aigue-Belle cierra en la apariencia los Alpes; pero luego que se vuelve una gran roca aislada, caida en el camino, se divisan nuevos valles que se introducen en la cordillera de montes que siguen el curso del Arche: los valles toman desde allí un aspecto mas sério y agreste.

Por ambos lados se elevan los montes y sus faldas van haciéndose perpendiculares; sus estériles cimas son otros tantos ventisqueros, y los torrentes que por todos lados se precipitan van á engrosar la disparatada corriente del Arche. Reparé en medio del tumulto de sus aguas una ligera y silenciosa cascada que cae graciosamente bajo un pabellon de sauces; y sin duda aquella húmeda colgadura, movida por el viento, pudiera habérseles representado á los poetas la túnica ondeante de una empinada roca. Estoy seguro de que los antiguos no hubieran dejado de dedicar en este sitio un altar á las ninfas.

Muy luego se presenta el paisage en toda su magestad: las selvas de pinos, jóvenes hasta allí, envejecen el camino más y mas escarpado, se dilata sobre abismos y se encuentran puentes de madera que sirven para atravesar hondos precipicios, en que se ven y oyen herbir y bramar las olas.

Despues de pasar por San Juan de Maurienne, llegué al ponerse el sol á San Andrés, y habiendo tenido que detenerme por falta de caballos, fuí á pasearme fuera del pueblecito. El aire parecia hacerse trasparente en las cumbres de los montes, cuyos perfiles dentellados se retrataban en el cielo, al mismo tiempo que una opaca sombra nocturna iba saliendo poco

á poco desde la base de ellos, elevándose hácia su cima.

Oia el canto del ruiseñor y el grito del águila: miraba en el valle los espinos ya floridos, y en los montes las nieves: en la cumbre de una roca se elevaban los restos de un castillo, que segun la tradiccion popular, fué obra de los cartagineses. En aquellos sitios cuanto es obra del hombre aparece frágil y mezquino; no viéndose sino rediles de ovejas formados de juncos, y casas de tierra construidas en dos dias; lo cual parece indicar que el cabrero de Saboya, teniendo á la vista las eternas masas que le rodean, no ha juzgado necesario tomarse gran molestia por las pasageras necesidades de la vida, ó que la arruinada torre de *Anibal* le advierte de la poca duracion y vanidad de los monumentos humanos.

Sin embargo, al considerar aquel dilatado desierto no podia menos de admirarme del rencor de un hombre, superior á todos los obstáculos, de un hombre que desde el estrecho de Cádiz se abrió un camino por medio de los Pirineos y los Alpes para ir á buscar á los romanos. No hace mucho al caso que las relaciones de la antigüedad no nos hayan indicado fijamente el punto del paso de Anibal, siendo al fin indudable que aquel gran capitan traspasó estos montes, entonces sin caminos, y mas rudos y agrestes por los que los habitaban, que por sus torrentes, sus rocas y selvas. Dícese que al llegar á Roma concibe uno mejor aquel ódio terrible que no pudieron aplacar las batallas de Trébia, Trassimenes y Cannas, habiéndoseme asegurado que las paredes de los baños de Caracalla están abiertas á pico hasta la altura de un hombre. ¿Habrá sido el germano, el galo, el cantabro, el godo, el vándalo ó el lombardo quien así se encarnizase contra aquellas paredes? Parece que todo el peso de la venganza del linage humano debia recaer sobre aquel pueblo que llamándose libre, no podia labrar

su grandeza sino con la esclavitud y la sangre del resto del mundo.

Al rayar el dia salí de San Andrés, y llegué á cosa de las dos de la tarde á Lans-le-bourg, al pie del monte Cenis. Al entrar en la aldea ví á un paisano que tenia sujeto por los pies á un aguilucho, mientras que una desapiada turba heria al jóven rey de los aires, é insultaba á la debilidad de los años y á la magestad destronada. Tambien habian muerto al padre y la madre de aquel noble huérfano. Propusiéronme que le comprase, pero murió antes que pudiese rescatarlo del mal trato que le habian dado. ¿No os suscita esto, la idea del tierno Luis XVII, de su padre y de su madre?

Aquí empieza la subida del monte Cenis (1), dejando el pequeño rio Arche, que conduce al pie de la montaña, y al otro lado del Cenis, el Doria abre la entrada de la Italia. Durante mis viages, he tenido con frecuencia motivos de observar la utilidad de los rios, porque no solamente son por sí mismos unos *grandes caminos que andan*, como los llama Pascal, sino que trazan el camino á los hombres, y les facilitan el paso de las montañas. Las naciones se han encontrado mútuamente costeando sus orillas, y los primeros habitadores de la tierra penetraron, ausiliados de su curso, en las soledades del mundo. Sabido es que los griegos y romanos sacrificaban á los rios; que la fábula los daba por hijos de Neptuno, como formados de los vapores del Océano, y que conducen al descubrimiento de los lagos y mares, siendo unos hijos viageros que vuelven al seno y sepulcro paternos.

El monte Cenis no presenta nada de notable por el lado de Francia. El lago de su meseta solo me ha

(1) Trabajábase entonces en el camino, que aun no estaba concluido; pues no se hacia otra cosa que reunir materiales.

parecido un reducido estanque. Grande fué el chasco que me llevé cuando empecé á bajarle hácia la Novalaise; pues me habia figurado, no sé por qué, que iba á descubrir las llanuras de Italia, y solo vi un abismo negro y profundo, un caos de torrentes y de precipicios.

Aunque generalmente los Alpes sean mas elevados que los montes de la América septentrional, me ha parecido que no tienen aquel carácter original, aquella localidad vírgen que se nota en los Apalaches, y aun en los terrenos elevados del Canadá: la choza de un siminol bajo un árbol de magnolia, ó de un chipowés, á la sombra de un pino, tiene un carácter muy diferente al de la cabaña de un saboyano al pie de un nogal.

A MR. JOUBERT.

CARTA SEGUNDA.

Milán, lunes 21 de junio de 1803, por la mañana.

Querido amigo: voy á empezar mi carta, sin saber cuando tendré tiempo para concluirla.

Me retracto franca y absolumente del juicio que empecé á formar de Italia, pues como habrá Vd. visto por mi pequeño diario, fechado en Turin, no me admiró su primera vista. Las cercanías de Turin son bellas, pero se resienten aun de las de la Galia, pudiendo uno suponerse en Normandía, fuera de los montes. Turin

es una ciudad nueva, aseada, regular, muy adornada de edificios, pero de aspecto algo triste.

Mi juicio se ha rectificado al atravesar la Lombardía; sin embargo, no produce efecto en el viagero sino progresivamente. Desde luego ve uno un pais muy rico en totalidad, lo que no puede menos de agradarle; pero cuando cada objeto se le presenta de por sí, es cuando llega á su colmo la sorpresa. Prados cuya verdura supera en lo fresco y fino á los musgos ingleses: campos de maiz, de arroz y de trigo, coronados estos de viñedos, compartidos por estacas, y formando guirnaldas sobre las mieses; todos estos campos están sembrados de moreras, nogales, olmos, sauces y álamos, y regados con rios y canales. Una multitud de aldeanos y aldeanas esparcidos en estos terrenos, á pie descalzo, y con un sombrero de paja, siegan los prados, cortan los trigos, cantan, y conducen yuntas de bueyes, ó bien suben y bajan en sus barcas sobre las corrientes del rio. Esta escena se prolonga cuarenta leguas, aumentando siempre sus riquezas hasta Milán, que es como el centro del cuadro, á cuya derecha se distingue el Apenino, y á la izquierda los Alpes.

Se viaja muy de prisa; los caminos son escelentes, las posadas superiores á las de Francia, casi igualan á las inglesas. Empiezo casi á sospechar que esta Francia tan civilizada es todavía algo bárbara (1).

(1) Es preciso trasladarse á la época en que se escribió esta carta, que fué en 1803. Si entonces era tan cómodo el viajar en la Italia, que no era, por decirlo así, sino una colonia de la Francia, ¿cuánto mas en el dia, en que una profunda paz, y la multiplicacion de nuevos caminos facilita el recorrer este hermoso pais? Todos los votos nos llaman á que la visitemos. El francés es un enemigo de un carácter particular. Al principio parece algo insolente, un tanto alegre, de-

No me admira ya el desprecio que los italianos han conservado hácia nosotros transalpinos, visigodos, galos, germanos, escandinavos, slavos y anglo-normandos, porque nuestro cielo de plomo, nuestras ciudades ahumadas y nuestros pueblos cenagosos deben sin duda ninguna oponérseles. Las ciudades y aldeas de este pais tienen otra apariencia: las casas son capaces, y de una blancura esterior deslumbrante; las calles son anchas, y comunmente las atraviesan arroyos de agua pura, en donde las mugeres lavan la ropa, y bañan á sus niños. Turin y Milan tienen toda la regularidad, aseo y embaldosado de Lóndres, así como la arquitectura de los mas vistosos barrios de Paris, con ciertas mejoras particulares: en medio de las calles hay colocadas hileras de piedras chatas, sobre las cuales giran las ruedas de los coches con mas comodidad, evitando de este modo la desigualdad del empedrado.

La temperatura es deliciosa; y aun se me ha asegurado que no encontraré el verdadero cielo de Italia sino mas allá del Apenino, porque la elevacion de los edificios impide el que se sienta calor.

Junio 23.

He visto al general Murat, que me ha recibido con la mayor afabilidad y cortesania, y le he entregado

masiado activo, sobradamente revoltoso; pero no bien se ausenta, cuando se le echa de menos. El soldado francés se mezcla en las tareas del huésped en cuya casa se aloja; su buen humor vivifica y da movimiento á todo; y al cabo se acostumbran donde quiera á mirarle como un quinto de cada familia. Por lo que hace á caminos y posadas estamos en Francia mucho peor que en 1803, y escepto España, somos inferiores á todos los pueblos de Europa.

la carta de la señora de Bacciochi (1). He pasado el dia con ayudantes y jóvenes militares, entre los que no puede encontrarse mayor cortesia: el ejército francés es siempre el mismo, idólatra del honor.

He comido de gran etiqueta en casa del señor de Melzi, que daba una gran fiesta con motivo del bautismo de un hijo del general Murat. El señor de Melzi conoció á mi desgraciado hermano: hicimos larga conversacion de él; el vice-presidente tiene modales nobles; su casa es la de un príncipe: me ha tratado con política aunque friamente, encontrándome cabalmente en disposiciones idénticas con las suyas.

Nada digo á vd., mi querido amigo, de los monumentos de Milan, y sobre todo de la catedral, que se está acabando; pues en todo lo gótico, aunque sea del mas hermoso mármol, encuentro cierta oposicion directa con el sol y las costumbres de Italia. Voy á partir, y escribiré á vd. desde Florencia (1) y Roma.

A MR. JOUBERT.

CARTA TERCERA.

Roma, 27 de junio de 1803, al llegar por la tarde.

Querido amigo: ya me tiene vd. aquí con toda mi indiferencia desvanecida: me siento acosado y oprimido por lo que he visto; pues me parece que ningun

(1) Mas tarde princesa de Luca, hermana mayor de Bonaparte, que en aquella época solo era todavía primer cónsul.
(2) No se han hallado las cartas escritas desde Florencia.

viagero lo ha sentido ni pintado hasta ahora: ¡necios! ¡almas de hielo! ¡bárbaros! ¿No han atravesado para llegar hasta aquí la Toscana, jardin inglés, en cuyo centro hay un templo, esto es, Florencia? ¿no han atravesado en caravanas con las águilas y jabalíes las soledades de esta segunda Italia, llamada el *Estado Romano*? ¿Para qué viajan, pues, si son insensibles? Habiendo llegado cuando el sol se ponia, he encontrado á toda la poblacion que iba á pasearse en la Arabia desierta, á las puertas de Roma! ¡Qué ciudad! ¡qué recuerdos!

Junio 28 á las once de la noche.

No he parado en todo este dia, víspera de San Pedro; ya he visto el Coliseo, el Panteon, la columna Trajana, el castillo de San Angelo, San Pedro y ¡qué sé yo cuánto mas! He visto la iluminacion y el fuego artificial que anuncian la gran fiesta de mañana, consagrada al príncipe de los apóstoles. Mientras se empeñaban en hacerme admirar el fuego que brillaba en lo alto del Vaticano, contemplaba yo el efecto que produce la luna en el Tiber, y sobre estas ruinas respetables que por todas partes se manifiestan.

29 de junio.

Acabo de salir de los oficios de San Pedro: el papa tiene una presencia admirable; pálido, triste, religioso, parece que todas las tribulaciones de la iglesia esta redactada en su frente. La ceremonia ha sido solemnísima, y especialmente en ciertos momentos era asombrosa; pero el canto era mediano: el templo ha estado desierto.

3 de julio, 1803.

No sé si todos estos renglones sueltos acabarán por ser una carta: y seguramente me avergonzaria de decir á vd. tan poco, si antes de pintar los objetos no fuese mi intencion el de verlos con mayor claridad: por desgracia entreveo que la segunda Roma va decayendo á su vez: todo acaba.

Su Santidad me recibió ayer, y me hizo sentar á su lado del modo mas amable. Me dijo afectuosamente que á la sazon estaba leyendo el *Génio del Cristianismo*, enseñándome el tomo que tenia abierto sobre su mesa. No puede darse mejor hombre, prelado mas digno, ni mas sencillo príncipe: no me tenga V. en esto por otra madama de Sévigné. El secretario de estado el cardenal Gonsalvez, es un hombre fino en su talento, y moderado en su carácter. A Dios, porque es preciso llevar al correo estos papeluchos.

TIVOLI Y LA VILLA ADRIANA.

10 de diciembre, 1803.

Quizá soy el primer estrangero que haya visitado á Tívoli con una disposicion de espíritu poco comun en un viage. Heme aquí que llego solo á las siete de la noche del 10 de diciembre á la posada del *Templo de la Sibila*, en el que ocupo un aposentito en la estremidad de la habitacion, y frente por frente de la cascada, que oigo bramar. He procurado echar siquiera una ojeada, sin que la profunda obscuridad

me haya permitido divisar otra cosa que algunas vislumbres blancas, efecto del movimiento de las aguas. Lo que me ha parecido es que distinguia á lo lejos un circuito de árboles y casas, y alrededor de él otro de montañas; mas no sé si mañana se cambiará á mi vista este paisage nocturno,

El sitio es propio para la reflexion y meditacion; yo retrocedo hácia mi vida pasada, siento el peso de lo presente, y procuro penetrar mi porvenir; ¿en dónde estaré, qué haré y que será de mí dentro de veinte años? cuantas veces entra el hombre en sí mismo encuentra un obstáculo invencible, una incertidumbre producida por una certeza, en donde se estrellan los vagos proyectos que forma, y este obstáculo y esta certeza es la de la muerte, la terrible muerte, que todo lo detiene hiriendo á uno, ó á los demas.

Habeis perdido un amigo: ¡cuántas cosas tenia uno que decirle ! pero desgraciado, solo, y vagando sobre la tierra, sin poder confiar á nadie vuestros placeres ú penas, le llamais pero ya no vendrá mas á consolaros, á compartir vuestras satisfacciones y á deciros: «Habeis hecho mal en eso: habeis obrado bien en lo otro.» Forzoso es caminar uno solo, y aunque se adquieran riquezas, poder, celebridad, ¿en qué emplear tales prosperidades si ha fáltado aquel amigo? La muerte ha destruido el verdadero precio de ellas. Torrentes que os precipitais en esta noche profunda en que os escucho bramar ¿desaparecereis acaso con mas rápidez que los momentos de nuestra vida, ó podreis decirme qué cosa sea el hombre, ya que habeis visto pasar tantas generaciones sobre estas orillas?

11 de diciembre.

Así que ha amanecido he abierto mis ventanas: mi primera ojeada sobre el Tívoli me le habia delineado con exactitud, mas la cascada se me ha hecho pequeña y sin los árboles que me habia parecido distinguir. Al otro lado del rio se levantaba un monton de casuchas, y el conjunto está encerrado entre montañas peladas: solo me han consolado la aurora risueña, que destellaba detras de ellas, y el templo de Vesta á cuatro pasos de distancia, dominando á la gruta de Neptuno. Inmediato á la parte alta de la cascada una manada de bueyes, asnos y caballos se ha colocado á lo largo de un banco de arena, se han adelantado un paso en el Teveron, han bajado el cuello, y han bebido lentamente en la corriente de agua que pasaba delante de ellos para ir luego á precipitarse. Un paisano sabino, vestido de piel de cabra, y arrollada al brazo izquierdo una especie de clámide, se ha apoyado en su cayado mirando beber á su manada; escena que por su inmovilidad y silencio contrastaba con el ruido y movimiento de las olas.

Concluido mi desayuno me han presentado un guia, con quien he ido á ponerme sobre el puente de la cascada: ya habia yo visto la catarata del Niágara. Desde el puente de la cascada bajamos á la gruta de Neptuno, llamada así, á lo que creo, por Vernet. El Anio, despues de su primera caida bajo del puente, se sumerge entre rocas, y vuelve á aparecer en la gruta de Neptuno para formar un segundo salto en la gruta de las Sirenas.

La concha de la gruta de Neptuno tiene la figura de una copa, y he visto beber palomas en ella. Un palomar formado en la misma roca, y que se parece mas á un nido de águila que al abrigo de un pichon,

presenta á aquellas pobres avecillas una hospitalidad traidora, como que teniéndose por seguras en aquel sitio, construyen allí su nido, sin saber que hay un camino oculto que lleva á él. Sucede que en medio de las tinieblas un raptor arrebata los hijuelos, que dormian sin miedo alguno al ruido de las aguas, bajo las alas de su madre. *Observans nido, implumes detraxit.*

Subiendo á Tívoli, desde la gruta de Neptuno, y saliendo por la puerta Angelo, ó del Abruzzo, me ha conducido mi cicerone al pais de los sabinos, *pubemque sabellum.* He caminado rio abajo del Anio hasta el campo de Olivos, en donde se presenta una vista pintoresca sobre aquella célebre soledad. Desde allí se observan á un mismo tiempo el templo de Vesta, las grutas de Neptuno y de las Sirenas, y las pequeñas cascadas que salen de uno de los pórticos de la villa de Mecenas. Cierto vapor azulado que atravesaba el paisage, suavizaba la delineacion de él.

No puede menos de concebirse una gran idea de la arquitectura romana, con solo pensar que aquellas masas erigidas hace tantos siglos, despues de haber servido á los hombres, han pasado al servicio de los elementos, y que sosteniendo en el dia el peso y movimiento de las aguas, han llegado á ser las rocas inmobles de estas tumultuosas cascadas.

Mi paseo ha durado seis horas, volviendo en seguida á mi posada, en cuyo patio destrozado he visto piedras sepulcrales llenas de inscripciones mutiladas. He aquí algunas de las que he copiado:

DIS MAN.
ULLÆ PAULIN.
VIXIT ANN. X.
MENSIBUS DIEB. 3.
SEI. DEUS.
SEI. DEA.

D. M.
VICTORIÆ.
FILIÆ QUÆ.
VIXIT. AN. XV
PEREGRINA,
MATER. B. M. F.

D. M.
LICINIA
ASELERIO
TENIS.

¡Qué puede haber de mas vano que todo esto! Yo leo en una piedra los pesares que un vivo tributaba á un muerto: este vivo murió tambien á su vez, y yo bárbaro de las Galias, vengo á estudiar entre las ruinas de Roma, despues de dos mil años, estos epitafios en un retiro abandonado; yo que tan indiferente para el que llora, como para el llorado, debo alejarme mañana para siempre de estos sitios, y desaparecer bien pronto sobre la tierra.

Todos los poetas romanos que estuvieron en Tibur se complacieron en pintar la rapidéz de la vida. *Carpe diem*, decia Horacio; *Te spectem suprema mihi cum venerit hora*, esclamaba Tibulo; Virgilio describia la hora postrera: *Invalidasque tibi tendens, heu! non tua palmas*. ¿Quién no ha perdido algun objeto de su cariño? ¿Quién es el que no ha visto tenderse hácia él brazos desfallecidos? Un amigo moribundo ha querido muchas veces que su amigo le cogiese la mano, como para detenerle en la vida al mismo tiempo que se sentia arrebatar por la muerte. *Heu! non tua!* Admirable es por lo tierno y doloroso este verso de Virgilio, ¡Desventurados los que no gustan de los poetas! Estoy por decir de ellos lo que Shaskespeare de los hombres insensibles á la armonía.

Al entrar en mi albergue volví a encontrarme con la misma soledad que habia dejado fuera. El pequeño terraplen de la posada conducia al templo de Vesta: se nota en él aquel color de los siglos, que los pintores conocen, y que el tiempo da á los monumentos antiguos, variándolos segun los climas: toda la vuelta de aquel pequeño templo, entre el peristilo y la *cella*, tendrá unos sesenta pasos. El verdadero templo de la Sibila contrasta con este por su forma cuadrada y el estilo severo del órden de su arquitectura. Cuando el salto del Anio estaba un poco mas á la derecha, como se le supone, debió estar el templo inmediatamente suspendido sobre la cascada: siendo muy propio aquel sitio para la inspiracion de la sacerdotisa, y para la emocion religiosa de la multitud.

He echado una postrer ojeada sobre las montañas del Norte, cubiertas por las nieblas de la tarde con una cortina blanca, sobre las del Mediodia, y el conjunto todo del paisage, volviendo despues á mi aposento solitario. El fuerte viento que se levantó á la una de la mañana, me hizo pasar lo restante de la noche en el terraplen. El cielo estaba cargado de nubes; la tempestad mezclaba sus gemidos en las columnas del templo con el ruido de la cascada, y se hubiera creido oir tristes voces que salian de los respiraderos de la gruta de la Sibila. El vapor que el agua despedia al caer llegaba hasta mí desde el fondo de aquel abismo, como una sombra blanca, que se asemejaba á una verdadera aparicion. Creíame trasladado á las arenas ó malezas de mi Armórica, en una noche de otoño, sintiendo que los recuerdos del techo paterno borraban en mi mente los de los hogares de César. Tan cierto es que cada hombre lleva en sí un mundo compuesto de cuanto ha visto y oido, al cual vuelve sin cesar, aun cuando parece que recorre y habita un mundo estrangero.

Dentro de algunas horas voy á visitar la *villa Adriana*.

12 de diciembre.

La entrada principal de la *villa Adriana* estaba en el Hipódromo, sobre la antigua via Tiburtina, y á corta distancia del sepulcro de los Plautios. Ya no queda vestigio alguno de antigüedades en el Hipódromo, convertido ahora en un viñedo.

Saliendo de un camino de travesía muy estrecho, y siguiendo una calle de cipreses cortada en la parte alta, he llegado á un mal caserío, cuya escalera movediza estaba llena de trozos de pórfido, verde antiguo, granito, rosetones de mármol blanco, y otros diferentes adornos de arquitectura. Tras él, se encuentra el teatro romano bastante bien conservado. Es un semicírculo compuesto de tres filas de asientos. Le corta una pared en línea recta que le sirve como de diámetro: la orquesta y el teatro estaban en frente del palco del emperador.

Un chico casi desnudo, hijo de la casera y de unos doce años de edad, me ha enseñado el palco y los aposentos de los actores. Bajo las graderías destinadas á los espectadores, y en un sitio en donde estaban guardados los aperos de labranza, he visto el tronco de un Hércules colosal entre las rejas de arado y los rastrillos: los imperios nacen del arado, y perecen bajo de él. Lo interior del teatro sirve de corral y jardin al caserío, plantado de ciruelos y perales. El pozo abierto en medio está acompañado de dos pilares donde se colocan los cubos, y uno de los cuales se compone de barro endurecido y piedras embutidas al acaso, y el otro de un hermoso pedazo de columna istriada; notándose que para ocultar la magnificencia de esta segunda pilastra, y acercarla así al aspecto

rústico de la primera, le ha echado encima la naturaleza un manto de yedra; una piara de cerdos negros hozaba y trastornaba la yerba que cubre las graderías del teatro; porque la Providencia solo ha necesitado para conmover los asientos de los dueños del mundo dejar crecer entre sus junturas algunas raices de hinojo, y entregar el antiguo recinto de la elegancia romana á los inmundos animales del fiel Eumeo.

Subiendo desde el teatro por la escalera del mismo caserío, llegué á la *Palestrina*, sembrada de varios escombros. La bóveda de una de sus salas es la que conserva adornos de un esquisito dibujo.

Aquí empieza el valle llamado por Adriano el *valle de Tempe*.

> Est nemus Æmoniæ, prærupta quod
> undique claudit Sylva,

En Stowe, en Inglaterra, ví una copia ó repeticion de este capricho imperial; mas Adriano habia dispuesto su jardin *inglés* como hombre que conocia el mundo. Al estremo de un bosquecillo de olmos y encinas se advierten ruinas prolongadas á lo largo del *valle de Tempe*; dobles y triples pórticos que sostenian los terrados de las *fàbricas* de Adriano. El valle se dilata hácia el Mediodía hasta perderse de vista, lleno su fondo de cañaverales, olivos y cipreses. La colina occidental del valle, figurando la cordillera del Olimpo, está decorada con la mole del palacio, de la biblioteca, de los hospicios, templos de Hercules y Júpiter, y por las largas arcadas cubiertas de yedra que sustentaban aquellos edificios. Hácia Oriente costea el valle una colina paralela, pero no tan alta, detras de la cual se elevan en forma de an-

fiteatro los montes de Tívoli, que debian representar el Ossa.

Un ángulo de la pared de la *villa* de Bruto forma en un campo sembrado de olivos la pendiente de los restos de la *villa* de César. La libertad duerme en paz con el despotismo, y ni el puñal de la una, ni la segur del otro son ya sino hierros mohosos, sepultados bajo los mismos escombros.

Desdé aquel edificio, destinado, segun la tradicion, á recibir á los estrangeros, se llega por medio de salas abiertas por todos lados al sitio de la biblioteca, en donde empieza un dédalo de ruinas entrecortadas, de jarales nuevos, pinos jóvenes, olivos y plantíos diversos que embelesan la vista y entristecen el corazon.

Al mismo tiempo que yo pasaba se desprendió un fragmento de la bóveda de la biblioteca, y vino rodando hasta mis pies: se levantó un poco de polvo, y su caida arrastró algunas plantas estropeándolas. Las plantas volverán á brotar mañana; el ruido y polvo se han disipado en el mismo momento; pero ved aquí en tierra por siglos enteros este resto al lado de los que parecia le estaban aguardando: así es como los imperios se hunden en la eternidad, en la que yacen en perdurable silencio. Los hombres se parecen mucho á las ruinas que sucesivamente entapizan la tierra; con sola la diferencia de que, así como sucede á estos trozos, se precipitan unos á la vista de algunos espectadores, y caen los otros sin testigos.

De la biblioteca pasé al liceo, donde acababan de cortar algunas matas para hacer lumbre. Este circo estaba contiguo al templo de los estóicos. Al echar la vista atrás, en el tránsito al templo, reparé en las hendidas y altas paredes de la biblioteca, que dominaban á las no tan elevadas del circo. Medio cubiertas las primeras de olivos silvestres, las dominaba á

su vez un enorme pino en forma de parasol, y por encima de él se descubria el último pico del monte Calva, coronado de nieve; no es posible que en lienzo alguno se ostenten tan íntimamente unidas las obras de la naturaleza y las del hombre.

El templo de los estóicos está poco distante de la plaza de armas. Por la abertura de un pórtico, así como por la de una óptica, se descubre á lo último de una avenida de olivos y cipreses el monte Palomba, coronado del primer pueblecillo de la Sabina. A la izquierda del Pœcilo, y bajo de él mismo, se desciende á las *cento cellæ* de las guardias pretorianas, que son unas piececitas embovedadas de casi ocho pies en cuadro, con dos ó tres pisos, sin mútua comunicacion entre ellas, ni otra luz que la que les dá por la puerta. Al rededor de estas celdillas militares hay un foso; siendo probable que se entrase en ellas por medio de algun puente movible. Debia presentar un golpe de vista muy particular cuando bajándose los cien puentes pasaban y volvian á pasar por ellos los pretorianos, en medio de los jardines del emperador Filósofo, que colocó un dios mas en el Olimpo. Hoy el labrador del patrimonio de San Pedro pone á secar sus mieses en la caserna del legionario romano. ¿Pudieran pensar el pueblo rey y sus dueños, al levantar tantos magníficos monumentos, que construian los sótanos y graneros de un pobre cabrerizo de la Sabina, ó de un arrendador de Albano?

Despues de recorrer gran parte de las *Cento Cellæ*, tardé bastante tiempo en llegar á la parte del jardin, dependiente de los termas de las mugeres, en donde me cogió la lluvia (1).

Dos dudas han ocurrido con frecuencia en medio

(1) Véase despues la carta que trata de Roma dirigida al señor de Fontanes.

de las ruinas romanas: la primera es, que las casas de los particulares constan de una muchedumbre de pórticos, aposentos embovedados, capillas, solemnes galerías subterráneas y tránsitos oscuros y secretos: ¿á qué pues, me decia á mí mismo, seria tanta habitacion para un solo dueño? Las piezas de los esclavos, los huéspedes y los clientes estaban por lo regular construidas separadamente.

Para resolver esta primera duda me figuro yo al ciudadano romano en su casa como una especie de religioso en la quietud de sus claustros. ¿No podrá tal vez ser esta vida interior, indicada por la figura de las viviendas, una de las causas de aquella calma que se advierte en los escritos de los antiguos? En las dilatadas galerías de su habitacion, en los templos domésticos que comprendian, era donde Ciceron recobraba la paz que habia perdido en el comercio de los hombres. Hasta la misma luz que entraba en aquellas mansiones contribuía al parecer á la quietud, pues por la mayor parte descendia desde la bóveda, ó de ventanas rasgadas á bastante elevacion, y esta luz perpendicular, igual y tranquila que damos en el dia á los salones de pintura, servia, por decirlo así, al romano para contemplar el cuadro de la vida. Nosotros necesitamos ventanas que den á calles, plazas y cruceros, porque nos agrada el ruido, y nos fastidian el recogimiento, la gravedad y el silencio.

He aquí mi segunda duda: ¿á qué conducen tantos monumentos consagrados á un mismo objeto? Se ven salas para *bibliotecas*, siendo así que entre los antiguos se conocian pocos libros. A cada paso se encuentran *termas*; las de Neron, de Tito, de Caracalla, de Diocleciano, etc.; mas aun cuando Roma hubiese tenido una tercera parte mas de poblacion, bastaria la décima de estos baños para el servicio público.

La solucion que encuentro á la segunda duda es

la de que tal vez desde el tiempo de su construccion fuesen aquellos monumentos verdaderas ruinas y sitios abandonados. Un emperador demolia ó mutilaba las obras de su antecesor, para emprender él otros edificios que el sucesor se apresuraba á desamparar á su vez. Así es que se emplearon el sudor y la sangre de los pueblos en trabajos inútiles de la vanidad de un hombre, hasta el momento en que saliendo de sus bosques los vengadores del orbe, fueron á plantar el humilde estandarte de la cruz sobre aquellos monumentos del orgullo.

Habiendo cesado la lluvia visité el Estadio, tomé una idea del templo de Diana, frente del cual estaba el de Venus, y he penetrado en los escombros del palacio del emperador, notando que lo mejor conservado en esta informe destruccion, es una especie de subterráneo ó cisterna cuadrada sobre el patio mismo del palacio. Las paredes de este subterránoo son dobles, y tiene cada una de las dos, dos pies y medio de grueso; siendo de dos pulgadas el intérvalo que las separa.

Saliendo de palacio le dejé atras á mi izquierda, adelantándome por la derecha hácia la campiña romana. Atravesando un campo de trigo he llegado á las termas, conocidas aun en el dia con el nombre de *habitaciones de los filósofos ó salas pretorianas*: es una de las ruinas mas respetables de toda la *villa*. La hermosura, elevacion, valentía y ligereza de las bóvedas, las diferentes uniones de los pórticos que se cruzan, se cortan ó contínuan paralelos, y el paisage que se divisa detras de este gran trozo de arquitectura, producen un asombroso efecto. La *villa Adriana* ha suministrado algunos restos preciosos de pintura: los pocos arabescos que he visto en ella son de un dibujo tan delicado como limpio.

La nuamachia situada detrás de las termas, es un

estanque socabado por la mano de los hombres, á donde grandes canales, que aun se ven, conducian rios enteros. Esta gran concha, en el dia seca, se llenaba de agua, y en ella se figuraban batallas navales: sabido es que en estos espectáculos se degollaban á veces mútuamente mil ó dos mil hombres para diversion del pueblo romano.

Al rededor de la naumachia se elevaban altos terraplenes para los espectadores, con pórticos que sostenian los terrados, y servian de obradores ó reparos á las galeras.

Adornaba esta escena un templo hecho á imitacion del de Serapis en Egipto; pero la mitad de su cúpula está arruinada. Confieso á vd., amigo mio, que á la vista de aquellas oscuras columnas, de aquellos arcos concéntricos, y especie de embudos en que mugia el oráculo, se convence uno y siente que ya no habita la Italia y la Grecia, sino que ha presidido á aquellos monumentos el genio de otro pueblo. Un santuario antiguo presenta en sus húmedas y verdosas paredes algunos rasgos de pintura, y parece que anda errante en el edificio abandonado cierto lamento indefinible.

Desde allí me traslade al templo de Pluton y Proserpina, llamado vulgarmente entrada del Infierno. Ahora es el tal templo la habitacion de un viñador, en el que no pude penetrar, pues no estaban en él ni su dueño ni su dios. Debajo de la entrada del Infierno se ve un dilatado valle, llamado el *valle de Palacio*, que pudiera equivocársele con el *Eliseo*. Caminando hácia el Mediodia, y siguiendo siempre la pared que sostenia los terrados adherentes al templo de Pluton, he advertido las últimas ruinas de la *villa*; situadas á mas de una legua de distancia.

Volviendo por el mismo camino, quise ver la Academia, formada de un templo de Apolo, de un jardin

y de diferentes edificios destinados á los filósofos. Un paisano me ha abierto la puerta para que pudiese pasar al campo de otro propietario, encontrándome casi de repente en el Odeon y en el teatro griego, el último de los cuales está bien conservado en cuanto á la forma. Se diria que algun génio melodioso ha quedado siempre como de incógnito en aquel sitio consagrado á la armonía, pues he oido cantar un mirlo en el 12 de diciembre; y una turba de chicos ocupados en recoger aceitunas, hacian que sus cantos los repitiesen los ecos que quizá habian resonado con los versos de Sofócles y la música de Timoteo.

Allí terminé mi espedicion, mas dilatada de lo que por lo comun se acostumbra: homenage que debia á un príncipe viagero. Algo mas distante está el gran pórtico, del que quedan muy pocos restos: mas adelante los fragmentos de algunos edificios desconocidos, y por último los *colle di Santo Stephano*, en los que finaliza la *villa* y encierran las ruinas del Pritáneo.

La *villa Adriana*, desde el Hipódromo comprendia hasta el Pritáneo, los sitios conocidos hoy con los nombres de *Rocca Bruna*, *Palazza, Aqua fera y colle di Santo Stephano.*

Adriano fué un príncipe distinguido; pero de ningun modo uno de los grandes emperadores romanos; y sin embargo, es de los que se recuerdan con mas frecuencia. Por donde quiera ha dejado vestigios. Un muro famoso en la gran Bretaña, en las Gaulas el anfiteatro quizá de Nimes, y el puente de Gard, templos en Egipto, acueductos en Troya, una nueva villa en Jerusalen, y en Atenas un puente por donde aun se transita y una multitud de otros monumentos en Roma son testimonies irrefragables de su actividad y poder. Era tambien él mismo poeta, pintor y arquitecto, y su siglo fué el de la restauracion de las artes.

No menos singulares el destino de la *Mole Adriana*; pues los adornos de este sepulcro sirvieron de armas contra los godos. La civilizacion disparó columnas y estátuas contra la barbarie, y no pudo con todo impedir que esta no se introdujera. El mausoleo ha venido á convertirse en fortaleza de los papas, y despues en prision, no desmintiendo en esto su primitivo destino. Aquellos inmensos edificios, erigidos sobre las cenizas de los hombres, no por eso dilatan las proporciones del sepulcro, y salen de él los muertos; y si quisiesen levantarse como aquella estátua que está sentada en un templo de Adriano, demasiadamente pequeño, se romperian la cabeza contra la cúpula.

Adriano al subir al trono, dijo en alta voz á uno de sus enemigos: «Ya estás salvado» Grande es por cierto este dicho; mas no se perdona al genio lo mismo que á la política. El envidioso Adriano al ver las obras maestras de Apolodoro, dijo entre sí; «Se ha perdido»; y el artista recibió la muerte.

No salí de la *villa Adriana* sin llenar antes mis faltriqueras de pedacillos de alabastro, pórfido, verde antiguo, estuco pintado y mosáico, todo lo cual he arrojado despues.

Nada pues de estas ruinas existe ya para mí, siendo probable que nada me haga volver á ellas. A cada instante morimos para cierto tiempo, para cierto objeto ó persona, y la vida no es mas que una muerte sucesiva. Muchos de los viageros que me han antecedido han escrito sus nombres en los mármoles de la *villa Adriana*, lisongeándose de que prolongaban su existencia con reunir al nombre de tan famosos sitios el recuerdo de su pasage por ellos: mas ¡ay, cuánto se han engañado! Cuando yo me afanaba por leer uno de estos nombres, escrito recientemente al parecer, y el cual creia serme conocido, un pajarito que salió de

una espesura de yedra, dejando caer algunas gotas de la pasada lluvia, fué causa de que desapareciese aquel nombre,

Mañana hablaré á vd. de la *villa* de Est (1).

EL VATICANO.

22 de diciembre de 1805.

A la una del dia he visitado el Vaticano con un hermosísimo dia, sol brillante y temperatura la mas benigna.

Soledad compuesta de grandes escalones ó tramos que se pueden trepar á caballo; soledad decorada con obras maestras del genio, en la que los papas de otro tiempo pasaban con todas sus pompas; soledad de salas, estudiadas por tantos célebres artistas, admiradas por tantos hombres ilustres como los Tasos, Ariostos, Montaignes, Miltons, Montesquieus y por reyes y reinas, ó en el esplendor de la magestad, ó en el abatimiento de su caida, y por una muchedumbre de peregrinos de todas las partes del mundo.

Dios desenvolviendo el caos.

He considerado el ángel á quien siguen Lot y su esposa.

Hermosa vista de Frascati, ademas de Roma en un ángulo ó estremidad de la galería.

Entrada en las *salas*.—Batalla de Constantino, el tirano y su caballo ahogándose.

San Leon deteniendo á Atila. ¿Por qué Rafael daria un aspecto mas fiero que religioso al grupo

(1) Véase despues la carta sobre Roma.

cristiano? Para espresar el sentimiento de la proteccion divina.

El Santísimo Sacramento, obra primera de Rafael: fria, ninguna espresion de piedad en ella; pero disposicion y figuras admirables.

Apolo, las musas y los poetas.

—Carácter de los poetas bien espresado. Mezcla singular.

Heliodoro arrojado del templo.

—Un ángel notable, una figura de muger celestial, imitada por Girodit en su Ossian.

El incendio de la villa.—La muger que lleva un vaso, copiada sin intermision. Contraste del hombre suspendido y del que quiere alcanzar á un niño: el arte se deja conocer demasiadamente. La muger y el niño repetidos muchas veces por Rafael, y siempre primorosamente.

La escuela de Atenas: me gusta tanto el boceto.

La libertad de San Pedro.—Efecto de las tres luces, citada generalmente.

Biblioteca: puerta de hierro erizada de puntas; propiamente la puerta de las ciencias. Armas de un papa: tres abejas; símbolo feliz!

Vaso magnífico; libros invisibles. Si se comunicasen pudiera refundirse allí toda la historia moderna.

Museo cristiano.—Instrumentos de martirio, uñas de hierro para despedazar la piel, raspador para levantarla, mazos de hierro, tenazas pequeñas, ¡preciosas antigüedades cristianas! ¡cómo se sufria en otro tiempo, segun hoy atestiguan estos instrumentos! En punto á dolores la especie humana es estacional.

Lámparas halladas en las catacumbas. El cristianismo empieza en un sepulcro, y de la lámpara fúnebre se ha encendido la luz que alumbra al mundo; cálices antiguos, cruces antiguas, y antiguas cucha-

ras para administrar la comunion.—Cuadros traidos de Grecia para salvarlos de los iconoclastas.

Antiguo retrato de Jesucristo, reproducido despues por los pintores, pero que no puede subir mas allá del octavo siglo. Jesucristo, *¿era el mas hermoso de los hombres?* los padres griegos y latinos están divididos en opiniones: yo estoy por la primera.

Donacion á la iglesia, escrita en papiro: el mundo se renueva en esta época.

Museo antiguo.—Cabellera de una muger encontrada en un sepulcro: ¡Será acaso la de la madre de los Gracos! ó la de Delia, Cintia, Lálage ó Licinia, de quien si hemos de dar crédito á Horacio, no hubiera trocado Mecenas un solo cabello por toda la opulencia de un rey de Frigia.

> Aut pinguis Phirigiæ migdonias opes
> Permutare velis crine Lyciniæ?

No hay cosa que mejor esprese la idea de fragilidad que los cabellos de una jóven, que tal vez fueron objeto de la idolatría de la mas veleidosa de las pasiones: y sin embargo han sobrevivido á todo el imperio romano. La muerte que rompe todas las cadenas, no ha sido poderosa á romper tan endeble tegido.

Hermosa columna torneada de alabastro. Sudario de amianto, sacado de un sarcófago; sin embargo no ha dejado la muerte de consumir por eso su presa.

Vaso etrusco. ¿Quién habrá bebido en esta copa? Un muerto; todos los objetos de este Museo son tesoro del sepulcro, ya hayan servido á las ceremonias de los funerales, ya á las funciones de la vida.

MUSEO CAPITOLINO.

La columna miliaria. *En el patio* los pies y la cabeza de un coloso. ¿Habrá sido esto hecho de intento?

En el senado nombres de senadores modernos; loba herida del rayo; gamos del Capitolio.

> Tous les siecles y sont: ou y voit tous les temps;
> La ont les devanciers avec leurs descendants.

Medidas antiguas de trigo, de aceite y de vino en figura de ara con cabezas de leon.

Pinturas que representan los primeros sucesos de la república romana.

Estátua de Virgilio: aire rústico y melancólico, frente grave, ojos inspirados, arrugas circulares que empiezan desde la estremidad de la nariz y terminan en la barba, abarcando las megillas.

Ciceron: cierta regularidad con espresion de ligereza; mas fuerza de filosofía que de carácter; tanto génio como elocuencia.

El Alcibiades: su hermosura no me ha sorprendido; participa de una mezcla de necedad y de simpleza.

Un jóven Mitridates asemejándose á Alejandro.

Anales consulares antiguos y modernos.

Sarcófago de Alejandro Severo y de su madre.

Bajo relieve de Júpiter, niño en la isla de Creta: admirable.

Columna de alabastro oriental: la mas bella de las conocidas.

Plano de Roma sobre un mármol, perpetuidad de la ciudad eterna.

Busto de Aristóteles: se notan en él ciertos rasgos de inteligencia y de fuerza.

Busto de Caracalla: ojos, nariz y boca puntiagudos, nariz contraida, aire feroz y loco.

Busto de Domiciano: labios comprimidos.

Busto de Neron: cara llena y redonda, hendida hácia los ojos, de modo que sobresalen la frente y la barba, aire de un esclavo griego vicioso.

Bustos de Agripina y de Germánico: la segunda de estas figuras larga y flaca; la primera séria.

Busto de Juliano: frente pequeña y estrecha.

Busto de Marco Aurelio: frente espaciosa, ojos elevados hácia el cielo, lo mismo que las cejas.

Busto de Vitelio: nariz gruesa, labios pequeños, megillas abotagadas, ojos pequeños, cabeza inclinada.

Busto del César: figura flaca, todas las arrugas muy profundas, aire sumamente vivo, la frente mas salida entre ambos ojos, como si el pellejo estuviese apilado y cortado por una arruga perpendicular, cejas rebajadas y tocando con el ojo, la boca grande y muy espresiva: se diria que va hablar, casi se sonrie: la nariz saliente, pero no tan aguileña como comunmente se le pinta: las sienes aplanadas, casi ningun colodrillo, la barba redonda y doble, las narices un poco apretadas, toda la figura anuncia imaginacion y genio.

Un bajo relieve: Endimion durmiendo sentado sobre una roca; su cabeza está inclinada en el pecho y algo apoyada en el palo de su lanza, que descansa en el hombro izquierdo; la mano derecha echada con negligencia sobre la lanza, sujeta apenas la cuerda de un perro, que reposado sobre sus pies traseros,

procura mirar por encima de la roca. Es uno de los mas bellos bajos relieves conocidos (1).

Desde las ventanas del Capitolio se descubre todo el foro, los templos de la Fortuna y de la Concordia, las dos columnas del templo de Júpiter Stator, los Rostros, el templo de Faustina, el del Sol, el de la Paz, las ruinas del palacio Dorado de Neron, las del Coliseo, los arcos de triunfo de Tito, de Septimio Severo, de Constantino; vasto cementerio de los siglos con sus monumentos fúnebres, ostentando la fecha de sus muertes.

GALERIA DORIA.

24 de diciembre de 1803.

Gaspar Poussino: gran paisage. Vistas de Nápoles. Frontispicios de un templo arruinado en medio de una campiña.

Cascada de Tívoli y templo de la Sibila.

Paisage de Claudio Lorena. Una huida á Egipto del mismo: la Vírgen sentada al estremo de un bosque, tiene al niño sobre las rodillas, al que le presenta manjares un ángel, y San José quita el aparejo al asno; un puente á lo lejos por el que pasan algunos conductores de camellos: un horizonte en el que se divisan apenas los edificios de una gran ciudad: es maravillosa la calma de la luz.

Otros dos paisages de Claudio Lorena, uno de los

(1) En los *Mártires* me he valido de esta descripcion,

cuales representa una especie de casamiento patriarcal en un bosque, siendo tal vez la obra mas acabada de aquel gran pintor.

Una fuga á Egipto, de Nicolás Poussino; la Virgen y el niño llevados sobre el asno, que conduce un ángel, bajan desde una colina á un bosque, San José le sigue y se ve el movimiento del viento en los ropages y árboles.

Diferentes paisages del Dominiquino: vivo y brillante colorido; los asuntos amenos; pero en general un verdor duro, y una luz poco vaporosa, con poco ideal: ¡cosa estraordinaria! Ojos franceses han visto mejor la luz de Italia.

Paisage de Anibal Carrachio: mucha verdad, pero ninguna elevacion de estilo.

Diana y Endimion, de Rubens: la idea es feliz. Endimion está dormido casi en la misma actitud del hermoso bajo relieve del Capitolio; Diana suspendida en el aire apoya ligeramente una mano sobre el hombro del cazador; la mano de la diosa de la noche es de una blancura de luna, y su cabeza se distingue apenas del azul del firmamento. El todo está bien dibujado; pero cuando Rubens dibuja bien, pinta mal, el gran colorista perdia su paleta cuando volvia á encontrar su lapiz.

Dos cabezas por Rafael. Los cuatro avaros por Alberto Durer. El tiempo arrancando las plumas al amor, del Ticiano ó del Albano: maneras frias, carnes animadas.

Las bodas aldobrandinas, copia de Nicolás Poussino: diez figuras sobre un mismo plan, formando tres grupos de tres, cuatro y mas figuras. El fondo es una especie de mampara parda, el dibujo y actitudes participan de la sencillez de la escultura, pudiendo juzgársele por un bajo relieve. Ninguna riqueza de fondo, ni de pormenores, paños, muebles, árboles

ni accesorio alguno; nada mas que los personages agrupados naturalmente.

PASEO POR ROMA A LA LUZ DE LA LUNA.

De lo alto de la *Trinidad del Monte* aparecen los campanarios y edificios lejanos como otros tantos diseños borrados de un pintor, ó semejantes á las costas desiguales del mar miradas á bordo de un navio anclado.

Sombra del obelisco: ¡cuántos hombres habrán mirado esta sombra en Egipto y Roma!

Trinidad del Monte desierta; un perro ahullando en este retiro de los franceses. Una lucecita en un aposento elevado de la villa de Médicis.

La Carrera: calma y blancura de los edificios; profundidad de las sombras trasversales. Plaza Coloma: columna Antonina medio alumbrada.

Panteon: su belleza con la claridad de la luna.

Coliseo: su grandeza y silencio á esta misma luz.

San Pedro: efecto de la luna sobre su cúpula, sobre el Vaticano, sobre el obelisco, las dos fuentes y la columnata circular.

Una muger jóven me pide limosna llevando cubierta la cabeza con su guardapies levantado; la *poverina* se parece á una *madona*, y si yo fuese Rafael hubiera hecho un cuadro. El romano pide porque muere de hambre; pero no importuna si se le niega, pues, así como sus ascendientes, nada hace para vivir; es necesario que su senado ó su príncipe le alimente.

Roma dormita en medio de estas ruinas. El astro de la noche, ese globo que se supone un mundo finito y despoblado, pasea sus pálidas soledades sobre

las soledades de Roma; alumbra calles sin habitantes, cercas, plazas, jardines por donde nadie pasa, monasterios en donde ya no se oye la voz de los cenobitas, y claustros tan desiertos como los pórticos del Coliseo.

¿Qué sucederia en esta hora y en estos mismos sitios hace diez y ocho siglos? No solamente no existe la antigua Italia, sino que ha desaparecido la Italia de la edad media. Roma no obstante lleva la marca de ambas Italias; porque si la moderna levanta su San Pedro, la antigua le opone su Panteon y todos sus restos: si la primera hace que bajen del Capitolio sus cónsules y emperadores, la segunda conduce desde el Vaticano la dilatada hilera de sus pontifices. El Tiber separa las dos glorias, sentadas ambas sobre el mismo polvo; Roma pagana se hunde cada vez mas en sus sepulcros, y Roma cristiana vuelve á bajar poco á poco á las catacumbas de donde salió.

Tengo ideados materiales bastantes para unas veinte cartas sobre la Italia, que acaso agradarian si consiguiese desplegar mis ideas del modo que las concibo; pero los dias vuelan y me falta el sosiego. Me miro como un viagero que precisado á ponerse en camino al siguiente dia, ha enviado adelante sus equipages. Los del hombre son sus ilusiones y sus años, y en cada minuto entrega una parte de ellos á aquel á quien la Escritura llama correo veloz: el tiempo (1).

(1) De estas veinte cartas que tenia ideadas no he escrito mas que una, que es la dirigida á Mr. Fontanes. Los diferentes trozos que acaban de leerse y los que siguen hubieran formado el contesto de otras; pero he acabado de describir á Roma y Nápoles en el libro V de los *Mártires*. No falta pues, á todo lo que queria decir sobre la Italia, sino la parte histórica y política.

VIAGE DE NAPOLES.

Terracin, 31 de diciembre.

Vea vd. aqui las personas, equipages y objetos que se encuentran revueltos en los caminos de Italia; ingleses y rusos que viajan á gran costa en buenas berlinas, con todas las costumbres y preocupaciones de sus paises respectivos; familias italianas en calesines antiguos, que van económicamente á las *vendimias*; monges á pie llevando por la rienda á una mula espantadiza; labradores conduciendo sus carros, arrastrados por enormes bueyes que llevan una imágen pequeña de Vírgen elevada sobre el timon; paisanas cubiertas con su velo, ó con los cabellos estrañamente trenzados, y un jubon corto de color chillon, corpiños abiertos y sembrados de cintas, collares y braceletes de conchitas; galeras uncidas con mulas adornadas de cascabeles, plumas y paramentos rojos; barcas, puentes y molinos; rebaños de cabras, carneros y asnos; alquiladores de coches; correos con la cabeza envuelta en sus redes como los españoles; niños desnudos; peregrinos, mendigos, militares traqueándose en malos calesines; y viejos mezclados con mugeres. Es general el aire de benevolencia; pero lo es tambien el de curiosidad: se miran unos á otros hasta perderse de vista como si se quisieran hablar, y no se dicen una palabra.

A las diez de la noche.

He abierto mi ventana: las olas venian á estrellarse contra las paredes de la posada. Nunca veo el mar sin cierto movimiento de alegría y casi de ternura.

Gaeta, 1.º de enero de 1804.

¡Ya se ha pasado un año mas!

He saludado al salir de Fondí al primer vergel de naranios: estaban aquellos lindos árboles tan cargados de frutos maduros, como pudieran los mas fecundos manzanos de la Normandía. Escribo estas líneas en Gaeta, en un balcon, á las cuatro de la tarde, tomando el mas hermoso sol, y teniendo á la vista un ancho mar. Aquí murió Ciceron, en la misma patria que habia salvado, como lo dice él propio: *Moriar in patria sæpe salvata.* Ciceron fué muerto por un hombre á quien habia en otro tiempo defendido, y de estas ingratitudes está llena la historia. Antonio recibió en el foro la cabeza y las manos de Ciceron, dando al asesino una corona de oro y doscientas mil libras: precio que no igualaba á lo comprado. El orador elevó la cabeza en la tribuna pública entre las dos manos. Bajo el reinado de Neron se alababa mucho á Ciceron, y no se habló de él en el de Augusto. El crímen se habia perfeccionado en tiempo de Neron y los antiguos asesinatos del llamado Divino Augusto eran pequeñeces, y casi juegos inocentes en comparacion de las nuevas fechorías. Por otra parte estaban ya los romanos lejos de la libertad, y ni aun se sabia lo que era: ¿se matarian, pues, los esclavos que asistian á las diversiones del circo por las ilusiones de los Catones y los Brutos? Los raptores podian, pues, alabar con seguridad al paisano de Arpino. El mismo Neron se hubiera atrevido á echar arengas en favor de la libertad, y si el pueblo romano se hubiese dormido mientras peroraba, como es de creer, su amo, segun acostumbraba, le hubiera hecho despertar á bastonazos para obligarle á que aplaudiese.

Nápoles, 2 de enero.

El duque de Anjou, rey de Nápoles y hermano de San Luis, hizo matar á Conradino, legítimo heredero de la corona de Sicilia. Estando Conradino en el cadalso, arrojó su guante en medio del concurso: ¿quién le levantó? Luis XVI, descendiente de San Luis.

El reino de las Dos Sicilias es como propio de sí mismo en Italia: griego bajo los antiguos romanos, ha sido sucesivamente bajo de los nuevos sarracenos, normando, aleman, francés y español.

Italia en la edad media fué la Italia de las dos grandes facciones Guelfa y Gibelina: la Italia de dos rivalidades republicanas, y de pequeñas tiranías; no se oia hablar en ella sino de crímenes y de libertad: negociándose todo con la punta del puñal Los sucesos de la tal Italia parecian novelescos: ¿quién no conoce á Ugolino, Francisca de Rimini, Romeo y Julieta, y á Otelo? Los dux de Génova y de Venecia, los príncipes de Verona, Ferrara y Milan, los guerreros, navegantes, escritores, artistas y negociantes de aquella Italia, eran hombres de genio: Grimaldi, Fregoso, Adorni, Dandolo, Morin, Zeno, Morosini, Gradenigo, Scaligieri, Visconti, Doria, Trivula, Spínola, Pisani, Cristóbal Colon, Américo Vespucio, Gavato, el Dante, Petrarca, Bocacio, Ariosto, Maquiavelo, Cardano, Pomponacio, Achellini, Erasmo, Policiano, Miguel Angel, Peruguin, Rafael, Julio Romano, Dominiquino, Ticiano, Zaragio, los Médicis; y en todo esto ni un solo caballero, nada de la Europa transalpina.

Por el contrario en Nápoles se mezcla la caballería con el carácter italiano, y las proezas con las conmociones populares: Tancredo y el Taso, Juana de Nápoles y el buen rey René, que no reinó: las

vísperas sicilianas, Masaniel y el último duque de Guisa, ved aquí las Dos Sicilias. Tambien llega á espirar en Nápoles el ambiente de la Grecia, apenas ha dilatado sus fronteras hasta Pesto, y sus templos y sepulcros forman una línea en el horizonte último de un cielo encantado.

No me ha sorprendido Nápoles al llegar á él: desde Cápua y sus delicias hasta aquí el pais es fértil, pero poco pintoresco: se entra en Nápoles casi sin saberlo por un camino bastante hondo (1).

VISITA AL MUSEO.

3 de enero de 1804.

Estátua de Hércules, de la que hay copias por donde quiera: Hércules descansando apoyado sobre un tronco de árbol: ligereza de la maza. Venus: belleza de formas, ropages mojados: busto de Escipion el Africano.

¿Por qué la escultura antigua es superior á la moderna (2), al paso que la moderna pintura es verosí-

(1) Se puede no seguir el camino viejo. Bajo la antigua dominacion francesa se abrió otra entrada, construyéndose un hermoso camino al rededor de la colina de Pausílypo.

(2) Esta asercion generalmente verdadera admite sin embargo escepciones. La antigua estatuaria no tiene cosa que sobrepuje á las cariátides del Louvre, de Juan Goujon. Tenemos contínuamente á la vista obras maestras y no las miramos. Se ha alabado escesivamente el Apolo. Las Metopas del Parthenon son las que presentan la escultura griega en toda su perfeccion. Lo que he dicho de las artes en el *Génio del cristianismo* se esperimenta frecuentemente falso. En aquella época no habia yo visto la Italia, la Grecia ni el Egipto.

milmente superior, ó cuando menos igual á la pintura antigua?

Respecto á la escultura, digo que las costumbres y hábitos de los antiguos eran mas graves que las nuestras, y las pasiones menos turbulentas.

La escultura, pues que se niega á los visos y movimientos pequeños, se acomodaba mejor á las situaciones tranquilas, y á la fisonomía séria del griego y del romano.

Fuera de esto, el ropage antiguo dejaba que se viese en parte el desnudo, y este desnudo estaba siempre á la vista de los artistas, cuando solo por accidente se presenta á la del escultor moderno; en fin, las formas humanas eran mas bellas.

Por lo que hace á la pintura digo que admitiendo mucho movimiento en las actitudes, se sigue que la *manera*, cuando por desgracia se deja conocer, perjudica menos á los grandes efectos del pincel.

Mejor entienden los antiguos las reglas de la perspectiva, que solo existen por la escultura, conociendo mayor número de colores, sobre los cuales solamente nos resta por examinar si son mas vivos y puros.

En mi visita al museo he admirado la madre de Rafael, pintada por su hijo: hermosa como sencilla, se parece algo al mismo Rafael, así como las vírgenes de aquel genio divino se parecen á ángeles.

Miguel Angel retratado por sí mismo.

Armida y Reinaldo: escena del espejo mágico.

POUZOLES Y LA SOLFATARA.

4 de enero.

En Pouzoles examiné el templo de las Ninfas, la casa de Ciceron, la que él llamaba *Puteolano*, desde

donde escribia con frecuencia á Atico, y en donde quizá compuso su segunda Filipica. Esta *villa* estaba edificada por el plan de la academia de Atenas; y habiéndola despues hermoseado Vetus, quedó convertida en palacio bajo el emperador Adriano, que murió en él despidiéndose de su alma.

Animula vagula blandula
Hospes comesque corporis.

Quiso que se escribiese sobre su sepulcro que habia sido muerto por los médicos.

Turba medicorum regem interfecit.

La ciencia hace progresos.

En aquella época todos los hombres de mérito eran filósofos aunque no fuesen cristianos.

Hermosa vista era la que gozaba desde el pórtico: un jardinillo ocupa hoy el solar de la casa de Ciceron.

La Solfatara, campo de azufre. Ruido de las fuentes de agua hirbiendo: ruido del Tártaro para los poetas.

A la vista del golfo de Nápoles, se veia al volver el cabo dibujado por la luz del sol en su poniente: reflejo de esta luz sobre el Vesubio y el Apenino; concordia ó armonía de sus fuegos con el cielo. Blancura de las velas de las barcas que vuelven al puerto. A lo lejos la isla de Caprea. El monte de la Camáldula con su convento y bosques por encima de Nápoles. Contraste de todos estos objetos con la Solfatara. Un francés habita la isla á donde se retiró Bruto. Gruta de Esculapio. Sepulcro de Virgilio, desde donde se descubre la cuna del Taso.

EL VESUBIO.

5 de enero de 1804.

Hoy 5 de enero salgo de Nápoles á las siete de la mañana, y me encuentro en Pórtici. El sol está despejado de las nubes de Levante, pero la cabeza del Vesubio permanece metida entre la niebla. Me he ajustado con un *cicerone* para que me lleve al cráter del volcan, y me ha proporcionado dos mulas, una para él y otra para mí, con las cuales partimos.

Empiezo subiendo por un camino bastante espacioso entre dos viñedos apoyados en álamos. Me adelanto en línea recta hácia el Levante de invierno, y percibo un poco mas abajo de los vapores que bajan por la region media del aire la cima de algunos árboles, que son los olmos del ermitorio. A derecha é izquierda se dejan ver habitaciones pobres de guardas de viñas en medio de las ricas cepas de *Lacrima Christi*. Aparte de esto se nota por todas partes un terreno quemado, viñas despojadas mezcladas de pinos en figura de parasoles, algunos aloes en las cercas, algunas piedras rodaderas, y ni un pájaro.

Llego á la primera meseta de la montaña, y veo una llanura pelada. Columbro las dos puntas del volcan; á la izquierda la *Somma*, á la derecha la actual boca del volcan, cubiertas ambas de nubes pálidas. Por un lado la *Somma* se baja, y empiezo á percibir por otra las quiebras trazadas en el cono del volcan que voy inmediatamente á trepar bien pronto. La lava de 1766 y 1769 cubre la llanura por donde camino. Es un desierto ahumado, en el que las lavas

sembradas como escoria de fraguas, presentan su espuma blanquecina sobre un fondo negro semejantes en un todo á musgos disecados.

Siguiendo la senda por la izquierda, y dejando á la derecha el cono del volcan, llego al pie de un collado, ó por mejor decir, de una tapia formada de la lava que ha vuelto á cubrir al Herculano. Esta especie de muralla está plantada de viñas sobre la orilla de la llanura, y su reverso presenta un profundo valle lleno de jarales. El frio es aquí penetrante.

Subo la colina para llegar al ermitorio que se divisa por el otro lado. El cielo se acerca, las nubes vuelan sobre la tierra como un viso pardo ó como las cenizas dispersadas por el viento. Empiezo á percibir el murmullo de los álamos del ermitorio.

El ermitaño ha salido á recibirme, y cogiendo á mi mula de la brida, me he desmontado. Este ermitaño es alto, de buena presencia y de una fisonomía afable. Me ha introducido en su celdilla, ha puesto la mesa, y me ha servido un pan, huevos y manzanas. Se ha sentado frente á mí, apoyando los codos en la mesa, y hablando tranquilamente conmigo mientras me desayunaba. Entre tanto se han ido cerrando las nubes por todas partes, sin poderse distinguir objeto alguno por la ventana del ermitorio. Nada se oye en este abismo de vapores sino el silvido del viento, y el ruido lejano del mar en las costas de Herculano: escena quieta de la hospitalidad cristiana colocada en una celdilla al pie de un volcan, y en medio de una tempestad. El ermitaño me ha presentado el libro en que acostumbran los estrangeros á escribir alguna cosa; y en el cual no he hallado un solo pensamiento que mereciese retenerse: los franceses con su buen gusto natural se han contentado con poner la fecha de su estancia, ó con hacer el elogio del ermitaño, infiriéndose que nada de estraordinario ha inspirado

este volcan á los viageros; esto me confirma en lo que hace tiempo he pensado sobre que los grandes objetos y grandes asuntos no son muy apropósito para producir pensamientos grandes; porque hallándose por decirlo así en evidencia toda su grandeza, cuanto se añada fuera de ella no hace mas que rebajarla. El *nascitur ridiculus mus*, es una verdad aplicándola á todos los montes.

Salgo del ermitorio á las dos y media, volviendo á subir la colina de las lavas que habia ya atravesado: tengo á mi izquierda el valle que me separa de la *Somma*, y á mi derecha la llanura del cono, caminando en elevacion sobre el lomo del collado. A nadie he encontrado en este horroroso sitio sino á una pobre jóven flaca, amarilla, medio desnuda, y oprimida bajo una carga de leña cortada en el monte.

Las nubes no me dejan ver nada, el viento soplando desde lo alto las arroja de la meseta que domino, y las hace pasar sobre la calzada de lavas que recorro: no oigo mas ruido que el de los pasos de mi caballería.

Dejo el collado, vuelvo á la derecha, y bajo otra vez á la llanura de lava, que remataba en el cono del volcan, y por la que he pasado mas abajo al subir al ermitorio. La imaginacion, aun á la vista de estos restos calcinados, se representa con dificultad á aquellos campos de fuego y de metales fundidos, en el instante de las erupciones del Vesubio. Acaso las habia visto el Dante cuando ha pintado en su infierno á aquellas ardientes arenas, por las que bajan lenta y silenciosamente llamas eternas: *come di neve in Alpe senza vento.*

Arrivammo ad una landa
Che dal suo letto ogni pianta rimove.

. . . . . .

Lo spazzo er' un' arena arida e spessa.

. . . . . .

Sovra tutto' l sabbion d' un cader lento
Pioren di fouco dilatata, e falde,
Come di neve in Alpe senza vento.

Las nubes se entreabren por algunos puntos. Descubro de repente y por intérvalos á Pórtici, Caprea, Ischia, el Pausílipo; la mar sembrada de velas blancas de pescadores y la costa del golfo de Nápoles bordada de naranjos: es en cuanto cabe el paraiso visto desde el infierno.

Estoy al pie del cono, dejamos nuestras mulas: mi guia me dá un gran baston y empezamos á subir el monton de cenizas. Ciérranse las nubes se engruesa la niebla, y la oscuridad se redobla.

Considéreme vd. aquí en lo alto del Vesubio, escribiendo sentado á la boca del volcan, y próximo á bajar al fondo de su cráter. El sol se manifiesta de tiempo en tiempo á través del velo de vapores que envuelve todo el monte; este accidente que me oculta uno de los mas bellos paises de la tierra, sirve para redoblar el horror de este sitio. El Vesubio, separado por las nubes de los paises encantados que están situados en su base, parece colocado en el mas profundo de los desiertos, sin que se disminuya en nada el terror que inspira, con el espectáculo de una ciudad floreciente á sus pies.

Propongo á mi guia el bajar al cráter, á lo que opone alguna dificultad para sacar mas dinero. Habiendo convenido en una cantidad que debo entregarle allí mismo, se la doy. Se quita su vestido, y caminamos por algun tiempo al borde del abismo, para hallar una línea menos perpendicular y mas fácil de descender. El guia se detiene advirtiéndome que me prepare. Vamos ya, por decirlo así, á precipitarnos.

Ya estoy en el fondo (1) del sumidero, pero desespero de poder pintar este caos.

Imagínese vd. una concha de una milla de circuito y trescientos pies de elevacion, que va ensanchándose en figura de embudo. Sus orillas ó paredes interiores están sulcadas por el fluido del fuego que ha contenido y derramado hácia fuera. Las partes salientes de estos sulcos se asemejan á unos pies derechos de ladrillos, en que los romanos apoyaban sus enormes fábricas de albañilería. Se miran suspendidos algunos peñascos en ciertas partes del contorno, y sus resíduos mezclados con una pasta de cenizas vuelven á cubrir el abismo.

Su fondo está de mil maneras laboreado. Casi en medio se ven tres pozos ó pequeñas bocas nuevamente abiertas, que vomitaron llamas durante la residencia de los franceses en Nápoles el año de 1798.

Traspiran por los poros del abismo, grandes humos, sobre todo hácia el lado de la *Torre del Greco*. En el opuesto lado hácia Caserta advierto una llama. Si se mete la mano en las cenizas se las encuentra ardientes á algunas pulgadas bajo de la superficie.

El color general del abismo es de carbon apagado; pero como la naturaleza sabe esparcir gracias hasta en los objetos mas terribles, la lava en ciertos sitios es de color azul, verde mar, amarillo y anaranjado. Trozos de granito, agitados y retorcidos con la accion del fuego, se han encorvado hácia su estremidad, á manera de palmas y hojas de acanto. La materia volcánica enfriada sobre las vivas rocas, al rededor de las cuales ha fluido, forma acá y allá ro-

(1) La bajada al cráter del Vesubio no tiene de malo mas que la fatiga, y al un peligro que para realizarse seria menester tener la desgracia de ser sorprendido por una erupcion. Las últimas erupciones han cambiado la forma del cono.

setones, girándulas y cintas, delineando tambien figuras de plantas y animales, y los diversos dibujos que se notan en las ágatas. He reparado sobre una roca azulada un cisne de lava blanca perfectamente modelado, y hubiera vd. jurado que veia aquella ave hermosa durmiendo sobre una agua tranquila con la cabeza metida bajo el ala, y su largo cuello echado sobre la espalda como un rollo de seda.

Ad vada Meandri concinit albus olor.

Aquí vuelvo á encontrar aquel completo silencio que en otro tiempo hallé al Mediodía de las selvas de América, cuando conteniendo el aliento, solo oia el golpe de mis arterias en las sienes, y el latido del corazon. De cuando en cuando, tan solo ráfagas de viento que caen desde lo alto del cono al fondo del cráter, resuenan en mi vestido ó silban en mi baston; y oigo tambien rodar algunas piedras que mi guia conmueve al trepar por las cenizas. Un eco confuso, parecido al tañido del metal ó el vidrio, prolonga el ruido de la caida, y despues todo vuelve á quedar en silencio. Compárese este silencio mortal con las detonaciones espantosas que conmovian estos mismos sitios, cuando el volcan arrojaba el fuego de sus entrañas y cubria de tinieblas la tierra.

Sitio propio es este para reflexiones filosóficas que hagan á uno lastimarse de las cosas humanas. En verdad, amigo mio, ¿qué son todas las revoluciones famosas de los imperios si se comparan con estos accidentes de la naturaleza, que mudan la faz de la tierra y de los mares? ¡dichosos los hombres si no empleasen los pocos dias que tienen que pasar juntos, en atormentárse mútuamente! ¡No ha abierto una sola vez el Vesubio sus abismos para tragar las ciudades, que no haya sorprendido á los pueblos en medio

de sangre ó de lágrimas! ¿Cuáles son los signos primeros de civilizacion, las primeras señales del paso de los hombres que se han encontrado bajo las cenizas apagadas del volcan? Instrumentos de suplicio, esqueletos encadenados (1).

Los tiempos cambian, y la misma inconstancia está aneja al destino de los hombres. *La vida*, dice la cancion griega, *huye como la rueda de un carro.*

Τροχόσ ἅρματοσ νὰρ οἶα
Βὶοτοσ τρέχεεῖ πυ.ὶιοεὶσ.

Plinio perdió la vida por haber querido contemplar de lejos el volcan, en cuyo cráter me encuentro yo tranquilamente sentado. Veo humear el abismo á mi rededor, y pienso que á pocas toesas de profundidad tengo bajo mis plantas una sima de fuego; que el volcan pudiera abrirse de nuevo y lanzarme al aire con sus pedazos de mármol destrozados.

¿Qué providencia me ha conducido á este sitio? ¿por qué casualidad las borrascas del Océano americano me han echado á los *campos de la Lavinia*? *Lavinaque venit littora.*

No puedo menos de volver á pensar en las agitaciones de esta vida, en la cual, todo, dice San Agustin, está lleno de miserias, y la esperanza vacía de felicidad. *Rem plenam miseriæ, spem beatitudinis inanem:* Nacido en las rocas de la América, el primer ruido que penetró en mis oidos al venir al mundo fué el del mar; ¡y en cuántas orillas no he visto yo despues quebrantarse estas mismas olas que vuelvo á encontrar aquí!

¿Quién me hubiera dicho hace algunos años que habia de oir gemir en los sepulcros de Escipion y

(1) En Pompeya.

Virgilio, aquellas olas que se desarrollaban á mis pies en las orillas de Inglaterra, ó en las playas de Maryland? mi nombre está en la cabaña del salvage de la Florida y védle tambien en el libro del ermitaño del Vesubio. ¡Cuándo dejaré á la puerta de mis padres el báculo y la capa del viagero!

¡O patria! o divum domus Illium!

PATRIA O LITERNA.

6 de enero de 1804

Habiendo salido de Nápoles por la gruta de Pausílipo, he andado por el campo en calesa casi una hora; y despues de haber atravesado sombrios senderos, me he apeado para buscar á pie á *Patria*, la antigua Literna. He visto primeramente un bosque de álamos, despues viñas, y una llanura sembrada de trigo. La naturaleza en todo aquel sitio es hermosa, pero triste. En Nápoles, como en el Estado romano, los labradores no viven en el campo sino en las temporadas de siembra y de recoleccion, pasadas las cuales se retiran á los arrabales de las ciudades ó á pueblos regulares. Este es el motivo porque los campos no cuentan cabañas, rebaños ni habitantes, ni tienen el movimiento rústico que se nota en la Toscana, el Milanesado, y las regiones transalpinas. A pesar de esto he encontrado en los contornos de *Patria* alquerías bellamente construidas; tenian en el patio un pozo adornado de flores y acompañado de dos columnas coronadas por aloes plantados en tiestos. En todo aquel pais se advierte un gusto natural de arqui-

tectura, que desde luego da á conocer la patria de la civilizacion y de las artes.

Terrenos húmedos llenos de helechos, contiguos á frondosos arbolados, me han recordado las vistas de Bretaña. ¡Cuánto tiempo hace ya que he dejado mis malezas natales! Se acaba de cortar una selva muy antigua, selva de olmos y encinas, entre los cuales me crié, y casi estoy por quejarme de los golpes que los han herido, como aquellos seres cuya existencia dependia de los árboles de la floresta encantada del Taso.

He divisado á lo lejos, y á las orillas del mar, la torre llamada de Escipion. A la estremidad de un edificio, formado por una capilla y una especie de posada, he entrado en un campo de pescadores. Se entretenian en preparar sus redes: dos de ellos han traido un bote, y me han desembarcado junto á un puente sobre el terreno de la torre: he pasado por montecillos llenos de mirtos, laureles y olivos enanos, y habiendo llegado no sin trabajo á lo alto de la torre, que sirve como de faro á los navíos, he paseado vagamente mi vista sobre aquella mar, tantas veces contemplada por Escipion. Mis religiosas investigaciones solo han hallado objeto en algunos restos de bóvedas llamadas *gruias de Escipion*: hollaba penetrado de respeto la tierra que cubria los huesos de aquel cuya gloria buscaba en la soledad. ¡Ah! solo podré tener yo de comun con tan grande hombre el último destierro del que ninguno vuelve!

BAYAS.

9 de enero,

Vista desde lo alto de Monte Nuovo se observa cultivo en el fondo del circuito, mirtos y malezas graciosas.

Lago Averno: es de figura circular, y metido en un recinto de montes, estando sus orillas adornadas de viñas altas. La gruta de la Sibila está colocada hácia el Mediodia, en el costado de la ribera escarpada, al lado de un bosque. He oido cantar á los pájaros y volar alrededor de la cueva á pesar de los versos de Virgilio.

Quam super haud ullæ poterant impune volantes
Tendere iter pennis. . . . . .

En cuanto al *ramo de oro*, aunque todas las palomas del mundo me le hubieran enseñado, no habria yo podido cogerle.

El lago Averno tenia comunicacion con el lago Lucrino; restos del puente Julia.

Embarcado en él seguí hasta los baños de Neron. He puesto á cocer huevos en el Phlegton; y volviendo á embarcarme al salir de estos baños, doblé el promontorio mirando como yacen en una playa abandonada y azotadas por las olas las ruinas de una multitud de baños y villas romanas. Templos de Vénus, de Mercurio y Diana; sepulcros de Agripina, etc. Bayas fue el eliseo de Virgilio y el infierno de Tacito.

HERCULANO, PORTICI, POMPEYA.

11 de enero.

La lava ha llenado á Herculano así como el plomo derretido llena las concavidades de un molde.

Pórtici es un almacen de antigüedades.

Hay cuatro partes descubiertas en Pompeya: Pri-

mero, El templo, el cuartel de soldados y los teatros: 2.º Una casa nuevamente descombrada por los franceses. 3.º Un barrio de la ciudad. 4.º La casa fuera de la misma.

Pompeya tiene de circuito casi cuatro millas. El cuartel de los soldados es una especie de claustro, alrededor del cual hay cuarenta y dos aposentos: algunas palabras latinas, maltratadas y con mala ortografia, embadurnaban sus paredes. Cerca de allí estaban los esqueletos encadenados «Los que estaban en otro tiempo encadenados juntamente, dice Job, no sufren ya, ni oyen la voz del exactor.»

Un teatro pequeño: veinte y una graderías en semicírculo y los corredores detrás. Un gran teatro: tres puertas en el fondo para salir de la escena, y con comunicacion á los aposentos de los actores. Las gradas repartidas en tres divisiones, y la de abajo mas ancha y de mármol. Los corredores de detrás anchos y abovedados.

Se entraba por el corredor á lo alto del teatro, y se bajaba á la sala por los boquetes. En aquel corredor se entreabrian seis puertas. No lejos de allí hay un pórtico cuadrado de sesenta columnas, y de otras en línea recta desde el Mediodia al Norte; pero cuya disposicion no he podido comprender.

Se encuentran dos templos y en uno de ellos tres altares y un santuario elevado.

La casa descubierta por los franceses es curiosa. los dormitorios, sumamente pequeños, están pintados de azul ó amarillo, y adornados con pinturas al fresco. En una de ellas se ve un personage romano, un Apolo tocando la lira, paisages y perspetivas de jardines y ciudades. En la pieza mayor de esta casa hay una pintura que representa á Ulises huyendo de las Sirenas: el hijo de Laertes, atado al mástil de su navío, escucha á tres Sirenas que estan sobre las rocas; la

primera toca la lira, la segunda una especie de trompeta, y la tercera canta.

Se entra despues en la parte de Pompeya descubierta, primero por una calle de cerca de quince pies de ancha; á los dos lados hay aceras y el suelo conserva la huella de las ruedas en ciertos parages; la calle se compone de tiendas y casas cuyo primer piso ha caido. En dos de las casas se ven las cosas siguientes.

Un aposento de cirujano, y otro de tocador con pinturas análogas.

Me han hecho reparar en un molino de trigo, y las señales de un instrumento cortante en la piedra de la tienda de un tocinero ó panadero. La calle sigue hasta la puerta de la ciudad, en donde han quedado á la vista una porcion de paredes de la cerca. Desde esta puerta daban principio los sepulcros que estaban á orillas del camino público.

Despues de haber pasado la puerta, se encuentra la casa de campo tan conocida. El pórtico que rodea al jardin de esta casa se compone de pilares cuadrados, agrupados de tres en tres. Bajo el primer pórtico existe otro, y en él fue sofocada la jóven muger, cuyo seno quedó impreso en el trozo de tierra que he visto en Pórtici: la muerte, cual un estatuario, vació su víctima.

Para pasar de una parte descubierta de la ciudad áotra, se atraviesa un terreno fértil, cultivado ó plantado de viñas. El calor era grande, pero la tierra se manifestaba risueña con la verdura y flores (1).

No pudo menos de escitárseme una idea al recorrer esta ciudad de muertos. Conforme se escava algun edificio en Pompeya, se saca lo que resulta en la

(1) Al fin hay algunas noticias curiosas sobre Pompeya, que completan una pequeña descripcion.

escavacion, como utensilios domésticos, instrumentos de diferentes profesiones, muebles, estátuas, manuscritos, etc., amontonándose todo en el *museo Pórtici*. Me parece, pues, que seria mucho mejor dejar los objetos en el sitio en que se les encuentre, y del mismo modo en que estén, y volver á componer los techos, cielos rasos, pisos y ventanas para impedir la ruina ó destruccion de las pinturas y paredes; volver á levantar la antigua cerca de la ciudad, é incluir en ella las puertas para poner una guardia de soldados con algunos sabios instruidos en las artes. ¿No seria este el museo mas maravilloso del mundo? ¡Una ciudad romana conservada toda entera, como si sus habitantes acabasen de salir de ella un cuarto de hora antes!

Creo que de este modo, se aprenderia mejor la historia doméstica del pueblo romano y el estado de su civilizacion con algunos paseos á Pompeya restaurada, que con la lectura de todas las obras de la antigüedad. Concurriria la Europa entera, pudiendo compensarse ámpliamente el coste de la ejecucion de este plan con la afluencia de los estrangeros en Nápoles. Ademas de esto, no se necesitaba hacer la obra de una vez, sino que se continuasen las escavaciones lentamente, pero con regularidad, bastando cortas porciones de ladrillos, pizarra, yeso, piedra y maderage, para irlas empleando á proporcion de lo que se escavase. Un arquitecto hábil podria dirigirse en cuanto á la restauracion por los modelos que encontraria en los paisages pintados en las paredes de las casas de Pompeya.

Pero lo que hoy se practica me parece muy perjudicial, arrancando de su natural sitio las curiosidades mas raras para ponerlas en gabinetes, en que no están ya en relacion con los objetos que las rodeaban. Por otra parte, los edificios descubiertos en Pompeya

se arruinarán pronto; pues aunque las cenizas que los tragaron los han conservado, perecerán al aire si no se trata de mantenerlos ó repararlos.

Solo los monumentos públicos edificados á gran costa con granito y mármol han resistido en todos los paises á la accion del tiempo; pero las habitaciones domésticas, las *villas*, propiamente dichas, se han desplomado, porque la fortuna de los particulares no les permiten levantar obras que luchen con los siglos.

A MR. FONTANES.

Roma, 10 de enero de 1804.

Acabo de llegar de Nápoles, mi querido amigo, trayendo á vd. un recuerdo de mi viage, al que tiene vd. incontestable derecho, consistente en algunas hojas de laurel del sepulcro de Virgilio, «*Tenet nunc Parthenope:*» y aunque hace tiempo que debiera haberle hablado de este pais clásico, propio para interesar á un ingenio como el suyo, me lo han impedido diferentes razones. No quiero sin embargo dejar á Roma sin decir á vd. alguna cosa de esta célebre ciudad. Habiendo convenido en escribir á vd. á la ventura y sin dilacion alguna todo lo que pensase acerca de Italia, así como en otro tiempo referia á vd. las impresiones que hacian en mi corazon las soledades del Nuevo Mundo, paso sin preámbulo á bosquejarle los afueras de Roma, sus campiñas y sus ruinas. Vd. ha leido cuanto se ha escrito sobre el particular; pero dudo que les viageros le hayan hecho formar una idea exacta del cuadro que presenta la campiña romana. Figúrese vd. algo de la desolacion de Tiro y

Babilonia, de que habla la Escritura; un silencio y soledad iguales al ruido y tumulto con que en un dia se apretaban los hombres en este suelo. Cree uno que oye resonar aquella maldicion del profeta: *Venient tibi duo hæc subito in die una, sterilitas et viduitas* (1). Se ven como dispersos aquí y allí algunos trozos de los caminos romanos por sitios en que no pasa persona alguna; algunas señales de los torrentes del invierno ya secos, los cuales vistos de lejos tienen el mismo aspecto que los caminos frecuentados, no siendo otra cosa que el lecho desierto de una agua borrascosa que ha desaparecido como el pueblo romano. Apenas se descubren algunos árboles; pero sí se ve por donde quiera ruinas de acuedectos y de sepulcros, cuyas ruinas parecen ser las selvas y plantas indígenas de una tierra compuesta del polvo de los muertos y de los restos de los imperios. Muchas veces me ha sucedido parecerme que veia ricas mieses en una estendida llanura, y convencerme al acercarme de que solo eran yerbas marchitas las que habian engañado mi vista. Tal vez se distinguen bajo esta estéril cosecha los vestigios de un cultivo antiguo. No hay aves, no hay labradores, no hay movimientos campestres, ni mugidos de vacadas, ni aldeas. En medio de la desnudez de los campos sobresale un pequeño número de alquerías desmoronadas; las puertas y las ventanas están cerradas, y no sale de ellas ni humo, ni ruido, ni habitantes. Una especie de salvage medio desnudo, pálido y consumido por la calentura, guarda aquellas tristes chozas, como aquellos espectros que en nuestras historias góticas defienden la entrada de los castillos abandonados. Puede en fin decirse que ninguna nacion se atre-

(1) Te sobrevendrán dos cosas juntas en un solo dia: esterilidad y viudez. Isaias.

ve á suceder á los señores del mundo en su pais natal, y que estos campos estan ahora en el mismo estado en que los dejó la reja del arado de Cincinato, ó el último arado romano.

De en medio de un terreno inculto, al que domina y entristece todavía un monumento comunmente llamado el *sepulcro de Neron* (1), se levanta la gran sombra de la ciudad eterna. Parece que decaida de su poder terreno ha queridr como aislarse: se ha separado de las demas ciudades de la tierra, y semejante á una reina destronada, ha ocultado noblemente su desgracia en la soledad.

No puedo espresar á vd. lo que sentí cuando se me apareció repentinamente Roma en medio de sus *reinos vacíos, inania regna*; pareciéndome que iba á incorporarse de la tumba en que estaba recostada para darse á conocer á quien la contempla; solo creo podrá vd. formar cierta idea aproximativa, figurándose aquella turbacion y asombro que penetraban á los profetas, cuando Dios les enviaba la vision de alguna ciudad á que habia unido los destinos de su pueblo. *Quasi aspectus splendoris* (2) Oprime el corazon la multitud de recuerdos y la abundancia de sentimientos; el alma trastornada se conturba á la vista de aquella Roma que por dos veces ha recogido la sucesion del mundo, como la heredera de Saturno y de Jano (3).

(1) El verdadero sepulcro de Neron estaba en la puerta del *Pueblo*, en el sitio mismo en que se edificó la iglesia de *Santa Maria del Popolo*.

(2) Era como una vision de esplendor.

(3) Montaigne describe la campiña de Roma, cual se encontraba ahora doscientos años, del modo siguiente: «Teníamos á lo lejos sobre nuestra derecha al Apenino; la vista del pais es poco agradable, desigual, lleno de profundas hoyas, incapáz de poder proporcionar pasage á gente de guerra en

Acaso esta descripcion haga á vd. creer que no hay cosa mas horrible que las campiñas de Roma, pero se engañaría vd. muchísimo; tienen una grandeza indefinible, y al mirarlas es preciso clamar con Virgilio.

Salve, magna parens frugum, Saturnia tellus.
Magna virum (1).

Si vd. mirase estas campiñas en calidad de economista, sin duda ninguna le desconsolarian, pero si las mirase como artista, poeta y aun filósofo, no deseára que fuesen diferentes de lo que son. La vista de un campo de trigo, ó un risueño collado lleno de viñas nole conmoveria á vd. tan poderosamente como la de esta tierra, cuyo suelo no ha rejuvenecido todavía el cultivo moderno, y ha quedado antigua siempre como las ruinas que la cubren.

Pero ninguna cosa es comparable en hermosura á las líneas que forman el horizonte romano, al suave declive de sus planos, y á los contornos fugitivos de los montes que le terminan. Muy á menudo presentan sus valles la figura de la arena de un circo de hipódromo; las colinas están cortadas á manera de terraplenes, cual si la mano poderosa de los romanos hubiese removido toda aquella tierra. Un vapor particular difundido á lo lejos, redondea los objetos, disimulando lo que sus formas pudieran tener de duro ó chocante. Las sombras no son pesadas y negras; y no hay masas de rocas ó de hojarasca tan oscuras que no se introduzca en ellas un poco de luz. Un tinte de

formacion; el terreno desnudo, sin árboles, una buena parte estéril, el pais muy abierto al rededor, y en mas de diez leguas en contorno, y casi todo muy poco poblado de casas.

(1) Yo te saludo, tierra fecunda, tierra de Saturno, madre de hombres grandes

singular armonía reune la tierra, el cielo y las aguas; y una gradacion insensible de colores liga en sus estremidades á todas las superficies, de manera que no es posible determinar el punto en el cual acaba un viso y empieza otro. Sin duda ha admirado vd. los paisages de Claudio Lorena: pues aquella luz que en ellos parece ideal, y mas hermosa que la naturaleza misma es la luz de Roma.

Jamás me cansaba de ver en la *villa* Borghesi ponerse el sol sobre los cipreses del monte Mario, y sobre los pinos de la *villa* Pamphili, plantados por Le Notre. Muchas veces he remontado el Tiber en Ponte-Mole, para gozar de aquella grandiosa escena al acabarse el dia: los picos de los montes de la Sabina aparecian en zonas de lapislázuli y de oro pálido, al mismo tiempo que sus bases y costados nadaban en un tinte vaporoso de color violado ó de púrpura. Hay ocasiones en que nubes hermosas llevadas como carros ligeros sobre el viento de la tarde con una gracia inimitable, hacen que se conciban en cierto modo la aparicion de los habitantes del Olimpo bajo aquel cielo mitológico; otras parece que la antigua Roma ha estendido en el Occidente todos los mantos de púrpura de sus cónsules y Césares bajo los últimos pasos del dios del dia. Tan rica decoracion no desaparece allí con rapidez como en nuestros climas; porque cuando parece que las tintas van á borrarse, se renueva sobre algun otro punto del horizonte; se sucede un crepúsculo á otro, y se prolonga la mágia del Poniente. Es verdad que en aquella hora de reposo para los campos no resuenan ya en el aire los antiguos tonos bucólicos; no hay ya mas pastores de aquellos: *Dulcia linquimus arva*! pero se ven todavía las *grandes víctimas de Clytumno*; bueyes blancos ó manadas de yeguas medio salvages que bajan á beber á las orillas del Tiber. Se creeria vd. trasladado al

tiempo de los antiguos sabinos, ó al siglo del árcade Evandro, ποιμενεξ λαῶν (1) cuando el Tiber se llamaba *Albula* (2), y cuyas aguas desconocidas remontó el piadoso Eneas.

Concederé sin embargo que los sitios de Nápoles son tal vez mas deslumbradores que los de Roma; porque en verdad cuando el sol encendido, ó el ancho y enrojecido disco de la luna se eleva sobre el Vesubio, como un globo disparado por el volcan, la bahía de Nápoles con sus riberas bordadas de naranjos, los montes de la Apulla, la isla de Capra, el collado de Pausílipo, Bayas, Misena, Cumas, el Averno, los Campos Eliseos y toda aquella tierra virgiliana ofrecen un espectáculo admirable pero no tiene en mi opinion todo lo *grandioso* de la campiña romana. Cuando menos es indudable que se aficiona uno á este suelo famoso: dos mil años hace que Ciceron se juzgaba desterrado bajo el cielo del Asia, y escribia á sus amigos: *Urbem, mi Rufe colle in ista luce vive* (3). Este atractivo de la bella Ausonia es todavía el mismo. Egemplos se citan de viageros que habiendo venido á Roma con solo el designio de pasar en ella algunos dias, se han quedado por toda su vida. Fue preciso que el Poussino viniese á morir á esta tierra de los bellos paisages; y en el momento en que escribo á vd. tengo la satisfaccion de conocer á Mr. de Agincourt, que vive aquí hace veinte y cinco años y que tambien promete á la Francia su *Vinckelman*.

(1) Pastor de los pueblos. *Homer*.
(2) *Vide* Tit. Liv.
(3) «Es preciso, mi querido Rufo, habitar en Roma; es necesario vivir en su ambiente:» me parece que dice esto el orador en el primero ó segundo libro de sus *Cartas familiares*. Cito de memoria, y espero por lo mismo se me disimulen las inexactitudes que puedan escapárseme.

Todo el que se dedica esclusivamente al estudio de la antiguedad y de las artes, ó á quien ya no le sujete conexion alguna, debe venir á vivir a Roma. Encontrará en lugar de sociedad una tierra que dé pábulo á sus reflexiones y ocupe su corazon, y paseos que siempre le dirán alguna cosa. La piedra que pise le hablará y el polvo que arrebate el viento de debajo de sus plantas encerrará alguna grandeza humana.

Si es desgraciado, si ha reunido las cenizas de los que amó con otras ilustres, ¡con qué encanto no pasará desde el sepulcro de los Escipiones al último asilo de un amigo virtuoso; desde el hermoso panteon de *Cecilia Metela* al modesto túmulo de una muger desgraciada! Se persuadirá sin duda que aquellos manes queridos se complacen en errar al rededor de estos monumentos con la sombra de Ciceron, que llora todavía á su querida Tulia, ó con la de Agripina, ocupada aun con la urna de Germánico. Y si es cristiano... ¡Ah! ¿Cómo podrá abandonar esta tierra que se ha hecho su patria? esta tierra que ha visto nacer un segundo imperio mas santo en su orígen y mas grande en poderío que el que le precedió; esta tierra en donde los amigos que hemos perdido, durmiendo con los mártires en las catacumbas á la vista del padre de los fieles, parece que deben despertarse los primeros en su polvo, y hallarse mas vecinos á los cielos? Aunque ofrezca Roma vista interiormente el mismo aspecto que la mayor parte de las ciudades europeas, conserva empero un carácter particular; ninguna otra ciudad ofrece una mezcla semejante de arquitectura y de ruinas, desde el panteon de Agripa hasta los muros de Belisario, desde los monumentos traidos de Alejandría hasta la encumbrada cúpula erigida por Miguel Angel. Tambien es otro distintivo característico de Roma la belleza de las mugeres: en su presencia y continente recuerdan

las Clelias y las Cornelias, ó se figura uno que las estátuas antiguas de Juno ó Palas, bajándose de su pedestal, se pasean al rededor de sus templos. Por otra parte se encuentra entre los romanos aquel *tono de cara* que los pintores han llamado *color histórico*, y que emplean en sus cuadros. Es natural que hombres cuyos ascendientes han hecho tan gran papel sobre la tierra, hubiesen servido de modelos ó tipos á los Rafaeles y á los Dominiquinos para representar los grandes personages de la historia.

Paréceme tambien una singularidad propia de Roma los rebaños de cabras, y sobre todo aquellas yuntas de grandes bueyes con enormes cuernos, echados al pie de los obeliscos egipcios, entre los escombros del foro, y bajo los arcos por donde pasaban en otro tiempo conduciendo al triunfador romano á aquel Capitolio que Ciceron llama *el consejo público del universo*.

Romanos ad templa Deum duxere triumphos.

A todos los ruidos comunes en las grandes ciudades se mezcla aquí el de las aguas que se oye de todas partes, como si se estuviese al lado de las fuentes de Blandusia ó Egeria. Desde lo alto de las colinas incluidas en el circuito de Roma, ó desde el estremo de varias calles, se ve el campo en perspectiva; lo que reune de un modo pintoresco la campiña y la poblacion. Circunstancias son todas estas que contribuyen á dar á Roma un no sé qué de rústico que se adapta á su historia: sus primeros dictadores guiaban el arado; debió el imperio del mundo á labradores, y no se desdeñó el mayor de sus poetas de enseñar el arte de Hesiodo á los hijos de Rómulo.

Ascroeumque cano romana per oppida carmen.

En cuanto al Tiber, que baña esta gran ciudad y comparte su gloria, tiene tambien un destino muy singular. Pasa por un ángulo de Roma, como si no estuviese en ella; nadie se digna echar una mirada sobre él, jamás se le menciona, ni se beben sus aguas, ni las mugeres lavan en ellas; se esconde entre malas casuchas que le cubren, y corre á precipitarse en el mar, sonrojado de oirse llamar el *Tíbero*.

Ahora debo deciros, mi querido amigo, alguna cosa acerca de las ruinas de que me encargásteis os hablase y que constituyen una gran parte de las afueras de Roma; las he visto en parte, ya en Roma, ya en Nápoles, menos los templos de Pesto, que no he tenido tiempo de visitar. Bien conoce vd, que estas ruinas deben adquirir caractéres diversos, segun los recuerdos que les son peculiares.

En una hermosa tarde del mes de julio último habia ido á sentarme al Coliseo, en la grada de uno de los altares dedicados á los dolores de la Pasion. El sol poniéndose derramaba rios de oro por todas aquellas galerías que en algun tiempo inundaba la concurrencia de los pueblos: al mismo tiempo salian sombras desde lo profundo de los palcos y corredores, ó caian sobre la tierra en anchas bandas negras. Desde lo alto de las armaduras de arquitectura divisaba, por entre las ruinas del lado derecho del edificio, el jardin del palacio de los Césares, con una palmera que no parece sino colocada espresamente sobre aquellos restos para los pintores y poetas. En vez de los gritos de alegría que exhalaban en otro tiempo los feroces espectadores en este anfiteatro al ver como desgarraban los leones á los cristianos, no se oian sino los ahullidos de los perros del ermitaño que guarda aquellas ruinas. Pero no bien desapareció el sol del horizonte, cuando la campana de la cúpula de San Pedro resonó sobre los pórticos del Coliseo. Con-

fieso á vd. que esta correspondencia de sonidos religiosos, entre los dos mayores monumentos de Roma cristiana y Roma pagana, me causó la mas profunda emocion: consideraba que el edificio moderno caeria así como el antiguo; reflexionaba que los monumentos se suceden como los hombres que los han construido, y recordaba que los mismos judios que en su primera cautividad trabajaron en las pirámides de Egipto y en los muros de Babilonia, habian tambien levantado en su última dispersion aquel enorme anfiteatro. Las bóvedas que repetian el eco de la campana cristiana eran obra de un emperador gentil, señalado en las profecías para la destruccion final de Jerusalen. ¡Piensa vd. que no sea esta copiosa materia de meditacion, y que una ciudad que á cada paso que se dé en ella produce ideas semejantes, no merezca ser visitada!

Volví ayer 9 de enero al Coliseo para estudiarle en otra estacion y aspecto, admirándome al llegar el no oir los ladridos de los perros, que por lo regular se asomaban por los corredores superiores del anfiteatro entre yerba seca. Llamé á la puerta de la ermita construida en el centro de un palco; nadie me respondió. El ermitaño ha muerto. La dureza de la estacion, la falta del buen solitario, y otras recientes pesadumbres acrecentaron para mí la tristeza de aquel sitio; me parecia ver los escombros de un edificio que algunos dias antes habia admirado en toda su entereza y frescura. Así es, mi querido amigo, como á cada paso nos anuncia cuanto nos rodea nuestra nada; para convencerse de ella busca el hombre fuera de sí razones supérfluas en verdad, pues al paso que vá á meditar sobre las ruinas de los imperios, se olvida que él mismo es una ruina todavía mas vacilante, y que caerá antes que los restos que contempla (1). Pero lo

(1) El sugeto á quien se escribió esta carta ya no existe.

que acaba de asemejar nuestra vida al *sueño de una sombra* (1), es que tampoco podemos esperar que sobreviviremos mucho tiempo en la memoria de nuestros amigos, pues que su corazon, en donde está grabada nuestra imágen, es una arcilla sujeta á disolverse. En Portis me han enseñado un pedazo de ceniza del Vesubio desmenuzable al tacto, y que conserva la huella cada dia mas borrada del pecho y brazo de una jóven sepultada bajo las ruinas de Pompeya: imágen exacta y aun no bastante frágil de la huella que deja nuestra memoria en el corazon de *los hombres, ceniza y polvo* (2).

Antes de partir para Nápoles fuí á pasar algunos dias á Tívoli: recorrí las ruinas de los contornos, y particularmente las de la *villa Adriana*: habiéndome cogido la lluvia en medio de mi espedicion, me refugié á las salas de las Termas, próximas á Pæcilo (3), bajo de una higuera que creciendo habia derribado el lienzo de una pared. En una pequeña sala octógona una viña vírgen penetraba en la bóveda del edificio, y su gruesa y lisa cepa, bermeja y torcida, subia á lo largo de la pared como una serpiente. Al rededor de mí, y por en medio de las árcadas ruinosas se abrian diferentes puntos de vista hácia la campiña romana. Matas de saucos llenaban las salas desiertas á donde iban á refugiarse algunas mirlas. Los fragmentos de albañileria estaban entapizados de escolopendra ó lengua de ciervo, cuya verdura, como de raso, parecia un mosáico sobre la blancura de las piedras. Algunos altos cipreses sustituian á trechos en aquel palacio de la muerte á las columnas caidas; rastreaban

(1) Píndaro.
(2) Job.
(3) Monumentos de la *Villa*. Vease la descripcion de esta y del Tívoli.

á sus pies el acanto silvestre bajo de escombros, como si la naturaleza hubiese gustado de reproducir bajo las obras maestras de arquitectura mutiladas el adorno de su pasada belleza. La diversidad de salas y las puntas de las ruinas parecian canastillos y ramilletes de verdura: agitaba el viento las húmedas guirnaldas, y todas las plantas se inclinaban bajo la lluvia del cielo.

Mil confusas ideas me ocurrieron mientras contemplaba aquel cuadro: tan pronto admiraba como detestaba la grandeza romana: unas veces pensaba en las virtudes, y otras en los vicios de aquel propietario del mundo, que habia querido juntar una imágen de su imperio en su jardin. Traia á la memoria los sucesos que habian derribado aquella ciudad soberbia: mirábala despojada de sus mas hermosos adornos por el sucesor de Adriano; veia pasar á los bárbaros como un torbellino, acantonarse algunas veces en ella, y que para defenderse en aquellos mismos monumentos que habian casi destruido, coronaban el órden griego y toscano con la gótica almena. En fin, religiosos cristianos restituyendo la civilizacion á aquellos sitios, plantaban la vid, y dirigian el arado en el *templo de los estóicos* y las *salas de la Academia* (1): veia renacer el siglo de las artes, y los nuevos soberanos que acababan de trastornar las ruinas restantes de aquellos palacios para buscar en ellas algunas obras maestras del arte. A estos diferentes pensamientos se mezclaba una voz interior que me repetia lo que tantas veces se ha escrito acerca de la vanidad de las cosas humanas. Aun es mayor esta vanidad en la *villa Adriana*, puesto que sus monumentos, como es sabido eran la copia de otros monumentos de las provincias del imperio romano. El verda-

(1) Monumentos de la *Villa*: véase su descripcion.

dero templo de Serapis en Alejandría, la verdadera academia de Atenas ya no existe: y así no ve vd. en las copias de Adriano sino ruinas de ruinas.

Ahora deberia, mi querido amigo, describir á vd. el templo de la Sibila en Tívoli, y el elegante de Vesta suspendido sobre la cascada, pero me falta tiempo. Tambien siento no poder pintar á vd. aquella cascada celebrada por Horacio; allí me encontraba en terreno de vd. como heredero del *Αθελια* de los griegos, ó del *simplex munditiis* (1) del cantor del *arte poética*, pero la he visto en una estacion triste, y yo mismo no estaba muy alegre (2); diré á vd. mas, me importunaba el ruido de las aguas, ruido que tantas veces me ha encantado en las selvas americanas. Aun recuerdo todavía lo deleitoso que me era cuando de noche y en medio del desierto, medio apagada mi hoguera, mi guia durmiendo y pastando mis caballos á alguna distancia, escuchaba la melodía de las aguas y de los vientos en la profundidad de los bosques. Aquellos murmullos aumentándose ó disminuyéndose por intérvalos me conmovian estremadamente, siendo para mí cada árbol una especie de lira armoniosa, de la que sacaban los vientos consonancias inefables.

Echo de ver que en el dia no soy tan sensible á estos encantos de la naturaleza, y dudo que la catarata de Niágara me hiciese el mismo efecto que en otro tiempo. Cuando es uno jóven, la naturaleza muda habla mucho, hay mucha superabundancia en el hombre, tiene á la vista todo su porvenir, espera comunicar al mundo sus propias quimeras. En una edad adelantada, y cuando la perspectiva que teniamos delante, va pasando hácia detrás, cuando estamos

(1) Elegante simplicidad. *Horacio.*
(2) Véase la descripcion de Tívoli.

desengañados de una multitud de ilusiones, ya la naturaleza sola se hace mas fria, menos elocuente, y *los jardines hablan menos* (1); para que esta naturaleza nos interese todavia, es preciso que se le adhieran recuerdos de sociedad: no nos bastamos á nosotros mismos; una soledad absoluta nos abruma, y necesitamos de aquellas conversaciones que se tienen de noche en voz baja entre dos amigos (2).

No he dejado á Tívoli sin visitar la casa del poeta que acabo de citar. Estaba en frente de la villa de Mecenas. Allí es donde él sacrificaba *floribus et vino genium memorem brevis ævi* (3); su retiro no podia ser grande porque está situado sobre la falda misma del collado; pero desde luego se deja conocer que debia uno estar muy abrigado en aquel sitio, que aunque pequeño, ofrecia todas las comodidades. Desde el vergel que estaba delante de la casa recorria la vista un inmenso pais: verdadero retiro del poeta á quien basta poco, y que goza de todo lo que no posee, *spatio brevi spem longam resesces* (4), al fin es muy fácil ser filósofo como Horacio; tenia una casa en Roma, dos villas ó quintas, una en Utica, y la otra en Tívoli. Bebia de cierto vino del consulado de Tulo con sus amigos; su *aparador estaba lleno de vagilla de plata*, y decia familiarmente al primer ministro del orbe: «*No siento las urgencias de la pobreza, y si algo mas quisiese, tú, ó Mecenas, no me lo rehusarias*;» bien se puede cantar así á *Lalage*, coronarse *de azucenas que viven poco*, hablar de la muerte bebiendo el Falerno, y *dar al viento las pesadumbres*.

(1) La Fontaine.
(2) Horacio.
(3) Con flores y vino al genio que nos recuerda la brevedad de la vida.
(4) Encierra en breve espacio tus largas esperanzas.

Advierto que Horacio, Virgilio, Tíbulo y Tito Livio, murieron todos antes que Augusto, que tuvo en esta parte el destino de Luis XIV: aquel gran príncipe sobrevivió muy poco á su siglo, y se acostó el último en el sepulcro como para asegurarse de que no quedaba nada despues de él.

Sin duda será á vd. indiferente saber que la casa de Catulo está situada en Tívoli sobre la de Horacio, y que ahora sirve de habitacion á algunos religiosos cristianos; pero acaso le parecerá notable que el Ariosto viniese á componer sus *fàbulas cómicas* (1) al mismo parage en el que Horacio se burló de todas las cosas de la vida. No se puede menos de preguntar como es que el cantor de Orlando, retirado en casa del cardenal de Est, en Tívoli, consagrase sus *divinos* delirios á la Francia, y Francia medio bárbara mientras, tenia á la vista los severos monumentos y graves recuerdos del pueblo mas sério y civilizado de la tierra. Por lo demas la *villa* de Est es la única moderna que me haya interesado en medio de los restos de las de tantos emperadores y consulares. La casa de Ferrara ha tenido la dicha poco comun, de haber sido celebrada por los dos mayores poetas de su tiempo, y los dos mas bellos ingenios de la Italia moderna.

Piacciavi, generosa Ercolea prole,
Ornamento, é esplendor del secol nostro
Ippolito, etc.

Este es verdaderamente el grito de placer que exhala un hombre feliz, dando gracias á la poderosa familia, cuyos favores recibe y cuyas delicias es él mismo. El Taso, mas penetrante y tierno, profiere en

(1) Boileau.

su invocacion los acentos de gratitud de un hombre grande, pero desdichado.

Tu magnanimo Alfonso il qual ritogli, etc.

Proteger las talentos desterrados y dar acogimiento al mérito prófugo, es ciertamente hacer el mejor uso del poder. Ariosto é Hipólito de Est, han dejado en los valles de Tívoli unos recuerdos que en nada ceden á los de Horacio y Mecenas; mas ¿qué es ya de los protectores y los protegidos? En el momento en que escribo esto, la casa de Est acaba de estinguirse, la *villa* del cardenal del mismo nombre se ha arruinado como la del ministro de Augusto; y esta es la historia de todas las cosas y de todos los hombres.

Linquenda tellus, et domus et placens Uxor (1),

Pasé casi un dia entero en aquella suntuosa *villa*, no cansándome de admirar la perspectiva de que se goza desde lo alto de sus terrados: por bajo se estienden los jardines con sus plátanos y cipreses, y detrás de ellos vienen los restos de la casa de Mecenas, situada á las orillas del Anio (2). Al otro lado del rio, delante de la colina, reina un bosque de antiguos olivos, en donde se ven las ruinas de la *villa* de Varo (3); un poco mas adelante y hácia la derecha se levantan en la llanura los tres montes llamados *Monticelli*, *San Francesco*, *y San Angelo*, divisándose por entre las cimas de estos tres montes inmediatos la

(1) Preciso será dejar la tierra, la casa y la esposa amada. Horacio,

(2) En el dia el Teveron.

(3) Varo, que fué sacrificado en Germania con las legiones. Véase el admirable trozo de Tácito.

lejana y azulada del antiguo Soracte; en el horizonte de las campiñas romanas, y describiendo un círculo por Poniente y Mediodía, se descubren las alturas de Monte-Fiasconi, Roma, Sivita-Vecchia, Ostia, el mar, Frascati coronado con los pinos de Túsculo; en fin, volviendo á buscar á Tívoli hácia el Oriente, concluye la circunferencia de esta inmensa perspectiva en el monte Ripoli, ocupado en otro tiempo por las casas de Bruto y Atico, al pie del cual está la *villa Adriana* con todas sus ruinas.

En medio de este cuádro puede seguirse el curso del Teveron, que baja hácia el Tiber hasta el puente, en donde se encuentran el mausoleo de la familia *Plautia*, edificado en forma de torre. Se estiende tambien en la campiña el gran camino de Roma, que era la antigua via Tiburtina, llena en otro tiempo de sepulcros, y á lo largo de la cual pilas de heno en figura piramidal imitan todavía los desechos sepulcros.

Difícil será hallar en parte ninguna del orbe una vista tan asombrosa y propia para producir grandes reflexiones. Nada digo de Roma, cuyas techumbres se divisan, porque ella sola lo dice todo; hablo no mas que de los sitios y monumentos comprendidos en esta prolongada estension. Allí está la casa en donde Mecenas saciado de los bienes de la tierra murió de una enfermedad de languidez; Varo dejó aquel collado para ir á derramar su sangre en los pantanos de la Germania; Casio y Bruto abandonaron aquellos retiros para trastornar su patria; bajo estos altos pinos de Frascati, dictaba Ciceron sus Tusculanos; Adriano hizo correr al pie de esta colina un nuevo Peneo, y trasportó á estos sitios los nombres, encantos y recuerdos del valle de Tempe. Hácia este manantial de la Solfatara terminó sus dias en la oscuridad la reina de Palmira, desapareciendo en el desierto su efíme-

ra ciudad. Aquí es donde el rey Latino consultó al dios Jano en la selva Albúnea; aquí donde Hércules tenia su templo, y daba sus oráculos la sibila Tiburna; aqui estan los montes sabinos, las llanuras del antiguo Lacio, tierra de Saturno y de Rea, cuna de la edad de oro, cantada por todos los poetas: las amenas laderas de Tibur y de Lucretil, cuyas gracias ha podido retratar el genio francés; y que aguardaban los pinceles de un Poussino y de un Claudio Lorena.

Bajé de la *villa* de Est (1) á cosa de las tres de la tarde, pasando el Teveron por el puente de Lupo, para volver á entrar en Tívoli por la puerta Sabina. Al pasar el bosque de olivos antiguos de que acabo de hablar á vd., reparé en una capillita blanca dedicada á la madona Quintilánea, y que está edificada sobre las ruinas de la *villa* de Varo. Era domingo, estaba abierta la puerta y entré. Ví tres altaritos en forma de cruz; en el del medio habia un gran crucifijo de plata, delante del cual ardía una lámpara suspendida del techo: solo un hombre que tenia toda la traza de desgraciado, estaba prosternado al lado de un banco, y orando con tanto fervor, que ni siquiera levantó los ojos al ruido de mis pasos. Sentí como mil veces he esperimentado al entrar en una iglesia, cierta calma y sosiego de las turbaciones del corazon, y no sé que disgusto de las cosas terrenas; me puse de rodillas á cierta distancia de aquel hombre, é inspirado por el sitio en que me hallaba, pronuncié esta súplica: «¡Dios del viagero, que habeis querido que «el peregrino os adore en este humilde asilo, edifica«do sobre las ruinas del palacio de un grande de la

(1) A la conclusion de mi descripcion de la *villa Adriana*, anunciaba por la mañana siguiente un paseo á la *villa* de Est; pero no he dado los pormenores de este paseo, porque estaba ya en mi *carta sobre Roma* á Mr. Fontanes.

«tierra! ¡Madre de dolor, que habeis establecido «vuestro tierno culto en la herencia de un romano «desgraciado, muerto lejos de su pais en los bosques «de la Germania! no estamos aqui sino dos fieles pos«trados al pie de vuestro altar solitario. Conceded «á este desconocido, tan profundamente humillado «delante de vuestra grandeza, todo lo que os pida; «haced que sus ruegos sirvan tambien en favor de «mis necesidades, á fin de que estos dos cristianos, «estraño el uno para el otro, y que no se han encon«trado sino por un instante en el viage de la vida, y «van á separarse para no verse ya mas acá abajo, «queden estáticos al volverse á encontrar al pie de «vuestro trono, al deberse mútuamente una parte de «su felicidad por los milagros de la caridad.»

Cuando vuelvo la vista, amigo mio, á todos los pliegos esparcidos sobre mi mesa, me asusta verdaderamente su inmenso fárrago y dudo enviárselos á vd. Conozco sin embargo que nada le he dicho, y que se me han olvidado mil cosas interesantes: por egemplo, no le he hablado á vd de Túsculo, de Ciceron, que segun dice Séneca «fué el único génio que tuvo «el pueblo romano igual á su imperio:» *Illud ingenium quod solum populus romanus par imperio suo habuit*; de mi viage á Nápoles, mi bajada al cráter del Vesubio (1) mis espediciones á Pompeya, á Caserta (2), á la Solfatara, al lago Averno, á la gruta de la Sibila,

(1) No hay, como he dicho en otra parte, peligro ninguno sino fatiga en bajar al cráter del Vesubio. Seria preciso tener la mala suerte de que estallase una erupcion en aquel mismo instante; y aun en este caso, si la esplosion no arrebata al viagero, la esperiencia ha probado que puede uno salvarse sobre la lava: como corre con mucha lentitud, se enfria su superficie bastante pronto para poderla pasar con rapidez.

(2) Nada he hallado en Caserta.

todo lo cual debia necesariamente recrear á vd., solo Baias, teatro de tantas memorables escenas, merecia un volúmen entero. Paréceme que estoy viendo todavía la torre de Bola, en donde estaba la casa de Agripina, y dijo ella á los asesinos enviados por su hijo, aquellas sublimes palabras: *Ventrem feri* (1). La isla Nisida, refugio de Bruto despues del asesinato de César, el puente de Calígula, la piscina admirable y todos aquellos palacios edificados en el mar, de que habla Horacio, sin duda merecian detenerse un poco en ellos. En tales sitios colocó ó halló Virgilio las hermosas ficciones del libro sesto de su *Eneida*: desde allí escribia á Augusto estas palabras modestas (únicas en prosa que conocemos de aquel hombre grande): *Ego vero frecuentes á te litteras accipio... De Ænea quidem meo, si me hercule jam dignum auribus haberem tuis: libenter mitterem: sed tanta inchoata res est, ut pæne vitio mentis tantum opus ingressus mihi videar; cum præsertim, ut scis, alia quoque studia ad id opus multoque potiora impetiar* (2).

Mi peregrinacion al sepulcro de Escipion el Africano es una de las que quedé mas contento, aunque no conseguí el objeto de mi viage. Se me habia dicho que el mausoleo existia, y que aun se leia en él la palabra *patria*, único resto de la inscripcion que se pretende tenia con estas palabras: *ingrata patria, no poseerás mis huesos*. Fuí pues á Patria, la antigua Literna, y aunque no he encontrado el sepulcro he divagado por las ruinas de la casa que habitó en su destierro el mas amable de los hombres: me figuraba ver al vencedor de Anibal pasearse á orillas del

(1) Tácito.

(2) Este fragmento se encuentra en Macrobio, pero no puedo fijar el libro; me parece que es el primero de las Saturnales. Véanse los *Mártires* acerca de la mansion de Baias.

mar, en la costa contrapuesta á la de Cartago, consolándose de la injusticia de Roma con los encantos de la amistad y el recuerdo de sus virtudes (1).

(1) No solo se me habia dicho que el sepulcro existia, sino que yo tambien habia leido las circunstancias de lo que aquí cuento en no sé qué viagero. A pesar de esto, las razones siguientes me hacen dudar de la verdad de los hechos.

1. Me parece que Escipion, no obstante las fundadas razones de queja que tenia contra Roma, amaba demasiado á su patria para haber querido que se grabase en su sepulcro semejante inscripcion, lo cual parece contrario á todo lo que sabemos del genio de los antiguos.

2. La inscripcion referida está concebida casi literalmente en los términos de la imprecacion que Tito Livio pone en boca de Escipion saliendo de Roma: ¿no pudiera haberse originado de esto el error?

3. Cuenta Plutarco que cerca de Gaeta se encontró una urna de bronce en un sepulcro de mármol, en donde debian estar las cenizas de Escipion, y que tenia una inscripcion muy diferente de la que aquí se trata.

4. Habiendo tomado la antigua Literna el nombre de *Patria*, ha podido esto dar orígen á lo que se ha dicho de la palabra *patria* como único resto de toda la inscripcion del sepulcro. En verdad, ¿no seria un acaso muy singular que el sitio se llamase *Patria*, y que esta palabra se hallase tambien en el monumento de Escipion, á no suponerse que sitio y sepulcro tomasen el nombre uno de otro?

Puede muy bien ser que autores que yo no conozco hayan hablado de esta inscripcion, de modo que no dejen duda alguna: y aun hay una frase en Plutarco que parece favorable á la opinion que combato. Un hombre del mayor mérito, y que me es tanto mas caro, cuanto es mas desgraciado, ha hecho al mismo tiempo que yo el viage de *Patria* (1). Hemos hablado á menudo de este sitio célebre, y no estoy cierto de si me dijo que habia visto él mismo *el sepulcro y la palabra* (lo cual cortaría la dificultad) ó si solamente me contó la tra-

(1) Mr. Bertin, el mayor, á quien yo puedo citar, estaba entonces desterrado y perseguido por Bonaparte por su adhesion á la familia de los Borbones.

En cuanto á los romanos modernos, mi querido amigo, creo que Duclós se dejó llevar del mal humor cuando los llama los *italianos de Roma*; pues me parece que aun encierran el carácter de una nacion poco conocida. En este pueblo, juzgado con demasiada ligereza, se puede descubrir un gran discernimiento, valor, paciencia, génio, profundas señales de sus antiguas costumbres, cierto aire de soberanía y algunas costumbres nobles que se resienten de grandeza. Quisiera que antes que condene vd. una opinion que puede parecerle aventurada, oyese nuevas razones; pero me falta tiempo para esponérselas.

¡Cuántas cosas me quedarian qúe decir á vd. acerca de la literatura italiana! Sabe vd. que no he visto sino una sola vez en mi vida al conde Alfieri, y adivinará vd. que le he visto cuando le iban á meter en su ataud. Se me aseguró que apenas estaba mudado. Parecióme su fisonomía noble y grave, á la que añadia sin duda la muerte una nueva severidad: como el féretro fuese algo corto, inclinaron la cabeza del difunto sobre su pecho, lo que le hizo hacer un

dicion popular. En cuanto á mí, no he hallado el monumento y no he visto sino las ruinas de la *Villa*, que no me parecen gran cosa.

Plutarco habla de la opinion de aquellos que colocaban el sepulcro de Escipion cerca de Roma; pero confundian seguramente el sepulcro de los Escipiones con el de Escipion. Tito Livio afirma que éste estaba en Literna coronado de una estátua, la cual fué derribada por una tempestad, y que él mismo habia visto aquella estátua. Se sabia ademas por Séneca, Ciceron y Plinio, que el otro sepulcro, es decir, el de los Escipiones, habia existido efectivamente en una de las puertas de Roma. Ha sido descubierto en el reinado de Pio VI, y se han transportado las inscripciones al museo del Vaticano: entre los nombres de los miembros de la familia de los Escipiones encontrados en el monumento, falta el del Africano.

movimiento horroroso. Una persona que fué muy de su estimacion (1), y un amigo del conde Alfieri me favorecieron proporcionándome notas curiosas acerca de las obras póstumas, opiniones y vida de aquel hombre célebre. La mayor parte de los papeles públicos de Francia no han dado sobre éste particular sino noticias cortas e inciertas. Mientras comunico á vd. mis notas, le remito el epitafio hecho por el conde Alfieri, al mismo tiempo que el suyo, para su noble amiga.

HIC. SITA. EST.
AL.... E.... ST....
ALB.... COM....
GENERE. FORMA. MORIBUS.
INCOMPARABILI. ANIMI. CANDORE.
PRÆCLARISSIMA.
A. VICTORIO. ALFERIO.
JUXTA. QUEM. SARCOPHAGO UNO (2)
TUMULATA. EST.
ANNORUM. 26. SPATIO.
ULTRA. RES. OMNES. DILECTA.

(1) La persona para quien se habia compuesto de antemano el epitafio que pongo aquí, no desmintió por mucho tiempo el *hic sita est*, pues ya se ha reunido con el conde Alfieri. No hay cosa mas triste que el leer al declinar los años lo que se ha escrito en la juventud; todo lo que existia presente cuando se escribia lo halla uno ya pasado: se hablaba de los vivos y ya no se ve sino muertos. El hombre que envejece en el camino de la vida, vuelve la cabeza para mirar á sus compañeros de viage, y han desaparecido. Ha quedado solo en una senda desierta.

(2) *Sic inscribendum, me, ut opinor et opto, premoriente. Sed aliter juvente Deo, aliter inscribendum.»*

Qui. juxta. eam. sarcophago. uno
Conditus, erit, quamprimum.

ET. QUASI. MORTALE. NUMEN.
AB. IPSO. CONSTANTER. HABITA.
ET. OBSERVATA.
VIXIT. ANNOS,. MENSES.. DIES..
HAN. NONIÆ. MONTIBUS. NATA.
OBIIT... DIE... MENSIS,..
ANNO DOMINI. M. D. CCC. (1)

La sencillez de este epitafio, y particularmente la nota que le acompaña me parecen muy penetrantes.

He concluido por ahora. Envio á vd. un monton de ruinas para que haga de ellas lo que guste; pero me persuado á que en la descripcion de los diferentes objetos de que le he hablado, no haya omitido cosa alguna notable, á no ser que el Tiber es siempre el *Flavus Tiberinus* de Virgilio. Se atribuye su color barroso á las lluvias de los montes por donde desciende. Muchas veces, y en los dias mas serenos, al ver deslizarse sus ondas pálidas me ha sugerido la idea de una vida empezada en épocas turbulentas y tempestuosas. En vano es que gire lo que le queda que correr bajo un cielo puro: el rio queda siempre teñido con las aguas de las borrascas que le infestaron en su orígen.

(1) «Aquí reposa Heloisa E. St. condesa de Al., ilustre por sus ascendientes, y célebre por las gracias de su persona, por las de su talento, y por el candor incomparable de su alma. Enterrada con Victor Alfieri en un mismo sepulcro (1), la prefirió él por espacio de veinte y seis años á todas las cosas de la tierra. Mortal, la obsequió y respetó como si hubiese sido una divinidad.»

Nacida en Mons, vivió... y murió el...

(1) «Asi he escrito, esperando y deseando morir el primero; pero si Dios lo dispusiese de otro modo, será preciso escribir: «Enterrada por disposicion de Victor Alfieri, que será enterrado bien pronto cerca de ella en un mismo sepulcro.»

VIAGE A CLERMONT.

VIAGE Á CLERMONT.

AUVERNIA.

2, 3, 4, 5 y 6 de agosto de 1805.

Héme aquí en la cuna de Pascal y en el sepulcro de Masillon: ¡qué de recuerdos! los antiguos reyes de Auvernia y la invasion de los romanos, César y sus legiones, Vercingetorix, los últimos esfuerzos de la libertad de los gaulas contra un tirano estrangero; despues los visogodos, luego los francos, tras ellos los obispos, en seguida los condes y los delfines, Auvernia, etc.

Gergovia, *oppidum Gergovia* no es Clermont: sobre la colina de Gergoye que alcanzo á ver al Sudeste estaba la verdadera Gergovia. Allí veo á Mont-Rognon, *Mons Rugosus*, del cual se apoderó César para cortar los víveres á los gaulas encerrados en Gergovia; no sé que delfin edificó sobre el *Mons Rugosus* un castillo cuyas ruinas subsisten.

Clermont era *Nemossus*, si Estrabon no nos engaña; era tambien *Nemetum*, *Augusto-Nemetum*, *Averni urbs*, *Civitas Averna*, *oppidum Avernum*, testigos Plinio, Tolomeo, el mapa de Peutinger etc.

¿Pero por qué lleva este nombre de Clermont, y cuándo lo tomó? En el siglo IX dicen Lupo de Ferriéres y Guillermo de Tyro; pero hay otra cosa mas terminante en la materia; el anónimo autor de las acciones de Pepino, dice: *Maximam pars Aquitaniæ vastans, usque urbem Avernam; cum omni exercitu veniens (Pepinus)* CLERE MONTEM *castrum captum, atque successum bellando cepit.*

Es curioso el paisage por lo bien que distingue la villa *Urbem Avernam* del castillo *clare montem castrum.* Allí la villa romana estaba en la falda del montecillo edificado sobre él: este castillo se llamaba Clermont. Los habitantes de la villa baja, ó de la villa romana, *Averni urbs*, cansados de verse á cada paso saqueados en una poblacion abierta, se fueron retirando poco á poco al rededor y bajo la salvaguardia del castillo. Se edificó una nueva villa con el nombre de Clermont en el sitio en que se halla hoy, hácia mediados del siglo VIII, uno antes de la época que fija Guillermo de Tyro.

¿Es creible que los antiguos avernos, ó auvernienses de ahora hubiesen hecho escursiones en Italia antes de la llegada del piadoso Eneas, ó bien siguiendo á Lucano, que los avernos descendian directamente de los troyanos? Debieron, pues, cuidarse poco en esta ocasion de las imprecaciones de Dido, pues que se hicieron los aliados de Anibal y los protegidos de Cartago. Segun los druidas, si es que sabemos con exactitud lo que los druidas decian, Pluton debe haber sido el padre de los avernos: ¿no pudiera originarse esta fábula de la tradicion de los antiguos volcanes de Auvernia?

¿Convendrá conformarse con la opinion de Ateneo y Estrabon de que Luerio, rey de los avernos, daba grandes banquetes á todos sus súbditos, y que se paseaba en un carro elevado, echando sacos de oro y plata á la multitud? Sin embargo, los reyes gaulas (*Cæsar rom.*) vivian en una especie de chozas de madera y de tierra como nuestros montañeses de Auvernia. ¿Podrá decirse que los auvernos habian enseñado perros con los cuales maniobraban como con tropas regulares, teniendo Bituito tanta multitud de estos que pudiesen devorar á todo un ejército romano? ¿se creerá tambien que este mismo rey atacó con doscientos mil combatientes al cónsul Fabio, que no tenia mas de treinta mil hombres? no obstante, los treinta mil romanos mataron ó ahogaron en el Ródano á ciento y cincuenta mil auvernienses ni mas ni menos, en esta forma.

Cincuenta mil ahogados, y cien mil muertos.

Ahora bien, no habiendo mas de treinta mil romanos debió matar cada legionario tres auvernienses, lo que compone noventa mil auvernienses.

Quedan, pues, diez mil muertos que dividir entre los que mas mataron, ó entre las máquinas del ejército de Fabio.

Dando por supuesto que los auvernienses no se defendieron bien y que sus perros regimentados no se portaron mejor; que un solo tajo de espada, el pilo, la flecha ó la honda bien dirigida á una parte mortal bastase para acabar con el contrario; que los auvernienses no huyeran ni pudieran huir; que los romanos no perdieron un solo soldado, y que por último, bastasen *materialmente* algunas horas para pasar á cuchillo á cien mil hombres, el gigante Robastro seria un Mírmidon en comparacion de esto. En la época de la victoria de Fabio cada legion no llevaba mas que diez máquinas de guerra de la primera maguitud

y cincuenta y cinco mas pequeñas ¿se creerá que el reino de Auvernia, cambiado en república, armó bajo Vercingetorix cuatrocientos mil soldados contra César?

¿Se creerá que Nemetum era una poblacion inmensa, que tenia nada menos que treinta puertas?

En historia profana suelo parecerme á veces á mi compañero el P. Hardouin, que pretendia que la historia antigua se habia vuelto á formar en el siglo XIII segun las odas de Horacio, las Geórgicas de Virgilio y las obras de Plinio y de Ciceron. No obstante, este mismo hombre tan escéptico en esta materia, se burlaba de los que pretendian que el sol estaba lejos de la tierra. ¡Triste contradiccion de la debilidad humana!

La villa de los avernos, hecha romana con el nombre de *Auausto-Nemetum*, tuvo un capitolio, un anfiteatro, un templo de Wasso-Galatas, un coloso que casi igualaba al de Rodas, y Plinio nos habla de sus canteras y de sus escultores. Tuvo tambien una célebre escuela de la cual salió el rector Fronton, maestro de Marco Aurelio. *Augusto-Nemetum*, gobernada por el derecho latino, tenia un senado, sus ciudadanos (ciudadanos romanos) podian obtar á los grandes empleos del estado; siendo aun el recuerdo de Roma republicana la que daba poder á los esclavos del imperio.

Las colinas que rodean á Clermont estaban cubiertas de bosques y de templos: en Chamturgues un templo á Baco, en Montjuset otro á Júpiter, servido por mugeres hadas (*fatuæ fatidicæ*), en Puy de Moutaudon otro de Mercurio ó Teutates, *Montaudon*, *Mons Teutates* etc.

Nemetum con toda la Auvernia fué dominada por los visogodos, en virtud de la cesion del emperador Nepos; pero habiendo salido triunfante Alarico en la

batalla de Vouvillé, la Auvernia pasó á poder de los francos. Vinieron despues los tiempos feudales, y fué el gobierno con frecuencia independiente de los obispos, condes y delfines.

El primer apóstol de la Auvernia fué San Austremon, *y la Galia cristiana* cuenta noventa y seis obispos desde aquel apóstol hasta Masillon.

Treinta y uno ó treinta y dos de estos obispos han sido reconocidos por santos, y uno de ellos fué papa con el nombre de Inocencio VI. El gobierno de estos obispos nada tuvo de notable: por lo cual pasaremos á hablar de Caulin.

Chilping decia á Thierry que queria destruir á Clermont. «Las murallas de esta ciudad, son muy fuertes y reforzadas de baluartes inespugnables; y para que vuestra magestad me entienda mejor, hablo de los santos y sus iglesias que rodean las murallas de esta ciudad.»

En el concilio de Clermont fué en donde el papa Urbano II predicó la primera cruzada: todo el auditerio esclamó: *Diex el volt!* y Aymar, obispo de Puy, partió con los cruzados. El Tasso le hace morir á manos de Clorinda:

. . . Fu del sangue sacro
Su l' arme femminili, ampio lavacro.

Los condes que reinaron en Auvernia, ó fueron sus primeros señores feudales, produjeron hombres muy singulares. A mediados del siglo X, Guillermo VII, conde de Auvernia, que por línea materna descendia de los delfines vienenses, tomó el título de delfin y llamó á sus tierras Delfinado.

El hijo de Guillermo se llamó Roberto, nombre de aventuras y de novelas, y este segundo delfin de Auvernia protegió los amores de un pobre caballero.

Tenia Roberto una hermana, muger de Bertran I, señor de Mercœur: Perols, trobador, la amaba y se lo declaró á Roberto, que no lo llevo á mal: tal es la historia del Taso variada. Roberto tambien era poeta y cambiaba sus serventecios con Ricardo Corazon de Leon.

El nieto de Roberto, comendador de los templarios en Aquitania, fué quemado vivo en París, espiando así con valor un momento de debilidad.

Infinitos recuerdos históricos van unidos á diferentes sitios de la Auvernia.

Margarita de Valois se consolaba en Usson de la pérdida de sus grandezas y de las desgracias del reino: habia cautivado al marqués de Canillac, que la custodiaba en aquel castillo. Fingia ella que amaba á la muger de Canillac. «Lo mejor estuvo, dice d' Aubigné, que inmediatamente que su marido (Canillac) volvió las espaldas para ir á París, Margarita la despojó de todas sus joyas, y la envió como una mendiga con todos sus guardias, y se hizo señora y dueña de la plaza. El marqués se encontró chasqueado, y fué el hazme reir del rey de Navarra.»

Las dos ramas de la familia real de los Orleans y Valois amaban las letras y las artes, mezclándose en ellas la sangre francesa y la italiana por Valentina de Milan y Catalina de Médicis. Francisco I era poeta, como lo prueban sus hermosos versos á Inés Soxel: su hermana la *reina de Navarra*, tenia la misma gracia que Bocacio: Cárlos IX rivalizaba con Ronsard; los cantos de Margarita de Valois, tan compasiva que salvó muchas víctimas en el memorable dia de San Bartolomé, los repetia toda la córte, y sus *Memorias* están llenas de dignidad, interés y gracias.

El siglo de las artes en Francia es el de Francisco I, descendiendo hasta Luis XIII y no el de Luis XIV. El *pequeño palacio* de las Tullerías, el an-

tiguo Louvre, una parte de Fontaineblau y de Anet, y el palacio del Luxembourgo son ó fueron superiores á las obras que se miran como monumento del *gran* monarca.

Un personage muy diferente de Margarita de Valois fué aquel canciller de L'Hopital, que nació en Aigueperse á quince ó diez y seis leguas de Usson. «Era, dice Brantome, otro Caton, que sabia muy bien censurar y corregir al mundo corrompido, ó al menos tenia la apariencia de tal con su gran barba blanca, su rostro pálido, y su continente grave hasta el punto de que al verle se le hubiera tenido por un verdadero retrato de San Gerónimo.»

«No podian gastarse chanzas con aquel gran juez y severo magistrado, pues aunque á veces era indulgente, en donde quiera que viese la razon..... Suavizaba mucho su justiciero carácter, su instruccion en las letras humanas. Era grande y muy elocuente orador, buen historiador, y sobre todo divinísimo poeta latino, como lo han comprobado sus diversas obras.»

El canciller de L'Hopital, poco apreciado en la córte y desgraciado, se retiró miserable á una casita de campo cerca de Etampes: acusábasele de moderacion en puntos religiosos y políticos, y habiendo sus domésticos querido cerrar las puertas á los asesinos que se enviaron á su casa el dia de San Bartolomé: «No, no, les dijo, si la puertecilla no es bastante capaz para que puedan entrar, abridles la grande.»

La viuda del duque de Guisa salvó á la hija del canciller, escondiéndola en su casa, y él mismo debio su vida á los ruegos de la duquesa de Saboya. Tenemos su testamento en latin, que es muy curioso, así por sus disposiciones, como por los pormenores que encierra.

«Los que me habian arrojado, dice él, tomaban cierta máscara de religion, cuando ellos mismos no

la conocian; pero en verdad que nada les conmovió tanto como el estar convencidos de que mientras yo estuviese en valimiento no les seria posible violar los decretos del rey, ni dilapidar la hacienda y los intereses de sus súbditos.

«Por lo demás, hace ya cinco años que llevo aquí la vida de un Laertes.... y no quiero renovar la memoria de lo que sufrí en aquella salida de la córte.»

Su casa se estaba arruinando, y apenas podia mantener á sus antiguos criados y su numerosa familia, y se consolaba como Ciceron con las musas; pero deseaba ver á los pueblos reintegrados de su libertad, habiendo muerto cuando los cadáveres de las víctimas del fanatismo no habian sido aun devorados por los buitres.

Yo quisiera colocar á Chateauneuf de Randon en Auvernia, que está muy cerca. Allí fué donde Duguesclin recibió en el féretro las llaves de la fortaleza, si bien dos manuscritos suponen haber capitulado la plaza algunas horas antes de la muerte del condestable. «La historia de este breton es la de una alma esforzada, alimentada en los hierros, y fortificada bajo de palmas, en cuya escuela cursó por mucho tiempo. La Bretaña fué su ensayo, los ingleses su prueba, la Castilla su obra maestra, y sus acciones en todas estas épocas los heraldos de su gloria; las desgracias otros tantos teatros erigidos á su constancia, y el sepulcro base de un trofeo inmortal.

La Auvernia ha sufrido el yugo de los visogodos y de los francos, pero no fué hecha colonia sino por los romanos; de manera que si hay gaulas en Francia, es necesario irlos á buscar en Auvernia, *montes celtorum*. Todos sus monumentos son célticos, y sus familias antiguas descienden ó de las romanas consagradas al episcopado ó de familias indígenas.

El feudalismo echó sin embargo raices vigorosas

en Auvernia, y se llenaron de castillos todos los montes. Se establecieron en ellos señores, que segun la rustiquez de aquellos tiempos ejercieron tiranías que participaban de lo bárbaro y lo ridículo. El cardenal de Richelieu hizo apear una parte de los castillos de Auvernia y Luis XIV acabó de destruirlos.

De todos estos castillejos arruinados, uno de los mas célebres es el de Murat ó de Almagnac. Allí fué cogido el desgraciado Jaime, duque de Nemours, en otro tiempo ligado con vínculos de amistad con Juan V, conde de Almagnac, que se habia casado públicamente con su propia hermana. En vano dirigia el duque de Nemours una humildísima carta á Luis XI, escrita en la prision de la Bastilla y firmada, el pobre Jaime; fué decapitado en el mercado de París, y sus tres jóvenes hijos, colocados bajo el cadalso fueron cubiertos con la sangre de su padre.

Cárlos de Valois duque de Angulema, hijo natural de Cárlos IX y de María Tauchet, hermano uterino de la marquesa de Verneuil, fué investido con el condado de Clermont y de Auvernia. Tomó parte en los complots Viron, cuya muerte es justamente achacada á Enrique IV. A la muerte de Enrique III habia dicho Enrique IV á Armando de Gontaud baron de Vivon: «Ahora es cuando es necesario que pongais vuestra diestra en mi corona; venid á servirme de padre y amigo contra esta gente que no ama á ninguno de los dos.» Enrique hubiera debido conservar en la memoria estas palabras; hubiera debido acordarse de que Cárlos Gontaud habia sido su compañero de armas; no hubiera debido olvidar que la cabeza del que habia puesto la mano derecha en su corona se la habia llevado una bala: no era, pues, en el Bearnés en donde debia unirse la cabeza del hijo á la del padre.

El conde de Auvernia por medio de nuevas intrigas fué detenido en Clermont; su amante la señora de

Chateauquey amenazaba matar de cien pistoletazos y estocadas á Eure y Murat que habia cogido al conde; pero no mató á nadie. El conde de Auvernia fué llevado á la Bastilla, de donde salió en el reinado de Luis XIII y vivió hasta el año de 1650. Este era el último vástago de la rama de Valois.

El duque de Angulema era valiente, ligero é instruido como todos los Valois; sus memorias contienen una tierna relacion de la muerte de Enrique III, y otra detallada del combate de Arcos en donde el duque de Angulema, se habia hallado á la edad de diez y seis años cargando á Sagonne, partidario acérrimo de la liga, que le gritaba: «¡Látigo, látigo, jovencito!» le rompió el muslo de un pistoletazo y obtuvo las primicias de la victoria.

Bajo la segunda raza estuvo casi siempre revolucionada la Auvernia; dependia de la Aquitania, y el mapa de Aalon prueba que los primeros duques de Aquitania descedian por linea recta de la estirpe de Clovis; combatian, pues, con los Carlovingienses como contra los usurpadores del trono. Cuando bajo la tercera raza, la Guyena, feudo de la corona de Francia, recayó por alianza y por herencia en la corona de Inglaterra, la Auvernia se encontró en parte inglesa, y entonces fué asolada por las grandes compañías de los llamados desolladores etc.

Cantábanse por todas partes endechas latinas sobre las desgracias de la Francia:

Plange regni respública,
tua gens ut schismatica
desolatu, etc.

Durante las guerras de la liga padeció mucho la Auvernia. Los sitios Issoire son famosos; el capitan Merlo, partidario protestante, hizo desollar vivos á

tres religiosos de la abadía de Issoire. Esto no merecia la pena de levantar el grito tan alto contra la violencia de los católicos.

Se ha citado mucho, y con razon, la respuesta del gobernador de Bayona á Carlos IX, que le mandaba asesinase á los protestantes. Montmorin, comandante en la Auvernia por la misma época, hizo brillar la misma generosidad. La noble familia que habia mostrado tan verdadera adhesion á su príncipe, y no la ha desmentido en nuestros dias, ha derramado su sangre por un monarca tan virtuoso como Cárlos IX fué criminal. Voltaire nos ha conservado la carta de Montmorin.

«Señor: he recibido una órden firmada por vuestra magestad para hacer morir á todos los protestantes que hay en mi provincia. Respeto demasiado á vuestra magestad para creer que estas cartas son supuestas; y si, lo que Dios no permita, la órden es verdadera, la respeto tambien demasiado para darle cumplimiento.»

Se deben á Clermont los dos mas antiguos historiadores de la Francia, Sidonio Apolinario y San Gregorio de Tours. Sidonio, natural de Leon y obispo de Clermont, no es solamente un poeta, sino tambien un escritor que nos refiere como los reyes francos celebraban sus bodas en un carromato, cual era su modo de vestirse y su lenguage. San Gregorio de Tours cuenta lo que pasaba en Clermont en su tiempo, y los pormenores de la historia de Anastasio, sacerdote, encerrado por Caulino en un sepulcro con el cadáver de un viejo. Tambien es muy curiosa la anécdota de los dos amantes Injurioso y Escolástica, cuyos sepulcros se aproximaron uno á otro en señal de la íntima union de los dos castos esposos que no temian faltar ya á su juramento: una cosa semejante se ha dicho y admirado despues de Abelardo y Eloisa; pero a mí me parece

que está mas ratificada la narracion de Gregorio de Tours, que sencillo por otra parte en sus pensamientos, aunque bárbaro en su lenguage, no deja de ser florido, y aun retórico en su estilo.

La Auvernia ha sido cuna del canciller de L'Hopital, de Donat, Cascal, el cardenal de Polignac, el abate Gerardo, el padre Sirmond, y en nuestros dias de Sesaix, d'Estaing, Chamfort, Tomás, el abate Delille, Chabrol, Dulaure, Montlosier y Barante. Ahora que nada mas recuerdo de esencial sobre la historia de Auvernia, hablaré de la catedral de Clermont, de la Limagne y de Puy-de-Dome.

La catedral de Clermont es un monumento gótico que, como otros muchos, no se ha concluido jamás. Hugo de Tours empezó á construirla al partir para Tierra Santa, sobre un plan dado por Juan Campis. Los mas de tales monnmentos no se acababan sino á fuerza de siglos, porque costaban inmensas sumas. Toda la cristiandad pagaba aquellas sumas del producto de las limosnas y colectas.

La bóveda de la catedral de Clermont está sostenida por pilastras tan ténues que asusta el mirarla, porque desde luego cree uno que va á desplomarse. La iglesia sombría y devota está bastante bien adornada respecto á la actual pobreza del culto. En otro tiempo se veia en ella el cuadro de la *conversion de San Pablo*, uno de los mejores de Lebrum; pero hoy se le nota raspado con un sable: ¡*Turba ruit*! tambien estaba en este templo el sepulcro de Masillon, pero le hicieron desaparecer en un tiempo en que ninguna cosa ocupaba su verdadero sitio, ni aun la muerte.

De muy remotos tiempos es célebre la Limagne por su amenidad. Se cita al rey Childeberto, que segun Gregorio de Tours, dijo: «Quisiera ver en algun dia la Limagne de Auvernia que se dice ser un pais tar agradable.» Silviano llama á la Limagne la *médula*

de las Gaulas: Sidonio describiendo la Limagne de su tiempo parece que pinta la del dia. *Taceo territorii peculiarem jocunditatem viatoribus molle, fructuosum; aratoribus, venatoribus, voluptuosum; quod montium cingunt dorsa pasquis, latera vinetis, terrena villis, saxosa castellis, opaca lustris, aperta culturis, concava fortibus, abrupta flumínibus: quod deniqué hujusmodi est, ut semel visum advenis, multis PATRIÆ OBLIVIONEM SÆPE PERSUADEAT.*

Se cree que la Limagne fué un gran lago, y que su nombre viene del griego *λιμεν* Gregorio de Tours escribe unas veces *Limane* y otras *Limania*. Pero sea de esto lo que fuere, Sidonio decia en el cuarto siglo: *Æquor agrorum in quo, sine periculo, quæstosæ fluctuant in segetibus undæ*: en efecto es un mar de mieses.

La situacion de Clermont es una de las mas preciosas.

Figúrese uno desde luego montes que se reunen en semicírculo, y en la parte cóncava de él un montecillo, sobre este montecillo á Clermont, y al pie de Clermont la Limagne formando un valle de veinte leguas de largo, con seis, ocho y diez de ancho.

La plaza de... (1) ofrece un punto de vista admirable. Vagando á la ventura por la ciudad llegué á esta plaza á cosa de las seis y media de la tarde. Los trigos maduros parecian una playa inmensa de una arena mas ó menos rubia. La sombra de las nubes formaba en ella manchas oscuras como capas de barro ó bancos de alga, pareciendo que se veia el fondo de un mar que acaba de retirarse,

La concha de la Limagne no es de un nivel igual,

(1) No he podido leer el nombre medio borrado que aquí falta escrito en el original con lapiz: es sin duda la plaza de Jauda.

sino un terreno con prominencias, que vistas desde Clermont aparecen iguales, pero que en realidad tienen numerosas desigualdades, y forman una multitud de vallecitos dentro del mismo valle grande. Pueblecitos blanqueados, casas de campo del mismo color, castillos antiguos negros, colinas rojizas, viñedos, prados orillados de sauces, nogales solitarios que se redondean como naranjos, ó levantan sus ramas como los brazos de un candelabro, mezclan sus colores diversos al de los trigos, añadiéndóse á todo esto los diferentes visos de la luz.

Conforme bajaba el sol al Occidente corria al Oriente la sombra apoderándose de la llanura. Pronto desapareció el sol, pero bajando siempre y caminando detras de los montes de Oeste debió de encontrar algun desfiladero que daba á la Limagne, y precipitados sus rayos por aquella abertura, cortaron repentinamente la uniforme oscuridad del llano con un rio de oro. Los montes que ribetean la Limagne hácia el Levante retenian aun la luz sobre su cumbre; la linea que trazaban en el aire, se quebraba en arcos cuya parte convexa se volvia hácia la tierra, y todos estos arcos uniéndose entre sí por sus estremidades, imitaban en el horizonte los huecos de una guirnalda, ó los festones de aquellas colgaduras que se ponen en los palacios con rosas de bronce. Los montes de Levante dibujados y pintados como lo he dicho con los reflejos del sol opuesto, se asemejaban á un velo de mué azul y carmesí: lejana y última decoracion del magnífico espectáculo que la Limania desplegaba á mi vista.

Es muy notable la diferencia de los dos grados de latitud entre Paris y Clermont por la hermosura de la luz: esta es mas fina y menos cargada que en el valle del Sena; la verdura se divisa á mayor distancia y parece menos oscura.

Adios de *Chanonat* frescos paisages,
Que embalsama un ambiente perfumado:
Vuestra vista reanima mis sentidos
Con el calor de mis primeros años

Es menester creer al poeta de la Auvernia.

En el estilo de la arquitectura he notado recuerdos y tradiciones de la Italia; los techos son planos, cubiertos de tejas acanaladas, las líneas de las paredes largas; las ventanas estrechas y abiertas en lo alto, multiplicados los pórticos, y las fuentes muchas. No hay cosa que mas se parezca á las poblaciones del Apenino que las aldeas y pueblos de los montes de Thiers, al otro lado de la Limania, y á orilla de aquel Lignon en donde Celadon no se ahogó por haberle salvado las tres ninfas Silvia, Galatea y Leonida.

Ninguna antigüedad romana hay en Clermont, á no ser tal vez un sarcófago al estremo de la guia romana y de las ruinas del acueducto; ni un solo fragmento de algun coloso, ni vestigios de casa, baños y jardines de Sidonia. Nemetun y Clermont han sostenido á lo menos doce sitios, ó si se quiere fueron tomadas y destruidas unas veinte veces.

Entre los hombres y las mugeres de esta provincia se advierte un contraste muy singular. Tienen las mugeres las facciones muy delicadas y el talle ligero y suelto; los hombres son fornidos, y no es posible dejar de conocer á un verdadero auvernies en la figura de la mandíbula inferior. Una provincia que, no hablando sino de muertos, ha dado un Turena al ejército, un L'Hopitál á la magistratura, y un Pascal á las ciencias y literatura, sin duda ha probado que tiene cierto don de superioridad.

He ido á Puy de Dome, y me ha sucedido lo que estaba previendo: la vista desde lo alto de este monte no llega ni con mucho á la que se goza de Clermont.

La perspectiva á vuelo de pájaro es vaga y trivial: el objeto se empequeñece en proporcion que el espacio se dilata.

Hubo en otro tiempo sobre Puy-de-Dome una capilla dedicada á San Bernabé; se ven todavía sus cimientos, y una pirámide de diez á doce pies señala hoy el sitio de ella. Allí fué en donde Pascal hizo las primeras esperiencias sobre la pesadez del aire. Figurábame yo á aquel gran genio procurando descubrir sobre aquella solitaria eminencia los secretos de la naturaleza, que debian llevarle al profundo respeto de los misterios del que la crió. Pascal se abrió por medio de la ciencia un camino á la sencillez cristiana; empezó por ser hombre sublime para hacerse despues un simple niño.

Puy-de-Dome no está elevado sobre el nivel del mar sino ochocientas veinte y cinco toesas; sin embargo de lo cual sentí en su cima una dificultad de respirar que no he esperimentado ni en los Allghanys en América, ni en los mas altos Alpes de la Saboya. He subido el Puy-de-Dome con tanto trabajo como el Vesubio; se necesita una hora para trepar desde su base hasta la punta por un camino pino y resbaladizo, pero acompañado de verdor y flores. La niña que me servia de guia me habia hecho un ramillete de las mas bellas trinitarias. Yo mismo cogí al paso claveles encarnados de una elegancia perfecta. En la cumbre se ven por todas partes hojas anchas de una planta vulvosa muy semejante al lirio. Encontré con gran sorpresa mia en aquel sitio elevado á tres mugeres que dadas de las manos entonaban un cántico. Debajo de mí veia rebaños de vacas que pastaban en los montecillos que domina Puy-de-Dome, los cuales suben en la primavera al monte, y bajan de él con las nieves; por donde quiera se ven las queseras de Auvernia, que son unos mal abrigados tugurios de

piedras sin cimiento, ó de madera cubierta de céspedes. Es muy grato cantar estas chocillas, pero no habitarlas.

El patuá ó idioma de la montaña no es el mismo que el de la llanura. La gaita de orígen céltico sirve de acompañamiento á algunos romances que no carecen de euphonía, y para los cuales se han compuesto letras francesas. Los auvernienses, así como los habitantes de Rourgue, van á vender mulas á Cataluña y Aragon, trayendo siempre á su vuelta cierta cosa del carácter español, que dice bien con las perspectivas de su pais, y cuidan de hacer para sus dilatados inviernos provisiones de lumbre y de historias. Los viageros y los ancianos son aficionados á contar, porque han visto mucho, habiendo caminado los unos en las sendas del orbe, y los otros en las de la vida.

Son muy propias las regiones montuosas para conservar la pureza de costumbres. Una familia de Auvernia, llamada los Guittard-Pinon, cultivaba en comun algunas tierras en las inmediaciones de Thiers y era gobernada por un gefe electivo, pareciéndose mucho á un antiguo clan ó tribu de Escocia. Esta especie de república campestre ha sobrevivido á la revolucion; pero toca en el momento de su disolucion.

Dejo aparte las curiosidades naturales de la Auvernia: la gruta de Royat, encantadora por su verdura y sus aguas, las diferentes fuentes minerales, la fuente petrificante de Saint-Allyre con el puente de piedras que ella ha formado y quiso ver Cárlos IX; los pozos de pez, los volcanes apagados etc.

Omito tambien las maravillas de la edad media, relojes con cabeza de moro, ó sus calaveras que abrian una espantosa boca al dar la hora. Las procesiones raras, los juegos con mezclas piadosas y pro-

fanas, y otras mil costumbres de aquel tiempo, pertenecen mas en particular á la Auvernia que al resto de la Europa gótica.

He querido echar una ojeada antes de morir sobre la Auvernia para renovar las impresiones de mi juventud. Cuando yo era niño en las malezas de mi Bretaña, y oia hablar de la Auvernia y los pequeños auvernienses, me figuraba que era un pais que estaba muy lejos, muy lejos, á donde se veian cosas estraordinarias, y al cual no se podia ir sino corriendo grandes riesgos bajo la salvaguardia de la madre de Dios. Una cosa me ha chocado y juntamente agradado, y es que en el vestido del paisano auvernies he encontrado el vestido del paisano breton. ¿De dónde provendrá esto? Proviene de que en otro tiempo habia para este reino, y aun para toda la Europa, una manera comun de vestirse. Las provincias apartadas han conservado sus antiguos usos, mientras que los departamentos mas inmediatos á París han perdido sus antiguas costumbres; de aquí dimana la semejanza entre ciertos aldeanos de las estremidades de la Francia, á quienes han defendido de las novedades su misma indiferencia y soledad.

Jamás puedo ver sin enternecerme á los pequeños auvernienses que van á buscar fortuna por todo el mundo con una caja y algunos pares de malas tigeras. Pobres niños, que bajan bien tristes de sus montañas, y preferirian siempre el pan moreno y sus danzas campesinas á los pretendidos placeres de la tierra llana. Al bajar de sus rocas nada mas tenian que la esperanza en su caja; felices ellos si la vuelven á llevar á la cabaña paternal.

VIAGE A MONT-BLANC.

VIAGE A MONT-BLANC.

PAISAGE DE LOS MONTES.

Fin de agosto de 1805.

Montes he visto en Europa y en América, habiéndome parecido siempre que las descripciones de estos monumentos de la naturaleza eran exageradas, en cuya opinion me ha confirmado mi última esperiencia. He visitado el valle de Chamouni, tan célebre por los trabajos de Mr. de Saussure; pero dudo de que el poeta encontrase allí el *speciosa deserti* como el mineralógico: sea de esto lo que quiera, espondré con sencillez las reflexiones que me ha suministrado mi viage, fuera de que mi opinion es de poco peso para que choque con nadie. Habiendo salido de Ginebra con un tiempo bastante nublado, llegué á Servoz en el instante en que empezaba el cielo á despejarse. Desde este parage no se descubre la cumbre de Mont-Blanc, pero

se ve claramente su loma nevada, llamada Le-Dome. Despues se pasa el punto de des Montées, y se entra en el valle de Chamouni. Se pasa por debajo de la Nevera de Bossons, y sus pirámides se ven al traves de las ramas de abetos y cedros. Mr. Bourrit ha comparado esta nevera por su blancura y el corte prolongado de sus cristales á una flota á la vela; y yo añadiré en medio de un golfo sembrado de verdes selvas.

Me detuve en la aldea de Chamouni, y á la otra mañana fuí á Montanvert, subiendo á él en el dia mas hermoso del año. Llegado á la cima, que no es sino una falda de Mont-Blanc, descubrí lo que impropiamente se llama el Mar de hielo.

Es un valle cuyo fondo le cubre enteramente un rio. Las montañas que le forman, dejan pendientes sobre el rio enormes masas de rocas, y los obeliscos de Dru, de Bochard y de Charmoz. En lo hondo del valle este y el rio se dividen en dos ramales, de los cuales el uno va á rematar en un alto monte, llamado le Col du Geant (pescuezo de gigante), y el otro en las rocas de Jorasses. En el estremo opuesto de este valle se encuentra un declive que mira al de Chamouni. Este declive casi vertical está ocupado por la porcion de la Mar de hielo, llamada la Nevera des Bois. En un invierno que sobrevenga riguroso, el rio que llena aquel valle con sus inflexiones y declives se hiela hasta al fondo de la madre; las cimas de los montes vecinos se cargan de nieve en donde quiera que los planos de granito son bastante horizontales para retener las aguas congeladas: este es el Mar de hielo y su situacion. Claro está que no es un mar tal: es un rio, es si se quiere el Rhin helado: la Mar de hielo su curso, y la Nevera des Bois su caida en Laufen.

Cuando está uno sobre el Mar de hielo toda la su-

perficie que parecia unida desde Montanvert, presenta una multitud de puntas y quiebras. Estas puntas imitan las formas y rajas del circulo de rocas pendientes por todas partes, siendo como el relieve en mármol blanco de los montes que le rodean.

Hablemos, pues, de los montes en general. Debe considerárseles con nubes ó sin nubes: con nubes la escena está mas animada, pero es en tal caso oscura, y frecuentemente tan confusa que apenas se distinguen algunos rasgos.

Las nubes visten á las rocas de mil modos diferentes. He visto sobre el Servoz una de estas puntas pelada y áspera, á la que atravesaba una nube oblícuamente como una toga, y pudiera habérsela tenido por una estátua de un viejo romano. En otra parte se veia el declive inculto del monte; una barrera de nubes detenia la vista al principio del declive, y por encima de la barrera se elevaban ramificaciones negras de peñascos, imitando bocas de chimeras, cuerpos de sphinges, cabezas de anubis y otras diferentes figuras de monstruos y divinidades del Egipto.

Cuando el viento impele y arroja las nubes parece que los montes huyen detras de aquella cortina movible: se les ve ocultarse y descubrirse alternativamente; tan pronto se deja ver repentinamente un bosque de verdor á la abertura de una nube como una isla suspendida en el cielo; tan pronto se desenvuelve una roca lentamente, rompiendo poco á poco el vapor profundo á guisa de un fantasma. El viagero entristecido no oye mas que el zumbido del viento en los pinos, el estrépito de los torrentes que caen en las neveras, por intérvalo la caida de los témpanos de nieve, y á veces el silbido de la marmota asustada que ha visto en las nubes al gabilan.

Cuando el cielo está despejado los montes se despliegan enteramente á la vista, solo merece obser-

varse el que las cimas de las montañas en su alta region ofrecen una pureza de líneas y una limpieza en su perfil que no tienen los objetos de la llanura; aquellas cimas angulosas bajo la trasparente cúpula del cielo se parecen á magníficos trozos de un gabinete de historia natural, á hermosos árboles de coral ó ruedas de staláctita encerradas bajo una campana del cristal mas terso. El montañés busca en aquellos recortes elegantes la imágen de los objetos mas familiares, y de ahí vienen las rocas llamadas los *mulos* (*les mulets*), los camellos (*les charmoz* ó *les chamois*), y de aqui tambien los nombres de Cumbre *de las cruces*, Roca *de la estacion*, Nevera *de los peregrinos*; denominaciones sencillas que prueban que si ocupa continuamente al hombre la idea de sus necesidades, gusta tambien fijar en todas partes el recuerdo de sus consuelos.

En cuanto á los árboles de los montes no hablaré sino del pino, el abeto y el cedro, porque ellos son casi el único adorno de los Alpes.

El pino tiene cierto no sé qué de monumental, sus ramas son apiramidadas, y su tronco una columna. Imita tambien la figura de las rocas en donde vive: muchas veces le he visto confundirse en los ángulos entrantes y salientes, y en las cornisas avanzadas de los montes con los chapiteles y agujas avalanzadas como él. A la vuelta de la garganta de Balme, y bajando de la Nevera de Trient, se encuentra un bosque de pinos, abetos y cedros, cada uno de los cuales contaba en aquella familia de gigantes muchos siglos. Aquella tribu alpina tiene un rey que suelen mostrar á los viageros sus guias, y es un abeto que puede servir de maste al mayor buque. Solo el monarca no tiene herida alguna mientras todos los que le rodean están en diferente manera mutilados; uno ha perdido su cabeza, otros sus brazos, este tiene su

frente cruzada por el rayo, aquel ennegrecida la planta por el fuego de los pastores. Reparé en dos gemelos que saliendo del mismo tronco se lanzaban juntos hácia el cielo: ambos eran iguales en altura, ambos iguales en edad; pero el uno estaba lleno de vida y el otro marchitado.

Daucia, Laride Tymberque, simillima proles,
Indiscreta suis, gratusque parentibus error
At nunc dura dedit vobis discrimina Pallas.

«Hijos gemelos de Dauco, ó Laris y Thymber, vástagos semejantes, vuestros padres mismos no pueden distinguiros, y les causais agradables equivocaciones. Pero la *muerte* puso entre vosotros una cruel diferencia.

Añádase á esto que el pino anuncia la soledad y la indigencia del monte. Es el compañero del pobre saboyano cuyo destino participa, pues crece y muere como él desconocido en eminencias inaccesibles, á donde se perpetua su posteridad igualmente ignorada. Sobre el cedro es donde coge la abeja aquella tiesa y sabrosa miel, que tan bien se une con la nata y las frambuesas de Montanvert. Cuando los sacudimientos del pino son ligeros merecen los cantos de los poetas bucólicos; cuando son violentos se asemejan á los bramidos del mar y á veces se cree que ruge el Océano en medio de los Alpes. En fin, el olor del pino es aromático y agradable; teniendo para mí cierto hechizo particular, porque le he respirado á mas de veinte leguas mas adentro sobre las costas de la Virginia. Siempre, pues, me renueva la idea de aquel nuevo mundo que me fué anunciado por medio de un soplo embalsamado, de aquel hermoso cielo, de aquellos mares brillantes en donde la brisa matinal me traia los aromas de la selva; y como todo se

encadena en los recuerdos del hombre me retraza tambien los sentimientos de pesar ó esperanza que me ocupaban cuando recostado sobre la cubierta pensaba en la patria que habia perdido y en los desiertos que iba á buscar.

Volviendo á mi opinion en cuanto á los montes, diré que así como no puede haber hermosos paisages sin un horizonte de montes, así tampoco hay sitios agradables para habitarse ni que satisfagan los ojos y el corazon en donde falte aire y espacio; esto es cabalmente lo que se verifica en lo interior de los montes. Aquellas enormes masas no están en armonía con las facultades del hombre y la debilidad de sus órganos.

Suele atribuirse sublimidad á los paisages montuosos, y ciertamente que esta depende de la grandeza de los objetos; pero ¿qué vendrá á ser esta misma sublimidad si se prueba que la tal grandeza, aunque efectivamente real, no es sensible á la vista?

Sucede con los monumentos de la naturaleza lo que con los del arte, que para disfrutar de su hermosura es necesario colocarse en el verdadero punto de la perspectiva, porque de otro modo desaparecen formas, colores y proporciones. Como en lo interior de los montes se toca el objeto mismo, y como es muy reducido el espacio óptico, pierden necesariamente las dimensiones de su grandeza: verdad tan evidente que de contínuo se engaña uno en las alturas y las distancias. Apelo al testimonio de los viageros, ¿les ha parecido el Mont-Blanc muy elevado desde el valle de Chamouni? Muy á menudo un lago inmenso en los Alpes parece un pequeño estanque; se cree llegar en pocos pasos á lo alto de una cuesta que se tarda en subir tres horas; apenas basta un dia entero para salir de un desfiladero cuyo remate parecia estarse tocando con la mano. Así la grandeza de los montes

que tanto se propala no es verdadera sino en el cansancio que acarrean. En cuanto al paisage no es mayor á la vista de un paisage regular.

Pero estos montes que pierden su grandeza aparente cuando están demasiado inmediatos al espectador, son todavía tan gigantescos que aniquilan lo que pudiera servirles de adorno. Así es que por leyes contrarias todo se empequeñece en las gargantas de los Alpes, el conjunto y los pormenores. Si la naturaleza hubiese producido los árboles cien veces mayores en los montes que en las llanuras; si los rios y cascadas derramasen en ellos sus aguas cien veces con mas abundancia, aquellos grandes bosques y grandes aguas producirian sin duda magestuosos efectos en los anchos espacios de la tierra. Pero no es así, el cuadro del lienzo crece desmesuradamente, y los rios, selvas, aldeas y rebaños guardan sus proporciones ordinarias, no habiendo en este caso relacion entre el todo y la parte, el teatro y la decoracion. Siendo vertical el plano de las montañas, viene á ser como una escalera siempre puesta, en la que el ojo compara los objetos que abraza, y estos objetos acusan cada uno su pequeñez en aquella enorme medida. Por egemplo; los pinos mas valientes se distinguen apenas en lo escarpado de los valles, en donde parecen pegados como copos de hollin. La huella de las aguas llovedizas queda señalada en aquellos bosques maltratados y negros con pequeñas rayas amarillas y paralelas; y los torrentes mas caudalosos y las mas elevadas cataratas parecen no mas que hilillos de agua ó de vapores azulados.

Mas felices que yo son los que han visto topacios, esmeraldas y diamantes en las neveras, pues mi imaginacion no ha podido jamás descubrirme tales tesoros. Las nieves de la parte baja de la Nevera de Bois mezcladas al polvo de granito, me han parecido

semejantes á la ceniza; en muchos puntos pudiera tomarse al mar de hielo por una cantera de cal y yeso; solamente sus grietas ofrecen algunos colores del prisma; y cuando las capas de hielo se apoyan sobre las rocas, se parecen á grandes pedazos de botella de vidrio.

Los ropages blancos de los Alpes tienen sobre todo lo dicho el inconveniente de que ennegrecen cuanto les rodea, y hasta el cielo cuyo azul cargan. No se crea que esto lo compensan los hermosos accidentes de la luz en las nubes; el color de los montes lejanos es nulo para el espectador colocado á sus pies. La magnificencia con que cubre el sol al ponerse las cimas de los Alpes y de la Saboya, no brilla sino para el habitante de Laussanne, pues en cuanto al viagero del valle de Chamouni en vano la espera. Mira como desde el fondo de un respiradero puesto sobre sí una corta porcion de un cielo azul y duro, sin poniente y sin aurora, triste mansion sobre la que el sol echa apenas una ojeada á medio dia por encima de una barrera helada.

Para darme mejor á entender, permítaseme una comparacion, trivial en sí misma. Para pintar es indispensable una tela: en la naturaleza el cielo es la tela de los paisages: si falta esta en el fondo de la pintura, todo queda confuso y sin efecto alguno. Cuando uno está demasiado cerca de los montes, obstruyen estos la parte mayor del cielo: no hay bastante aire ó vacío al derredor de sus cimas; se hacen sombra unos á otros, y se prestan mútuamente las tinieblas que residen en alguna profundidad de sus rocas. Para saber si los paisages de los montes tienen una superioridad tan señalada, basta consultar á los pintores. Estos siempre ponen montes en los lejos, abriendo el paisage á la vista en bosques y llanos.

Solo un accidente de la luz es el que deja á los montes su magestad natural; y este es el de la claridad de la luna. La propiedad de esta media luz sin reflejos y de un tinte único es el de aumentar los objetos, aislando las masas y haciendo que desaparezca la gradacion de colores que liga las partes de un cuadro. En este caso cuanto mas terminantes y decididos sean los cortes de los monumentos, mas longitud y osadía tiene su dibujo, y la blancura de la luz contornea mejor las líneas de la sombra; por esta razon es la gran arquitectura romana, así como los perfiles de los montes, tan hermosa á la luz de la luna.

Lo *grandioso*, y por consiguiente la especie de sublime que produce, desaparece en lo interior de los montes. Veamos si se encuentra en ellos lo *gracioso* en grado eminente.

Se admiran con entusiasmo los valles de la Suiza, pero debe observarse que no son tan agradables sino por comparacion. Es verdad que cansada la vista de divagar sobre banquetas estériles, ó promontorios cubiertos de lichen rojizo, se entrega y descansa con gusto sobre un poco de verdura y de vegetacion. Pero ¿en qué consiste esto? en algunos sauces miserables, algunos surcos de cebada y avena que crecen con trabajo y maduran tarde, y en algunos árboles bravíos que dan frutos acerbos y amargos. Si por acaso una viña vegeta trabajosamente en algun rincon abrigado hácia el Mediodía, y resguardada cuidadosamente del viento Norte, se enseña como muestra de una fecundidad estraordinaria. Si sube uno á las rocas vecinas, los grandes lineamientos de los montes hace que desaparezca la miniatura del valle. Apenas son perceptibles las cabañas, y los repartimientos cultivados se parecen á las muestras de telas en la cartulina de un fabricante.

Tambien se habla mucho de las flores de los

montes, de las violetas cogidas á orillas de las neveras, de las fresas que rojean entre la nieve, etc. Son estas maravillas imperceptibles que no producen efecto alguno: el adorno es demasiado pequeño para colosos.

Y en fin, debo haber sido muy desgraciado porque no he visto en estas famosas queseras, tan encantadas por la imaginacion de muchos viageros, sino malas cabañas llenas de estiércol de los rebaños y del olor de queso y leche fermentada; no he visto en ellas otros habitantes sino montañeses desdichados que se reputan como en un desierto, y anhelan bajar al valle.

Algunos pájaros mudos vuelan de carámbano en carámbano, y algunas parejas muy raras de cuervos y gavilanes gustan de esta soledad de nieve y de piedras, en la que la caida de la lluvia es casi el único movimiento que llama la vista. Aun es una felicidad cuando el picoverde, anunciando la tempestad, hace sentir su grito cascado en lo profundo de un antiguo bosque de abetos. Aun esta triste señal de vida hace mas sensible la muerte que reina en todo aquel contorno. La cabra montés, los revezos, los conejos blancos están casi del todo destruidos; las mismas marmotas se van haciendo cada vez mas raras, corriendo riesgo el saboyanito de perder sus tesoros. En las cumbres de los Alpes han reemplazado á las bestias fieras los rebaños de vacas, que casi como sus dueños, echan de menos las llanuras. Estos rebaños ofrecerian una escena igualmente bella recostados en los herbazales del pais de Caux, y tendrian ademas el mérito de recordar las descripciones de los poetas de la antigüedad.

Réstame hablar del sentimiento que se prueba en las montañas, y este en mi opinion es muy desagradable. No me es posible ser feliz en donde se me

presentan por do quiera las fatigas del hombre, y sus inauditos trabajos, que se niega á pagar una tierra ingrata. El montañés que siente su mal es mas sincero que los viageros, y llama á la llanura el buen pais, ni pretende que las rocas regadas con su sudor sin ser por eso mas fértiles, sean lo mejor en las distribuciones de la Providencia. Si se le observa tan adherido á sus montañas, esto depende de las relaciones maravillosas que Dios ha establecido entre nuestras penas, el objeto que las causa, y los sitios en que las hemos esperimentado: esto está íntimamente conexo con los recuerdos de la infancia, los primeros sentimientos del corazon, las dulzuras y los rigores tambien de la casa paternal. Mas solitario que el resto de los hombres, mas serio por el hábito de sufrir como el montañés, se apoya mas sobre todos los sentimientos de la vida. No debe atribuirse seguramente el amor estremado que tiene á su pais al hechizo de los sitios que habita; este amor le produce la concentracion de sus pensamientos y la limitada esfera de sus necesidades.

Se me dirá que á lo menos los montes son la mansion de las meditaciones; yo lo dudo: me parece dificil entregarse á la meditacion y dulces ilusiones de la fantasía cuando el paseo es una fatiga, y ocupa enteramente la atencion el cuidado de sentar bien los pasos. El amante de la soledad que al subir el Montanvert se embebeciese en quimeras, pudiera caer en algun pozo, como el astrólogo que pretendia leer lo que estaba sobre su cabeza y no podia ver lo que tenia á sus pies.

Se que los poetas han deseado los valles y los bosques para conversar con las musas. Pero escuchemos á Virgilio:

Rura mihi et rigui placeant in vallibus amnes.
Flumina amem, silvasque in glorius.

Desde luego dice que se complaceria en los campos, *rura mihi*; que buscaria los valles agradables, risueños, graciosos, *vallibus amnes;* gustaria de los rios, *flumina amem*, (no los torrentes) y las selvas en las que viviria sin gloria, *silvasque inglorius*; estas selvas son arbolados de encinas, olmos, hayas; y no de tristes bosques de abeto, porque no hubiera dicho:

Et *ingenti* ramorum protegat *umbra*.

¿Y en dónde se quiere colocar este valle? en un sitio en que haya agradables recuerdos, nombres armoniosos y tradiciones de la fábula y de la historia.

. . . . . O ubi campi,
Sperchiusque, et virginibus baccahata lacænis
Taygeta! O qui me gelidis in vallibus Hæmi Sistat!

Sin duda que hubiera hecho poco caso del valle de Chamouni, de la nevera de Tacony, de la pequeña y grande Jorasse, de la aguja de Dru y de la roca de Tete-Noire.

En fin, si damos crédito á Rousseau y á los que han adoptado sus errores sin poseer su elocuencia, cuando se llega á la cumbre de un monte se siente uno transformado en otro hombre. «Sobre los montes elevados, dice, toman las meditaciones una grandeza y sublimidad proporcionadas á los objetos que nos afectan; se esperimenta un cierto deleite tranquilo que nada tiene de acre ni de sensual. No parece sino que elevándose uno sobre la mansion de los hombres se dejan en ella todos los sentimientos bajos y terrenos. Dudo que ninguna agitacion violenta pueda resistir á una mansion semejante, prolongada etc.»

¡Ojalá fuera así! ¡Cuán lisongero seria poderse

libertar de los propios males, con solo elevarse algunas toesas sobre la llanura! Por desgracia el alma es independiente del aire y de las localidades; un corazon sobrecargado de sus penas, no pesa menos en los sitios altos que en los valles. La antigüedad que debe citarse siempre que se trata de lo verdadero en sentimientos, no pensaba como el filósofo de Ginebra en cuanto á los montes; por el contrario, los representa como morada de la desolacion y del dolor: y si el amante de Julia olvida sus pesadumbres entre los peñascos de Valais, el esposo de Euridice encuentra pábulo á sus penas en los montes de Tracia. A pesar del talento del filósofo ginebrino, dudo que la voz de Saint-Preux resuene por tanto tiempo como la lira de Orfeo. Edipo, aquel modelo perfecto de régias calamidades, aquel retrato acabado de todos los males de la humanidad, busca tambien las cumbres desiertas.

. . . . . Il va,
du Cytheron remontant vers les cieux,
Sur le malheur de l' homme interroger les dieux.

Por último, una antigüedad mas bella todavía y mas sagrada nos ofrece los mismos egemplos. La Escritura, que conoce mejor la naturaleza del hombre que los falsos sábios del siglo, nos muestra siempre á los grandes desgraciados, á los profetas y á Jesucristo mismo retirándose á sitios elevados. La hija de Jephté pide á su padre antes de morir el permiso de ir á deplorar su virginidad sobre los montes de la Judea: *Super montes assumam*, dice Jeremías, *fletum ac lamentum*. «Yo me elevaré sobre los montes para llorar y gemir.» En el monte de los Olivos fué en donde Jesucristo bebió el cáliz abrevado de todos los dolores y lágrimas de los hombres.

Es cosa digna de observarse que en todas las páginas mas racionales de un hombre que se constituyó defensor de la moral, se divisen vestigios del espíritu de su siglo. La supuesta mudanza de nuestras disposiciones interiores, segun el sitio que habitamos, está secretamente enlazada con el sistema del materialismo que Rousseau pretendia combatir. Se hacia del alma una especie de planta, sujeta á las variaciones del aire, y que seguia y señalaba como un instrumento el reposo ó agitacion de la atmósfera. ¡Ah! ¿cómo era posible que creyese él mismo de buena fé en esta influencia saludable de los sitios encumbrados? ¿no llevó consigo el desdichado á las montañas de Suiza todas sus pasiones y miserias?

Solo hay un caso en que sea cierto que los montes inspiran el olvido de las turbaciones de la tierra: este es cuando se retira el hombre lejos del mundo para dedicarse á la religion. Un anacoreta que se consagra al servicio de la humanidad, un santo que quiere meditar en silencio la grandeza de Dios, pueden encontrar la paz y la alegría entre desiertas rocas; pero no es entonces la tranquilidad de los sitios la que influye en el alma de los solitarios, sino que por el contrario, es su alma la que derrama su propia serenidad en la region de las tempestades.

El instinto, llamémoslo así, de todos los pueblos, ha sido el de adorar al Eterno en los sitios elevados, pues como que parece que mas inmediatos al cielo, tiene la oracion menos espacio que traspasar para llegar al trono de Dios: en el cristianismo habian penetrado algunas tradiciones de este culto antiguo; nuestros montes, y á falta suya nuestras colinas, estaban llenas de monasterios y abadias antiguas. Desde el centro de una ciudad corrompida el hombre que caminaba á cometer crímenes, ó cuando menos en pos de vanidades, advertia al levantar los ojos altares

en los collados vecinos; la cruz desplegando á lo lejos el estandarte de la pobreza á los ojos del lujo, recordaba al rico sentimientos de penas y de conmiseracion. Nuestros poetas conocen bien poco su arte si se mofan de aquellos calvarios, aquellas misiones y retiros que retrazaban entre nosotros los sitios de Oriente, las costumbres de los solitarios de la Tebaida, los milagros de una religion divina, y el recuerdo de una antigüedad que ha superado en belleza á la de Homero.

Pero todo esto pertenece á otro órden distinto de ideas y sentimientos, y no se liga á la cuestion general que acabo de examinar. Justo es que despues de la crítica de los montes se concluya con su objeto. He observado ya que eran necesarios en un bello paisage, y que debian formar la cadena en los últimos términos de una pintura. Sus cabezas canas, sus lomas descarnadas y miembros gigantescos y horrorosos mirados de muy cerca, son admirables cuando en el fondo de un horizonte vaporoso se contornean y pintan con una luz fluida y dorada. Añadámos que los montes son el orígen de los rios, el último asilo en la opresion, y una barrera útil contra las invasiones y azotes de la guerra. Me limito solo á que no se me obligue á admirar los largos picos de las rocas, las barrancas, las grietas y laberintos de los valles de los Alpes. Si esto se me concede, diré francamente que hay montes que visitaria todavía con gran gusto, como los de la Grecia y la Judea. Me complacería en recorrer los sitios en los que me fuerzan á ocuparme diariamente mis nuevos estudios; iria á buscar voluntariamente otros colores y otras armonías sobre el Tabor y el Taygeto, despues haber pintado los montes incélebres, y los valles desconocidos del Nuevo Mundo (1).

(1) En este último periodo anunciaba mi viage á la Grecia

NOTICIA

DE LAS ESCAVACIONES DE POMPEYA.

Lo primero se descubrian los dos teatros, despues el templo de Isis y el de Esculapio, la casa de campo de Arrio Diomedes, y muchos sepulcros. Durante la invasion de los franceses en Nápoles se descubrieron los muros de la ciudad, el camino de los sepulcros, otros muchos de lo interior de la poblacion, la basilica, el anfiteatro y el foro. El rey de Nápoles ha continuado los trabajos; y como las escavaciones se hacen con mucho órden y con el laudable fin de descubrir la ciudad mas bien que con el de desenterrar tesoros, cada dia se aumentan los conocimientos adquiridos sobre un objeto tan interesante y casi inagotable.

Pompeya, situada á catorce millas poco mas ó menos al Sudeste de Nápoles, estaba edificada en parte sobre una eminencia que dominaba á una llanura fértil, y que se ha aumentado considerablemente por la inmensa cantidad de materias volcánicas con que el Vesubio la ha vuelto á cubrir. Las murallas y las paredes de sus edificios han retenido en su recinto todas las materias que el volcan vomitaba, é impedido que las lluvias las arrebatasen; así es, que la estension de estas construcciones está distintamente señalada por el montecillo que han formado los montones

y á la Tierra Santa; viage que ejecuté con efecto el año siguiente de 1806.

de piedras apomezadas, y la acumulacion gradual de tierra vegetal que la cubre.

La eminencia sobre la cual fué edificada Pompeya debió formarse en una época muy remota; se compone de los productos volcánicos vomitados por el Vesubio.

Se ha conjeturado que en otro tiempo bañó el mar los muros de Pompeya, y que venia hasta donde hoy pasa el camino de Salerno. Dice Estrabon que aquella ciudad servia de arsenal marítimo á muchas villas de la Campania, añadiendo que está cerca de Sarno, rio sobre el cual pueden subir y bajar las embarcaciones de mercaderías.

Parecerian incomprensibles muchas cosas de las que se observan en Pompeya, á no recordar que su destruccion fué producida por dos catástrofes distintas; la una en el año 63 de Jesucristo, por un temblor de tierra; la otra por una erupcion del Vesubio. Empezaban sus habitantes á reparar los estragos de la primera, cuando las señales precursoras de la segunda les obligaron á abandonar un sitio que no tardó mucho tiempo en sepultarse bajo un diluvio de cenizas y materias volcánicas.

Sin embargo, los fragmentos de obras de ladrillo indicaban su posicion. Se conservó sin duda por mucho tiempo un resto de poblacion en su inmediacion, supuesto que Pompeya se encuentra indicada en el itinerario de Antonino y en el mapa de Peutinger. En el siglo XIII los condes de Sarno hicieron abrir un canal, consagrado á este rio, y pasaba bajo de Pompeya, pero se ignoraba su posicion; en fin, en 1748, habiendo encontrado un labrador que trabajaba en su campo una estátua, movió esta circunstancia al gobierno napolitano á que mandase hacer escavaciones.

En los primeros trabajos se echaban en la parte que se acababa de desembarazar los escombros sa-

cados de la que se escavaba; y despues de haber sacado las pinturas al fresco, los mosáicos, y otros objetos curiosos, se volvia á llenar el espacio libre; pero hoy se sigue diferente sistema.

Aunque las escavaciones no sean muy difíciles por el poco esfuerzo que exige el terreno, no se ha desenterrado mas que una séptima parte de la ciudad, algunas calles están á nivel con el camino real que pasa á lo largo de las murallas, cuyo circuito es de casi mil y seiscientas toesas.

Llegando por Herculano, lo primero que llama la atencion es la casa de campo de Arrio Diomedes, situada en el arrabal. Es de hermosa construccion, y tan bien conservada aunque le falta un piso, que puede dar una idea exacta de la distribucion doméstica de los antiguos. Con solo añadir puertas y ventanas pudiera habitarse; muchas piezas son muy pequeñas, y el propietario se sabe que era un hombre opulento; pero en otras casas de gentes menos ricas son todavía mas pequeñas. El techo está en mosáicos; no todas las piezas tienen ventanas, y muchas reciben la luz solo por la puerta. Se ignora qué usos tuviesen muchos pasillos y escondrijos. Las ánforas del vino están todavía en la cueva puestas sobre arena y arrimadas á la pared.

La calle de los sepulcros presenta á derecha é izquierda las sepulturas de las principales familias de la villa, siendo la mayor parte de cortas dimensiones, pero construidas con mucho gusto.

Las calles de Pompeya no son anchas, pues solo tienen quince pies, haciéndolas mas estrechas las aceras; están embaldosadas de piedra de lava parda de figuras irregulares como los antiguos caminos romanos: aun se conoce en ellas la huella de las ruedas. No queda á las casas sino el cuarto bajo, aunque se conoce que algunas tenian mas de un piso; casi todas

tienen un patio interior, y en el medio un *impluvium* ó reservatorio para el agua llovediza, la cual pasaba luego á una cisterna contigua. Las mas de las casas estaban adornadas de pavimentos mosáicos y de paredes pintadas generalmente de encarnado, de azul y de amarillo. Sobre este fondo tenian hermosos arabescos y cuadros de diferentes tamaños. Las casas tienen generalmente un aposento de baños muy cómodo; las paredes son por lo comun dobles con un espacio intermedio vacío, lo que servia para preservar los aposentos de la humedad.

Las tiendas de comestibles sólidos y líquidos ofrecen macizos de piedras revestidos de mármol, en los cuales estaban construidos los vasos que las contenian.

Se ha creido que la clase de comercio de algunas de estas casas estaba designado por medio de las figuras esculpidas en la parte esterior; pero mas bien parecen que designen estos emblemas el genio bajo cuya proteccion estaba la familia.

Los hornos y máquinas de moler el grano dan á conocer las tiendas de los panaderos. Consisten estas máquinas en una piedra de base redonda, su estremo superior es cónico, y se adapta al hueco de otra piedra que igualmente está labrada en figura de embudo en su parte superior: se hacia girar la piedra de encima por medio de dos asas laterales atravesadas con palos. El grano echado en el embudo superior caia por su agujero entre el embudo vuelto y la piedra cónica, quedando reducido á harina por el movimiento de rotacion. Los edificios públicos como templos y teatros, son en general los que están mejor conservados, y por consiguiente lo que hay de mas interesante en Pompeya. El pequeño teatro que segun inscripciones servia para representaciones cómicas, se halla en buen estado y puede contener mil y quinientos espectadores: en el grande pueden caber mas de seis mil. El

menos echado á perder de todos los anfiteatros antiguos es el de Pompeya. Al levantar los escombros se han encontrado corredores que le rodean, pinturas con los mas vivos colores; pero que apenas les hiere el aire esterior cuando se alteran. Se distinguen todavía vestigios de un leon y un trompetero ves ido con un trage raro. Las inscripciones relativas á diferentes espectáculos son un monumento muy curioso.

El mejor modo de informarse de la estension y figura de la poblacion es seguir los muros de ella.

Estas murallas, dice Mr. Mazois, se componian de un terraplen y de un contramuro; tenian catorce pies de ancho, y se subia por escalones bastante espaciosos para dar paso á dos soldados de frente. Los sostiene por el lado de dentro y de fuera una pared de sillería. El muro esterior debia tener casi veinte y cinco pies de elevacion, sobrepujándole el interior en casi ocho pies mas. Ambos están construidos de la especie de lava llamada *piperino*, á escepcion de las cuatro ó cinco hileras primeras que son de piedras de roca. Todas están perfectamente unidas: no siendo en efecto muy necesaria la argamasa en construcciones hechas con materiales de gran medida. Este muro esterior está mas ó menos inclinado; pero las primeras filas se retiran en progresion una sobre otra.

Algunas de ellas, particularmente las primeras, están empotradas unas en otras, de manera que se sostengan mútuamente. Como este modo de construir remonta á una gran antigüedad, y parece haber seguido las construcciones pelasgas ó ciclópeas, de las que conserva algunos rasgos, puede conjeturarse que la parte de los muros de Pompeya así construida es obra de los oscos, ó á lo menos de las primeras colonias griegas que fueron á establecerse á la Campania.

Los dos muros estaban almenados, de manera que vistos desde el campo presentaban una vista doble.

Estas murallas están en un desórden tan grande, que solo puede atribuirse al terremoto que precedió á la erupcion del año 79. Pienso, añade Mazois, que Pompeya ha sido dos veces desmantelada, como lo prueban las brechas y reparos, que se notan. Aun parece que no se miraban ya estas fortificaciones como necesarias desde largo tiempo, puesto que hácia el lado del puerto están edificadas las casas sobre los muros, que en muchas partes están derribados de intento.

Estos muros están coronados de torres que no parecen tan antiguas; su construccion indica ser de la misma época que los reparos; son de figura cuadrangular, sirviendo al mismo tiempo de puerta secreta, y colocadas á distancias desiguales unas de otras.

Parece que la ciudad no tuviese fosos, á lo menos por la parte en que se ha escavado, porque los muros en este sitio asientan sobre un terreno escarpado.

Por su construccion se echa de ver que las murallas son las que mejor han de resistir á la accion del tiempo; no obstante el estremo cuidado con que se ha procurado conservar las descubiertas, las ha deteriorado mucho la esposicion al aire, del cual se habian preservado por tanto tiempo: las lluvias del invierno estremadamente copiosas en la Europa meridional, hacen que penetre la humedad progresivamente entre el ladrillo y sus capas; crecen primero musgos, y despues plantas que desunen los ladrillos. Para ocurrir á este daño se han cubierto los muros con tejas y puestos tejados á los edificios.

El plano indica cinco puertas señaladas cada una con su nombre, que se les ha dado despues del descubrimiento de la ciudad, y no se funda en monumento alguno. La puerta de Nola, la menor de todas, es la única cuya árcada se conserva. La mas próxima

al forum ó cuartel de los soldados es por la que se entra, y está construida segun el modelo antiguo.

Personas ha habido que han sido de opinion de que en lugar de sacar de Pompeya los diferentes objetos que se encuentran y formar un museo en Pórtici, hubiera sido mejor dejarlos en su sitio, y así hubieran ofrecido una ciudad antigua con todo cuanto contenia. Esta idea es especiosa, y los que la proponian no reflexionaban que se hubieran destruido muchas cosas con el contacto del aire, y que ademas de este inconveniente habia el de que muchos viageros poco delicados sustrajesen efectos, lo que sucede con demasiada frecuencia. Tambien seria preciso para amueblar algunas casas, que todo el ámbito de la ciudad estuviese enteramente desembarazado, quedando del todo aislada, y sin que se pudiese bajar á ella, desde los terrenos que la rodean. En este caso pudiera cerrarse Pompeya, y no quedar espuesta á ser saqueada por piratas terrestres

Solo se ha tratado de dar aquí una breve idea del estado de las escavaciones de Pompeya en 1817. Para conocer como se debe un sitio tan notable, debe verse la obra de Mazois (1). Tambien se hallan memorias preciosas en un libro que publicó hallándose en Nápoles el señor conde de Clarac, conservador de antigüedades. No se tiraron sino pocos egemplares de este libro, intitulado *Pompei*, ni se puso en venta. En él da noticia su autor de diferentes escavaciones dirigidas por él mismo.

Es tanto mas necesario consultar sobre este objeto interesantes obras escritas con cuidado, cuanto mas á menudo los viageros, y aun los que jamás han visto á Pompeya repiten las patrañas contadas por los *ciceroni*. Algunos diarios de París copiaron última-

(1) *Ruinas de Pompei*, en folio.

mente un artículo del *Correo* de Lóndres, en el que Mr. W... abusa del privilegio de contar cosas estraordinarias. Se trataba de dinero encontrado en un tirador de un bufete, de una lanza arrimada todavía á una pared, de epígramas trazados en las columnas del cuartel de los soldados, y de calles llenas de edificios públicos.

Estas simplezas empeñaron á M. M... que siguió por doce años las escavaciones de Pompeya, á dar al *Diario de los Debates* de 18 de febrero de 1821 observaciones muy juiciosas.

«Permitido es sin duda, dice M. M..., á los que visitan á Pompeya escuchar todos los cuentos de los *ciceroni*, ignorantes é interesados en sacar algun dinero á los estrangeros á quienes guian; permitido es tambien creerlos; pero es mas que simpleza el referirlos como ciertos, é insertarlas en los periódicos mas difundidos.»

La relacion de M. W... me recuerda, que habiendo visto el caballero Coghell en el museo de la reina de Nápoles unas *artoplas* ó torteras para cocer el pan, las tuvo por sombreros, y escribió á Lóndres que en Pompeya se habian encontrado sombreros de bronce estremadamente ligeros.

«Las escavaciones de Pompeya son de un interés demasiado general, y los descubrimientos que proporcionan demasiado preciosos con relacion á la historia, las artes y vida privada de los antiguos para que se dejen correr relaciones necias y equivocadas sin prevenir al público del poco crédito que se merecen.»

CARTA DE Mr. TAYLOR A Mr. CH. NODIER,

SOBRE LAS CIUDADES DE POMPEYA Y HERCULANO.

«Herculano y Pompeya son tan importantes para la historia de la antigüedad, que si se han de estudiar bien, es preciso vivir y habitar en ellas.

«Para seguir una escavacion muy curiosa me he establecido en la casa de Diomedes; está á la puerta de la ciudad cerca del camino de los sepulcros, y es tan cómoda que la he preferido á los palacios que están cerca del foro; vivo al lado de la casa de Salustio.

«Se ha escrito mucho sobre Pompeya, y las mas veces con equivocaciones. Sirva de egemplo un sábio, llamado Martorelli, empleado durante dos años en escribir una memoria para probar que los antiguos no conocieron el vidrio, y quince dias despues de haber publicado su tomo en folio se descubrió una casa donde le tenian todas las ventanas. Debe sin embargo decirse que los antiguos no gustaban mucho de las ventanas rasgadas, pues por lo regular la luz entraba por la puerta; mas al cabo en las casas de los patricios habia hermosos vidrios en las ventanas, tan trasparentes como ahora los de Bohemia, y los panales estaban unidos con listelos de bronce de mejor gusto que los nuestros de madera.

«Un viagero de mucho talento que ha publicado cartas sobre la Morea, tiene con otros muchos por estraordinario que las construcciones modernas de oriente sean en todo semejantes á las de Pompeya; pero á

poco que se reflexione aparece muy natural esta semejanza. Todas las artes nos vienen de Oriente; y esto es lo que nunca se repetirá bastante á los hombres que desean estudiar é ilustrarse.

«Las escavaciones se prosiguen con teson, mucho órden y esmero: se acaba de descubrir un nuevo cuartel y soberbias termas. En una de las salas me han llamado particularmente la atencion tres sillas de bronce de una figura absolutamente desconocida y perfectamente conservadas. En una se veia sentado el esqueleto de una muger cuyos brazos estaban cubiertos de joyas, ademas de las pulseras de oro, cuya figura era conocida; la he desprendido un collar de una labor verdaderamente prodigiosa. Aseguro á vd. que nuestros diamantistas mas hábiles no podrian hacer cosa mas preciosa ni de mejor gusto.

«Dificil es espresar el sentimiento que se esperimenta al tocar estos objetos en los sitios mismos en que han reposado por tantos siglos, y antes de que se desvanezca este prestigio. Una de las ventanas tenia hermosas vidrieras que se han depositado en el museo de Nápoles.

«Todas las joyas se han llevado á palacio, y dentro de pocos dias serán objetos de una esposicion pública.

«Pompeya ha estado sepultada por veinte siglos en las entrañas de la tierra; las naciones han pasado sobre ella; sus monumentos han quedado en pie, é intactos todos sus adornos. Si un contemporáneo de Augusto volviese á la vida, podria decir: «Salve, patria mia; mi mansion es la única que haya conservado sobre la tierra su forma, y hasta los menores objetos de mi afecto: he aqui mi lecho; estos son mis autores favoritos. Mis pinturas están tan frescas y animadas, como en el primer dia en que un artista ingenioso hermoseó con ellas mi mansion. Recorra-

mos la ciudad, vamos al teatro; reconozco el sitio en que aplaudí por primera vez las bellas escenas de *Terencio* y de *Eurípides*.»

«Roma no es mas que un espacioso museo; *Pompeya es una antigüedad viva*.

INDICE.

	PAGS.
Advertencia	V
Prefacio	IX
Introduccion	XLV
VIAGE A AMERICA	1
Lagos del Canadá	33
Diario sin fecha	40
Historia natural.—Castores	79
Oso	85
Ciervo	86
Alce	86
Bisonte	87
Fuina	89
Zorras	89
Lobos	90
Raton de Almizcle	90
Carcajú	90
Aves	91
Peces	91
Serpientes	92
Arboles y plantas	94
Avejas	95

Costumbres de los salvages. 96
Casamientos, hijos, funerales. 97
Cosechas, fiestas, recoleccion de azúcar de arce, pescas, bailes, juegos. 111
Fiestas 112
Recoleccion de azúcar de arce. 119
Pesquerías 121
Bailes 123
Juegos 125
Año, division y reglamento del tiempo.—Calendario natural. 130
Año 130
Division del tiempo 130
Calendario natural. 132
Medicina. 133
Lenguas indianas.. 139
Caza.. 149
Religion. 187
Gobierno.—Los natchez. 194
Los muscogulgos.. 204
Los hurones y los iroqueses. 213
Estado actual de los salvages de la América septentrional. 221
Conclusion.—Estados-Unidos. 237
Repúblicas españolas. 248
Viage a Italia.. 265
Carta 1.ª á Mr. Joubert.. 267
Diario. 270
Carta 2.ª á Mr. Joubert.. 277
Carta 3.ª á id. 280
Tívoli y la villa Adriana.. 282
El Vaticano. 297
Museo Capitolino.. 300
Galeria Doria. 302
Paseo por Roma á la luz de la luna. 304
Viage de Nápoles. 306

Visita al Museo. 309
Pouzoles y la Solfatara. 310
El Vesubio.. 312
Patria ó Literna. 319
Bayas. 320
Herculano, Portici, Pompeya. 321
A Mr. Fontanes. 325
Viage a Clermont. 349
Auvernia. 351
Viage a Montblant. 369
Paisage de los montes 371
Noticia de las escavaciones de Pompeya. . . 386
Carta de Mr. Taylor á Mr. Ch. Nodier, sobre las ciudades de Pompeya y Herculano.. . . . 394

1

VIAJES

DE

CHATEAUBRIAND

914
CHA
via